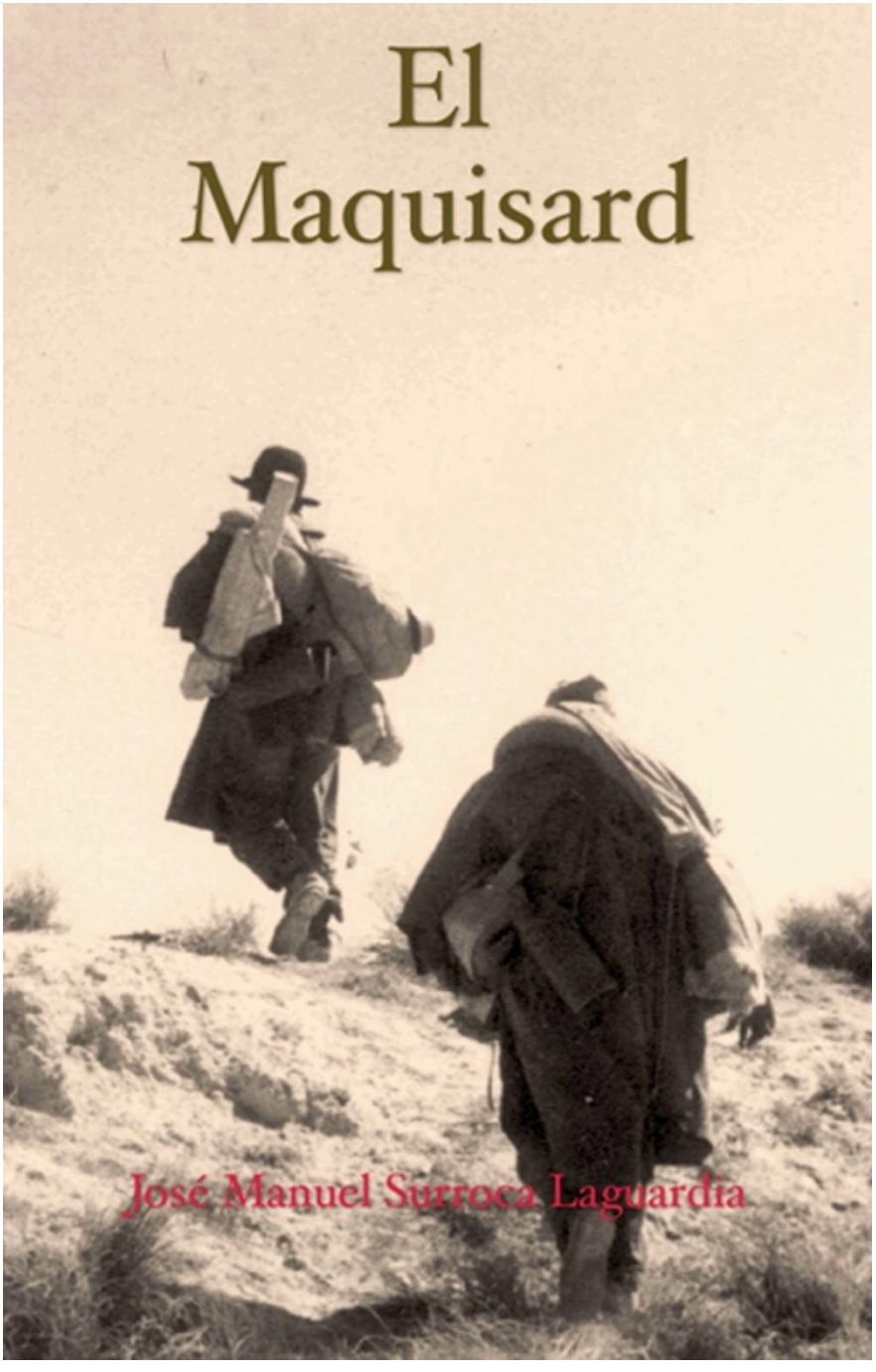
El Maquisard



José Manuel Surroca Laguardia

El Maquisard

José Manuel Surroca Laguardia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Pinterest.
Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.
Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

A mi familia.

Los poetas son como las flores silvestres
que surgen en los campos.
Donde florecen, llenan con su presencia el paisaje
y alegran la vista y los sentidos.

¡Bienvenidos sean los Poetas, allá donde florezcan!

Agradecimientos.

Mi total reconocimiento a la **Biblioteca de Toulouse**, y en especial a **Maryse Méloux**, de la ***Bibliothèque d'Etude et du Patrimoine***, por la ayuda prestada en las consultas que hice a esa Entidad y cuya información, me permitió citar con absoluta fidelidad y realidad, algunos detalles del relato, que contribuyen, según mi opinión, a realzar el valor de la historia que el autor quiere comunicar.

También debo agradecer a los autores de los numerosos escritos realizados por los actores que vivieron y sufrieron en sus propias carnes, muchos de los hechos descritos en esta novela, escritos en los que me he basado para desarrollar algunos momentos dramáticos de la acción.

Con todo mi agradecimiento.

Nota del Autor.

Los autores debemos agradecer a muchas personas que sin saberlo, nos inspiran situaciones, personajes e incluso, historias que nos atraen y capturan por su dramatismo y su auténtica realidad.

Uno de los personajes de esta novela, Ana, tiene el Síndrome de Down, y en un principio el personaje iba a ser masculino, de nombre André. A este personaje le tenía yo reservada la última parte del relato, con la que cerrar la historia de amor de sus padres. Dudaba cómo hacerlo y si podría hacerlo.

Por todo ello, y habida cuenta de que yo desconocía, y desconozco, absolutamente todo, o casi todo, sobre las personas con el Síndrome de Down, me puse en contacto con la Asociación Down de Huesca en Barbastro, con el fin de conocer algunas cosas relacionadas con ellos, con la idea de plasmarlas en la novela, en el momento en que André interviniera en la narración.

Fui invitado a asistir a una reunión formal del Club de Escritura y asistir a la misma como observador. Fuimos presentados, y todos ellos se declararon poetas, e incluso hubo uno, Daniel, que me dijo que era escritor. El grupo trabaja bajo la dirección de Elías Vived Conte, psicólogo de la Asociación, quien les dirige y orienta en sus trabajos y les organiza constantes actividades dónde poder mostrar sus textos y conocer los de otros.

Ni que decir tiene, que quedé absolutamente sorprendido y admirado, por el entusiasmo y amor a la poesía de aquel Club de Poetas, que allí mismo, *in situ*, y de forma espontánea, se arrancaron con unos versos que me dedicaron. Mil gracias por ello.

Pero el momento más espectacular fue cuando, una vez que les conté sumariamente la trama de la novela, en la cual, hay un momento en que André se encuentra con su madre y un hermano

que desconoce tener, Elías les propuso representar esa escena. Dicho y hecho.

Lo que presencié, me llenó completamente de asombró, hasta el punto que me determinó a cambiar mi personaje masculino por uno femenino, de forma que André pasó a ser Ana, el nombre de quien hizo la representación, tomando buena nota del diálogo que improvisó y que salió, no me cabe duda, de lo más profundo de su alma.

Así pues, Ana, mi personaje de la novela, antes André, está basado en una persona real que le ha dado su propio nombre. Mi total reconocimiento para ella.

Sea pues, mi agradecimiento a Elías Vived Conte y a las personas que colaboran con él y sobretodo, al Grupo de Poetas y Escritores que merecen la admiración eterna de todos por su trabajo, abnegación e ilusión sin límites.

Nota aclaratoria.

En el texto se utiliza con profusión las palabras *Maquis* y *Maquisard*. Aclaramos que **Maquis** es un grupo de combatientes que reciben el nombre de **maquisards**.

Primera Parte

Capítulo 1.
Fortaleza, 11 de Noviembre de 1948.

El práctico del puerto de Fortaleza, acababa de dar fin a las operaciones de atraque del barco petrolero *Novo Mundo* de bandera brasileña, un buque fabricado en los astilleros de *Greennock Grangemouth* en Inglaterra y que desplazaba 2.600 toneladas. La máquina motora que movía aquella enorme nave, proporcionaba una potencia de 1242 *hp* que le permitía alcanzar una velocidad de 7 nudos. En aquel viaje, había empleado 56 días para trasladarse desde *Le Havre*, Francia, hasta *Río Santiago* en Argentina y continuar travesía posteriormente hasta Fortaleza, en Brasil.

Una vez realizadas todas las operaciones de aseguramiento, comenzaron a realizarse las labores de descarga del crudo, trasvasándolo desde las entrañas del barco hasta la red de depósitos situados en las inmediaciones del puerto, mediante unas potentes bombas que succionaban con enormes mangueras todo el negro líquido.

Una vez todo dispuesto, y realizadas las labores pertinentes de revisión y establecidos los turnos de guardia de la tripulación, se bajaron las pasarelas para que la tripulación bajase a tierra. Pasados cuatro días, el *Novo Mundo* partiría de nuevo hacia *Río Santiago,* donde volvería a cargar crudo que, de nuevo, transportaría hasta *Le Havre*.

— Bueno Andrés, ya hemos llegado —le dijo el capitán, un neozelandés pelirrojo, entrado en carnes y de unos 45 años de edad— ¿Qué piensas hacer ahora? ¿A qué te vas a dedicar? —le dijo en un español bastante decente, aprendido a lo largo de sus muchos viajes surcando mares y océanos y obligado a convivir con infinidad de tripulantes pertenecientes a todas las nacionalidades del mundo.

— Pues la verdad es que no lo sé, Capitán. Me imagino que durante unos días me dedicaré a observar cómo se vive en este país

y que tipo de actividades se desarrollan en él. Y luego, ya veremos. —dijo con cara de circunstancias.

— Te deseo la mejor de las suertes. Creo que te la mereces después de la vida que has llevado y que me has contado a grandes rasgos. Brasil es un mundo muy distinto del que tú conoces, aunque la cuestión idiomática la podrás superar fácilmente con un poco de esfuerzo. Pero la mentalidad, amigo mío, eso ya es otra cosa. Creo, por lo poco que te conozco, que eso te va a costar un poco más. Pero a todo se acostumbra uno —dijo el Capitán, tendiéndole la mano.

Andrés le tendió la suya y luego se fundieron en un abrazo. Con una cierta sensación extraña de ligero desconcierto, con un hatillo al hombro, donde se guardaban todas sus pertenencias, espíritu abierto y dispuesto a llevarse por delante cuantos obstáculos se le presentasen, respiró a fondo y comenzó a descender por la escalerilla que salvaba la altura desde la cubierta del barco a tierra firme.

Una vez sobre el muelle, se volvió hacia la cabina del barco, donde aún aguardaba asomado el capitán a la espera de una última despedida, como así fue. Luego, giró sobre si mismo y se dispuso a abandonar el puerto camino de la ciudad cuyas edificaciones se podían adivinar entre la bruma producida por el calor, razón por la cual, parecía estar más lejos de lo que en realidad estaba. A la ciudad se llegaba siguiendo un enorme y largo paseo.

Andrés Bestué Lamora, tenía 38 años y procedía del horror que se había vivido en Europa con la II Guerra Mundial. En su caso, incluso, se había permitido el lujo de vivir otro horror más: la Guerra Civil española, otro espanto que le obligó a escapar a Francia, metiéndolo de lleno en la gran guerra europea. Pero a pesar de todo, en esa vorágine de muerte, sufrimiento y horror, había conocido a una mujer de la que se vio separado cuando fue hecho prisionero por los alemanes. Tras una serie de sucesos, en los que estuvo a punto de perder la vida, finalmente logró escapar a Suiza, desde donde la Cruz Roja organizó su trasladado a Inglaterra para que sanara de sus importantes heridas.

Tras volver a Francia en busca de aquella mujer y no poder encontrarla, abatido y desesperanzado decidió cambiar de aires de forma radical, empezando por la distancia, y en *Le Havre*, se enroló como ayudante de cocina en la tripulación de un petrolero que iba a

zarpar de vacío en pocos días hacia *Río Santiago*, Argentina, una vez descargados sus depósitos en *Le Havre*. En Argentina cargaría 2.200 toneladas de petróleo que posteriormente transportaría hasta Fortaleza, Brasil. Con él llevaba, como única posesión, un macuto, en cuyo interior había una bolsa de lona y una pequeña cartera donde llevaba unas cartas, un diario, alguna foto y un pasaporte.

Fortaleza era la capital del Estado de Ceará. Junto con Recife y Salvador, formaban el trio de ciudades más importantes de la región nordeste brasileña. Fundada en el año 1726, la ciudad se convirtió en capital en el 1799, cuando Ceará obtuvo su autonomía administrativa. Su nombre hacía referencia a la fortaleza *Schoonenborch*, que fue construida por los holandeses que anduvieron en la región en el siglo XVII. Estaba ubicada junto a la costa del océano Atlántico, y contaba con una población que superaba ampliamente el millón seiscientos mil habitantes, cuya característica más sobresaliente era su carácter festivo y alegre, que comunicaba a la ciudad un ritmo que ilusionaba a los recién llegados.

La primera cosa importante que tenía que hacer, era buscar un lugar donde alojarse. Tras recorrer el centro de la ciudad, y algunos barrios próximos a él, finalmente se decidió por una pensión, *Pensão Georgina*, que le pareció que ofrecía un buen aspecto, y sobre todo limpieza, que pudo constatar una vez en el interior del recibidor. La primera impresión recibida decidió el asunto.

Le atendió doña Georgina —así se dirigían todos hacia ella—, quien se alegró mucho al saber que quería alojarse por tiempo indefinido mientras buscaba un trabajo o actividad en la ciudad. Pagó dos meses por adelantado, con lo que definitivamente terminó de ganarse el favor de la propietaria de la pensión, quien golpeando enérgicamente el timbre del mostrador, reclamando la presencia del mozo para todo, le ordenó que llevase las cosas de don Andrés —una vez que hubo leído el nombre en el registro que había rellenado el propio cliente—, a su habitación, la mejor que había disponible en aquellos momentos.

— Eu tenho um quarto melhor que este, mas neste momento está ocupado por alguns dias. Assim que eu estiver livre,

Don Andrés, eu o recompensarei. Aquele quarto tem banheiro e chuveiro incorporados no próprio quarto.[1]

— ¡Muchas gracias, doña Georgina, se lo agradezco de veras! —dijo Andrés sonriendo, utilizando un portugués incipiente que la dueña entendió perfectamente.

Ésta le agradeció la sonrisa con otra, mientras el mozo llevaba las maletas y pedía a Andrés que le siguiera hasta la habitación que le habían asignado de forma provisional. Una vez que se vio solo, dejó el macuto que traía sobre la cama.

El cuarto no era muy pequeño. Constaba de una cama, una mesilla, un armario empotrado, una mesa y una silla. Se iluminaba con una bombilla situada en el centro geométrico del techo. El aseo y la ducha se encontraban en el pasillo, en número de tres, y se le facilitaron dos toallas, una grande y otra pequeña, que se encontraban en el interior del armario. En el centro del techo, unas enormes aspas giraban lentamente, produciendo una corriente de aire que permitía tener una sensación de alivio, frente a las altas temperaturas que se tenían durante todo el año en Fortaleza. Tenía una ventana que daba a la calle donde se hallaba ubicada la pensión.

En aquellos momentos, lo que deseaba de forma imperiosa, era ducharse y quitarse esa sensación de pegajosidad que tenía en su cuerpo. La siguiente cuestión que debería emprender, sería ir a una tienda y comprar ropa nueva, y por último, buscaría un banco, donde ingresar el dinero que llevaba encima: la friolera de 300.000 libras esterlinas.

[1] Tengo una habitación mejor que ésta, pero en este momento está ocupada durante unos días. En cuanto quede libre, Don Andrés, se la adjudicaré a usted. Esa habitación tiene el cuarto de aseo y la ducha incorporados en la propia habitación.

Capítulo 2.
Fortaleza, 11 de Noviembre de 1948.

La ducha le hizo recuperar sensaciones y sentir esa sensación de limpieza y ligereza, como si se hubiera quitados kilos de porquería. Se sentía otra persona. En aquel momento pensó que tal vez el orden elegido no era el más idóneo, y tal vez debiera haber ido primero a comprar la ropa antes de la ducha. Ahora se tendría que poner la ropa que traía, impregnada del olor anterior que detestaba y que deseaba quitarse a la mayor brevedad. En su reloj, las agujas marcaban las 11,15 de la mañana.

Salió de la pensión, memorizando el nombre de la calle donde estaba ubicada, por si luego se perdía: *Rúa da Paz, 35*. Luego comenzó a andar sin rumbo determinado, pero con dos objetivos marcados: localizar un Banco y una tienda de ropa, o viceversa. Esto último fue lo primero que encontró. Sin pensárselo dos veces entró en la tienda que en aquellos momentos estaba completamente desierta.

Un joven dependiente se le acercó solícito interesándose por sus deseos. Andrés, puso en su conocimiento la lista de lo que deseaba comprar: cuatro camisas, cuatro pantalones, dos chaquetas, seis pares de calcetines y varias mudas de ropa interior. El dependiente, ante semejante encanto de cliente, se desvivió atendiéndolo, y en pocos momentos, Andrés tenía ante sí, un despliegue de camisas, calcetines y pantalones que no podía abarcar con la vista, y en consecuencia, no sabía con cual quedarse. Roberto, que así se llamaba el muchacho que le atendía y del que se desprendía un cierto amaneramiento, pronto se dio cuenta del conflicto que tenía el cliente, por lo que de forma educada y prudente, y por lo visto entendida, le fue aconsejando la ropa que mejor combinaba y que mejor le quedaba a su tipo. Andrés dedujo que aquel muchacho tenía sensibilidad femenina, y tuvo que

reconocer que la elección de ropa que había hecho, le agradaba bastante.

Salió de la tienda con tres bolsas, y desde la puerta del establecimiento, el dependiente le saludaba, deseándole las mejores venturas para el día y el resto de su vida. Con las bolsas en la mano, cayó en la cuenta de que ahora también debería visitar una zapatería. No muy lejos de allí, encontró una y compró dos pares de zapatos, uno de ellos, de más vestir que el otro.

Ya solo quedaba ir a un banco y abrir una cuenta, y para esa misión, consideró que debía ir vestido correctamente para dar una buena impresión, además de que con cuatro bolsas en la mano, no podía ir a ningún sitio. Decidió volver a la Pensión a dejarlas y a cambiarse de ropa, estrenando algunas de las prendas que había comprado. Antes de llegar a la pensión pasó por delante de una tienda donde se vendían artículos de cuero. Impulsado por una repentina idea, entró en ella y compró un cinturón y una cartera grande de cuero. Se puso una camisa blanca y unos pantalones de color crema, con zapatos tipo mocasín sin calcetines. Se miró al espejo, y se juzgó elegante. Perfecto para el siguiente asunto que debía tratar.

El banco elegido fue puro azar: el que antes se encontrara. En este caso, una sucursal del *Banco do Brasil*. Además le parecía que su solvencia estaría más que garantizada, tratándose del Banco nacional del país. La verdad es que él no conocía ningún banco que estuviera en apuros económicos. Entró con paso decidido como quien lo natural es pasear por los patios de operaciones de los bancos, llevando en la mano la cartera recién comprada y en su interior una fortuna en libras esterlinas. Con decisión, se dirigió hacia una de las mesas, tras la cual, un empleado trabajaba sobre unos documentos.

— Buenos días —dijo, obligando al empleado a levantar su vista y fijarla en él.

— *Bom dia, senhor, ¿como posso ajudá-lo?* —respondió a la vez que invitaba a Andrés a sentarse delante de él, en una silla.

— Quisiera abrir una cuenta.

— Perfectamente —dijo el empleado en un español que podía entenderse— Necesitaría algún documento de identificación, si me lo permite.

— Veo que habla español —dijo Andrés.

— Un poquito, sí. —respondió el empleado. — Permita que me presente. Mi nombre es Joao Moreira.

Andrés abrió su cartera y saco el pasaporte que entregó al empleado. Este lo recogió, a la vez que sacaba de uno de los cajones laterales un impreso de Alta de Cuenta, comenzando a rellenarlo con los datos del pasaporte. Andrés observaba en silencio al empleado con las manos sobre la cartera y ésta sobres sus piernas.

— ¿Y qué cantidad desea ingresar como cantidad inicial? — preguntó sin levantar los ojos del impreso.

— Trescientas mil libras inglesas —dijo, con voz neutra exenta de pasión, pero esperando la reacción del empleado.

Este levantó su vista del papel, mirando a Andrés con cara de asombro.

— *¿Trezentos mil libras esterlinas?* —Exclamó, citando la cifra en voz alta, que atrajo sobre sí la miradas de todos los que estaban cerca de ellos— ¡Trescientas mil libras esterlinas! —repitió en voz baja y en español.

— Eso he dicho, sí —dijo Andrés, divertido, como si la cifra fuera absolutamente normal.

— ¡Permítame un momento, Sr. Bestué! —dijo, a la vez que se levantaba y se dirigía hacia una de las puertas que había al fondo de la sala de operaciones del banco.

Al poco rato, volvió a aparecer acompañado por otra persona que se presentó como el Director de la Oficina, de nombre Santos Sousa, quien le invitó a pasar a su despacho. El empleado les acompañó portando el documento que estaba rellenando. Una vez dentro, le invitaron a tomar asiento en un sillón de la zona habilitada a recibir visitas. Andrés pensaba cómo funcionaba todo en la vida. Tienes dinero y se te abren todas las puertas. Si no lo tienes, no solo se cierran, sino que te echan de sus inmediaciones.

— *Eu entendo e falo um pouco de espanhol, porque minha cunhada é espanhola e nós falamos em uma mistura de ambas as línguas* —dijo a modo de presentación.

Luego leyó el documento que estaba rellenando el empleado.

— *Senhor Bestué, ¿E como você quer fazer o depósito? Você quer transformar tudo em Cruzeiros?* — preguntó el Director.

— ¿Usted que me aconsejaría? —indagó Andrés, desconocedor absoluto de los temas cambistas.

— *Bem, já que você confia no meu critério, eu sinceramente aconselho você a abrir duas contas diferentes, uma com saldo em cruzeiros e outra em moeda estrangeira, isto é, em libras esterlinas. Por exemplo, eu deixaria £ 250.000 em uma conta em moeda, e o restante, que é 50.000 em uma conta corrente normal, para descartar diretamente. João* —dijo dirigiéndose al empleado—, *¿poderia me trazer a lista oficial de intercâmbio?* [2]

— Al momento —dijo el citado, saliendo rápidamente en su busca.

Mientras esperaban la llegada del empleado el Director, convencido de que estaba ante un cliente de primera categoría, inicio un somero interrogatorio a la vez que se desvivía por agasajarle.

— *¿Você gostaria de beber algo, um café, uma bebida?*— obsequió.

— No, no es necesario. Muchas gracias.

— *¿E ele está conosco há muito tempo?* [3] —inquirió el Director.

— Acabo de llegar hoy —se detuvo a pensar un momento— He llegado en un barco de pasajeros, con idea de instalarme en Fortaleza. Me he alojado en un hotel, y de momento, si es posible, dejaríamos sin rellenar el espacio del domicilio, hasta que encuentre un lugar definitivo donde vivir.

— *¿Talvez você pense em algum tipo de negócio em particular?* —se interesó el Director.

— No. Durante los siguientes días pienso indagar por Fortaleza, para hacerme una idea sobre qué sería interesante emprender una actividad comercial.

---

[2] Pues ya que usted confía en mi criterio, yo honradamente le aconsejaría que abriera dos cuentas diferentes, una con saldo en cruzeiros y otra en divisas, es decir, en libras esterlinas. Por ejemplo, yo dejaría 250.000 libras esterlinas en una cuenta de divisas, y el resto, es decir 50.000 en una cuenta corriente normal, para disponer directamente. Joao ¿podría traerme la lista oficial de cambio?

[3] ¿Y lleva mucho tiempo entre nosotros?

— Bem, se você quiser, estamos aqui para ajudá-lo tanto quanto possível.

— Le agradezco su proposición. No le digo que no me tome la libertad de aceptar su ofrecimiento —dijo sonriente Andrés, en el momento que Joao hacía su entrada en el despacho con una lista en la manos, que entregó al Director.

— A mudança é para 33 cruzeiros por libra esterlina, o que perfazia um total de 1.650.000 cruzeiros, com os quais abriríamos a conta. Uma excelente conta para começar, Don Andrés [4] —dijo el Director.

Andrés firmó los documentos de apertura de las dos cuentas y cuando terminó, fue acompañado por el Director hasta la puerta reiterándole su total disposición en cuantas gestiones fueran precisas para la creación de su empresa o negocio.

— Poderoso caballero es Don Dinero —pensó mientras se despedían.

Ya en la calle, se sintió completamente satisfecho por haber puesto a buen recaudo el dinero, con lo que evitaba un peligro cierto, si por alguna razón se llegase a saber de su existencia. En apenas un día había realizado su instalación en aquella ciudad, que a partir de ahora sería su ciudad. Esperaba que para bien.

Con sentimiento esperanzado, respiro hondo el cálido aire que lo rodeaba. Ahora debería comenzar a averiguar qué tipo de actividad o negocio podría iniciar en aquella ciudad de la que desconocía absolutamente todo.

[4] El cambio está a 33 cruzeiros por libra esterlina, lo que haría un total de 1.650.000 cruzeiros, con los que abriríamos la cuenta. Una excelente cuenta para empezar, don Andrés

Capítulo 3.
Fortaleza, Noviembre de 1948.

Durante muchos días, Andrés anduvo recorriendo Fortaleza, mirando tiendas, observando tipos de negocio, analizando, preguntando inmerso de lleno en la búsqueda de una actividad con la que empezar su nueva vida en aquel país de acogida y cuya oferta por parte de las empresas locales fuera deficiente o inexistente. Muy a menudo, mientras paseaba por las avenidas y calles de la ciudad, venían a su mente algunos recuerdos de su tierra natal, Zaragoza, ya porque encontrara en ellas alguna semejanza, o simplemente porque a su tierra la llevaba siempre en el corazón, y estaba siempre dispuesto a traerla a traerla al recuerdo, con cualquier excusa, por nimia que fuera.

Pasaba muchas horas en el puerto, observando, donde la actividad era grande y el movimiento de mercancías era continuo y de toda clase. Un puerto donde atracaban y zarpaban multitud de barcos de todo tipo y calado. Era una de las puertas de entrada a un país enorme, que tenía mucho por desarrollar pero que en sus entrañas tenía todo con lo que convertirse en una auténtica potencia, no solo en el continente americano, sino en todo el globo terrestre.

Se olvidó de la actividad de la ciudad, y centró sus miras y observaciones en el puerto, porque era allí donde se producía el inicio y fin de una gran actividad comercial. Por allí entraban las mercancías, los combustibles y todo género de productos, a la par, que de allí partía el producto elaborado o las materias primas que producía aquel inmenso país.

De sus observaciones y devaneos, tenía la sensación, cada vez más fuerte, de que tenía delante de sus ojos la oportunidad que estaba buscando. No acababa de identificarla, pero algo le decía que estaba allí. Recordaba que este sentimiento, durante su época de luchas y guerras, civiles y de las otras, le había salvado en muchas

ocasiones: detectaba algo que no se veía y que los demás tampoco veían.

Producto de esta observación, enseguida detectó algo que le había llamado la atención nada más poner un pie en el puerto el mismo día que llegó. Y es que había en el puerto, una zona apartada del área de carga y descarga —donde actuaban los estibadores—, donde se amontonaban numerosos *containers*, cajas y sacos de productos que habían sido descargados de los barcos, y permanecían allí, a la intemperie, durante varios días, durante los cuales venían unos camiones y se iban llevando, viaje a viaje, toda aquella carga —suponía Andrés—, a su destino final.

Decidió investigar sobre la razón de que ocurriera aquello. Se acercó con parsimonia hacia aquel apartadero de mercancías y se dirigió hacia uno de los obreros que estaban apilando unos sacos, aprovechando un momento en que se disponía a fumar y tomar un descanso. El trabajador aparentaba tener algo más de 50 años, era de color, de barba corta y canosa, de complexión fuerte y más o menos de la altura de Andrés. Se acercó con la mejor de sus sonrisas.

— *¿Bom Dia, senhor. Posso fazer-lhe uma pergunta?* —le preguntó confiando que entendiera su ralo portugués.

— *Me diga* —contestó, mientras liaba el cigarrillo.

— *¿Por que esses sacos são tantos dias a céu aberto?* — preguntó a la vez que señalaba con la mano.

— *Porque você tem que transportar para a fábrica e o transporte não pode levar tudo em uma viagem*.[5]

— *Ah. Muito obrigado, senhor.* —le respondió a la vez que con un movimiento de cabeza se despedía, dejando al hombre sorprendido por semejante idiotez.

Aquella respuesta le abrió los ojos y rápidamente una idea empezó a tomar forma en su cabeza. Para confirmar sus primeras impresiones, siguió preguntando e indagando entre los trabajadores del puerto y luego extendió sus pesquisas directamente a las empresas afectadas.

De sus conversaciones con los empresarios, enseguida detectó una deficiencia generalizada y era que la oferta que

[5] Porque hay que transportarlo a la fábrica y el transporte no puede llevárselo todo en un solo viaje

presentaban las empresas del transporte no permitía resolver satisfactoriamente el problema. De todo aquello, pudo constatar que las empresas manufactureras y todas en general, tenían un gran problema con el transporte, empezando por el traslado de las mercancías desde el puerto hasta la factoría o factorías y desde éstas a los distintos lugares donde se necesitaba, y el camino inverso, es decir, llevar el producto elaborado hasta el puerto para su exportación.

Finalmente tuvo claro la naturaleza del negocio que iba a montar: Transporte. Pero con una diferencia sustancial con respecto a lo que ofertaban las empresas del sector. Su empresa ofertaría transportes con vehículos adaptados a la naturaleza de lo que había que transportar, tanto en sus capacidades como en otras cuestiones técnicas. No era lo mismo transportar madera, que sacos de cereales, abono, agua, petróleo o gas. Evidentemente la solución que necesitaban aquellas empresas, era un transporte con una gran capacidad de carga, en vez de hacerlo con pequeños camiones que es lo que podían ofertar las pequeñas compañías que realizaban aquellos transportes.

Se puso manos a la obra, y para empezar, decidió comprar un camión. Recordó la oferta del Director del banco y fue a hacerle una visita en solicitud de información El Director le informó sobre una Empresa que importaba camiones y tractores pesados, nuevos y de segunda mano. Adquirió un Mercedes LS de morro redondo y pintado de rojo, de segunda mano. Se hizo dibujar en las puertas el logo *Transportes Bestué*, con un guacamayo en medio para darle un toque brasileño, y mientras la comercial ponía a su disposición el camión, Andrés se dedicó a sacarse el carné de conducir que le habilitara para conducir vehículos pesados, ya que su empresa contaría con un solo trabajador: él mismo. En un plazo de dos semanas se sacó sin problemas el carné de conducir. Durante la guerra española, había conducido camionetas y camiones por caminos absolutamente impracticables y tenía una gran habilidad para llevarlos. Además, esas dos semanas las empleó para buscarse clientes.

Como era un hombre que no quería embarcarse a lo loco, decidió buscar en primer lugar un solo cliente pero que le permitiera mantener una actividad constante. Su primer cliente,

fue una empresa cafetera, ubicada en Fortaleza, con quien llegó a un rápido acuerdo. Su contrato establecía el transporte desde los diversos cafetales que la empresa tenía a lo largo y ancho del Estado de Ceará, hasta la factoría donde se procedía a su torrefacción y su posterior envase en varias presentaciones que abarcaban desde café molido, hasta diferentes mezclas de tipos de café. Establecieron un precio por viaje, y dado que por cada transporte que realizaba Andrés, equivalía a cuatro de los demás proveedores y les cobraba tan solo tres veces más, su propuesta fue rápidamente aceptada.

La empresa se llamaba *A Rainha do Café do Brasil* (La reina del Café de Brasil), y desarrollaba una gran actividad comercial. Cuando se presentó en las oficinas para ofrecer sus servicios de transporte, le recibió una administrativa de nombre Margaret, quien mientras se localizaba al Director en la factoría, le ofreció, cómo no, un café para entretener la espera. Mientras llegaba, mantuvieron una conversación informal sobre el tiempo y otras banalidades. Por fin. Margaret le invitó a pasar al interior del despacho donde ya se encontraba el Director. No tardaron mucho tiempo en llegar a un acuerdo ante la oferta que presentaba Andrés, aceptándola con un periodo de prueba de dos meses, a lo que Andrés accedió sin dudar.

Otro de los consejos que le había dado Santos, el Director del Banco, es que se buscara un local donde establecer su sede comercial, y sobre todo, solicitar la instalación de un teléfono y un buzón de correo. Como deferencia hacia él, por ser un cliente importante, influyeron en la Compañía telefónica para que se le instalase inmediatamente el teléfono. Aún con todo, tocados todos los pitos habidos y por haber y yendo a la máxima velocidad, la instalación del teléfono tardaría al menos, un mes o dos, todo un auténtico récord. Santos, a la vista de aquella demora inaceptable, según él, le permitió que utilizara el número del banco y que preguntaran por Joao Moreira, el empleado que lo atendió la primera vez, pues él se encargaría de tomar nota de las llamadas. Más adelante, una vez instalado el teléfono, le obligaría a contratar a una persona para que estuviese al tanto del dichoso aparato y tomase nota de las llamadas.

La sede la instaló en un local que anteriormente había sido una librería y que por razones de edad de su propietario había

cerrado. Era un local pequeño, pero tenía todo lo que necesitaba sin necesidad de invertir en modificaciones de ningún tipo. Tan solo cambiaron los credenciales del rótulo y sobre la puerta colocaron un cartelón con el teléfono de contacto — el del banco—, y el nombre de la persona a contactar, Joao Moreira.

Y comenzó la actividad. No pasaron dos semanas para que *A Rainha do Café do Brasil*, manifestara su completa satisfacción por el servicio recibido, en el que solo veían ventajas y beneficios. Andrés no tenía tiempo ni para comer. Las distancias a recorrer eran largas y en ocasiones penosas. En la pensión, Doña Georgina, encantada con su huésped, le ponía en una tartera, la comida y el almuerzo que comía en el momento que podía, ya fuera parado en medio de una carretera rodeada por una vegetación imponente, o en cualquier camino en medio de la selva, viendo pasar algún que otro animal salvaje que le ponía los pelos de punta. Cuando llegaba a casa, lo hacía ya de noche y completamente agotado. Pero feliz. Inmensamente feliz. Con su negocio había acertado plenamente y además su mente se mantenía ocupada sin pensamientos tristes y pesarosos.

A la semana, Santos, el Director del Banco, lo llamó a su despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Encima de su *vade*, tenía una serie de hojitas con algo escrito sobre ellas.

— *Don Andrés, ¡o seu negócio vai decolar em grande forma!*[6]

— ¡Vaya, esa sí que es una buena noticia!

— *Aqui eu tenho várias notas de chamadas de grandes empresas em Fortaleza que querem entrar em contato com você para cuidar dos seus transportes* —le dijo a la vez que le entregaba las notas—. *Eles são grandes e importantes empresas*.

Andrés leyó los nombres allí escritos, con un teléfono, una dirección y persona de contacto. Todo muy profesional y perfectamente gestionado por Joao. Evidentemente, allí había un potencial de trabajo que nada tenía que ver con lo que en un principio se había imaginado. El Director lo miraba sonriente mientras Andrés leía las notas. Era evidente que estaba esperando la reacción de éste y que estaba seguro de estaría encantado con oírla.

---

[6] Don Andrés, ¡su negocio va a despegar a lo grande!

— De todo esto deduzco que debo pensar en cambiar el tamaño de la empresa, y ello conlleva adquirir más camiones y personal y meterme de lleno en el negocio del transporte.

El Director oía encantado aquel pensamiento de Andrés.

— *Escusado será dizer que Senhor Bestué, o Banco do Brasil está à sua disposição para ajudá-lo a financiar a compra dos caminhões. Podemos estudar uma forma de leasing, pela qual você paga uma quantia mensal, que computa como despesas dedutíveis e, no final, há um valor residual que é incluído nos ativos da empresa.*

A Andrés aquello le pareció interesante. El Banco le prestaba el importe de la compra y lo iba devolviendo en cuotas mensuales, como si fueran gastos de la empresa, por tanto deducibles para la Hacienda brasileña. De esa forma, le permitía mantener su propio capital, sin tocarlo, y todo aquello se financiaría con la propia actividad del negocio. Mejor, imposible.

Al mes del nacimiento de *Transportes Bestué*, Andrés compró seis camiones más, uno de ellos con cisterna para poder transportar petróleo y gasolina. Naturalmente, se apeó del camión y tuvo que contratar a tantos chóferes como camiones, mientras él se dedicaría a buscar clientes. Había que maximizar la utilización de aquella flota al máximo. Buscó nuevo local donde ubicar las nuevas oficinas, y contrató a Joao Moreira, para que estuviera al frente de la administración de la empresa, con un sueldo dos veces mayor que el que ganaba en el banco. Pidió excusas al Director, a esas alturas ya amigo, y éste le dijo que se alegraba mucho por Joao, porque era un excelente contable, felicitando a Andrés por su contratación.

Aquello no había hecho nada más que empezar. Con una superficie estimada en más de 8,5 millones de km², Brasil era el quinto país más grande del mundo en área total. Delimitado por el océano Atlántico al este, Brasil tenía una línea costera de 7491 km. Al norte limitaba con el departamento ultramarino francés de la Guayana Francesa, Surinam, Guyana y Venezuela; al noroeste con Colombia; al oeste con Perú y Bolivia; al sureste con Paraguay y Argentina, y al sur con Uruguay. Tenía frontera con todos los países de América del Sur, excepto con Ecuador y Chile. La mayor parte del país estaba comprendido entre los trópicos terrestres, por lo

que las estaciones climáticas no eran extremas en gran parte del mismo. Y como reserva de todo tipo, la selva amazónica cubría 3,6 millones de km² del territorio.

Un país de auténtico ensueño.

Capítulo 4.
Fortaleza, 1949.

Durante las semanas siguientes, Andrés contactó con las empresas que en principio se habían interesado por sus servicios, y a medida que crecía su cartera de clientes, cada vez había más candidatos que querían utilizar sus servicios.

Brasil es inmenso, se mire por donde se mire, y lo que en principio Andrés pensó como su campo de acción, el Estado de Ceará, pronto, algunas de las compañías con las que trabajaba le solicitaban servicios que abarcaban el resto de estados. Había empresas que tenían actividad en el interior de la selva y deseaban tener un transporte de ida y vuelta desde los centros de producción a los puntos donde se estaba trabajando, para llevar y/o traer, provisiones, herramientas, materiales, etc., y lógicamente, dadas las distancias, convenía hacerlo en un solo viaje.

Aquel día, lunes, tenía que entrevistarse con la dirección de una empresa maderera, *Madeira do Brasil*, una de las más importantes de la nación. Esta empresa había sido agraciada con la concesión de la explotación maderera de una parte de la selva amazónica, tan grande como Aragón, según calculó Andrés posteriormente.

Cuando subía las escalinatas que le conducirían a las oficinas de la empresa, el olor a madera, le trajo recuerdos de sus andanzas por los Pirineos aragoneses, y sus idas y venidas entre montañas, que luego, para desgracia, tendría que recorrer camino del exilio a Francia. Enseguida rechazó aquellos pensamientos, pues se había jurado que aquello pertenecía al pasado y nada más que al pasado. Cuando entró en el amplio *hall*, una señorita salió a su encuentro. Le entregó su tarjeta de visita, y le rogó que esperase unos momentos, mientras ella iba en busca de una persona para que le atendiese.

Pasados unos minutos, apareció acompañada de una mujer joven, de cabello negro zaino, de altura un poco menor que la de Andrés, y con una agradable sonrisa. Al momento, le pareció que la cara de la joven le era conocida, cosa que se reflejó en su rostro, mientras ella se dirigía hacia él y la otra señorita regresaba a su puesto.

— *Bom dia Senhor Bestue. Eu sou Margaret Barbosa, e vejo pela expressão em seu rosto que ela acha que reconheceu, como é há pouco tempo, na empresa A Rainha do Café do Brasil, onde trabalhei.* [7]

Andrés recordó en el acto, aquel fugaz encuentro. Lo que también recordó es que le había agradado bastante.

— Así es, en efecto. *Prazer em conhecê-la*. —dijo, utilizando también el portugués.

— *Eu serei aquele que vai lidar com você as condições de colaboração comercial entre as nossas duas empresas.*

— ¡Por mí encantado, *senhorita* Margaret.

Tras darse las manos, ella le indicó que le siguiera hasta su despacho donde podrían hablar tranquilamente sobre el tema que le había traído hasta allí. Una vez cumplimentados los saludos de rigor, entraron de lleno en la oferta que podía presentar Andrés. Margaret le explicó que su empresa necesitaba transportar desde las zonas de explotación en la selva, toda la producción de la tala de árboles y trasladarla hasta la factoría en Fortaleza, y también, en algunos casos, a otras factorías que tenían en otras ciudades del Estado de Ceará, e incluso en otros Estados. Además, también era necesario transportar a estos puntos de explotación, víveres, herramientas y material diverso. El contrato era importante, y además obligaría a adquirir nuevos camiones, dotados de sus propias grúas para colocar los troncos sobre las estructuras de transporte. La propuesta de *Transportes Bestué*, fue muy bien acogida, porque al ahorro de costes era importante y además, aportaba mayor capacidad de suministro de la materia prima a las factorías en menos tiempo.

---

[7] Buenos días señor Bestué. Soy Margaret Barbosa, y veo por la expresión de su cara que cree haber reconocido, como así es, no hace mucho tiempo, en la empresa A Rainha do Café do Brasil, donde yo trabajaba

Fueron analizando y comentando los diversos apartados del contrato con detalle y llegó el momento que se hizo la hora de comer. Andrés, propuso hacer un inciso en la negociación, para invitarla a comer y luego continuar por la tarde. Margaret aceptó encantada y luego, no solo en esa corta tarde —porque la sobremesa se alargó de forma inconsciente para ambos—, sino en reuniones posteriores, continuaron perfilando el contrato definitivo. Entre café y café y claúsula y claúsula, se creó una relación entre ellos, que luego fortalecieron con citas al margen del trabajo. Fue amor a primera vista.

Margaret había nacido en Sobral, hacía 30 años, un municipio del *Estado de Ceará*, en una plantación de café, en la que su padre era el encargado. Mujer de carácter vivo y de gran inteligencia, enseguida destacó en la escuela siendo con diferencia la mejor alumna de la clase, visto lo cual, sus padres, siguiendo recomendaciones de la maestra, la enviaron a la capital, Fortaleza, a estudiar. Una vez acabados sus estudios de Secretariado, se colocó rápidamente en la empresa cafetera en la que trabajaba su padre. Y al poco tiempo, dos meses, fue contratada por la empresa maderera, *Madeira do Brasil*, como Secretaria de Dirección.

De carácter, calmo, franco y abierto, enseguida congeniaba con las personas con las que trataba y que fue lo que en primer lugar llamó la atención de Andrés. Y como buena brasileña, era terriblemente celosa. Las pocas discusiones que tenían y tuvieron después de casados, siempre fueron motivadas por los celos y sus interpretaciones tendenciosas sobre los comentarios o miradas de Andrés o de otras mujeres hacia él.

A mediados de Junio, Andrés fue a buscarla a su casa, llevándola a un restaurante de postín. Una vez que hubieron elegido la comanda, Andrés cogió de la mano a Margaret.

— Margaret. Hace poco que nos conocemos y tal vez no sepamos mucho uno del otro, pero a veces, no es necesario convivir mucho tiempo, para saber que la persona que tienes enfrente de ti, es la persona con la que deseas vivir para siempre. Yo ya tengo 39 años, edad suficiente para ver las cosas claras y poder tener la plena seguridad de que quiero casarme contigo y formar una familia. Margaret, ¿quieres casarte conmigo? —dijo a la vez que sacaba un

estuche con un anillo de oro en el que estaba engarzado un brillante.

Margaret, sonrió y a su rostro afloró un cierto rubor, perfectamente visible que hizo sonreír a Andrés. Ella puso su otra mano sobre la de él.

— *Sim eu quero. Sim, quero casar com você.*

Andrés acercó su cara a la de ella y se besaron, en cuyo momento se dieron cuenta, con horror, que tenían fijada en ellos la mirada complaciente de cuantos les rodeaban, conscientes y sabedores de lo que en aquella mesa acababa de ocurrir. Solo faltó que echaran a aplaudir.

— *Eu também quero te dizer uma cosa* —dijo, sorprendiendo a Andrés—. *Estou grávida*.

Andrés relajo el rostro y en su sustitución, mostró una amplia sonrisa.

— Bueno. Ya tenemos al primer invitado a la boda.

Margaret rio a gusto, liberada. Le preocupaba que la noticia no le hubiera caído bien a Andrés. Luego, se recriminó a sí misma por haber pensado semejante cosa.

Capítulo 5.
1949.

El 17 de julio, domingo, celebraron la boda en Sobral, en la Iglesia de Sé, donde asistió toda la familia de Margaret, y por parte de Andrés, fueron invitados tres conductores en representación de la plantilla, Joao Moreira, doña Georgina, la propietaria de la pensión y el director del Banco de Brasil, Santos Sousa. La familia de Margaret, eran católicos aunque no eran practicantes. Sin embargo, seguían a rajatabla los usos y costumbres católicas. Andrés, que no era creyente, no tuvo inconveniente en aceptar el hecho de contraer matrimonio por la iglesia.

Terminada la ceremonia, los recién casados realizaron el viaje de bodas visitando los Estados Unidos, por donde anduvieron quince días hasta que finalmente regresaron a la nueva vivienda que Andrés había comprado en pleno centro de Fortaleza. Doña Georgina, lamentó perder a un huésped tan bueno como Andrés, pero a cambio mantuvo una gran amistad con Andrés y su esposa.

Margaret dio a luz un niño el 28 de diciembre, día de los inocentes, en plenas navidades. Ese mismo día, en la habitación del hospital, en la que se encontraban los padres de Margaret, Andrés les comunicó que al recién nacido le iba a poner el nombre de Julián, lo que causó general sorpresa.

— *Mas não conhecemos ninguém que tenha esse nome, Andrés* —preguntó Margaret.

Andrés tenía el gesto serio, como pocas veces lo mostraba.

— Esto es una deuda de vida que tengo con una persona. Y en mi tierra, las deudas son sagradas.

— *Mas…* —empezó a decir Margaret, ante el prudente silencio de sus padres.

— Lo siento, Margaret. Es mi decisión y no se hable más. — contestó Andrés con una determinación tal, que el asunto quedó zanjado en aquellos instantes. Margaret, pensó que en algún momento, le hablaría sobre aquella deuda de vida. Sospechó que aquello pertenecería a esa época de su vida de la que nunca hablaba y nunca estaba dispuesto a hablar.

Recibieron a la nueva década en casa, una vez recibida el alta del hospital. Pronto se olvidó el asunto del nombre del recién

nacido, y tras repetir mil veces su nombre, este formó parte del lenguaje cotidiano de todos.

Transportes Bestué, continuaba con un crecimiento extraordinario, y en un par de años, comenzó a adquirir una dimensión que la situaba a la cabeza de las Compañías del Transporte en todo el Estado de Ceará. El nombre de su propietario, Andrés Bestué, comenzó a ser conocido en muchos ámbitos por aparecer con cierta frecuencia en la prensa local con motivo de la adquisición de nuevos vehículos de transporte con características especiales en función de la materia a transportar. *Transportes Bestué*, tenía el vehículo adecuado para transportar toda clase de mercancías ya fueran sólidas, liquidas o gaseosas. Por todo ello, llevaba camino de ponerse a la cabeza del sector en algún estado más que el de Ceará.

Por costumbre, Andrés, solía ir andando desde su casa hasta la oficina y viceversa. Tanto la una como la otra, se encontraban a no mucha distancia, por lo que siempre le apetecía hacer el camino andando. Era una forma de hacer un poco de ejercicio, dada la vida sedentaria que le tocaba vivir el resto del día. Aunque poseía un vehículo, un *Cadillac Convertible*, únicamente lo utilizaba para hacer excursiones con la familia o en ocasiones especiales en las que su utilización era obligatoria.

Un día, Julián tendría seis meses de edad, cuando regresaba de la oficina a casa, se detuvo ante un escaparate de una tienda de aparatos electrodomésticos donde se exponía un aparato de televisión, invento que había levantado una gran expectación en el mundo, y naturalmente en Brasil, cuyas emisiones comenzarían el 18 de aquel mes. A Andrés, como a todo el mundo con una cierta capacidad económica, le había llamado poderosamente la atención aquel invento. En el escaparate, había expuestos cuatro de esos aparatos, con forma de cubos grandes con una pantalla de cristal en su parte central, y una hilera de botones de arriba a abajo, situada a la derecha de la pantalla. Es obvio aclarar, claro está, que habían sido importados de los Estados Unidos, según rezaba en un cartelón, donde además se informaba de que el 18 de Septiembre de 1950, se iba a realizar la primera emisión por la cadena de televisión, recién creada, TV Tupí. El precio no figuraba en ningún lugar. Cuando se disponía a entrar para informarse sobre aquella

novedad tan extraordinaria, le llamó la atención algo que se vio en la acera de enfrente, a sus espaldas, gracias al reflejo del escaparate, como si se tratara de un espejo.

Al instante, sintió un latigazo que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Como espoleados por la sensación de un peligro inmediato, todos sus sentidos se pusieron en alarma, y todas las sensaciones que creía ya olvidadas de los tiempos bélicos de las contiendas en España y Francia, volvieron a estar presentes. Intuyó el peligro en la presencia de aquellos dos hombres que conversaban entre ellos, vueltos hacia donde él estaba. Entró en la tienda, no porque sintiera ya el más mínimo interés por aquellos aparatos del futuro, sino porque quería de forma disimulada, comprobar si lo que le indicaba su instinto estaba en lo cierto o no. Un empleado le salió a su encuentro, interesándose por el motivo de su visita. Andrés se dirigió hacia el escaparate desde el interior de la tienda señalando los televisores, sin perder de vista a aquellos dos individuos. Preguntaba y contestaba maquinalmente a las preguntas del dependiente sin procesar sus respuestas, por lo que no se estaba enterando de nada. Su atención estaba fijada en la otra acera. Tras unos momentos, uno de aquellos desconocidos se adelantó en la dirección que luego seguiría, camino de su casa. El otro se quedó parado en el mismo lugar en el que estaba. Miraba a todos los lados, tratando de disimular.

Finalmente, le dio las gracias al empleado por su amabilidad y quedó en pasar otro día, acompañado de su señora, porque estaba vivamente interesado en adquirir una unidad de aquellas. Salió a la calle, deteniéndose durante unos segundos en la puerta de la tienda, tratando de localizar al otro individuo. Por un momento había pensado en coger la dirección contraria, pero al instante concluyó que sería un error, pues podría alertar a aquellos hombres y hacerles sospechar que habían sido descubiertos. Recordó de sus tiempos de *maquisard*, que siempre había que ir un paso por delante de tus enemigos. Cuando se descubría a un soplón o a un traidor, no se le detenía ni ejecutaba en ese instante. Bien al contrario, se le daba cuerda, con el fin de tratar de descubrir a quien informaba, e incluso, facilitarle información errónea. Un paso siempre por delante.

En consecuencia, tomó el camino de su casa, pero esta vez, ejerciendo de camaleón como solían decir en el *maquis*, es decir con un ojo puesto en cada uno de aquellos dos desconocidos. No tuvo que caminar mucho para cerciorarse de que, en efecto, estaba siendo seguido por aquellos dos individuos. Aprovechó para detenerse en otro escaparate y seguir por el reflejo en el mismo, los movimientos del que le seguía dos pasos más atrás, aunque por la otra acera. Luego se dio cuenta de que se había detenido ante una tienda de lencería y en su estado máximo de alerta, se asustó por si ello podía ser interpretado por aquellos como que habían sido descubiertos, porque él jamás se paraba ante un escapare de una tienda de prendas femeninas. Nada de eso pareció ocurrir, porque los dos hombres andaban a la misma velocidad que él, uno por delante y el otro por detrás.

Se estaba acercando a su domicilio. Mientras aquellos hombres se mantuvieran en la otra acera, tenía claro que estaban en acción de vigilancia. Otra cosa hubiera deducido si alguno de ellos, o los dos, cruzaran la calle o vinieran o vinieran hacia él. Sacó las llaves de entrada al patio, dejándolas caer al suelo. Mientras se agachaba pudo ver como el que venía detrás seguía su camino y se reunía un poco más adelante con el que iba delante. Entró en el portal y cerró la puerta. Desde dentro, observó como aquellos hombres, hablaban entre sí y juntos, marchaban por otra calle.

Una vez en casa, le recibió Margaret con el niño en los brazos. Besó a ambos y se dirigieron al Salón de estar, donde Margaret procedió a dar el pecho al niño.

— *Andres, em uma hora virá uma garota para ver se gostamos de viver com a gente, e além de fazer o trabalho doméstico, me ajude com Julian*.[8] —dijo Margaret.

— ¡Estupendo! ¿Te encargaras tú misma? Si a ti te gusta, a mí también me gustará.

— *Tudo bem, eu só queria te dizer. ¿Como foi o dia?*

Andrés decidió no comentarle nada sobre aquellos dos hombres. No era cuestión de preocuparla con algo, que no sabía a ciencia cierta de qué se trataba. No, de momento.

---

[8] Andrés, dentro de una hora vendrá una muchacha para ver si nos gusta para que viva con nosotros, y aparte de hacer las labores de la casa, me ayude con Julián

— Por cierto, que un día de estos, he quedado en pasar por la tienda de electrodomésticos, en la Avenida del Indígena, porque si te gusta, compraremos una televisión —le dijo mientras se dirigía hacia el dormitorio.

— ¿Uma televisão? ¿Quais imagens sao vistas? [9] —preguntó Margaret.

— Exacto. Es como una radio, pero que además de escucharlos se ve a los locutores. Una cosa sorprendente.

— *Muito bem. Nós vamos quando você quiser.*

Tras ducharse y cambiarse de ropa, se encerró en el despacho para atender algunas cosas del negocio, y sobre todo, para meditar sobre aquello tan preocupante. Al rato, sonó el timbre de la puerta. Supuso que sería la muchacha que esperaban, pero de repente se alarmó. Levantándose con rapidez, acudió también a abrir la puerta, la cual ya había abierto Margaret, dejando ver a dos muchachas absolutamente iguales, como dos gotas de agua. Se detuvo y dando media vuelta se dirigió a su despacho.

— *Boa tarde. Nos viemos para o trabalho do serviço doméstico* —dijeron.

— *¿Você quer passar?* —les invitó Margaret.

Pasado un rato, la puerta del despacho de Andrés se abrió, dejando paso a Margaret.

— *Você verá Acontece que essas garotas são irmãs gêmeas e são chamadas Alma e Aimara. Eu realmente amei isso. O fato é que eles dizem que um sem o outro não sabe ser, porque eles são a única família que eles têm, ambos sem pais ou irmãos. Em suma, se eles não ficarem ambos, eles não podem aceitar o trabalho.* [10]

— ¿Y a ti que te parecen? —dijo Andrés con una sonrisa.

— *Eu gostei. Agora eles estão com Julian e o menino está encantado.*

---

[9] ¿Una televisión? ¿Eso que se ven imágenes?

[10] Veras. Resulta que estas chicas son hermanas gemelas y se llaman Alma y Aimara. Verdaderamente me han encantado. El caso es que dicen que la una sin la otra no saben estar, porque son la única familia que tienen, ellas dos, sin padres ni hermanos. En resumen, que si no se quedan las dos, pues no pueden aceptar el trabajo.

— ¿Las has dejado solas con Julián? —obviedad de la que se dio cuenta, levantándose en el acto y dirigiéndose a la puerta camino del Salón de estar, seguido de Margaret.

— *¡Claro! ¡Você me assustou!*

Cuando llegaron, Julián reía respondiendo a las carantoñas de las dos hermanas, quienes levantaron la vista tras la extemporánea entrada del matrimonio. Se frenaron en el acto, ante aquella estampa de tranquilidad.

— Así que sois hermanas gemelas —dijo para dar un aire de normalidad— y no podéis vivir la una sin la otra. —dijo en portugués.

— *Sim senhor. Sempre juntas* —dijeron a dúo.

Andrés miró a Margaret.

— Tú decides —dijo.

Aquella noche, las dos hermanas durmieron en una habitación en la misma cama, hasta que se instalara otra cama más. A partir de aquel momento, formarían parte de aquella familia. Tenían 29 años.

Al día siguiente, Andrés no podía quitarse de la cabeza aquella imagen de los dos hombres siguiéndole. Llamó a su despacho a Joao, con quien cada día que pasaba tenía más confianza y a quien le comentaba cosas cada más personales.

— Quería comentarte una cosa, que espero quede entre nosotros. —le dijo a la vez que le invitaba a sentarse delante de él.

— Por supuesto, Andrés. —ambos se tuteaban a petición de Andrés, desde el mismo momento en que Joao entró en la empresa.

— Ayer me pareció ver que dos hombres me seguían cuando regresaba por la tarde a casa. Fue por casualidad, cuando me paré ante un escaparate y me fije en ellos por el reflejo en el cristal. Ya prevenido, estuve pendiente de ellos, y en efecto, estoy convencido de que me estaban siguiendo. ¿Tú crees que es posible, o son figuraciones mías?

— Pues no sería de extrañar. Y no sería ni la primera vez ni la última que ocurre una cosa así. Yo, me pondría en contacto con la policía y a ver que te dicen. Pero desde luego, no es cuestión de dejarlo estar.

— Esta tarde, voy a estar alerta por si los vuelvo a ver, y si es así, iré a la policía.

— ¿Quieres un consejo? Ve hoy mismo. Ahora ya.

— ¿Tan grave lo ves?

— Yo creo que más vale prevenir que curar. Desde luego, tal y como lo explicas, no creo que sean imaginaciones tuyas. Tal vez te estén siguiendo para saber tus movimientos y horarios. Desde luego, yo iría a la policía. ¿Quieres que llame a un conocido mío que trabaja en una Comisaría, a ver qué me dice?

— De acuerdo. Hazlo. Me has metido la preocupación en el cuerpo.

— Mejor así, te lo aseguro. —terminó Joao a la vez que se levantaba y abandonaba el despacho, camino del suyo para hacer la llamada.

Al rato volvió al despacho de Andrés para informarle que un Comisario iba a venir para hablar del tema.

Dos horas más tarde, se presentaba un Inspector de la Policía en las oficinas de *Transportes Bestué* y acompañado de Joao, fueron a ver a Andrés.

Este lo puso en antecedentes sobre lo que había observado el día anterior. El inspector, que también hablaba español por haber estado destinado en la embajada de Brasil en España, durante seis años, fue claro y contundente.

— No le quede la más mínima duda, Sr. Bestué, que usted ha sido seguido con el fin de tomar notas de sus movimientos. ¿Qué significa? Primero que usted ha transcendido en la Sociedad de Fortaleza, como persona solvente en lo económico, conocido como se conoce el auge de su empresa de transporte, y eso, que tal vez un ciudadano normal no repara, para el mundo del hampa, esta información es valiosa. Creo que están todavía en la fase de completar, digamos su expediente, en el que figurará sus desplazamientos, horas, dirección de su domicilio, de su empresa, teléfono, etc., y como es lógico, una evaluación sobre su capacidad económica. ¿Con qué fin? Pues evidentemente, porque en algún momento, puede ser objeto de un secuestro con petición de rescate.

Andrés escuchaba alucinado, no tanto las explicaciones del inspector, sino la normalidad y tranquilidad con que exponía aquellas razones. Parecía un profesor de Universidad explicando la lección a sus alumnos. Parecía todo ello de una normalidad que apenas debía de llamar la atención. Hubo un momento en el que

pensó que solo le faltaba al Inspector, admirar la finura y meticulosidad del trabajo realizado por aquellos extorsionistas.

— ¿Y la policía no hace nada al respecto? Quiero decir, acciones preventivas desarticulando estas bandas, no sé, algo —preguntó con un cierto aire de estar escandalizado.

— Lo hacemos de forma periódica. Pero es como regar en un desierto.

— Bueno, pero entonces, ¿yo que hago? ¿Cómo protejo a mi familia? —preguntó Andrés, mientras Joao permanecía callado, sintiendo un poco de vergüenza ajena por lo que sucedía en su país.

— Tengo que aclararle que todas esas bandas, no son bandas organizadas a gran nivel como podría ocurrir en los EEUU o en Colombia y Méjico con los grandes carteles de traficantes. En Brasil, son grupos poco organizados y que actúan en pequeños robos u acciones delictivas. Los secuestros, aunque se producen, son mínimos.

— ¿Y eso debería tranquilizarme? —pregunto completamente asombrado Andrés.

— No, claro que no. Tan solo hay que tomar algunas precauciones y con eso, es suficiente en la inmensa mayoría de los casos.

— ¿Puedo, entonces, comprarme una pistola? —preguntó.

— Yo no se lo aconsejaría. Además usted es extranjero y tendría dificultades legales para adquirir un arma. No, definitivamente esa no es la solución.

Andrés movió la cabeza.

— Entonces, ¿qué me aconsejaría usted, inspector?

— Vigilancia. Y si volviera usted a verlos de nuevo, en ese caso nos llama a nosotros y entonces estableceríamos una vigilancia discreta e interferiríamos a esos sujetos.

Andrés se levantó y los demás hicieron lo propio. Tras despedirse, Joao acompañó al inspector a la salida y luego volvió al despacho de Andrés.

— Tengo que decirte que siento vergüenza ajena, y por ello te pido perdón. —se adelantó a decir Joao.

— Si no lo veo y lo oigo, no me lo creo. Oye, una cosa, Joao. ¿Sería posible comprar una pistola en el mercado negro?

— ¿Una pistola? —repitió Joao, mostrando en su rostro una gran preocupación.

— Sí. Ya ves lo que ha dicho el inspector. Naturalmente, no quiero que tú intervengas en esto, no quiero comprometerte. Simplemente quería saber si lo ves factible.

— Factible, claro que sí. Ahora, yo desconozco como llegar a ese mercado.

— Cosa natural. No te preocupes. Olvídalo.

Pero Andrés no lo iba a olvidar. Se las apañaría para hacerse con una pistola. De momento, aquella tarde de camino hacia su casa, se mantuvo en alarma total. Y de aquellos individuos ni de otros sospechosos, ni rastro. A lo mejor el inspector tenía razón. Pero él estaría preparado.

Capítulo 6.
1954

Transportes Bestué, figuraba entre las principales Empresas de Transporte de Brasil. Con una flota de cerca de 100 camiones, dominaba por completo todo el transporte del Estado de Ceará. La expansión de la empresa, obligaba periódicamente a nuevas adquisiciones de todo tipo, no solo en la flota de camiones. Como la actividad desarrollada, ponía al descubierto necesidades perentorias relacionadas con ella, Andrés se dio cuenta de que si quería cerrar el círculo, tal vez debería contar con su propio espacio de almacenaje, para ofrecerlo a las Empresas, cuyas instalaciones en ocasiones no permitían grandes posibilidades de tener en sus propias instalaciones el producto almacenado.

Para ello, adquirió 100.000 metros cuadrados de terrenos, en los que construyó varios espacios dedicados a estacionar y almacenar diversidad de productos. Productos tan diversos como petróleo, gasolina, gasóleo, etanol, oxigeno, hierro, madera, grano tenían su propio espacio y contenedores apropiados para ellos, equipados con bombas de succión para carga y descarga. Todo un sistema de almacenaje, que permitía ofrecer a sus clientes unos servicios que los demás no tenían.

Todo aquel imperio crecía de forma paulatina y constante y por ello y debido a su creciente poderío económico, a su alrededor comenzaron a aparecer los políticos que querían su parte del pastel y que sin ellos, poco o nada se podía conseguir en un país que era casi tan grande como toda Europa. Enseguida comprendió, que sin aquellos corruptos, las posibilidades de expansión se limitaban enormemente. Con una sonrisa y un desparpajo sorprendente, te reclamaban directamente y sin tapujos su parte de aquella fiesta. Algunos, y eran los peores, no te decían cuánto. Pero debías procurar no quedarte corto. Otros, en cambio te susurraban el porcentaje y tan amigos. Se encontraba en la misma coyuntura en

la que se encontró en una ocasión en Francia. Se trataba de decidir qué hacer sobre algo que le repugnaba enormemente. Para crear riqueza y puestos de trabajo, había que sobornar a políticos y funcionarios o no se podía conseguir nada. Aquella lacra le pesaba en el alma, porque había aprendido a querer a su país de adopción y a sus gentes, sencillas, alegres y laboriosas, pero inmersas en el pozo del analfabetismo y la incultura, sin que una gran parte de la población supiera leer ni escribir, ante la indiferencia de sus gobernantes por la situación personal de su pueblo.

Pasados seis años desde su llegada a Brasil, la vida de Andrés se había normalizado absolutamente. Margaret se había mostrado como una mujer sencilla, amante de su casa, madre solícita y...seguía siendo terriblemente celosa. En ocasiones, cuando paseaban o iban de compras, o simplemente realizaban un viaje de vacaciones, Margaret iba atenta a la reacción de su marido cuando se cruzaban con—o había en el entorno cercano— una mujer. Si no le gustaba lo que veía, enseguida le reprochaba la mirada, el gesto o el pensamiento, si es que había tenido alguno. Seguía totalmente enamorada de su marido, a quien quería con locura.

De vez en cuando, en aquellos momentos en los que el matrimonio se encontraban en la tranquilidad del hogar, viendo la televisión o haciendo vida familiar, Margaret le preguntaba por sus años de juventud, encontrándose con una negativa total a ello, por parte de Andrés.

— Realmente no entiendo Andrés, tu negativa a hablar sobre tu vida desde que pasaste a Francia y el tiempo que estuviste allí. ¿Ocurrió algo que te atormenta o algo tan desagradable que no quieras hablar de ello? —le preguntaba, con voz dulce. — Y todavía no me has contado, las razones por las que nuestro hijo se llama Julián.

— No. Lo que sucede Margaret, es que durante la Guerra Civil española, sufrimos mucho en todos los sentidos y cuando pasé huyendo del franquismo a Francia, me encontré, en primer lugar, con que nuestros vecinos franceses nos metían en unos campos de concentración, donde todos estábamos hacinados, considerados como apestados y nos dejaban muy claro que éramos un problema. Imagina, que huyendo de la muerte, cuando esperas que te acojan con humanidad, te encuentras con que éramos un problema.

Luego, casi a continuación, estalló la Segunda Guerra mundial, y Alemania invadió la mitad de Francia, y la otra mitad, en la que me encontraba yo, oficialmente estaba bajo control francés del General Pétain, pero bajo la tutela alemana. No sé quiénes eran peor, si los *boches* o los colaboracionistas franceses.

— Comprendo que fue muy difícil. Pero no entiendo porque no quieres hablar de esos casi diez años de tu vida.

— Pues porque las cosas vividas que nos han producido dolor, las borramos de nuestras mentes y jamás las queremos traer a nuestra vida cotidiana. Y en cuanto a Julián, tan solo te diré que en esa época, un hombre llamado Julien, perdió su vida y a mí, a cambio, me la salvó. Julián hoy existe gracias al sacrificio de aquel hombre.

Margaret guardó silencio durante unos instantes, impresionada por la revelación

— Me has dicho muchas veces que los aragoneses sois tozudos. Eres el ejemplo perfecto. —le reprochó con cierto enfado.

— ¡No te quepa duda de que los aragoneses somos tozudos y cabezudos! ¡Y a mucha honra! —le contestó con una sonrisa.

— ¡No sé qué debes de tener tú escondido por ahí! ¡Espero que no sea una mujer! —dijo Margaret en tono de ofendida pero sonriendo también.

Y siempre ocurría lo mismo cuando le preguntaba. Para entonces, tanto Margaret como las gemelas Alma y Aimara, ya hablaban bastante bien el español y Andrés el portugués, hablándolo indistintamente, aunque lógicamente, predominaba el portugués.

El día 28 de diciembre, Julián cumplía cinco años. Sus padres organizaron una fiesta en su nueva casa, a las afueras de Fortaleza, una casa situada en el centro de un terreno, rodeada por jardines que a su vez quedaba encerrado por un muro de piedra con una altura de cerca de dos metros. Andrés no había olvidado la experiencia vivida aquel día cuando descubrió que estaba siendo seguido. Y tomaba sus precauciones.

Alma y Aimara, las gemelas, formaban parte de la familia como dos miembros más. A sus 34 años ejercían de hermanas mayores de Julián, quien las quería con locura, porque siempre las encontraba dispuestas a atender sus deseos cuando quería jugar,

salir de paseo o ir o venir del colegio, los días que no iba su madre a buscarlo. Cuando les tocaba ir a buscarlo, iban las dos juntas, porque así lo había ordenado un día Andrés.

A la fiesta habían asistido los amigos del matrimonio y los amigos de Julián del colegio. También había asistido Joao con su esposa y con sus dos hijos. Joao y Andrés habían hecho una gran amistad desde el día en que el segundo había pisado Fortaleza y el Banco de Brasil. Los dos matrimonios se reunían habitualmente e iban de vacaciones o excursiones con sus respectivos hijos. Joao se había mostrado como un eficiente ejecutivo de avispada mente, y conforme la Empresa había ido escalando puestos, él había ascendido de igual forma. Ahora era el Director Financiero de *Transportes Bestué*. En la actualidad, en las oficinas de la Empresa, trabajaban ya más de cincuenta empleados administrativos y doscientos trabajadores entre técnicos, conductores, mecánicos, estibadores, electricistas y otras clases de ocupaciones.

También asistía a la fiesta el Gobernador del Estado de Ceará, acompañado de su señora. En total se habían juntado en *Villa Margaret*, que así se conocía a aquella finca, unas cien personas.

En medio de la fiesta, una de las criadas, vino en busca de Andrés. Al parecer, un policía le estaba esperando en la entrada de la finca. Dio orden de que se le franqueara el paso y lo recibió en las escalinatas de la entrada a la casa.

Lo acompañó hasta el interior, ordenando que le trajeran un poco de vino dulce y un trozo de pastel.

— Es que estamos celebrando la fiesta del quinto cumpleaños de mi hijo —le explicó, recibiendo por ello las felicitaciones del policía que venía vestido de uniforme—. ¿Cuál es el motivo de su vista?

— En una redada que hicimos ayer en la periferia de Fortaleza, donde se realizaron varias detenciones, encontramos una carpeta donde se señalaban una serie de informaciones referentes a usted y a su familia. Hemos deducido que tal vez, estuvieran preparando algún tipo de acción contra ustedes y por ello, venía a informarles, con el fin de que extremaran las precauciones al máximo.

Andrés, volvió a tener la misma sensación que tuvo cuando hace años otro inspector le comentaba sobre los hombres que le seguían.

— ¿Pero en este país, la policía hace algo? —Pensó— ¿Tan solo saben avisar para que tú te soluciones la vida?

Terminó de escuchar las recomendaciones del policía, un tanto asqueado y al borde del enfado.

— Bien. Muchas gracias por la información y por habernos avisado. Ahora se lo comentaré al Gobernador del Estado, a ver que me aconseja— dijo con ánimo de asustar al policía, arrepintiéndose en el acto.

El policía acusó el golpe del comentario, y pareció querer continuar dando explicaciones, pero la mano tendida de Andrés le invitaba a dar por finalizada la conversación. Conforme se alejaba el policía, Andrés se sumió en sus pensamientos. En los últimos años, la criminalidad había aumentado en un país donde la pobreza se extendía como el gramen y la corrupción de los gobernantes cada día era mayor. Se acordó de su tierra, como lo hacía muchas veces, y sintió su añoranza con una gran fuerza. Algún día volvería a ella. Solo confiaba en que la vida le respetara un poco y permitiera que sus huesos volvieran a reposar a su Aragón natal.

Sus pensamientos volvieron de nuevo al presente. Aún resonaban las palabras del policía en su cabeza. Con paso lento, volvió al jardín donde seguía celebrándose la fiesta, ajenos a aquella visita. Se dirigió hacia el Gobernador, a quien le rogó que le acompañara, haciendo un aparte.

— Don Diego, Acabo de recibir la visita de un policía para decirme que en una redada habían encontrado unos documentos en los que figuraban datos de mi familia de todo tipo, personales, económicos, etc. y que venía a prevenirme, para que tomásemos precauciones. Francamente, me ha asustado.

— ¿Quieres que ordene que os pongan vigilancia en las inmediaciones de la casa? —dijo.

— No. Creo que dentro de esta fortaleza estamos seguros. Lo que me preocupa es que puedan atentar contra mi esposa o mi hijo, cuando van a la ciudad de compras o al colegio.

— Mañana me interesaré personalmente de este asunto. Te prometo que tomaré todas las medidas necesarias.

— Muchas gracias, don Diego. Realmente es una situación muy incómoda.

— Es muy comprensible, Andrés. Veré lo que se puede hacer. Déjalo en mis manos.

Capítulo 7.
1959-1964.

Todos los preparativos estaban a punto para acompañar a Julián a Nueva York. Aunque la decisión de Andrés de enviar a su hijo a la capital neoyorquina, era la de adquirir una mejor formación de cara al futuro, lo cual era cierto, subyacía otra muy poderosa. Quería evitarle los peligros que pudieran derivarse de las acciones de los grupos de desesperados que se dedicaban a asesinar, secuestrar y robar y que cada día aumentaba su número y actividad. Con todo el dolor de su corazón decidió enviarlo a *The Brearley School* de Nueva York, un prestigioso colegio.

Julián tenía 10 años y durante los cuatro últimos años, su padre le había puesto un profesor de inglés, con el fin de prepararlo para lo que tenía decidido. La idea era que permaneciera estudiando en aquel colegio hasta terminar el *Class XII*, es decir cuando contara 17 años, momento en que iría a la universidad.

Una vez que se despidieron de Alma y Aimara con abrazos y lloros y mil recomendaciones a Julián sobre alimentarse bien y cuidarse mucho, emprendieron el viaje a la ciudad norteamericana. Una vez que encontraron el lugar donde se alojaría durante el curso y hubieron visitado el colegio, del que quedaron totalmente impresionados, volvieron completamente satisfechos aunque entristecidos a Fortaleza.

Desde que Julián comenzó sus estudios en EEUU, sus visitas a Fortaleza se reducían a dos veces al año: para navidad y cuando terminaban los cursos. En cada ocasión, el recibimiento era festejado con una fiesta. Andrés procuraba despejar la agenda y encomendar las tareas a Joao, para poder dedicarse a su hijo en compensación a no poder hacerlo durante sus dilatadas ausencias. Alma y Aimara acogían cada visita con gran alegría, lo mismo que lloraban desconsoladamente cuando regresaba de nuevo a los Estados Unidos.

Mientras tanto, Andrés continuaba ampliando su negocio y acrecentando su fama de Empresario, a la vez que su fortuna. Sus frecuentes apariciones en la prensa brasileña junto a las autoridades y políticos que buscaban su amistad, indudablemente con ánimo lucrativo, hicieron de él un personaje importante dentro del mundo de los negocios. Joao, que se había destapado también como un hombre que veía negocio en todas las actividades, le sugirió la posibilidad de ampliar su campo de acción. Le propuso crear una empresa de Importación y Exportación. Según Joao, aquello era como una extensión a su capacidad de transportar por todo Brasil toda clase de mercancías.

La propuesta de su Director Financiero, comportaba el establecimiento de contactos con clientes y proveedores de todo el mundo. Además aquella nueva actividad le permitiría, pasado el tiempo, llevar a cabo su idea fija: volver a España. Decidió hacer caso a su amigo, e iniciaron los trámites para crear una nueva empresa, *Bestué Importações e Exportaçôes*. Comenzaron los primeros contactos con clientes y proveedores de países sudamericanos y de los Estados Unidos. Más tarde, y ese momento llegaría cuando Julián se incorporara a la Empresa una vez terminados sus estudios, acometería el proyecto a unir a los clientes y proveedores europeos a los que ya tenían.

En la noche del 31 de marzo de 1964, la radio comenzó a informar que se estaba produciendo un levantamiento militar contra el Presidente, Joao Goulart, iniciado por el general Olimpio Mourão Filho, jefe de la guarnición de Minas Gerais, dirigiéndose con sus tropas hacia Río de Janeiro, donde se encontraba la sede del Presidente de la República. La noticia causó un gran temor en toda la población.

Andrés había abandonado toda militancia política desde que salió de Francia, para imprimir un cambio de rumbo a su vida. Aquello implicaba que sus ideales políticos quedarían también aparcados, aunque siempre se considerara un hombre de izquierdas. Pero aunque esto era así, no dejaba de ser un hombre pragmático y muy informado sobre todas las cosas que podían afectar a los negocios, y una de esas cosas, era la política. Según se decía en todos los círculos, a los militares no les gustaba el actual Presidente, Joao Goulart, por considerarlo comunista y de ideas

muy izquierdistas, quienes ya habían logrado, en colaboración con las fuerzas políticas en el Congreso, mayoritariamente de derechas, crear un nuevo régimen parlamentarista, de forma que cuando accedió a la presidencia, tras la dimisión de Jãnio Quadros en 1961, su poder quedaba muy limitado, arrebatando al presidente algunas competencias, de forma que todos sus actos deberían ser refrendados por el Primer Ministro, cargo de nueva creación. Se daba paso a una democracia parlamentaria. Sin embargo, tras un referéndum en 1963, los brasileños decidieron que había que volver al Presidencialismo, con lo que Goulart, recuperó todos los poderes.

En opinión de Andrés, Goulart era un hombre bastante decente que se preocupaba por impulsar las llamadas Reformas de Base, en las que se prevenían la reforma agraria, tributaria, administrativa, bancaria, educación, la nacionalización de empresas extranjeras y la aplicación de la Ley de Control de Remesas para controlar el envío de intereses a las matrices de empresas extranjeras. Impulsó el Estatuto del Trabajador Rural, por el que los trabajadores del campo pasaban a tener los mismos derechos de los trabajadores urbanos. El gobierno tenía apoyo de los sindicatos, de la Confederación General de los Trabajadores - CGT - y de los comunistas y socialistas. Al otro lado, se oponían a las Reformas grupos de empresarios, grandes propietarios rurales, militares y sectores de la clase media. En el Congreso el presidente encontraba fuerte oposición de la Unión Democrática Nacional (UDN) y del Partido Social Demócrata (PSD).

Durante los siguientes días, los medios de comunicación eran un hervidero de noticias y rumores, en ocasiones contradictorios. Sin embargo, todos los actores del drama, estaban de acuerdo en una cosa: no querían que los brasileños se enfrentasen entre sí. Finalmente, el día 4, Goulart se exilió a Uruguay. Poco después, los militares daban por acabada la asonada y tomaban el poder en la sombra, haciendo que el Congreso eligiera bajo presión al general Humberto de Alencar Castelo Branco, sustituyendo a Ranieri Mazilli, elegido provisionalmente. La prensa se congratuló mayoritariamente por esta noticia diciendo que con aquella intervención salvadora del ejército, habían evitado que Goulart crease un gobierno similar a los que había en la Unión Soviética o en la República Popular China. Andrés no pudo evitar,

sonreír al leer aquello, recordando viejos tiempos en su España querida.

En junio, Julián regresó una vez terminado el curso perteneciente a la *Class X*. Le quedaban por cursar dos años más de formación superior, para seguidamente entrar en la universidad. Sus notas, al igual que en los cursos precedentes habían sido excelentes, rozando el sobresaliente.

Aquel año, la fiesta de recepción fue muy especial, con motivo de cumplir 15 años. Asistieron sus antiguos amigos de colegio de Fortaleza, con los que mantenía relación de amistad y seguía carteándose con ellos. En esta ocasión, vino acompañado de dos amigos del colegio, un norteamericano y un español. El recibimiento fue el acostumbrado.

Para Andrés, aquel año le produjo otras sensaciones bien diferentes de las de los otros años anteriores. En esta ocasión, notó cómo la voz de Julián cambiaba y se parecía ya a la de un hombre, por lo que comenzó a verlo como la persona que seguiría sus pasos en la empresa y le parecía que por su forma de pensar y la consistencia de sus opiniones, ya estaba capacitado para ir introduciéndolo en los entresijos del imperio económico que estaba formando.

Cuando de forma discreta lo observaba, inevitablemente venía a su mente la imagen de su padre, por el extraordinario parecido de Julián a su abuelo, junto a recuerdos de cuando él tenía su misma edad, y recorría las calles de su Zaragoza con sus amigos, o se iba a jugar al fútbol al campo de Torrero, recordando como si fuera ahora, como, allá por 1923, asistió junto con sus amigos a la inauguración oficial del campo, con un partido entre el Iberia y Osasuna, que ganaron los navarros por 4-1, o recorrían sin cansarse los campos que por entonces rodeaban a la ciudad aragonesa. Recordaba también las regañinas de su madre y el *déjalo estar* de su padre cuando oía a su mujer reñirle. Su nostalgia crecía al mismo ritmo que crecía su hijo. Y su deseo se reforzaba y siempre llegaba a la misma conclusión: el regreso está más cerca.

Fue especialmente ilusionante para Andrés la presencia de Carlos Vivas, un amigo de su hijo, español, y que había aceptado pasar unos días con ellos en su casa de Fortaleza. El otro, el norteamericano, David Scott-Williams, apenas entendía el español,

y Julián le hacía de traductor en un inglés perfecto, lo que llenaba de orgullo a Andrés, ver como su hijo se desenvolvía con naturalidad entre la gente.

Los cuatro se hallaban sentados alrededor de una mesa en el interior de un Cenador situado en el jardín. Conversaban sobre sus experiencias en el centro donde estudiaban y lo ponían al día de las anécdotas y sucesos ocurridos a ellos y a sus compañeros. Naturalmente, Andrés conversaba con Carlos, preferentemente sobre la situación de España. El muchacho, perteneciente a una familia madrileña de Empresarios de la industria del acero, parecía muy versado en la situación económica de España.

— ¿Y cómo van las cosas por España? —le preguntó.

— Muy bien. Recientemente se ha promovido el Plan Nacional de Estabilización Económica, por el que se dan por acabadas las regulaciones y restricciones que había con motivo de la Guerra Civil, y según dice mi padre, ahora va a comenzar a expandirse la economía española como la espuma y nos esperan años de un gran crecimiento.

— Me alegra oír eso. Tengo entendido que para Diciembre, tiene prevista visitar España, el presidente Eisenhower, invitado por —estuvo a punto de decir el dictador— el General Franco —a Andrés se le movió el estómago al pronunciar el nombre del dictador.

— Así es. Es la confirmación de la alianza entre Estados Unidos y España. Según parece, para los americanos, Franco es el único socio seguro en toda Europa contra los comunistas.

Andrés, sintió una punzada en el estómago. Estaba hablando con un muchacho de 15 o 16 años, y lo último que hubiera esperado es que se manifestara de aquella manera. Sin embargo, en el fondo se alegró de que España, comenzara a surgir del abismo en la que se había sumergido con la guerra civil. Pero sentía que aún faltaba mucho camino por recorrer en materia de derechos civiles. Con Franco en el poder, poco o nada de ese camino se podría hacer.

Margaret, se acercó a la mesa donde se encontraban los cuatro charlando y se sumó al grupo, con ánimo de participar y enterarse por sus amigos sobre el comportamiento de su hijo. Naturalmente, se produjeron las protestas de Julián, por el

interrogatorio al que sometió a los pobres amigos, quienes procuraban dejarlo lo mejor posible.

En aquellas vacaciones, Andrés charló largo y tendido con Julián sobre muchas cosas. Lo puso en antecedentes de sus proyectos de ampliar la actividad empresarial al mundo de la Exportación/Importación, que de alguna manera se complementaba con la otra actividad del transporte. Julián escuchaba sin decir nada, asimilando cuanto le decía su padre. Le conminaba a prepararse a conciencia para cuando llegara el momento de hacerse con el mando y control de toda aquella actividad.

De vez en cuando, aprovechando los largos paseos, les acompañaba Margaret, poniendo un contrapeso a las conversaciones de padre e hijo, con otras de madre e hijo, diametralmente opuestas a las anteriores. Su interés se centraba más en los aspectos de alimentación y salud y sobre todo, si había alguna chica en el horizonte que le hiciera *tilín*. Julián negaba con firmeza, lo que producía en su madre una sonrisa y un comentario.

— ¡Hola, hola! —Solía decir cuando detectaba gato encerrado— ¡Aquí me parece que a *júnior* le hace ojitos alguna señorita! —lo que provocaba la reacción de Julián, y ésta a su vez, la risa de sus padres.

Capítulo 8.
1966.

Aquella mañana de enero de 1966, Margaret se dirigía hacia el Centro de Estética donde habitualmente se sometía a un tratamiento de piel, masajes y corte de pelo y donde normalmente pasaba completamente el día. Había calculado que sobre las diez de la mañana haría su entrada en el establecimiento, donde como siempre, sería recibida por Gloria, la encargada de recibir y dirigir todas las actividades del Centro.

Saúde e Beleza era el Centro de Estética de moda en Fortaleza y tenía una gran aceptación entre las clases altas de la ciudad, siendo muy común que un grupo de amigas quedaran para un día y hora determinados y juntarse allí, donde además de conversar y ponerse al día de todo lo ocurrido en la *Jet set*, comían juntas y pasaban el día, a decir de todas, en franca y maravillosa convivencia, mientras las empleadas del Centro, las ponían guapas y remozadas y trataban de esconder los *ligeros,* según ellas*,* estragos del paso del tiempo.

Al menos esos eran sus planes y que no coincidían con los de los ocupantes del coche que la seguían desde que había salido del *parking* donde había aparcado el coche para dirigirse al Centro de belleza. En realidad, la habían venido siguiendo desde que abandonó la fortaleza de su casa camino de éste. Cuando apenas había recorrido, cuarenta metros, se desataron los acontecimientos. El coche se puso a su altura, las puertas traseras se abrieron y dos individuos que aparecieron de repente la empujaron al interior del coche que arrancó con gran estrépito de chirriados de las ruedas y desapareció de la vista de las dos personas que a cierta distancia habían sido testigos de aquella acción, indudablemente, un secuestro. Apenas cinco segundos había durado todo.

Una vez dentro, el que estaba dentro, le puso un paño impregnado en cloroformo, de forma que le cubría la boca y la

nariz. A los pocos instantes, notaron como el cuerpo de Margaret quedaba laso y sin fuerzas: había perdido el conocimiento. La colocaron de forma que pareciera que estaba sentada con normalidad entre los dos hombres que tenía a cada lado, procurando simular que iba dormida.

Se dirigieron hacia las afueras de la ciudad y a pocos kilómetros de ella, tomaron un camino que terminaba en una especie de chabola. En su interior, una mujer, al oír llegar un vehículo, miró por la ventana para cerciorarse si los que se acercaban eran los que estaba esperando. Cuando comprobó que así era y que el coche que llegaba era un Ford de color azul, se dispuso a retirar a un lado un arcón y una alfombra, dejando al descubierto una puerta en suelo que comunicaba con un zulo.

Para cuando los dos hombres entraron llevando el cuerpo desmayado de Margaret, llevándola uno de los pies y el otro de las axilas, tenían el camino expedito hasta la trampilla. La mujer ayudó a cambiar de posición el exánime cuerpo, poniéndolo de pie, de forma que uno de aquellos, bajó por la trampilla mientras el otro y la mujer llevaban a Margaret de un brazo cada uno, cogida de la cintura y la descolgaban por la abertura del zulo, siendo recogida por el que estaba abajo, quien la depositó sobre un catre que había preparado. Luego subió por la escalera y cerraron el portillón, dejando la luz encendida.

Cuando Margaret recuperó el conocimiento, se encontró en un pequeño espacio iluminado por una bombilla. Miró a su alrededor y vio el escueto mobiliario, sin dejar de reparar en el curioso orinal que le habían dejado en una esquina. Se incorporó y al hacerlo oyó un ruido sordo que salía del colchón. Su interior debía de estar relleno de hojas secas de los maizales, típicas de los colchones que en las antiguas explotaciones se ponían en las camas de los trabajadores. No era ese el mayor de sus problemas. Ni siquiera era un problema. Sobre el colchón una sábana blanca, al parecer limpia y aseada.

El lugar tenía una superficie de 2 x 3 metros y una altura de casi dos metros. Margaret dedujo por la puerta situada en el techo y la escalera que había debajo de ella, que se trataba sin duda de un zulo excavado. Una bombilla iluminaba la estancia que lógicamente no tenía ventanas aunque un agujero situado en la parte superior

comunicaba con el exterior suministrando el aire necesario. Completaba el interior, además del camastro, un orinal, situado al lado de la cama, en un rincón.

La Margaret dueña de sí surgió en aquellos momentos. Se dijo que no había que caer en el desánimo ni dejarse llevar por la desesperación. Los acontecimientos vendría por si solos, y allí metida, poco o nada podía hacer para evitarlos o crearlos. Enseguida se dio cuenta de que su mayor tesoro lo tenía en la muñeca: su reloj que sus secuestradores no le habían quitado. Con él, podría controlar el tiempo, cosa que según había leído, el no saber si era de día o de noche, afectaba enormemente a las personas que se veían en la misma situación que ella. Decidió esconderlo por si más tarde caían en la cuenta de que no lo habían hecho. Con habilidad, descosió un poco del doble del pantalón y lo metió allí, confiando en que no la cachearan, aunque si no lo había hecho ya, creía que ya no lo harían. Pensó en los momentos de su secuestro. Tenía las ideas borrosas. Tan solo sintió que alguien por detrás la empujaba hacia un vehículo que de repente se encontraba a su lado. Luego, recordaba un cierto forcejeo, y a continuación nada más. Un cierto regusto y desagradable en la boca, y una cierta sensación de dolor de cabeza.

De pronto oyó un ruido procedente de la parte superior, como si hubieran movido un mueble. A los pocos instantes, la puerta se abrió y se llevó un susto mayúsculo cuando por aquella escaleras bajaron dos personajes encapuchados y cubiertos con dos vestiduras talares que les cubrían totalmente. Al verla ya incorporada, fueron directamente al asunto.

— Você não deve temer nada, senhora. Nós não faremos nenhum mal a você, a menos, é claro, que seu marido se recuse a pagar um resgate por você. [11] —dijo uno de ellos con voz calmada.

— ¡Não me machuque. Meu marido lhes dará o que eles pedem! [12] —rogó Margaret.

— Não se preocupe senhora. Nós já dissemos a ele que não faremos nada com ele. Agora você deve se acalmar e seguir nossas

[11] No debe temer nada, señora. No le vamos a hacer ningún daño, a menos, claro está que su marido se niegue a pagar un rescate por usted.

[12] ¡No me hagan daño. Mi esposo les dará lo que pidan!

instruções ao pé da letra. Se assim for, tudo ficará bem. [13] —continuó el hombre de la voz calmada— *Agora você deve ir para a cama e ficar calmo. Vamos deixar a luz acesa. Vamos enviar uma nota para o seu marido e quando ele nos pagar, vamos liberá-lo sem nenhum dano.* [14]

— *¡Eu farei o que eles me disserem!* [15] —rogó completamente asustada.

— *Agora você vai escrever um bilhete para o seu marido e nós o enviaremos ao seu marido junto com o nosso. E isso e tudo.* [16] —terminó aquel hombre, mientras que el otro le tendía un papel y un lapicero junto con un cartón para que apoyara el papel y escribiera.

Margaret lo tomó con manos temblorosas y durante unos segundos estuvo vacilando. Luego comenzó a escribir y se equivocó, tachando instintivamente. Ella levantó su vista hacia los dos hombres rogándoles otro papel. Ellos se limitaron a hacerle un gesto con las manos indicándole que no importaba y que siguiera escribiendo. Cuando terminó de escribir, les entrego el escrito. Ellos lo leyeron y les pareció bien.

— *Tudo bem* —dijo el hombre que había hablado.

Una vez dicho eso, abandonaron el zulo ascendiendo por la escalera. Luego Margaret vio cómo se cerraba de nuevo la puerta del techo y quedaba allí sola con su horror. Notó también como corrían algo y lo colocaban encima de aquella abertura. Afortunadamente, y como ellos habían dicho, no le apagaron la luz, por lo que le dio gracias a Dios. Conteniendo la respiración, intentó captar algún sonido o ruido procedente de allí arriba. Nada. Silencio absoluto. Pensó que la habían abandonado en algún lugar, que por sus cálculos, no debía de estar muy lejos de Fortaleza, pues

---

[13] No se preocupe señora. Ya le hemos dicho que no le vamos a hacer nada. Ahora debe tranquilizarse y seguir nuestras instrucciones al pie de la letra. Si es así, todo saldrá bien.

[14] Ahora se debe acostar y quedar tranquila. Dejaremos la luz encendida. Enviaremos una nota a su marido y cuando nos pague, la liberaremos sin daño alguno.

[15] ¡Haré lo que me digan!

[16] Ahora va usted a escribir una nota para su marido y se la mandaremos a su marido junto con la nuestra. Y eso es todo.

al mirar su reloj, tan solo habían pasado 90 minutos desde que la secuestraron a escasos pasos del Centro de Estética.

Cuando Andrés llegó a su casa por la tarde, se encontró con que Alma y Aimara estaban muy nerviosas, porque Margaret no había llegado todavía a casa.

— ¿Pero no era hoy cuando tenían sesión de belleza con las amigas?

— Sí. Pero nunca tarda tanto en regresar. A estas horas ya haría dos que habría llegado. —dijeron a dúo.

— Tal vez se haya retrasado por alguna razón o no sé, habrán ido a un lugar a seguir con sus reunión y se les habrá pasado la hora. —las trató de calmar a la vez que cogía el correo de la bandeja donde se depositaba la correspondencia.

— No lo creo —dijo Aimara— porque a mí me ha dicho que iba a venir para preparar no sé qué menú para no sé qué día.

— Me imagino que para el sábado, porque vendrán a cenar Joao y su esposa —dijo distraídamente mientras repasaba el correo.

Entre sus manos, un sobre grande que no tenía remitente y venía dirigido a Andrés Bestué, sin dirección alguna. El corazón le dio un vuelco.

— ¿Quien ha traído este sobre? —les pregunto a las gemelas.

— No sabemos. Lo hemos recogido del buzón, como todos los días. —dijo Aimara.

Andrés dejo el resto de cartas sobre la mesa y con el corazón acelerado y manos temblorosas procedió a abrir el sobre, sacando de él su contenido. Lo primero que pudo ver, fue una nota con tachones, donde reconoció la letra de Margaret. Alma y Aimara se dieron cuenta de que algo pasaba, cuando vieron como Andrés tomaba asiento, y exclamaba un juramento. Las dos comenzaron a llorar, abrazadas.

Andrés, leyó la nota de Margaret.

Querido: No quiero que te preocupes. En estos momentos estoy bien. Unos ~~secuestradores~~ desconocidos me retienen contra mi voluntad. Pido a Dios que podamos vernos pronto y tengamos una hora corta. Margaret.

Luego, tomó la carta que le acompañaba.

Senhor.
Em breve entraremos em contato para informar onde você terá que entregar 5.000.000 cruzeiros e em troca liberaremos sua esposa sã e salva. [17]

— ¿Qué es lo que pasa? —suplicaron las gemelas.

— Margaret ha sido secuestrada. Está bien y a cambio de soltarla piden 5 millones de cruzeiros.

— ¡Cinco millones de cruzeiros! —Exclamaron las dos, escandalizadas— ¿pero tenemos esa cantidad? —preguntaron mirando a Andrés, a quien no le pasó desapercibido el *tenemos* de las gemelas, agradeciéndoles de corazón su desazón.

— Tranquilizáos. Eso no será un problema. No debéis de preocuparos. Y ahora, os rogaría que me dejarais solo. He de hacer bastantes llamadas.

Alma y Aimara salieron de la habitación, camino de la cocina. Iban llorando desconsoladamente.

Andrés cogió el teléfono y llamo directamente a Joao a quien informó sucintamente, rogándole que viniera a su casa. Media hora más tarde, se presentaba acompañado de su esposa. Después de examinar las dos notas, decidieron llamar a la policía.

Andrés estaba bajo una fuerte tensión.

— ¡Este país está podrido y corrupto! —Exclamó— ¡Así no hay manera de prosperar! Perdonadme ambos —dijo dirigiéndose a Joao y a su esposa Victoria— que hable así de vuestro país. ¿Cómo es posible que todos estos grupos campen a sus anchas y asesinen y secuestren a la gente de forma impune y sin aparente acción policial? ¿A dónde vamos a ir a parar? —se lamentaba ante la mirada entristecida de Joao y su esposa.

— Estás perdonado. Nosotros también sentimos vergüenza ajena porque se produzcan este tipo de actos criminales y cobardes —dijo Joao—. Por cierto, hay una frase en la nota de Margaret que me ha llamado la atención.

---

[17] Señor. Próximamente nos pondremos en contacto con usted para indicarle donde nos deberá entregar 5.000.000 de cruzeiros y a cambio liberaremos a su esposa sana y salva.

— A mí también me ha extrañado, cuando se refiere a *una hora corta*. Normalmente eso se suele decir de las mujeres cuando van a parir y en situaciones desagradables en las que se desea no se alarguen mucho. Pero creo que nos quiere decir algo con eso. En el contexto de la carta no parece tener sentido.

Alma entró en el salón portando unas tazas y una cafetera humeante. Venía llorando y Victoria enseguida la abrazó tratando de animarla diciéndole que todo se iba a arreglar.

Mientras tomaban café, llegó la policía. El inspector Enrique Setúbal, se hizo cargo de las cartas, poniéndose antes unos guantes. Tanto Andrés como Joao, le dijeron que ellos las habían tocado también. El inspector hizo un mohín de incomodidad. Ordenó que les tomaran las huellas, para descartarlas de las que encontraran.

Le hicieron mención de su comentario sobre la *hora corta*. El inspector también fue de la opinión de que podría tratarse de una pista en la que quisiera indicar que el trayecto les habría ocupado alrededor de una hora, lo cual podía ser importante a la hora de establecer un perímetro de búsqueda.

— *¿O que você planeja fazer?* [18] —preguntó el inspector, dirigiéndose a Andrés, quien mostró claramente su desconcierto ante la pregunta.

— ¿Cómo que… —comenzó a decir pero antes de manifestar su enfado vio la cara de Joao quien le desaconsejaba la reacción que ya había adivinado.— ¡Pues pagar, naturalmente! ¿Me sugiere usted alguna otra cosa que pueda hacer? —echando fuego por los ojos.

— *Nestes casos, é a maneira mais rápida e segura de resolvê-los. Então, com o refém seguro, a polícia tem mãos livres para agir. Nestes casos, a prioridade é a segurança do refém.* — dijo el inspector sin darse por aludido y como quien aconseja a un viajero, coger un camino con preferencia de otro, porque las vistas eran mejores aunque fuera más largo— *¿Você consegue esse valor sem problemas?* [19]—remató.

---

[18] ¿Qué piensa hacer?

[19] En estos casos, es la forma más rápida y segura de resolverlos. Luego, con el rehén a salvo, la policía tenemos manos libres para actuar. En estos casos la prioridad es la seguridad del rehén. ¿Puede conseguir esa cantidad sin problemas?

Andrés miró a Joao, quien también mostraba su enfado en la cara. Aquel inspector, era un insolente además de tener la sensibilidad de una piedra de mármol.

— El dinero no será problema —dijo Andrés quien no pudo evitar apostillar— Si eso es lo que le preocupa, Inspector.

Este llamó por teléfono a la comisaría para que viniera una unidad de escucha y seguimiento, para instalar en el domicilio de Andrés un sistema de rastreo y escucha además de poder grabar todas las conversaciones que se produjeran entre Andrés y los secuestradores.

Aquella noche, no pudieron descansar. Joao y su esposa, decidieron quedarse para acompañar a Andrés porque no querían dejarlo solo ante tan terrible situación.

Capítulo 9.
1966.

Desde las ocho de la mañana estaban todos atentos al teléfono que la policía había instalado en el Salón. Las horas iban pasando horrorosamente lentas y la llamada no se producía. Alma y Aimara iban reponiendo cada poco las bandejas con bocadillos, café y frutas, con las que los policías que estaban al cargo de aquel operativo se iban sirviendo.

El teléfono sonó varias veces. Una de ellas procedía del Palacio del Gobernador, para interesarse por la marcha del operativo y asegurarle que iba a poner cuantos recursos fueran necesarios, para rescatar a Margaret, a la vez de decirle que no iba a dejar un comunista vivo, pues directamente los acusaba de estar detrás del secuestro. Hizo que le pasara al Inspector con el que mantuvo una breve conversación.

— Otro fascista corrupto e inepto —pensó—, recordando la aportación que de vez en cuando le pedía para la Asociación de Huérfanos de Miembros de las Fuerzas Armadas, que era por todo el mundo conocido que era su tapadera para cobrar *mordidas*.

Sobre las doce, sonó de nuevo el teléfono. Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo en aquel momento y tomó su puesto. Falsa alarma, pues la llamada era de la oficina de Andrés. Este tomó el teléfono para atender al empleado que le llamaba. Escuchó durante unos minutos.

— No se preocupe, Martina. Yo les explicaré personalmente, en cuanto todo esto termine. Por favor, agradezca a todos su interés de mi parte. —y colgó.

Los que estaban presentes, escucharon sorprendidos la conversación.

— Los secuestradores han llamado a mi oficina y han preguntado por mi Secretaria a quien le han ordenado que me comunicara lo que iban a decirle. Ella no sabía nada de todo esto,

así que pensó que se trataba de una broma. Sin embargo, la insistencia de aquel hombre, la convenció de que todo iba en serio. El que llamaba le ha dicho que esta tarde debo llevar el importe del rescate solicitado en una cartera y llevarla a la Avenida de América. A la altura del número 342, se encontrará aparcada una furgoneta negra con las ventanas del conductor abiertas. Deberé echar la cartera dentro de la cabina y luego sin más, regresar a casa. Una vez comprobado que todo ha ido bien y sin incidentes, soltaran a Margaret.

— *¿E a que horas você deve fazer a transferência?*— preguntó el inspector.

— A las seis en punto.

— *¿Você não deu mais instruções?* [20]—reiteró el inspector.

Andrés se puso en pie como movido por un resorte.

— ¿Más instrucciones, dice? ¡Claro que sí, inspector! ¡Que no quería ver a ningún policía a un kilómetro a la redonda de la furgoneta! ¡Y yo tampoco! ¿Se entera inspector?

El silencio se hizo dueño del salón. Los policías miraban al inspector para ver su reacción. Este se mantuvo impertérrito, sin mover un músculo.

— *Vou providenciar para que a van seja monitorada remotamente. Eu prometo a você que você não verá um único policial a dois quilômetros de distância. Nem mesmo os municipais.* [21]

Andrés y Joao, hicieron una serie de llamadas al Banco. Sin pérdida de tiempo, Joao salió para recoger el dinero que ya estaría preparado en el *Banco de Brasil*, siguiendo las órdenes que se habían cursado. El dinero lo metieron en una bolsa de lona, listo para ser llevado al lugar indicado por los secuestradores. El inspector Setúbal, revisó la bolsa y contó los paquetes de billetes para comprobar la cifra, maravillándose sobre el volumen que representaban los cinco millones de *cruzeiros*. Una vez dado su visto bueno, entregó la bolsa a Andrés.

---

[20] ¿No le ha dado más instrucciones?

[21] Ordenaré que se vigile a distancia esa furgoneta. Le prometo que no verá un solo policía a dos kilómetros a la redonda. Ni siquiera los municipales.

— ¿No pensará usted que voy a entregar menos dinero del que han pedido, no? —dijo éste con voz y rostro alterados.

Iba a continuar lanzándole comentarios hirientes, pero se contuvo a tiempo. Aquel tipo no le gustaba absolutamente nada.

— *É o que diz o protocolo, Sr. Bestué. Temos que verificar tudo. É pura rotina.* —contestó el inspector.

Cuando se hizo la hora, Andrés salió con su coche camino de la Avenida de América. En el lado del conductor llevaba la bolsa. Por el camino observó que no se había cruzado con ningún coche de la policía y ya en las inmediaciones de la Avenida, comprobó la ausencia de la policía que solía vigilar y dirigir el tráfico. El inspector aparentemente había cumplido su palabra y había retirado toda presencia policial de la zona.

Faltaban todavía veinte minutos, por lo que decidió pasar una primera vez por delante de la furgoneta y luego dar la vuelta completa, detenerse y realizar la entrega. Llegando ya a la altura del número 340 vio por delante de él la furgoneta negra, que efectivamente, tenía las ventanas bajadas. No vio a nadie en su interior ni nadie en sus cercanías. Continuó su camino hasta la rotonda siguiente para volver por el otro lado hasta la otra rotonda y volver por donde iba ahora. Pasaba un minuto, cuando aparcó detrás de la furgoneta. Bajó del coche con naturalidad llevando la bolsa en la mano derecha. Mirando de reojo en todas las direcciones tratando de ver algo, se aproximó hasta la ventanilla del conductor y miró dentro, comprobando que allí no había nadie.

— ¿Margaret? —dijo sin poder evitarlo.

No recibió respuesta alguna y procedió a tirar la cartera al interior de la furgoneta cayendo en el asiento del acompañante. Una vez realizada la entrega subió a su coche y regresó hacia su casa, a esperar que los secuestradores le comunicaran la liberación de su esposa.

Cuando regresó a Villa Margaret, el inspector Setúbal no estaba presente. Sus compañeros le contaron que estaba dirigiendo el operativo de vigilancia, lo que le puso los pelos de punta. El subinspector que estaba al mando de aquellos hombres, le preguntó cómo había ido la cosa y si había tenido algún incidente. Le contó todo lo que había ocurrido, es decir, ninguna incidencia, y que por lo que pudo observar, la furgoneta estaba vacía, y que se había

limitado a tirar sobre los asientos delanteros la cartera con el dinero.

Una vez, rendido el informe al policía, se reunió en la cocina con las gemelas, junto con Joao y su esposa, quienes aguardaban su regreso con una gran tensión, a punto del ataque de nervios.

— No sé —comentaba Andrés— pero hay algo que no me cuadra. ¿No os parece un poco raro este método de entrega? Una furgoneta a la vista de todos. Esta gente no puede ser tan simple como para ignorar que la policía no la tenga vigilada desde el momento en que nos han llamado esta mañana. Hay gato encerrado, seguro.

A las diez de la noche, todo el mundo andaba intranquilo, y el que más Andrés. Habían pasado ya cuatro horas desde que había tirado la cartera en el interior de la furgoneta y todavía no habían dado señales de vida los secuestradores. Media hora más tarde, regresaba el inspector Setúbal, con cara de pocos amigos. Con la ansiedad en el rostro, Andrés esperó a que el inspector comenzara a explicarle.

— *A operação continua a mesma. Continuamos a manter a vigilância na van e até agora, ninguém se aproximou dela para recolher o dinheiro, por isso estamos em estreita vigilância, à espera da presença de criminosos.* [22]

— ¿Están seguros de que nadie se ha acercado a la furgoneta? —preguntó Andrés, haciendo que el inspector torciera el gesto.

— *Claro que não, Senhor Bestué. Nós temos a van guardada em todos os quatro lados.*

— ¿Y su camuflaje es lo suficientemente competente como para asegurar que los secuestradores no han detectado su presencia? —preguntó Andrés, con el miedo atenazándole el corazón.

— *Posso assegurar-lhe isso, Sr. Bestué.*—contestó con aire ofendido el inspector.

---

[22] El operativo sigue igual. Seguimos manteniendo la vigilancia sobre la furgoneta y hasta este momento, nadie se ha acercado a ella a recoger el dinero, por lo que estamos en tensa vigilancia, a la espera de la presencia de los criminales.

— Pues si quiere mi opinión, aquí hay gato encerrado. —dijo Andrés.

— *¿O que você quer dizer exatamente?*—respondió Setúbal retardando y remarcando las palabras, creando una gran tensión a todos los presentes.

— Pues que me da la sensación que de algún medio se han servido para recuperar la bolsa con el dinero —El inspector y todos los presentes pusieron cara de desconcierto—. No me extrañaría nada que si se llegan hasta la furgoneta, la cartera ya no estará. —dijo Andrés, sembrando una gran confusión en la cabeza del inspector, quien ante aquel razonamiento que no le pareció absurdo, se encontraba ante la disyuntiva de ordenar el asalto de la furgoneta y en caso de que el dinero estuviera allí, malograr la operación al descubrirse todo.

— *Nós vamos esperar até 11. Então vamos para a van*. [23]— dijo, a la vez que por teléfono daba las oportunas órdenes a los hombres del operativo.

Alma y Aimara, sirvieron la enésima cafetera y bandeja de bocadillos. Andrés, sentado en un sillón, junto a Joao y su esposa, aguardaban cada vez más nerviosos la llegada de alguna noticia, mientras observaban a aquellos hombres como tomaban café o devoraban los bocadillos.

A las once y dos minutos, sonó el teléfono que cogió el inspector, quien estuvo dos minutos escuchando sin decir nada. Luego colgó y con cara de abatimiento, se dirigió a Andrés.

— *Com certeza, quando meus homens embarcaram na van, não havia nada dentro. Estava completamente vazio.* —Andrés cogió su cabeza entre sus manos, completamente abatido. Joao y su esposa, uno a cada lado de él, apoyaron sus manos sobre sus hombros.

— *No momento, eles estão movendo a van para analisá-lo nas instalações da polícia.* —continuó explicando el inspector, esta vez con voz de derrota.

La noche iba a ser larga. Sobre las dos de la mañana, se presentó el subinspector en Villa Margaret. Traía el informe emitido por los técnicos una vez revisada la furgoneta. En ese informe se decía que no se habían encontrado huellas y que tras un

[23] Esperaremos hasta las 11. Luego nos acercaremos a la furgoneta

profundo análisis, habían descubierto que el fondo de la furgoneta se podía desplazar, de forma que desde el suelo se podía acceder al interior de la misma. Una vez personados en el lugar donde los secuestradores dejaron estacionada la furgoneta, comprobaron que debajo de ella había una boca de alcantarillado, de donde deducían que los criminales accedieron por el alcantarillado al bajo del coche, abrieron la apertura del fondo, accedieron a la furgoneta, tomaron la bolsa con el dinero y escaparon por el mismo lugar, una vez colocada de nuevo la trampilla y la tapa de la alcantarilla en su sitio.

Andrés se levantó sin decir nada. Simple y brillante. Se habían burlado de la policía a conciencia. Eso, si quería pensar bien. Al menos, del suceso sacaba una consecuencia medio positiva: los secuestradores tenían el dinero y ahora confiaba en que liberaran a Margaret sin daño alguno. Dedujo que lo harían cuando se consideraran seguros. Imaginaba también que podrían pasar algunos días para hacerlo. Solo deseaba que todo saliera bien.

Mientras andaba en silencio paseando por el jardín, le vino, de repente, Julián a la mente. No había querido preocuparle con una noticia tan terrible, máxime si todo se podía solucionar con dinero, como parecía el caso. Esperaba que todo acabara en un susto y no tuviera que alarmarlo con noticias peores. Y como siempre le ocurría cuando pasaban este tipo de cosas, a su cabeza acudió su vieja, machacona y crónica fijación: la vuelta a España. Brasil era tierra de futuro económico, pero en cuestión de derechos humanos y seguridad ciudadana, era tercermundista, y por lo que él conocía y veía, deberían pasar cien o doscientos años para que estos se equipararan a aquellos. Su decisión de volver era absolutamente inquebrantable.

Capítulo 10.
1966.

Desde su exiguo cubículo, Margaret rezaba a San Antonio de Padua para que todo saliera bien. Gracias al reloj que tenía escondido en el dobladillo de sus pantalones, controlaba perfectamente el tiempo. Sobre las ocho de la tarde, oyó que el mueble de arriba estaba siendo movido. Aquello significaba que iban a entrar. Se tendió en el camastro, y el corazón comenzó a latirle con fuerza. La trampilla del techo fue izada, y una figura con vestidura talar y capucha comenzó a bajar por la escalera. Arriba podía ver que había alguien, vigilando, sin duda alguna. Cuando la persona que bajó por la escalera puso los pies en el suelo, esperó a que le bajaran desde arriba una cesta cogida de una cuerda, una vez que la tuvo en su mano la depositó sobre la cama. De ella, emanaba un poco de vapor y un olor muy agradable procedente de un cuenco con sopa. También había una botella con agua.

— *Eu te trouxe comida* —dijo una voz femenina, que causó una gran sorpresa en Margaret—. *Você deve comer, porque tenho boas notícias para você. Seu marido pagou seu resgate e muito em breve você será libertado.*

Margaret, cerró los ojos y se santiguó dando gracias a San Antonio por haberla atendido tan pronto y tan bien.

— *Espero que você goste dessa sopa. É sopa de amendoim* [24]—luego miró hacia el orinal que estaba sin utilizar—. *Vou esperar aqui para você terminar sua sopa.* —y se sentó junto a ella en la cama.

Margaret comió con apetito animada por la noticia que le acababa de dar aquella mujer. Luego bebió de la botella porque se notó sedienta. Se bebió más de la mitad.

— ¿Y cuándo me vais a liberar? —preguntó.

— *Em breve, muito em breve.*

[24] Espero que te guste esta sopa. Es sopa de Maní

— ¿Puedo hacerte una pregunta? —y sin esperar a que le respondiera— ¿Por qué hacéis esto?

La mujer la miró, aguardando unos segundos antes de responder.

— *¿Você tem filhos?* [25]—le preguntó.

— Sí. Uno.

— *E certamente você quer o melhor para ele e sua família, ¿certo?*

— Naturalmente.

— *Bem, você respondeu a si mesmo*—dijo la mujer levantándose, cogiendo de las manos de Margaret el cuenco y poniéndolo en la cesta. Luego, dio una voz, y al instante la cesta comenzó a elevarse. Sin decir nada más, la figura encapuchada subió por las escaleras y tras ella, se cerraba la trampilla y se volvían a producir todos aquellos sonidos ya conocidos por Margaret cuando se cerraba y abría aquella abertura hacia la libertad o el encierro.

Aquella noche, Margaret durmió plácidamente, bien al contrario que Andrés que no podía pegar ojo. Si se acostaba no podía aguantar ni diez minutos en la cama. Si se levantaba, daba vueltas sin parar y regresaba al lecho. Cualquier ruido que oyera, le parecía el anuncio de algo importante. Se incorporaba si estaba tendido o salía corriendo hacia el lugar de procedencia del ruido. Más de una vez se encontró con las gemelas en el pasillo quienes al sentir ruido, habían salido para ver si había habido novedades. En Villa Margaret todavía permanecían los cinco policías que estaban al control de toda aquella parafernalia, esperando a que los secuestradores llamaran. Andrés tenía por seguro que no lo harían y que liberarían a Margaret en algún lugar, por lo que estaba a punto de pedirles que se fueran, pero también comprendía, que la policía tenía que prever todas las posibilidades aunque parecieran improbables.

Margaret tenía en su mano el reloj cuando sintió los conocidos ruidos procedentes del piso superior que anunciaban que iba a tener visita. Rápidamente le echó un vistazo al reloj antes de metérselo en el bolsillo porque no le daba tiempo a esconderlo en el dobladillo. Eran las nueve de la mañana.

---

[25] ¿Tú tienes hijos?

Bajaron dos encapuchados y por la voz del que habló entendió que se trataba del mismo hombre del primer día.

— *Nós vamos libertá-la. ¿Precisamos colocar clorofórmio ou comportar-se bem?* —le dijo sosteniendo en sus manos un trapo y un frasco.

— ¡No, por favor! ¡No diré nada, ni gritaré, ni me moveré! — dijo angustiada ante la posibilidad de que le aplicaran aquello.

Procedieron a vendarle los ojos y a ponerle una capucha, recomendándole que no la tocara ni se la quitara. Luego le informaron de que tendría que subir por aquellas escaleras ayudada por uno de ellos. Con precaución, Margaret fue subiendo lentamente, ayudada por uno de ellos que iba por delante y le tendía una mano. Una vez arriba, le avisaron que se dejara llevar hasta el coche. Cuando sintió en su cara el aire fresco, pensó que se encontraba en algún lugar de la selva, pero habida cuenta del tiempo empleado en el desplazamiento, no lo creía posible.

Una vez en el coche, arrancó y se puso en marcha. En ningún momento durante el viaje oyó voces ni femeninas ni masculinas. Todo el trayecto se hizo en el más absoluto de los silencios. Aproximadamente una hora después el coche se detuvo.

— *Agora ele vai sair do carro. A duzentos metros de distância há um posto de gasolina. Conte até cem como se fossem segundos. Então você pode remover a bandagem de seus olhos e ir ao posto de gasolina onde você pode ligar para casa. ¿Você entendeu?* [26]

Oyó abrirse las puertas y cómo uno de los que iba a su lado se bajaba para ayudarla a descender del coche. Antes de bajar, sintió como le quitaban la capucha. Una vez fuera del vehículo, oyó un portazo y como el coche aceleraba. Cuando dejó de oírlo comenzó a quitarse el vendaje de los ojos. Cuando pudo ver, vio en efecto, una gasolinera a unos 200 metros.

Sin poder evitarlo, allí, junto a una señal de tráfico a la que se agarró, fue presa de un ataque de llanto. Miró su reloj: marcaban las 10,45 de la mañana.

---

[26] Ahora va a bajar del coche. A doscientos metros tiene una gasolinera. Cuente hasta cien como si fueran segundos. Entonces se podrá quitar el vendaje de los ojos y marchar hacia la gasolinera donde podrá llamar a su casa. ¿Lo ha entendido?

El repiqueteo del teléfono sonó en Villa Margaret poniendo en tensión a todo el mundo. Andrés espero a la señal del agente para descolgar.

— Aquí Andrés Bestué —dijo con voz trémula y al instante— ¡Margaret! —rompiendo a llorar de forma desconsolada cediéndole el teléfono a Joao.

— ¡Margaret! ¿Dónde te encuentras? ¿Estás bien? — preguntó en rápida sucesión.

Al otro lado, Margaret también lloraba. A su lado estaba el encargado de la gasolinera, consolándola como podía. Cogió de sus manos el teléfono e indicó la dirección exacta de la gasolinera, situada a las afueras de Ocara, a unos cien kilómetros de Fortaleza. La noticia llegó a Alma y Aimara que como siempre, se encontraban en la cocina preparando la intendencia del cuartel que tenían en casa. Se abrazaron, lloraron, rieron, se volvieron a abrazar y volvieron a llorar. Sin pérdida de tiempo, Andrés, Joao y su esposa montaron en el coche de éste, pues prefería conducir él que aunque afectado, no llegaba al extremo de la situación de Andrés. Les acompañaron dos coches de la policía, uno por delante y otro por detrás. El primero, con las sirenas a toda potencia, abría camino.

Una hora y veinte minutos más tarde, se personaron en la comisaría de Ocara, pues desde Fortaleza se había informado a la policía de Ocara que fueran a recoger a Margaret y la llevaran al hospital para que fuera examinada y luego si era posible, la llevaran a la Comisaría donde esperaría la llegada de su esposo. Durante el camino, les habían confirmado que el reconocimiento médico indicaba que estaba en buen estado y que les estaría esperando en el Centro policial.

Cuando por fin pudieron estar uno frente al otro, se fundieron en un abrazo, liberando toda la tensión acumulada en dos días. Joao y su esposa también se sumaron al reencuentro de forma muy emotiva. La policía tomó declaración al gasolinero por si había visto algo, pero como era de esperar el hombre no había visto ni oído nada, hasta que se presentó la señora solicitando ayuda, pues había sido liberada por sus secuestradores a doscientos metros de su gasolinera.

Algo que extrañó a la policía, fue el hecho de que el reloj de Margaret estuviera atrasado dos horas. La conclusión a la que

llegaron, fue que mientras Margaret estaba inconsciente por el cloroformo, le retrasaron el reloj para enmascarar la hora de la duración del viaje. Con ello, evitaban que la policía pudiera establecer áreas posibles donde había estado secuestrada.

En pocas horas, Villa Margaret recuperó su estado normal. La policía desmontó el operativo electrónico que había instalado y se habían marchado. El inspector Setúbal, le tomó declaración sobre todo lo que pudiera recordar y el ruego de que si en días posteriores recordaba algo, se lo comunicara a la mayor brevedad posible. Ahora, según dijo, tenían manos libres para tratar de dar con la banda, seguramente, formada por elementos comunistas, cuyo fin, era desestabilizar a la república ante el mundo y la opinión pública.

Andrés escuchaba sus palabras con auténtico estupor. Casi estaba por pensar que detrás de todo aquello abría algún policía corrupto. Tal vez el que tenía delante. Al instante se arrepintió de haberlo pensado, y pidió excusas mentales al inspector, que ignoraba los pensamientos que rondaban por la cabeza de Andrés.

A las pocas horas de llegar a casa, el Gobernador del Estado de Ceará, le llamaba para felicitarle y encomiarle la labor de la policía por el éxito de la operación. Cuando colgó, soltó una risotada, cuyos motivos tuvo que explicar a los presentes, incluidas Alma y Aimara, que no se separaban de Margaret, a la que le preguntaban constantemente que deseaba comer, cenar o tomar.

— ¡Solo ha sido un día! —le dijo, encantada con la atención que recibía de todos. — Casi estoy por dejarme secuestrar, más a menudo —dijo haciendo sonreír a todos.

— Un poco caro me parece a mí —le contestó Andrés, abrazándola cariñosamente.

Al día siguiente, llamaron a Julián para contarle el suceso, empezando por el feliz desenlace. El muchacho se ofreció para regresar a casa, y Andrés se lo prohibió tajantemente.

— Hijo, afortunadamente ya ha pasado todo. Si no fuera por lo que es, te diría que ha sido un sainete cómico-trágico. Ya te contaremos cuando vuelvas de vacaciones.

Capítulo 11.
1967-1968.

En febrero, el gobierno brasileño decidió crear una nueva moneda: el *cruzeiro novo* que equivalía a 1000 *cruzeiros antigos*. La situación económica estaba pasando por un momento difícil y *Transportes Bestué*, no podía escapar a la misma. Sin embargo, más bien que mal, iba capeando el temporal, gracias a la diversificación acometida en años anteriores, que ahora se mostraba eficaz para combatir la crisis.

Las huelgas afectaban a las empresas de transporte de tres formas diferentes pero que en definitiva producían pérdidas económicas cuantiosas. Una de ellas, eran los paros de los trabajadores que las propias empresas de transporte sufrían y que inmovilizaban los vehículos. Por otra parte, las huelgas y piquetes que cortaban las carreteras y vías, impedían que los transportes llegaran a sus destinos en los plazos indicados, con gran deterioro económico. Y por último, las huelgas sectoriales que afectaban al transporte de las mercancías y productos elaborados de esas compañías. En resumidas cuentas, poco a poco, se iba produciendo un desabastecimiento de las industrias productoras del país.

En junio, Andrés regreso de Nueva York, una vez acabados sus estudios en *The Brearley School*. Un par de meses antes, Andrés y Margaret se habían desplazado a los Estados Unidos para visitar la Universidad de Yale, situada en New Haven, en Connecticut, para iniciar los trámites de matriculación de Julián. Fue aceptado sin ningún problema, para alegría de sus padres.

En Yale cursaría estudios de Leyes y Economía, divididos en dos periodos: uno de cuatro años para obtener la licenciatura y otro de tres, para el doctorado. Terminadas las vacaciones de aquel año, a primeros de septiembre viajaron de nuevo New Haven, pero en esta ocasión, acompañados por Aimara y Alma, que querían ver donde iba a vivir su "niño", una habitación en la Residencia de

Estudiantes que se encontraba ubicada en el interior del Campus. Las gemelas fueron muy críticas con la habitación que le habían asignado. Les pareció que era un poco triste y poco ventilada, además de pequeña. Tras las despedidas y recomendaciones habituales, regresaron resignadas y un poco tristes al saber que allí estaría durante los próximos siete años.

Ya en Fortaleza, Andrés andaba preocupado por la salud del Margaret. Desde que se produjo su secuestro, parecía haberse producido un cambio en su salud. Comenzaba a sentir palpitaciones, mareos, sofocos y taquicardias. Al principio lo achacaron a la menopausia, pero para asegurarse, se fueron a visitar a un cardiólogo, amigo y de gran prestigio.

Después de realizarle bastantes pruebas y análisis, el doctor les informó de que en su opinión, Margaret padecía una enfermedad congénita de corazón.

— ¿Y es grave? — preguntó Margaret.

— Una anomalía cardíaca congénita es un problema en la estructura del corazón que se produce desde antes del nacimiento. Las anomalías cardíacas pueden ir de leves a graves. En nuestro caso, se trata de una estenosis valvular, es decir que la válvula aórtica es demasiado pequeña, estrecha o rígida y no se puede abrir por completo. Esto hace que el corazón tenga que trabajar con más intensidad, al tener que hacer pasar la sangre por una válvula anormal. Con el paso del tiempo, este estrés añadido puede debilitar el corazón.

— ¿Y qué solución tiene? —preguntó Andrés.

— De momento, no me parece que sea muy grave, pero deberemos evitar ejercicios violentos, controlar el peso y realizar revisiones periódicas. Podríamos empezar con revisiones cada seis meses para controlar su evolución. Y si no evoluciona o lo hace lentamente, haremos las revisiones cada año, eso sí, de forma obligatoria. Y si sientes sofocos y arritmias fuertes y más frecuentes, no dudéis en venir en el acto. Con cuidados y vigilancia, creo que será suficiente.

Al año siguiente, 1968, continuaron las revueltas sociales en todo Brasil, con huelgas salvajes y atentados contra las propiedades de las empresas, instigados por los sindicatos que exigían aumentos de sueldos a las empresas, que éstas no estaban dispuestas a

conceder, o no estaban en condiciones económicas para hacerlo. El gobierno reprimía con violencia todas estas manifestaciones ocasionando heridos y soliviantando a la opinión pública de forma contrapuesta. Siempre había sectores que exigían mano dura con los huelguistas y por contra, quien consideraba criminal la acción del gobierno dictatorial.

Sin embargo, y a pesar de la instigación sindical, la movilización popular fue sufriendo una pérdida de participación de los trabajadores, y no solo por la represión gubernamental aducida por los sindicatos y partidos de la izquierda. Desde comienzos de 1968, después de años de retroceso cuyo fondo se tocó en 1967, la economía nacional crecía en base a la extrema explotación a los trabajadores, la entrada de capitales internacionales, la reorientación de la producción para la exportación, la apertura a nuevos mercados, etc., que provocaba un relanzamiento de la producción interna. El paro caía, crecía la acumulación de capitales, el empresariado nacional se respaldaba en el régimen que le permitía aumentar notablemente sus beneficios. Y el trabajador contaba con un salario exiguo, pero que le permitía vivir sin más, pero que retraía su agresividad reivindicatoria. No se podían permitir largas temporadas sin ningún tipo de ingreso y eso el capital lo sabía. Al final, se conformaban con respirar.

Transportes Bestué ofrecía salarios que superaban sensiblemente a los de otras compañías, lo que le permitía evitar en gran medida, los conflictos laborales con sus trabajadores y tener en plantilla a los más capaces. Esta era la razón por la que la incidencia de las huelgas le afectó menos que a los demás, aunque no se pudo librar de ellas. Pero evitó atentados contra los activos de la empresa: los camiones. Como era de esperar, esta política de pagar salarios más altos, despertó rencillas y envidias en el sector del transporte.

Ante este ambiente de inseguridad en todos los aspectos, Andrés sentía cada vez más la necesidad de regresar a España y lo comentaba constantemente con Margaret, quien le preguntaba cómo lo haría, si toda su vida estaba allí.

— Bueno toda no. Pero casi toda —le recordaba con doble intención.

Pero Andrés tenía sus planes y los basaba todos en su hijo Julián. Dentro de pocos años terminaría sus estudios y podría dedicarse por completo a los negocios que había levantado su padre. Y él quedaría en un segundo plano, pero lo haría en Zaragoza, su tierra. Deseo éste, que mencionaba frecuentemente a su mujer, provocando en ella cierto enfado y le contestaba que por qué no lo hacía y se iban todos a España, si tanto lo deseaba.

— No es el momento. Aún no. Pero llegará, todo llegará — decía dejando a Margaret en un estado de confusión— Todavía no se dan las circunstancias para volver.

— ¿Y cuáles son esas condiciones?

— La situación política. Mientras esté Franco en el poder.

— ¿Por tus ideales y por haber luchado con los republicanos?

— Exactamente.

— ¿Y una vez en España, qué harás o qué haremos? —le preguntaba Margaret, con cara de no saber nada

— Vivir. Vivir tranquilos, sin miedo a secuestros. Vivir la vejez. Recuerda que ya no somos niños. Viajar y recorrer Europa. Y también venir a Brasil a visitar a nuestros amigos y familia. En definitiva, vivir la vida. Porque creo que tú y yo, todavía no la hemos vivido, ¿no te parece?

Y en el fondo, Margaret reconocía que su marido tenía razón.

Capítulo 12.
1977.

La familia al completo, se encontraba en el aeropuerto *Pinto Martins* de Fortaleza, esperando la llegada del vuelo que traía a Julián a casa, directamente desde New Haven, convertido en todo un Doctor en Derecho y Comercio. Además de sus padres, se encontraban también las gemelas Alma y Aimara y Joao y su esposa. El recibimiento fue muy efusivo, y tanto Andrés como Margaret, derramaron lágrimas de felicidad, y las gemelas, se abrazaron a él como si no lo hubieran visto en veinte años. Joao y su esposa lo felicitaron calurosamente, y fueron los primeros que lo recibieron con un regalo. Un reloj *Rolex*, en cuya caja habían grabado su nombre y la fecha de su licenciatura.

Con tan fausto motivo, Andrés y sobre todo Joao, habían organizado una fiesta de postín en Villa Margaret. Estaba previsto que asistiera lo más selecto de los Empresarios del Estado de Ceará y de algún otro Estado. También asistiría el Gobernador y otras autoridades procedentes de Brasilia. Era la presentación oficial de Julián Bestué ante el mundo empresarial y político. Asistirían además, personas del mundo de la cultura, de la prensa, de las ciencias y las artes. Era el mundo en el que debería navegar Julián, y sus mentores, creyeron necesario que tuviera su primer contacto con él.

Villa Margaret estaba prácticamente rodeada de policía, habida cuenta de la presencia de las personalidades que asistían a ella. La fiesta duró hasta bien entrada la noche y poco a poco, se fue quedando vacía y dentro solo quedaron los habituales: la familia Bestué, incluidas las gemelas, y sus amigos íntimos, casi familia, Joao y esposa. Al inicio de la fiesta, Julián fue presentado por su padre, dirigiéndose a los invitados desde lo alto de la escalera que daba al jardín, y no tuvo inconveniente en sacarle los colores ponderando sus calificaciones y recordando que en Yale, habían

estudiado grandes personajes en todos los ámbitos sociales, como la política, la ciencia y las artes. Todos entendieron que eran las palabras de un padre orgulloso de su hijo. La ovación cerrada con la que fue obsequiado, llenó de orgullo el corazón de Andrés, e hizo pasar un mal rato a Julián, sobrecogido por tan espléndido recibimiento.

Las dos semanas siguientes los Bestué, acompañados por Alma y Aimara, las destinaron a viajar por el país, utilizando el Jet adquirido por la empresa, para que los ejecutivos realizaran los viajes de negocios, dadas las dimensiones del país y las enormes distancias que había que recorrer. Fueron unos días donde se olvidaron de negocios, estudios y demás historias. Solo se trataba de una familia que querían pasar unas semanas juntos, conviviendo y riendo juntos. Fueron días muy intensos y muy felices, donde se prodigaron los abrazos y se intercambiaron sus cuitas y deseos personales.

Capítulo 13.
1975.

Hacia finales de octubre de 1975, comenzaron a llegar noticias sobre la salud de Franco. Andrés se interesó vivamente por estas noticias, y su obsesivo seguimiento de las mismas, tanto en prensa como en la televisión, llamaron la atención de Margaret y Julián. Aquellas noticias habían producido un constatable y visible cambio en la manera de comportarse. Se le veía más risueño, más abierto que de costumbre. Sus comentarios sobre España y su tierra, aumentaron en frecuencia. Diríase que estaba anunciando, sin hacerlo directamente, que la hora de volver estaba cerca y que su entorno fuera preparándose para tal suceso.

A partir de ese instante, seguía con una especial atención cuanto ocurría en España, informándose constantemente del curso de los acontecimientos que se producían en el ámbito político, porque según se decía en la prensa internacional, con la muerte del dictador, nuevos vientos de libertad iban a propiciar nuevos tiempos en los que el aire de la democracia iba a renovar el panorama político español. Y con ello, se normalizaría la situación de miles de españoles que andaba diseminados por el mundo, y que temían su vuelta a su patria por motivos políticos y por la tozudez vengativa del dictador. Volver a España. Regresar de nuevo a ver los paisajes de su niñez y de su juventud, volver a su tierra, la que llevaba siempre en el corazón. Aragón, su tierra amada, a la que hizo amar a su mujer, sin conseguirlo del todo, y sobre todo a su hijo, hablándoles de sus costumbres y sus recuerdos de niño. Se le veía ilusionado, y la sonrisa iluminaba su rostro.

Julián llevaba ya inmerso dos años en las actividades económicas de *Transportes Bestué* y *Bestué Importações e Exportaçôes,* en las que ya había introducido algunos cambios en la estructura de las mismas. Con aquellas noticias que llegaban de

España, había llegado también el bocinazo definitivo de realizar el sueño de volver a España.

Un domingo se encontraban tomando el café en la biblioteca después de comer. Alma y Aimara, veían la televisión, en una zona situada en uno de los extremos de la amplia biblioteca, delimitada por un conjunto de sofás de varias plazas que formaban un área rectangular, completada con unos biombos que aislaban aquella zona del resto de ocupantes. Estaban atentas a un programa que les gustaba mucho y que por nada del mundo se perdían. Margaret se encontraba ojeando una revista de moda y Julián leyendo la prensa dominical, en la que había prensa americana además de la brasileña. Andrés, se encontraba sentado en un sillón al lado de su hijo, con un libro en las manos que estaba leyendo, pero sin abrir.

— ¿Qué tal va ese proyecto de instalar la informática en la empresa? —preguntó Andrés, sorprendiendo a Julián que dejó a un lado el periódico que estaba leyendo.

— Bien muy bien. Las primeras pruebas que hemos realizado nos están agilizando la gestión de forma absolutamente extraordinaria. Es el futuro, sin lugar a dudas.

— El otro día vi en la oficina como un empleado estaba perforando tarjetas con los datos de los albaranes, y francamente, aparte de no entender nada, me quedé perplejo, porque una vez terminado de perforar los datos de los albaranes a las tarjetas, comenzaron a salir las facturas a una velocidad tremenda. ¿Y eso nos servirá para todas las delegaciones que tenemos en Brasil?

— ¡Ya lo creo, y aún más! En la Sede Central de Fortaleza, tenemos instalado el IBM System/3, Modelo 10, equipado con la impresora IBM 1403 que tira 300 líneas por minuto, y dos unidades de almacenamiento que cabe en cada uno 2,5 millones de caracteres, más otras dos en discos móviles, en total 10 millones.

— ¿Y eso es mucho?

— ¡Una barbaridad! Prácticamente inacabable, y la velocidad de proceso es absolutamente brutal. El proceso de facturación que antes nos costaba una semana, ahora lo hacemos en un solo día.

— ¿Incluida la facturación de las Delegaciones? —preguntó interesado.

— Incluidas. Hemos instalado en cada una de ellas un perforador de tarjetas, de forma que desde las Delegaciones nos envían las tarjetas perforadas y aquí, en la Sede Central las procesamos, y sacamos la facturación de todo el grupo.

— ¿Y tú crees que si trasladamos la Sede a España, podría hacerse desde allí, todo este proceso? —dijo Andrés, dejándolo caer como posibilidad, haciendo que hasta Margaret levantase la vista y prestase atención.

— Por poder se puede. Ahora bien, por razones de logística y de funcionalidad, no sería lo más conveniente. Dependería de muchas cosas. ¿Por qué lo preguntas? —dijo Julián con una medio sonrisa de quien acaba de entender el objetivo de aquella conversación.

— Bueno, porque creo que el momento de regresar a España se acerca. No ahora, ni este año ni al siguiente, pero se acerca. Como sabes, a mí siempre me ha gustado diversificar, no poner todos los huevos en la misma cesta. Primero, con el transporte no me especialicé en un tipo concreto, si no que fui adquiriendo estructura para ampliar a diferentes productos, de forma que nunca una crisis de un sector afectara mucho a la Cuenta de Resultados general. Por esa razón, ampliamos la actividad a la importación y exportación. Teniendo la capacidad para trasladar las mercancías por todo el país, decidimos ser nosotros mismos los que importáramos y exportáramos las materias primas y las mercancías. Y ahora, siguiendo esa línea, llega el momento de dar el salto al charco, y hacer lo propio en Europa. Podemos conectar los dos continentes, y desarrollar negocios separados pero complementarios. Y estás tú. Una persona preparada y capaz de desarrollar esa labor tan importante.

Margaret, dejó la revista a un lado. Por lo que estaba escuchando, su marido había decidido ya regresar a su tierra.

— ¿Y abandonaremos Brasil para siempre? —preguntó un tanto preocupada.

— ¡Ni mucho menos! Aquí quedará la *Corporação Bestué*, tal y como está ahora, con un Presidente Delegado que será Joao, y que continuará, bajo la supervisión de Julián, quien al igual que nosotros, viajaremos con cierta frecuencia para no olvidar a esta

maravillosa tierra y a la que tanto debemos. No, para siempre no. No es eso lo que quiero.

Margaret, se quedó un poco más tranquila.

— Por eso quiero que empieces a pensar en ese proyecto, y cuando estés preparado, te desplaces a Zaragoza, para ponerlo en marcha. Deberás adquirir un edificio donde instalar la Sede Central, contratar personal, buscar clientes y por último, comprar una casa donde poder vivir. Y cuando llegue el momento, viajaremos a España.

— Eso puede llevar tiempo. No es conveniente ni necesario correr sin pensar bien las cosas.

— Aparte de todo, ¿cómo ves la idea de instalar la Sede Central en Zaragoza? —preguntó Andrés.

— A mí me parece bien. Es una forma de expandirse muy importante. El negocio lo conocemos, tenemos los contactos en América y en Europa. Todo será cuestión de hablar con ellos y ampliar nuestras relaciones comerciales a negocios de transporte y/o importación/exportación en Europa. Creo que por delante hay un buen filón de negocio. Sí. Me parece muy bien.

Andrés escuchaba con orgullo las palabras de su hijo.

— Pues no se diga más. Adelante con los faroles. —dijo Andrés utilizando una frase de su tierra y que les hacía sonreír siempre a quienes se las escuchaban Plenamente feliz, abrió el libro, y continuó su lectura.

El 20 de noviembre de 1975, los medios de comunicación informaron al mundo de la muerte del General Franco. Tras una agonía larga y dolorosa, moría finalmente abriendo unos interrogantes en el futuro del país que deberían resolverse en los próximos meses o años. De ello, estaban pendientes muchos españoles, entre ellos Andrés, cuyo nerviosismo fue creciendo conforme se iban sucediendo los sucesos que se estaban produciendo entre los entresijos de la política española. Muchas fueron las negociaciones, no exentas de amenazas veladas, y presiones para lograr que finalmente, la vieja guardia franquista que se encontraba atrincherada en las Cortes Españolas, decidiera finalmente, hacerse a un lado y permitir que el proceso de la Transición continuase.

Andrés confiaba en que el nuevo Rey de España, Juan Carlos I, a pesar de haber sido puesto por Franco y jurado los Principios Fundamentales del Movimiento, dada su juventud, impulsara los necesarios cambios políticos y que los españoles, tan dados a tirarse al monte, por una vez en su vida se mostraran conciliadores y con ganas de vivir en democracia.

Estas esperanzas, fueron poco a poco confirmándose y al parecer, y tal como había deseado, el joven Rey, estaba dispuesto a enterrar la dictadura. Para ello había elegido el camino más difícil, pero tal vez el único. En primer lugar consiguió poner al frente del gobierno a un hombre joven y moderado, Adolfo Suarez, con el que sintonizaba en su deseo de traer la democracia a España. Para ello, había que conseguir que las cortes franquistas aceptaran su disolución y dar paso a una etapa de transición que les llevara hasta la democracia, contando con una Constitución donde se consagraran los derechos de todos los españoles. Sin excepciones.

Un año más tarde, se decretó la ley de Amnistía por delitos políticos, que aunque se dijo que fue exigencia de los gobernantes salientes para evitar verse ante los tribunales con posterioridad, también permitía a los que estaban fuera volver. Esa ley fue el precio que hubo que pagar para poder seguir con el proceso de democratizar España. Mientras a unos se les perdonaban sus actividades anteriores, a otros se les reconocía un derecho que ya tenían adquirido, simplemente por ser personas. Pero a veces, la historia se escribe así.

Capítulo 14.
1977.

Por fin llegó el día. Todo estaba decidido y un nuevo capítulo estaba a punto de dar inicio en la vida de Andrés y su familia.

En Brasil, Joao quedaba al frente de la *Corporação Bestué*, y sería la referencia de la empresa en América, mientras que en Europa, la nueva Sede Central, quedaría establecida en Zaragoza, a cuyo frente estaría Julián Bestué.

Una vez que desaparecieron todos los problemas legales y Andrés se convirtió en un ciudadano español, sin causas legales ni responsabilidades a causa de su militancia política en la guerra civil, y cuando todos los trámites burocráticos estuvieron finalizados y obtenidos todos los permisos por parte de las autoridades españolas, decidieron que había llegado el momento de volver.

Desde hacía casi dos años, los viajes de Julián entre Zaragoza y Fortaleza habían sido constantes para preparar todo lo necesario para realizar el traslado de Sede. Durante todo éste tiempo, Julián desarrolló una gran labor, contratando al personal y visitando y viajando por toda Europa, para entrevistarse con los clientes europeos y crear una cartera de nuevos clientes con los que trabajar.

Además había comprado una casa en Zaragoza en una Urbanización privada, situada a las afueras de la ciudad del Ebro. La decisión final sobre su compra la tomó finalmente Margaret con la anuencia de Andrés, una vez que vieron las fotografías y la película que Julián había hecho de la casa en uno de sus viajes. La Urbanización, contaba con vigilancia particular y en ella residían empresarios y la clase alta de la ciudad, en otras casas de dimensiones similares, parcelas de 2000 metros cuadrados, con piscina, jardín y viviendas de 400 metros cuadrados de tres plantas

y buhardilla. Margaret se mostró encantada con lo que se mostraba en la película y estaba ansiosa por poner el pie en ella.

Por aquellos días previos al viaje, Margaret notó un comportamiento extraño en las gemelas. Las notaba tristes y de vez en cuando, las sorprendía llorando, coso que pretendían simular. Margaret puso en conocimiento de Andrés el extraño comportamiento.

— Tal vez, se hayan enterado y no quieran abandonar Brasil. —comentó Andrés.

— Es posible que no quieran ir a España. Sin embargo, que yo sepa, no tienen familia en Brasil. —apostilló Margaret.

— Lo mejor será preguntárselo directamente y evitarles el disgusto.

Andrés y Margaret se dirigieron a la cocina para hablar con las gemelas. Estas se sorprendieron al ver al matrimonio en la cocina. En sus rostros apareció un atisbo de tensión.

— Venimos a comentaros una noticia que a lo mejor ya conocéis, y nos gustaría saber si desearíais venir con nosotros a España, pues ya sabéis que os consideramos como miembros de nuestra familia.

Alma y Aimara intercambiaron una mirada, iluminándoseles la cara.

— ¿Entonces podemos ir con vosotros? —preguntaron.

Ahora los sorprendidos eran Andrés y Margaret.

— ¿Cómo que si podéis? Nosotros pensábamos que no queríais venir a España y…

— ¡Claro que queremos. Vosotros sois toda la familia que tenemos en este mundo! —dijeron a dúo, a la vez que se abrazaban y reían nerviosamente.

Las dos gemelas llevaban con ellos desde el año 1955, y a su vez consideraban a los Bestué como su familia. En sus 160 centímetros de altura, cabía mucho afecto y lealtad.

El 23 de julio, a las 10 de la mañana, subían a bordo de un avión con vuelo directo a Madrid. Joao y su esposa habían ido a despedirlos al aeropuerto, acompañados por dos ejecutivos del Grupo. Unos días antes habían celebrado una cena a la que asistió todo el Consejo de Administración y todos los empleados de la Sede Central. Tras las consiguientes arengas, y la emotividad demostrada

por Andrés cuando exponía las razones de su vuelta a España, que arrancaron alguna que otra lágrima, les conminó a continuar con la profesionalidad y lealtad que habían observado hasta aquel momento hacia su persona. Prometió visitarles con cierta frecuencia y entre aplausos, bailes y alegría se despidió de los empleados.

Alma y Aimara lo miraban todo con absoluta admiración e iban de sorpresa en sorpresa. Era la primera vez que veían un avión y cuando supieron que iban a subir a uno de ellos, les entró un temor incontenible. Julián trató de quitarles el miedo a base de comentarios positivos. Las tranquiló un poco aunque no la ropa no les llegaba al cuerpo.

Cuando tras un largo vuelo, entre nervios y esperanzas, aterrizaron en el aeropuerto de Barajas de Madrid, su padre no pudo reprimir las lágrimas que de forma espontánea y abundante asomaron a sus ojos, a la vez que rodeaba con sus brazos a todos los demás. Margaret y Julián, observaron un religioso y emocionado silencio ante aquella demostración de emoción tan profunda, generada, se imaginaban, en las profundidades de sus recuerdos. Alma y Aimara observaban en silencio un tanto cohibidas. La mayor parte del viaje lo hicieron dormidas y solo se animaban cuando se servía la comida o la cena o un aperitivo. Ninguno de ellos pudo evitar el emocionarse profundamente, contagiados por Andrés.

Desde Madrid, se desplazaron hasta Zaragoza en coche de alquiler, y durante el viaje, su padre no paraba de mirar a todos los lados, tratando de reconocer el entorno que se mostraba a sus ojos y leyendo en los carteles indicadores los nombres de los lugares por donde pasaban y por los que seguramente él habría pasado en sus tiempos jóvenes. Como es lógico, sus recuerdos tenían ya treinta años y por ello, no reconoció nada, pero se admiró por lo mucho que había cambiado el país desde su marcha.

Cuando llegaron a su domicilio zaragozano eran las nueve de la noche. Lo primero de todo fue recorrerlo y comprobar que todo estaba en su lugar. Habían encargado a una empresa de diseño, que amueblara y vistiera el interior de la casa. La nevera estaba repleta de alimentos, y las gemelas enseguida se pusieron en la tarea de hacer la cena. Su primera comida en la nueva casa. Les

admiró el buen gusto con el que los decoradores habían hecho su trabajo. La casa contaba con ocho dormitorios, salón de estar, una cocina amplia y con grandes superficies acristaladas, salón de juegos y televisión, biblioteca, garaje y bodega. Además contaba con un enorme despacho en la planta baja, en principio sin amueblar, porque el mobiliario iba a ser traído desde Brasil, y serían los mismos que Andrés tenía en su casa. El teléfono ya estaba instalado y lo primero que hicieron fue llamar a Joao para informarle que ya había llegado felizmente.

Aquella noche, después de cenar, y para sorpresa de todos, les contó las razones que impedían su retorno a España. Margaret ya las conocía y los demás, Julián y las gemelas, también, aunque con el aviso de hacer como que no lo sabían. Tras la muerte de Franco, la situación política había cambiado radicalmente y tras el advenimiento de la democracia, se habían anulado las órdenes de detención por causas políticas de quienes se vieron obligados a salir de España por razón de su pertenencia a partidos de izquierdas, puestos fuera de la ley por el Régimen franquista. Pero no añadió nada más a su exposición.

Margaret y Julián esperaban que por fin, aprovechando la ocasión, sacara el baúl de sus recuerdos y lo abriera ante ellos. Pero fue en vano. Todavía seguían a oscuras sobre lo que pasó desde su salida de España hasta su llegada a Brasil.

Segunda Parte

Capítulo I.
Zaragoza, Octubre de 1980.

Julián Bestué Barbosa, conducía su coche por las calles zaragozanas acompañado de las gemelas Alma y Aimara de regreso a su domicilio. Acababan de dar sepultura al padre de Julián, Andrés Bestué Lamora, de setenta años, en el cementerio de Torrero, en Zaragoza. Lo inhumaron en el mausoleo de la familia en el que ya descansaba su esposa, Margaret Barbosa, madre de Julián, fallecida dos años antes. Mientras circulaban por las calles zaragozanas camino de casa, a su mente acudieron recuerdos de su padre y de su vida en Brasil. Las dos mujeres lloraban en silencio y desconsoladamente la pérdida de su patrón durante todo el tiempo que duró el trayecto.

Detuvo el coche ante la puerta de la entrada a la finca que se abrió cuando utilizó el mando de apertura. Una vez dentro aparcó en el garaje y bajaron de él. Julián se dirigió al salón, mientras Alma y Aimara hacían lo propio, pero yendo a la cocina para preparar la comida. Julián se dejó caer sobre uno de los cómodos sillones, cercanos a la chimenea.

Con la mirada perdida, comenzó a evocar recuerdos pasados, entre los que no abundaban grandes momentos maravillosos, de esos en los que un padre y su hijo participaban juntos en alguna *aventura*, como una excursión a la sierra o a la selva brasileña, donde participasen juntos en mil simples juegos. Pero tampoco tenía ninguno negativo. Cuando regresaba de vacaciones de los Estados Unidos, donde realizaba sus estudios, recordaba la efusividad de sus recibimientos, las fiestas que organizaba, el orgullo que se veía en su cara cuando lo presentaba a empresarios y políticos locales y hablaba de él como el continuador de su obra. Recordaba su trato cercano y en definitiva, su amor de padre. Por supuesto que no fue un mal padre ni mal esposo.

Habían pasado ya cuatro días del fallecimiento de su padre y Julián estaba buscando el momento de enfrentarse a algo que le producía una gran ansiedad y había decidido que aquel era el día elegido para afrontar aquella tarea.

Cumplidos ya los treinta años, de carácter tranquilo, bien parecido, con sus 185 centímetros de altura, era una persona tenaz y de amplia formación académica que dirigía con acierto, según decía la presa especializada en economía, la empresa creada por su progenitor.

Se encontraba en el despacho que su padre tenía en la casa familiar, cuyos muebles estaban fabricados con madera de caoba traídos desde Brasil. Sentado en el cómodo sillón de piel situado tras la mesa escritorio, contemplaba distraídamente la disposición de todos los elementos que se encontraban diseminados por la estancia. Estaban allí desde siempre, pero ahora, por alguna razón, se le antojaban desconocidos para él. Fotos de su padre y de la familia y los títulos académicos de Julián, colgaban de las paredes, junto a algún que otro óleo traídos desde Brasil.

Se disponía a examinar los documentos, cartas y papeles que contenían los cajones de la mesa. En el interior de aquel escritorio, en algún cajón o cubículo oculto, se encerraba un secreto celosamente guardado desde hacía muchos años.

— Estoy a punto de entrar en el mundo íntimo de una persona que ya no está con nosotros —pensaba—. ¿Qué secretos descubriré? ¿Tendré ante mí, evidencias de algo horrible? ¿Cómo afectaría eso a mi recuerdo de él? ¿Y si no encuentro nada?—se preguntaba.

En aquellos momentos, no podía evitar sentirse como un violador de la intimidad ajena y contaba con que su padre le perdonara, si es que lo estaba observando desde algún lugar ignoto.

Había que empezar. Abrió el cajón delantero. A la vista quedaron unas carpetas y una bandeja con plumas, lápices, bolígrafos y otros objetos de oficina y una llave, todo en perfecto orden, concordando con una de sus máximas con respecto al orden que exigía a cualquiera que estuviera a su lado. Echó hacia atrás el sillón para poder abrir un poco más el cajón, dejando a la vista nuevas carpetas. Comenzó a sacarlas y a ponerlas sobre la mesa.

De una de ellas, asomaba lo que parecía un pasaporte. Lo cogió y lo abrió. Era de su padre y estaba ya caducado. Con él debió de entrar en Brasil a finales de 1948, y lo debía guardar como recuerdo de aquel momento. Lo dejó en la misma carpeta donde lo había encontrado.

Decidido a no demorarlo más, terminó de sacar todas las carpetas del cajón central y las puso sobre la mesa junto con las otras. Con determinación abrió la primera y miró en su interior. Contenía informes comerciales, situación financiera de algunas empresas e infinidad de documentos sobre multitud de cosas, como recortes de prensa, notas e informes de solvencia económica. Nada de lo que estaba buscando.

— ¿Pero acaso sé lo que estoy buscando? —se dijo en voz alta.

Continuó revisando el resto de carpetas. Todas ellas contenían papeles y documentos relacionados con los negocios de la Empresa. En algunas de ellas, se guardaba información sobre las negociaciones habidas con algunos clientes. Desde luego, su padre era un apasionado de dejar todo cuanto hacía por escrito. En todos aquellos dosieres había notas escritas de su puño y letra, con observaciones personales sobre el negocio o los clientes. Allí se encerraba una gran sabiduría humana. Cuando tuviera un poco de tiempo, pensaba dedicarse a estudiar detalladamente todas aquellas carpetas. Luego pensó, que con esa manía de dejar por escrito todo cuanto hacía, no sería de extrañar que en algún sitio hubiera dejado por escrito su vida secreta.

Cuando terminó de revisarlos todos, comprobó de nuevo el interior del cajón central y se cercioró de que no contenía nada más. Tomó la llave de la bandeja con la que imaginaba que podría abrir los cajones laterales. Había tres cajones por cada lado. Seis cajones en total.

La llave giró suavemente en la cerradura del primer cajón de la derecha, y como empujada por un muelle, se abrió dócilmente. Julián notó como el corazón se le aceleraba. Dentro había una caja grande de acero, lacada de negro reluciente. Por su tamaño, cabía perfectamente una carpeta. Al ponerla sobre la mesa, comprobó que pesaba bastante y, desgraciadamente, estaba cerrada.

Julián volvió a abrir el cajón central en busca de una posible llave. De antemano sabía que no la encontraría. Sacó el cajón de sus guías y miró en su parte inferior. Allí no había ninguna llave.

— ¿Dónde puede estar? —se dijo a sí mismo, mientras contemplaba la caja, cuya brillante negrura parecía desafiarle.

— Evidentemente, en esa caja se encierra algo importante. No será de mucho valor material, pues un ladrón se la llevaría bajo el brazo. Su valor no residirá en lo crematístico, sino en lo sentimental, y por tanto, solo para el dueño tiene un gran valor. — se dijo convencido de que allí se encerraba lo que él buscaba.

Retiró a un lado la caja para hacer espacio y extrajo completamente el cajón lateral que puso encima de la mesa. Buscó nerviosamente en su interior. Apenas había donde mirar una vez que hubo sacado todas las carpetas que contenía. Levantó el cajón para ver si debajo había oculta una llave, pero no encontró nada. Volvió a poner todo en su sitio, incluido el cajón.

Con cara de no saber qué hacer, se apoyó en el respaldo del sillón, tratando de pensar de forma objetiva. Quería ponerse en la piel de su padre tratando de buscar el mejor lugar posible para ocultar una llave. Indudablemente, había infinidad de lugares donde hacerlo, pero pensó que habría sitios en los que no la pondría, bien por lejanía o incomodidad. Observó el resto de la habitación por si algo le llamaba la atención. Nada. Le invadió una sensación de desánimo total. ¡Podría estar en cualquier sitio!

Mohíno y defraudado se levantó dirigiéndose a la cafetera para servirse un café, otro más, costumbre adquirida de su madre, consumidora compulsiva de esta infusión, como buena brasileña.

Mientras se lo tomaba, dejó su mente vagar en medio de su desconcierto. Tras dar un par de sorbos a la taza, volvió a la tarea y nuevamente miró a su alrededor. Como era de esperar no se le ocurrió nada.

Se levantó nuevamente y recorrió la estancia en busca de algo que pudiera ocultar una llave. No estaba convencido de que fuera a encontrar nada, pero algo debía hacer. Con cuidado fue descolgando los marcos de las fotografías y de las pinturas, para mirar en el anverso por si en alguno de ellos pudiera estar escondida. Una vez revisados el resultado fue nulo. Se acercó a la

vitrina donde se encontraban los trofeos y premios que le habían sido concedidos durante su vida profesional como empresario.

Tras recorrer la habitación, llegó a la conclusión de que tampoco le parecía muy lógico que la llave estuviera escondida en algún lugar fuera de la mesa. Antes de volver a ocupar el sillón, examinó con cuidado el exterior del escritorio, dando algunos golpes en diferentes lugares por si detectaba algún sonido a hueco. Estando de rodillas junto a una de las patas de la mesa, le entró un golpe de risa, porque en aquel momento le vino a la mente la imagen de su padre, quien si le estaba viendo desde algún lugar, a buen seguro estaría partiéndose de risa, ante toda aquella manifestación de desconcierto. Y no era para menos. En pleno ataque de risa se incorporó, y se dirigió al sillón.

Sentado de nuevo frente al escritorio, volvió su mirada hacia el cajón lateral del que había sacado la caja que seguía abierta. De repente tuvo una idea: pasó la mano por el interior del hueco que dejaba el cajón abierto, recorriendo los laterales y la parte superior y que quedaban completamente ocultas a los ojos de cualquiera, cuando sus dedos tropezaron con algo. Sin dudarlo, tomó aquello y lo extrajo: se trataba de una llave.

Capítulo II.
Zaragoza, Octubre de 1980.

Con aquella llave en su mano, el corazón le latía con violencia. Creía firmemente que está a punto de poder acceder a aquella caja reluciente y negra, guardiana celosa de secretos que por fin iba a conocer. Con cierto nerviosismo, la introdujo en la cerradura y la giró. Se oyó un *clic* y la tapa se alzó unos milímetros: la caja se había abierto.

Con decisión levantó la tapa dejando su contenido al descubierto. A primera vista, no parecía contener gran cosa. Únicamente un sobre conteniendo una carta y un libro con aspecto de ser un Diario. Encima de los dos objetos, había una fotografía de Margaret, su esposa y madre de Julián. En la fotografía aparecía su madre en todo el esplendor de la juventud. Calculaba que tendría, unos veinticinco años.

Tomó la fotografía y la estuvo contemplando un buen rato. Ella había fallecido al poco tiempo de llegar a España. Fue un infarto fulminante. No se pudo hacer nada y su padre lo acusó enormemente. Aquello le afectó tremendamente, hasta el punto de pasar muchos ratos ausente, mirando por la ventana, con la mirada y la mente puesta el algún lugar que él sabía. Cuando se le hablaba contestaba e hilvanaba perfectamente, pero se le notaba un distanciamiento sobre la realidad cotidiana, lo que comenzó a preocupar a Julián. De forma paulatina, comenzó a delegar en su hijo la mayoría de las decisiones de la Empresa.

Solía encerrarse en su despacho de casa, pues el de la oficina se lo había cedido a su hijo y atendía perfectamente a los *briefings*[27] que Julián le hacía sobre los asuntos de la empresa, a los que en ocasiones aportaba agudos y precisos comentarios que su hijo tomaba nota con el fin de aplicarlos.

[27] Informes

Julián entendió, ante aquella actitud, que su padre había decidido dar un paso atrás y recluirse para vivir con sus recuerdos, esos recuerdos que él solo sabía. Estaba presente y ausente y jamás hablaba de lo que fuera en lo que estuviera sumido. En bastantes ocasiones, Julián trató de sonsacarle algo, utilizando rodeos que pensaba que no advertiría, pero sucedía al contrario, era él, el que no advertía que le veía llegar a distancia.

Un día decidió entrar directamente en ello.

— Papá, te veo preocupado, ausente, triste. No sé, a lo mejor si me cuentas lo que pasa por tu cabeza, podemos comentarlo y compartirlo, ¿no te parece? Hasta Alma y Aimara las tienes muy preocupadas al verte tan apagado.

— No quiero que os preocupéis por mí. La muerte de tu madre, me ha hecho reflexionar en el sentido de que tal vez, al venir a España, a ella le haya ocasionado alguna pena que incluso haya podido influir en su infarto. La verdad es que nunca me dijo ni me dio a entender que echara de menos a Brasil. Te aseguro, que de haberlo hecho, abríamos viajado a Fortaleza y hubiéramos pasado algunas semanas allí.

Y de allí no lo sacaba. Y su preocupación por ello, aumentaba.

Así transcurrieron los días, bajo una calma extraña y haciendo como que ignoraban lo que todos sabían. Solo Alma y Aimara, con su ingenuidad y espontaneidad, les hacían sonreír. Para romper esa monotonía, algunas veces se subían al coche y pasaban unos días por el Pirineo, donde las gemelas quedaban absolutamente entusiasmadas con la nieve, meteoro que no habían visto nunca en su vida hasta que no vinieron a España. En aquel entorno de montaña natural, no exento de riesgo, Julián se dio cuenta que su padre se manejaba extraordinariamente y conocía muchos de los pasos de aquellas vetustas montañas que separan España de Francia.

— Muchos de estos caminos iban abarrotados de personas huyendo de Franco, con destino a Francia. —decía con entusiasmo.

— Y aquí, en este túnel, nos refugiábamos de los aviones italianos cuando nos ametrallaban.

— Allí, en aquel montículo, se despeñó Matías, un compañero de brigada.

Y así, iba desgranando recuerdos relacionados con su pasado en la guerra civil española, los únicos a los que teníamos acceso, pero pasada la frontera, silencio absoluto.

Un día, Julián recibió en la oficina la llamada del guardia de seguridad de la Urbanización, para informarle de que su padre se había desmayado mientras realizaba su habitual paseo por los jardines de la urbanización. Ya no recobraría el conocimiento, muriendo a los dos días.

Durante su obligada estancia en el hospital, dando largas caminatas por aquellos pasillos de la planta donde estaba ingresado, tuvo tiempo para repasar todas las imágenes que se almacenaban en sus recuerdos de momentos vividos con él. Por enésima vez, sus pensamientos lo llevaron ante la laguna que tenían de la vida de él. Desde detrás del cristal de la UVI, sumido en un coma que parecía infinito, lo observaba en silencio. Imaginaba que de repente, se incorporaba y allí, sentado en la cama y él a su lado sentado en una silla, le contaba por fin, aquella parte de su vida que tan celosamente había guardado para sí. Pero nunca ocurría.

De aquellos días, Julián recordaba impresionado, la expresión de su rostro mientras estaba en coma: serenidad y, si alguien le hubiera preguntado, hubiera dicho que también de felicidad. Tal vez había logrado fundirse con sus recuerdos y había regresado al pasado. Y con él, se llevó al otro mundo una parte de su historia. La misma que ahora Julián esperaba encontrar entre aquellos papeles y que le producía un gran temor por desconocer hasta donde le llevaría lo que pudiera descubrir.

Capítulo III.
Zaragoza, Octubre de 1980.

Delante de él y en el interior de la caja, una carta y un libro, esperaban a que Julián los tomase para desvelar su contenido y arrojar luz sobre aquello que tanto deseaba conocer. Y que tanto miedo le daba.

Cogió el sobre. Este mostraba su dorso y podía leerse los datos del remitente. Y en esas tres líneas, recibió la primera sorpresa:

Andrés Bestué Villagrasa
St. Peter's Hospital
Chertsey (Surrey)
England

Giró el sobre para comprobar el destinatario de aquella carta.

Anne Carpentier
Ferme Margot
Montoulieu (France)

Con el ánimo sobrecogido y manos temblorosas, extrajo con parsimonia la carta que contenía el sobre. De momento, se acaba de enterar que su padre había residido alguna vez en Inglaterra y naturalmente, de la existencia de Anne Carpentier. Junto con la carta, entre los pliegues de la misma, había una fotografía en la que aparecía su padre con una mujer, tocados ambos con boina y portando un fusil cada uno. Los dos aparecían sonrientes, con su padre cogiendo a la mujer por la cintura. Julián no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco al ver aquella fotografía.

Observó cómo el papel había adquirido ese color amarillento que aporta el paso del tiempo. Desdobló la carta con la emoción contenida, mostrando unos trazos de rectos renglones que ocupaban todo el espacio. Se dispuso a leerla con el ánimo revuelto y un sentimiento de estar rasgando una cortina que durante tantos años, más de los que él contaba, ocultaba parte de la vida de su padre. Estaba escrita en francés y la letra era indudablemente de él. Se sorprendió al comprobar que los rasgos de la escritura se mantienen durante toda la vida.

El matasellos, databa aquella carta el 25 de Diciembre de 1945. Y una leyenda en color azul, un tanto deslucido por el paso del tiempo, cruzaba diagonalmente el sobre: "*Retournez à l'expéditeur. Destinataire inconnu.*[28]", junto con otra fecha: 11 de Marzo de 1946

"Chère Anne.

J'espère que dès réception de cette lettre, vous êtes en sécurité et désireux de vivre. Depuis l'action malheureuse de Pamiers, où j'ai été arrêté par la Gestapo, je ne sais rien de vous et cela me mortifie toutes les heures de la journée. Je prévois que je suis maintenant en Angleterre où j'ai été transféré de Suisse par la Croix—Rouge, pour me remettre de mes blessures.

Comme vous le savez, j'ai été capturé à Pamiers, où ils nous ont mis dans un train à destination de l'Allemagne et après Mâcon, profitant d'un oubli dans un arrêt où j'ai réussi à m'échapper, avec de grandes difficultés car j'étais grièvement blessé.

Lorsque je récupère des blessures, je serai à vos côtés, pour continuer notre histoire d'amour, rappelez—vous les bons et les mauvais moments, et rester ensemble jusqu'à la mort nous trouve et décider llevársenos. Après ce que nous avons traversé et vu, la mort ne devrait pas nous sembler autre chose qu'un moment heureux, tant que nous en trouvons un à côté de l'autre.

En espérant vous voir peu de temps, recevez tout l'amour de celui qui vous aime, Ana.

[28] Devolver a Remitente. Destinatario desconocido.

PD. Pardonnez les fautes d'orthographe, mais vous savez déjà que le français ne le gère pas bien. Écris—moi à l'adresse de l'enveloppe. Ana."

(Querida Anne.

Espero que al recibo de esta carta te encuentres a salvo y con ganas de vivir. Desde la desgraciada acción de Pamiers, en la que fui detenido por la Gestapo, no sé nada de ti y ello me mortifica todas las horas del día. Te anticipo que ahora me encuentro en Inglaterra donde fui trasladado desde Suiza por la Cruz Roja, para que me recuperara de mis heridas.

Como sabes, fui capturado en Pamiers, y posteriormente nos metieron en un tren con destino a Alemania y pasado Mâcon, aprovechando un descuido en una parada logré escapar, aunque con grandes dificultades, pues fui herido gravemente.

Cuando me recupere de las heridas, volveré a tu lado, para continuar con nuestra historia de amor, recordar los buenos y los malos momentos, y seguir juntos hasta que la muerte nos encuentre y decida llevársenos. Después de lo que hemos pasado y visto, la muerte no nos debe parecer nada más que un momento feliz, siempre y cuando nos encuentre uno al lado del otro.

Esperando verte no tardando mucho, recibe todo el amor de este que te quiere, Andrés.

PD. Perdona las faltas de ortografía, pero es que ya sabes que el francés no lo manejo bien. Escríbeme a la dirección del sobre. Andrés.)

Julián notó una sensación de vacío. La lectura de aquellas líneas, concisas y breves, le había producido un *shock* total. Allí, delante de sus ojos, se desvelaba lo que su padre había guardado para sí y a lo que a nadie permitió entrar. Sintió en aquel momento como si su progenitor se alejara de él. De aquella primera lectura, extrajo conclusiones demoledoras. Su padre había vivido una vida de presente en la que formaban parte su madre y él, y otra, reservada para sí, y que seguramente hubiera sido la vida que realmente le hubiera gustado vivir. Se apoyó en el respaldo del sillón a la vez que de su pecho salía un profundo suspiro y notaba como el corazón le latía apresuradamente.

Se levantó y estuvo paseando por el despacho durante unos minutos, tratando de poner orden en su cabeza.

— Hubo otra mujer, pero que yo sepa, jamás viajó a Francia para reunirse con ella. Tal vez había muerto. Tal vez no quiso reanudar aquella relación, tras crear una familia. Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y por lo visto, mi padre, huyendo de España encontró refugio, amor y cariño en aquella mujer. Pero los hechos se torcieron y cuando cayó en manos de los alemanes todo acabó. —pensó.

En aquellas pocas líneas, había dibujado un universo de posibilidades y misterios que de alguna manera, debería, deseaba, resolver. Se alegró de que su madre no conociera aquello. Lo habría sentido profundamente y le habría afectado bastante. Era extremadamente celosa. Tal vez, pensándolo bien, esa podía ser una de las causas de esa negativa a contar su vida pasada. O simplemente la causa. Habría preferido dejar una bruma anodina, que un sol resplandeciente que abrasara a las personas y las relaciones.

Volvió a releer la carta una y otra vez. Y a cada lectura, nuevas posibilidades que añadir a las que había generado la anterior. Finalmente, dejó la carta y centró su atención en el libro que la acompañaba.

El libro tenía tapas negras y no figuraba título alguno y tenía cerca de cien páginas de grosor. Lo abrió y en la primera página aparecía, centrado, el nombre de su padre. Estaba escrito en español. En la siguiente página leyó una especie de introducción, en la que indicaba el lugar en el que estaba escribiendo aquellas notas o Diario. En la primera línea se mostraba el lugar y una fecha: St. Peter's Hospital. Chertsy. Surrey. 5 de Enero de 1945. Julián deslizó las hojas por sus dedos rápidamente y su primera impresión fue que no se trataba de un diario, sino de un relato.

Cuando comenzó la lectura de las primeras líneas del prólogo, tuvo la convicción de que por fin su padre le iba a permitir acceder a aquello que tan celosamente guardó en vida. Posiblemente, esa era la forma que había preparado para dar a conocer lo que no quiso o no pudo contar.

Julián tuvo la certeza de que por fin, allí, en aquella caja se encontraba todo lo que andaba buscando. Y que el contenido del resto de cajones, no tendrían nada que ver con su vida anterior.

Alguien golpeó en la puerta con unos suaves golpes. Se trataba de Aimara, que quería saber si tenía que preparar algo para cenar. Julián le explicó que ya no iba a salir y que cuando la tuviera preparada, se la llevara a la biblioteca.

Allí, cómodamente instalado, pero internamente con un torbellino que no le daba reposo, comenzó la lectura de un Diario donde se narraban unos apasionantes hechos que anhelaba conocer.

Capítulo IV.
Zaragoza, Octubre de 1980.

St. Peter's Hospital. Chertsey. Surrey. 5 de Enero de 1945.

Sentado en una cómoda silla de ruedas, tras las cristaleras del pabellón de reposo del St. Peter's Hospital, donde me encuentro recuperándome de mis heridas, he decidido ocupar mi obligada inmovilidad, en transcribir de mi memoria a este Diario, los recuerdos y vivencias que me han tocado vivir, ahora que los tengo frescos en mi memoria y para evitar que el paso del tiempo los diluya, olvide o modifique.

Es ahora el momento de traspasarlos al papel para que sirvan de mudo y silencioso testimonio de una persona que le tocó vivir unos tiempos terribles. Qué duda cabe que tiempos difíciles los hemos vivido todas las generaciones que hemos pasado por este mundo. Pero tal vez porque estos me han tocado vivirlos a mí, me parecen especialmente dolorosos y ominosos.

Quiero reflejar en estas páginas, el periodo de mi vida que va desde el momento en que abandoné España por los Pirineos catalanes hasta este momento, en el que tras el fin de la guerra y la incomprensión de las Naciones, han acabado, entre otras muchas cosas, con las ilusiones de muchos que, como yo, anhelábamos para nuestro país, España, un régimen de libertades, paz y justicia y que por esa razón nos enfrentamos al golpista Franco, creyendo que Europa y el resto de Naciones, serían conscientes de lo que se jugaban, habida cuenta de la situación belicosa de Alemania, como bien se pudo ver, una vez terminada la Guerra Civil española.

Cuando estalló nuestra guerra en el 36, un año más tarde, me alisté en la 122 Brigada Mixta. Durante tres años participé en duros enfrentamientos, entre ellos, en la Batalla del Ebro, donde combatimos duramente a las fuerzas sublevadas y tras la misma,

apenas quedamos unos cuantos supervivientes viéndonos forzados a retroceder hacia Cataluña, donde finalmente me uní a otros combatientes que al igual que yo, andábamos sin rumbo.

He sido, soy y seré un republicano hasta la médula y jamás renunciaré a mis ideales. Pero también he de reconocer, a la vista de lo vivido y visto, que estoy completamente desengañado de los dirigentes y políticos y sus grandes proyectos, pues con sus patrañas, mentiras y corruptelas, embarcan a todo un país u organización a la miseria y a la muerte sin pestañear. Solo es cuestión de tiempo que la corrupción se apodere de sus actos y olviden los ideales iniciales. Lo he podido ver hasta entre los miembros del Comité Central, donde jamás pensé que podría ocurrir. A partir de ahora, mis ideas serán las mías e irán conmigo a donde yo vaya. Pero jamás me dejaré seducir por nadie que se suba a un estrado, púlpito o encabece una masa y hable en nombre de todos. Demasiado caro me ha costado aprender esta lección.

Deseo continuar con una historia de amor que nació en medio de una vorágine de muerte. Es cuanto aspiro y a partir de este frío y luminoso día, cosa extraña en Inglaterra, y cuando me sea posible, volveré a Francia en busca de la persona con quien deseo continuar esta nueva etapa del resto de mi vida.

Era toda una declaración de intenciones. Y confirmaba la existencia de una mujer en Francia que formaba parte de la vida de su padre, anterior a su llegada a Brasil. Evidentemente, la existencia de este Diario, dejaba clara su intención de que una vez fallecido, quienes le sobrevivieran conociesen lo que tan celosamente había guardado durante toda su vida. Después de todo, no formaba parte de sus planes llevarse a la tumba una parte de su vida desconocida para todos. Una vida que él, como hijo suyo, sentía que también le pertenecía.

Naturalmente, Julián conocía el final de la historia, su propia historia en la que aparecían él y su madre, y que era bien diferente a la que se apuntaba en aquella introducción de intenciones. Aquello aceleró más sus ansias de llegar al conocimiento de lo que encerraba entre sus líneas aquel libro o Diario. ¿Qué pudo ocurrir, para que luego todo cambiara tan

drásticamente? Estaba claro que aquella iba a ser una historia triste de final incierto o una historia inacabada. Si su padre pensaba seguir con su vida en Francia y acabó haciéndolo en Brasil, mucho debían de haber cambiado las cosas.

Pronto iba a saberlo.

Capítulo V.
Zaragoza, Octubre de 1980.

Julián levantó la vista del libro. Admiró las capacidades literarias de su padre habida cuenta de lo exquisito de su narrativa. Se masajeó los ojos mediante un movimiento circular de sus dedos sobre ellos, notando al instante un ligero alivio. Estaba impresionado por la claridad con que se expresaba.

La entrada de las tropas franquistas en Barcelona ha provocado el éxodo masivo de combatientes y seguidores de la recién fenecida República española. Todas las carreteras y caminos que llevaban a Francia se encontraban abarrotadas de gentes que portaban consigo sus enseres y sus únicas propiedades, en un intento de escapar a las feroces represalias de los fascistas de Franco. Mi grupo recibió orden de retirada a primeros de febrero, cosa que iniciamos desde Figueras camino de Portbou. Se trataba del "sálvese quien pueda" y algunos, en su desesperación, asaltaban los camiones en busca de algo con qué comer. Miles de personas deambulábamos por aquellas carreteras con la hiel de la derrota en el corazón. A algunos la ira nos mantenía de pie mirando hacia adelante y a otros, con la mirada baja, se conformaban con escapar del terror y de la muerte.

Toda aquella abigarrada muchedumbre mostraba la extracción social de sus componentes. Unos vestían uniformes andrajosos. Otros, llevaban sus ropas habituales de paisano, campesino o aldeano, de mejor o peor calidad, dependiendo de sus posibles. Pero en aquel momento y en aquel escenario, no había lugar a considerar clases sociales. Todos se movían como una avalancha desorientada por aquellas carreteras y caminos, escalando montañas o bordeando lagos y ríos. Había niños, ancianos, mujeres embarazadas, heridos en fase de recuperación, mutilados de guerra y moribundos desatendidos. Las cunetas se

encargaban de acoger y abrazar a los que dejaban este mundo y cuyas fuerzas les habían abandonado.

Los aviones enemigos solían ametrallar los convoyes que desfilaban por las carreteras. Cuando se sentía el ronco sonido de los aviones en la lejanía, el terror se adueñaba de todos y buscaban desesperadamente un refugio donde protegerse, cosa absolutamente imposible. Cuando los aviones terminaban sus criminales pasadas, y la calma volvía a imperar, pasados unos momentos comenzaban a escucharse los gritos de dolor y de espanto colectivo que surgían de las cunetas repletas de heridos y mutilados indefensos. Otros, ya no se incorporaban.

Por esa razón, algunos, con conocimientos montañeros, decidieron abandonar el camino y seguir sendas montañeras para evitar los vuelos rasantes de los aviones alemanes e italianos y escapar a su papel de corderos conducidos al sacrificio.

Las personas y los vehículos compartían las mismas vías. Caravanas interminables de coches y diseminadas por los arcenes, armas, cañones, ametralladoras, fusiles y tanques, todos ellos destruidos por los aviones franquistas tratando de evitar que los fugitivos pudiéramos llegar a Francia.

Recuerdo que nos refugiamos en el túnel fronterizo mientras unos aviones italianos trataban de meter sus bombas en el interior del túnel, lo que a buen seguro, hubiera producido una mortandad enorme. Afortunadamente no lo consiguieron y cuando se quedaron sin bombas se marcharon.

Como había que esperar turno para poder entrar en Francia, nos resguardábamos en el túnel y en los numerosos vagones que estaban en las vías. Mientras esperábamos, cada cual procuraba agenciarse los alimentos con los que poder sobrevivir. Lo triste es que nos robábamos entre nosotros. Unas víctimas depredaban a otras víctimas.

Cuando finalmente, mediada la tarde del día 14 de febrero de 1939, recorrimos los últimos metros lenta y lastimosamente y pisamos tierra francesa, los gendarmes nos requisaron las armas que arrojaron a un montón que llevaba camino de hacerse enorme. Seguidamente nos tomaron los datos personales. Un gran número de soldados estaban distribuidos por todos los lugares, sin duda para controlar la oleada de españoles que estábamos

buscando refugio en casa de nuestros vecinos. Fue emocionante ver como la bandera de nuestra República, ondeaba junto a la francesa. Es todo un detalle. Muchos nos cuadramos y saludamos ante ella y no podemos impedir que las lágrimas afloren en nuestro triste rostro. Para algunos, la guerra ha acabado, piensan (¡no sabían, no sabíamos lo que nos esperaba!) y para otros, se abría otra oportunidad para combatir al fascismo alemán, amigo de Franco, entre los que me encuentro yo. Ya en suelo francés, los cánticos de los que ya han llegado, despiertan en los que lo estamos haciendo, recuerdos y añoranzas que creíamos olvidados.

Flanqueados por soldados y gendarmes franceses llegamos a Cerbère y tras recorrer casi ocho kilómetros, con el mar a la vista, acampamos en Banyuls-sur-Mer. Al día siguiente, continuó nuestro viaje y siguiendo la carretera, llegamos a Port-Vendres. Nuestro destino es el campo que los franceses han construido en Argelès-sur-Mer.

Cuando contemplo las alambradas, mis sentidos se reavivan y me resisto a entrar. La rabia se apodera de mí. Siento un odio total a los fascistas y a los gendarmes que me obligan a flanquear la puerta y entrar en aquel encierro junto con el resto que, resignados, no se han resistido. Dentro de las alambradas, y para sorpresa general, soldados senegaleses, negros como la pez, con bayoneta calada y gesto feroz, nos gritan a la vez que lanzan sus bayonetas hacia nosotros: ¡allez... allez... allez!.

Como podemos y sin soltar los macutos que nos han dado en el paso fronterizo, nos hacen formar en grupos de ocho a diez. En un descuido, intento de nuevo escaparme, pero queda en eso, en un intento. Veo que ya me han catalogado como "difícil" y no me pierden de vista en ningún momento. Hay alambradas por todos los sitios. El silbato es su manera de llamar a "formar". Es la voz del amo dirigida al perro. Formábamos para todo, para recibir alimentos, ropa o simplemente para pasar lista y comprobar que estábamos todos.

La vida en aquel campo era miserable y sobrecogedora. Los pedazos de pan se lanzaban desde los camiones de reparto y la ley del más fuerte se imponía extrayendo de las personas lo peor de ellas y aplicando a rajatabla el principio de que la caridad debe de empezar por uno mismo. Los había que se hacían con dos

trozos y otros con ninguno. Si alguien me hubiese dicho que los franceses nos iban a dar aquel trato no lo hubiera creído nunca. Nos veían como un problema y no me cabe duda que una avalancha humana como aquella, era difícil de digerir, pero el trato, rayando lo inhumano, no lo hubiera esperado nunca.

Durante los meses de enero y febrero de 1939 cruzaron la frontera pirenaica por Cataluña en torno al medio millón de personas. Y otros tantos por Aragón.

Aimara, entró en aquellos momentos en la biblioteca, reclamando la atención de Julián, poniéndose en horcajadas delante de él.

— La cena se está enfriando. —dijo con cara de pocos amigos.

Julián levantó la vista, haciéndose el sorprendido.

— Es la segunda vez que te lo digo, Julián. Me la voy a llevar para calentarla de nuevo.

— No, no. Así está bien Aimara. Simplemente es que estoy tan completamente absorto en lo que estoy leyendo que no me había dado cuenta. Perdona.

Aimara abandonó la biblioteca moviendo la cabeza y refunfuñando una letanía.

Julián dejó el libro a un lado y se dispuso a dar cuenta de la cena. Lo hizo con desgana y con premura. Aimara se enfadaría de verdad como volviera y se la encontrara allí, sin tocar. Cuando hubo terminado, volvió a la lectura.

Con la amargura de quien todo lo abandona y deja atrás su vida y sus seres queridos y agarrándonos a la esperanza de que al cruzar la frontera, encontraríamos en el país vecino una tierra de asilo, paz, seguridad y ayuda, no sospechábamos que pronto quedaríamos brutalmente desengañados.

El Gobierno francés se vio desbordado por el río humano que cruzaba la frontera. Según supimos después, tenía preparados algunos campos con barracas para cinco o seis mil personas. Algo que pronto comprobó que era absolutamente insuficiente. Y entonces, ante el temor de verse completamente desbordado, adoptó la decisión de confinarnos, a encerrarnos como si

fuéramos seres peligrosos, en vez de refugiados, militares, además de muchos civiles, ancianos, mujeres y niños, que simplemente huían de la guerra y de la represión de las tropas fascistas.

Ante la avalancha, comenzaron a construirse en playas del Mediterráneo, próximas a la frontera, los primeros campos. Todos ellos de pésimas condiciones. La vida en ellos era deplorable. Cercados por alambradas de espino, con separación de sexos, y por lo tanto, de las familias, con vigilancia militar ejercida con desprecio y brutalidad. Sin agua, sin condiciones higiénicas, sin asistencia sanitaria, sin alojamientos. ¡Cuántos morirían en esos campos!

Tras recorrer en unas condiciones físicas y anímicas deplorables los cerca de sesenta kilómetros entre Figueras y Argelès-sur-Mer, quedamos hacinados en un campo que como máximo cabrían unas cinco mil personas, y estaríamos rondando casi el doble, que forzaba a que las condiciones higiénicas brillaran por su ausencia por lo que nos vimos obligados a lavarnos en la playa con agua del mar, con temperaturas glaciales, dado que nos encontrábamos en invierno.

Apenas si había comida que se nos proporcionaba racionada y que cada vez que se procedía a su reparto, salían a relucir la desesperación de aquellos desheredados de la fortuna y de la humanidad. Yo me juré a mí mismo que dedicaría todos mis esfuerzos en escapar de aquel redil de corderos humanos. Puedo entender que a Francia, como a cualquier país, una invasión humana del nivel que se estaba produciendo con el éxodo español, le produjera grandes trastornos y problemas. Eso puedo entenderlo. Puedo entender el racionamiento y la escasez, pero jamás podré entender el trato que se nos dispensó, tratados como perros con sarna, a los que había que enjaular para no contagiar a los demás. Jamás olvidaré aquello. Si algo necesitábamos, era afecto y comprensión, y con ellas por delante, nosotros mismos hubiéramos contribuido a hacer más llevadera aquella carga terrible. Pero en las autoridades francesas, parecía germinar la misma semilla, que no tardando mucho tiempo, florecería con su sumisión y entrega a los ejércitos alemanes, adoptando los modos y formas del fascismo creciente.

Yo no podré perdonar a los franceses, o mejor dicho, a Francia, aquel trato vejatorio e inmisericorde, por muchos años que viva. También debo de reconocer que el pueblo llano no actuó así. En su inmensa mayoría, nos ayudaron todo lo que pudieron según sus posibilidades. No así sus gobernantes.

— Ahora comprendo algo que me producía cierta perplejidad. Mi padre, tenía una gran aversión hacia todo lo que representara a Francia como nación, mientras que mantenía excelentes relaciones con franceses que eran clientes y con los que congeniaba perfectamente, mostrándose con ellos, extraordinariamente cordial.—dijo en voz alta, ante la sorpresa de Aimara, que en aquellos momentos había venido a recoger los platos de la cena.

Julián dejó a un lado el libro y volvió a la carta. No lograba quitársela de la cabeza mientras leía el Diario. Cogió un Atlas de una estantería, y trató de localizar el pueblo francés de Montoulieu. Quería orientarse sobre su situación en el mapa de Francia. No logró encontrarlo a pesar de su empeño. Ni siquiera aparecía en el *Espasa-Calpe*. Debía de tratarse de una pequeña villa o pueblo francés, que no alcanzaba el mínimo baremo para aparecer en los mapas.

Tras dos horas de búsqueda infructuosa, decidió continuar por la mañana con la lectura y la búsqueda de ese lugar de Francia. Sentía que su ansiedad se había calmado casi totalmente. En cualquier caso, si no lo encontraba en los mapas, se pasaría por el Consulado francés, para que le informaran sobre esa población tan pequeña que no merecía salir en los mapas.

Empezó a notarse agotado. Decidió ir a descansar. Mañana sería otro día.

Capítulo VI.
Zaragoza, Octubre de 1980.

A las siete de la mañana Julián ya estaba levantado, provocando el enfado de las gemelas Alma y Aimara, exagerado a propósito, porque todavía no habían podido preparar el desayuno. Le recriminaban que no las hubiera avisado el día anterior. Con sonrisas y abrazos logró que se calmaran. Tras tomarse de pie un café rápido y coger un par de magdalenas al vuelo, se fue rápidamente camino de la biblioteca para seguir con su lectura. Conforme se alejaba de la cocina, podía oír los comentarios de las dos hermanas que no comprendían aquellas nuevas maneras de comportarse.

— Va a caer enfermo —fue lo último que oyó.

Lo de la salud, era una de las cosas que más les preocupaba, y se desvivían por darle consejos de todo tipo para que no enfermara.

Desde el primer día que me obligaron a entrar en el campo de refugiados de Argelès-sur-Mer, comencé a estudiar su composición y las rondas y circulaciones que realizaban los gendarmes encargados de su vigilancia. Enseguida me di cuenta que escapar de allí no sería muy dificultoso. Lo peor sería andar por Francia sin documentación alguna, porque la que yo portaba, desde luego, no era para enseñarla. Mi intención, como la de muchos de nosotros, era unirme a algún maquis formado por españoles y continuar la lucha contra el fascismo.

Sin embargo fui muy optimista al pensar que podría escapar de allí fácilmente. El campo no era muy grande y estaba rodeado por una doble valla de espinos por tres de los cuatro lados. El mar constituía el cuarto lado. Naturalmente, tenían muy controlados los dos laterales que terminaban en la playa, aparte de tener instaladas seis torres de observación, dos en cada

extremo y dos en la parte central. Por el interior, patrullaban gendarmes para evitar que se produjeran incidentes entre los que nos encontrábamos allí. Escapar por el día lanzándose al mar, era inviable, y hacerlo por la noche, con bajas temperaturas, implicaba primero, alejarse de la costa para luego seguir paralela a ella y finalmente regresar hacia la playa. En verano hubiera sido fácil, pero en invierno ya era otra cosa.

A los pocos días, nos fueron llamando al "bureau", una oficina instalada en una caseta construida con chapa ondulada, donde se nos preguntaba el nombre y la profesión. Si teníamos buena conducta, se nos facilitaría trabajo, a cambio de nada, en las granjas, fábricas y pequeños negocios. E incluso, en unas minas situadas en la región. Aquella actividad laboral me convenía por varias razones: me mantendría activo, podría evadirme de mi realidad y, la fundamental, podría proporcionarme mayores posibilidades de escapar. Me asignaron a una granja, pues les dije que yo era agricultor, lo que me llenó de completa satisfacción. Mejor imposible.

Y así comencé a trabajar en una granja por primera vez en mi vida y así aprendí a ordeñar todo lo que tuviera ubres, almacenar paja, dar de comer a toda clase de animales agrícolas, recoger patatas y podar viñas. Mi "patrono" era "mesié" Marcel, quien me acogió un poco fríamente al principio, pero luego, con el trato, la cosa mejoró, hasta el punto que me sentaba a la mesa con ellos y comía lo mismo que comían ellos. Así es que si era poco o mucho, yo no podía quejarme, pues comíamos lo mismo. No sé qué habrá sido de ellos. Un día, cuando acabe todo, me gustaría hacerles una visita. El caso es que mediante conversaciones con ellos y con algunos que les visitaban, me fui enterando de las noticias que corrían por Francia y que no eran precisamente muy halagüeñas. Creían que la invasión alemana era inminente, repitiéndose lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial.

El 22 de junio de 1940, se produce la hecatombe: El mariscal Pétain firma un armisticio con Alemania y Francia queda dividida en dos: una que es invadida directamente por los alemanes, y la otra, ocupando el sureste del país, donde se instala el Gobierno colaboracionista en la ciudad de Vichy, plegada a la voluntad alemana. Y con ello, se produce el cambio de actitud con

respecto a los españoles. Ahora ya no somos basura, somos hermanos. Se nos insta a que nos alistemos en el Ejército regular francés o en los Batallones de Marcha de Voluntarios o en la Legión Extranjera. Es decir, ponernos a las órdenes de los fascistas. ¿Se habían vuelto locos? ¿Desconocían acaso por lo que habíamos pasado los españoles? Había llegado el momento de escapar.

En los meses que pasé en Argelès-sur-Mer, tuve conocimiento por los camaradas del Comité del Campo —que los comunistas habían creado para organizarse y colaborar con otros Comités de otros Campos, que se estaban formando varios maquis constituidos exclusivamente por españoles. Prefería eso que incorporarme a algún grupo de la Resistencia formada por franceses bajo mando de militares franceses. Decidí poner en marcha mis planes de fuga. Me dirigiría a Foix, donde me habían dado una dirección en la que se me darían instrucciones. Me despedí de todos los camaradas del Comité y el día de mi fuga fui a trabajar normalmente. Quería despedirme de "mesié" Marcel y de su esposa. Al fin y al cabo, ellos me habían tratado bien, como una persona, y eso para mí, tenía un valor incalculable.

Los Lavauri, ese era su apellido, lo sintieron mucho y me dijeron que lo comprendían y que me deseaban mucha suerte. Marcel me dio su carné, por si me podía sacar de algún apuro, a la vez que me recomendó que no me afeitara para que la barba disimulara la foto, pues aunque remotamente, algún parecido teníamos los dos, dejándome una barba frondosa, podría pasar si me encontraba con algún gendarme no muy colaboracionista. En otro caso, dijo, que Dios te salve, "mon amie". Ante mis protestas, por lo que le pudiera repercutir a él, me dijo que no me preocupara. Que al día siguiente iría al ayuntamiento para que le hicieran otro. Entre tanto, su mujer, Eloise, me había preparado un macuto con bastante comida. No pude reprimir unas lágrimas, porque sabía que a ellos no les sobraba. El mismo odio que sentía por sus gobernantes, y en la misma medida, sentía mi agradecimiento por ellos.

Siguiendo sendas, caminos y veredas, recorrí en cinco o seis días la distancia de 150 kilómetros que hay entre Argelès-sur-Mer y Foix. En pocos momentos utilicé la carretera por temor a

encontrarme con alguna patrulla. Las mismas precauciones tomaba cuando caminaba por los caminos y sendas del monte. De vez en cuando me paraba y escuchaba el silencio en busca de alguna señal de peligro o presencia cercana. En más de una ocasión mis cinco sentidos se pusieron en alarma, por culpa de algún animal del bosque, que al igual que yo, también se mantenía en alerta por los posibles depredadores. Las noches las pasaba a cubierto, bien en alguna casa abandonada, cueva o entrante montañoso, e incluso, en un granero. Y aquella mochila que llevaba, regalo de la generosidad de Marcel y Eloise, se constituyó en mi lámpara de Aladino que cada vez que la frotaba, me suministraba los alimentos que me daban las fuerzas necesarias para seguir.

Tenía claro que cuando llegara a Foix, y dada mi falta de documentación fiable, sería el momento más complicado. Debía llegar hasta la dirección que me habían dado desconociendo la ubicación de la misma. Tan solo me dijeron que estaba muy cerca de la Abadía de Saint Volusien, por lo que recorrería la ciudad en su busca porque no quería preguntar a nadie dado mi rudimentario francés, aprendido en los meses que llevaba allí. No tardé mucho en dar con ella y cuando llamé a la puerta, mi corazón latía fuertemente.

Allí mismo me acogieron y por fin pude dormir en un auténtico colchón de lana. Dormí trece horas de un tirón.

Julián depositó el Diario sobre la mesita auxiliar que tenía a su lado. Pensó en su padre y no pudo reprimir una sensación de pena y rabia, por no haber podido escuchar de sus labios aquel relato que había trasladado al Diario. Lamentaba que por no querer herir, no les hiciera partícipes de aquella odisea que estaba descubriendo en aquellas líneas. Pero aun así, le hubiera gustado oírlas de sus propios labios.

Pasados dos días, llegaron de forma escalonada cinco personas, españoles todos ellos, entre los que había una mujer, a los que fui presentado. Me sometieron a un breve interrogatorio consistente en preguntas sobre mi vida y actividad durante la guerra civil española, naturalmente para hacerse una idea sobre

mí. Finalmente me preguntaron si pertenecía al Partido Comunista en España. Les dije que no, que yo no estaba afiliado a ningún partido, pero era republicano hasta las cachas. Les debí de convencer, porque finalmente me dijeron que pertenecían a la Dirección del PCE clandestino en el cantón de Le Grand Combe en suelo francés. Tras una breve introducción, me explicaron que se estaban estableciendo contactos entre camaradas amigos y conocidos para formar una gran red, y que el problema es que estaban diseminados por varios pueblos. Querían que me encargara de viajar y visitar cada lugar para conocer a los camaradas y constituir después los Comités Locales. Se trataba de organizarse para la lucha armada efectiva.

Con este fin y para justificar mis frecuentes ausencias, me buscaron trabajo en una "chantier[29]" situada en Montferrier, no muy lejos de Foix, creada y controlada por españoles, donde tendría las oportunas bajas médicas mediante simulación de enfermedades y accidentes, con el fin de justificar las ausencias al trabajo y poder desplazarme para cumplimiento de mi misión. Acepté la proposición y me desplace a ese lugar para incorporarme al trabajo. Con la ayuda de los compañeros, fuimos capaces de organizar numerosos viajes a poblaciones cercanas para organizar a los españoles diseminados por toda Francia.

Yo me establecí en Montferrier, en una casa que pertenecía a un simpatizante comunista francés y durante un año permanecí realizando la doble labor de trabajar en la mina y en realizar esta labor de organización. Sin embargo esta función no terminaba de satisfacerme. Por mis constantes viajes, tomé contacto con muchos grupos, unos pertenecientes a la Resistencia y otros eran maquis que funcionaban independientemente de los demás y que de vez en cuando, se coordinaban con otros para dar un golpe de mano o una acción sorpresa. Terminé por unirme a un grupo de españoles que habían creado un maquis itinerante, con sede en Ariège, dedicado a sabotear y a combatir a los fascistas alemanes. Para

---

[29] Chantier: Lugares donde se llevaban a cabo obras de construcción, demolición o minería, y que abarcaban actividades que iban desde la tala de bosques para la venta de madera y la fabricación de carbón vegetal hasta la construcción de pequeñas centrales hidroeléctricas, pasando por la explotación de canteras.

eso había venido a Francia. Se trataba de "maquis blancos" que no tenían experiencia alguna. Tenían ganas pero ninguna experiencia. Como yo venía de hacer una guerra en España y justo lo que me sobraba, desgraciadamente, era experiencia, enseguida me eligieron como jefe, sin ni siquiera hablarlo, así es que de forma tácita me adjudicaron la jefatura. El problema es que no teníamos armas con las que combatir y los que las tenían, grupos de resistentes, no las utilizaban. Teníamos dos pistolas para ocho y con eso, poca cosa se podía hacer.

Un día llegó a nuestro conocimiento que los aliados lanzaban con paracaídas unos cilindros y cajas que contenían armas, y otros utensilios, un "parachutage" lo llamaban, destinados a los grupos de la Resistencia. El lanzamiento lo realizaban de noche en una campa cercana al pueblo. Cuando nos enteramos del día, cuatro de nosotros nos plantamos de forma sigilosa en la campa a esperar el "maná". Al rato de llegar, oímos el motor de una camioneta que se aproximaba y se detenía a escasos doscientos metros de donde estábamos nosotros y de la que se bajaron tres hombres. Se trataba de los resistentes que habían venido a recoger lo que les lloviera del cielo. Me preocupaba su reacción cuando nos presentáramos a pedirles que nos dieran un paquete de aquellos, porque realmente necesitábamos aquellas armas. Dudé en hacer unos disparos al aire para asustarlos y una vez que hubieran huido, hacernos con el material. Pero la situación se resolvió sola. Como eran bastantes bultos, dos cilindros y dos cajas, y sobre todo voluminosos, primero tomaron las dos cajas o "containers" y las cargaron en la camioneta, dejando ocultos los cilindros, marchando a continuación. Supusimos que una vez hubieran dejado las cajas en un lugar seguro, volverían a por el resto. Se llevaron una buena sorpresa cuando volvieron y comprobaron que los cilindros habían desaparecido.

A los pocos días, dos resistentes nos visitaron porque se habían enterado que éramos nosotros los que les habíamos "robado" los paquetes, pues tuvimos la precaución de avisar por el mismo medio que nos habíamos enterado, que los teníamos nosotros. Tampoco queríamos que se preocuparan en exceso. Nos pidieron explicaciones del "robo" y les dijimos simplemente que

nosotros las íbamos a utilizar de inmediato y ellos tan solo las guardaban y no hacían nada con ellas. Adujeron que las guardaban para cuando hicieran falta y que tan solo su misión era esconderlas y guardarlas. Cuando les dijimos lo de utilizarlas, intercambiaron una mirada entre ellos y nos tendieron la mano, a la vez que nos desearon suerte. Las razones que les dimos, les debieron de parecer de una lógica aplastante. Desde entonces, no necesitamos ir a "robarles" las armas. Se las pedíamos y ellos nos las facilitaban.

A partir de ese momento, empezamos a volar transformadores, torres eléctricas, vías férreas, postes de teléfono y maquinaria de obras públicas. En Tarascon-sur-Ariège, destruimos los conductos de agua de la que se abastecía una fábrica de aluminio. Comenzamos a sabotear líneas de ferrocarriles y a tender trampas a los convoyes de tropas. Nuestra táctica consistía en golpear sin ser vistos y cambiar constantemente de posición, para hacer creer al enemigo que estaban siendo atacados por un grupo muy numeroso. Y una vez descargado el golpe, dispersión general. No recuerdo ninguna acción en la que fuéramos más de treinta hombres, juntando varios maquis.

En los tres años que anduve con aquel grupo, fueron muchos los enfrentamientos que tuvimos con los alemanes. Sin embargo, ocurrió un suceso absolutamente especial: a principios de 1943, conocí a la persona más maravillosa del mundo, Anne.

¡Anne! Julián apartó sus ojos del Diario. Estaba claro que esta mujer formaba parte de esta historia secreta. Todo comenzaba a aclararse y los protagonistas hacían acto de presencia.

De repente, sonó el teléfono y de forma instintiva lo cogió. Era su secretaria, Sara, quien le preguntaba cuando iba a llegar a la oficina, porque las visitas que esperaban ya habían llegado.

— ¡Los suecos! —exclamó alarmado, a la vez que miraba su reloj. Eran las ocho de la mañana. ¡Había olvidado la cita con ellos!

Se levantó como un rayo y dio instrucciones por teléfono a Sara para que le excusara con algún pretexto y les aseguraran que en veinte minutos estaría con ellos. Dejó el diario sobre la mesita y salió de la biblioteca como alma que lleva el diablo.

Aquel diario le estaba absorbiendo completamente.

— Por la noche volveré a tus páginas. Tal vez me venga bien este obligado paréntesis. —dijo en voz alta, dirigiéndose al Diario, antes de salir precipitadamente.

Alma y Aimara, a la vista de aquello, no dejaron de mover la cabeza.

— ¡Va a terminar enfermo! —fue su docta conclusión.

Capítulo VII.
Zaragoza, Octubre de 1980.

Domingo. Nunca en su vida, Julián había deseado tan fervientemente que fuera domingo para poder dedicarse en cuerpo y alma a la lectura apasionante de la confesión de su padre.

Alma y Aimara continuaban bastante mosqueadas por la afición que le había entrado a Julián con aquel libro, sobre todo, cuando el sábado les pidió que le preparasen la comida del domingo y que se tomaran el día libre. Las dos mujeres protestaron lo suyo al no entender tan insólita petición, poniendo como excusa para no hacerlo, su desconfianza sobre si sabría calentarse la comida. Les puso un billete de mil pesetas en la mano, para que comieran en un restaurante y luego se fueran al cine o al teatro. Las dos mujeres, pensaron que las estaba echando de casa por algún motivo que no comprendían. Julián las tranquilizó contándoles sumariamente de qué se trataba y que cuando lo terminase, les haría un resumen más amplio y que necesitaba estar solo para concentrarse en su lectura. Tras unos cuantos besos y abrazos, aceptaron a regañadientes. No entendían que para eso, el tuviera que quedarse solo en casa. Y no les faltaba razón.

Se dirigió a la biblioteca, dispuesto a continuar, una vez medio solventada la curiosidad de las gemelas.

A eso de las once de la mañana, Alma le dio las últimas indicaciones sobre la comida, tras lo cual, se dispusieron a subirse al taxi que vino a buscarlas y que había sido llamado por Julián.

Cuando las vio partir, se dispuso a hacerse un café para seguir leyendo y compartir con su padre sus vivencias, que por cierto, lo tenían completamente embargado. Por eso sentía la necesidad de encontrarse completamente solo en la casa.

En febrero, mi grupo se desplazó a Foix. Nos había llegado una información importante. En ella se decía que la Gestapo

estaba formando un convoy ferroviario para transportar tanques y vehículos blindados a Normandía, junto a un numeroso grupo de hombres. Se trataba de organizar una operación para intentar destruir el convoy o como mínimo, impedir su normal traslado retrasándolo todo el tiempo que se pudiera. En esta ocasión, colaboraría con nosotros un grupo local de la Resistencia, quienes nos harían las veces de guías. Para preparar todo y estudiar el terreno, estaríamos en la zona dos semanas. Cuando nos juntamos los dos grupos, nos dividimos en parejas para distribuirnos las diferentes tareas a realizar. A mí me correspondía la tarea de estudiar el trazado ferroviario y me aconsejaron que quien conocía bien el trazado era Anne, una resistente, por lo que quedé emparejado con ella. Una vez hechas las distribuciones de tareas y personas, se determinó los lugares donde nos albergaríamos. En mi caso, mi centro de operaciones lo establecimos en las afueras de Montoulieu, en la granja propiedad de Anne, situada a un kilómetro del pueblo. Y así comenzó una relación entre ambos sin que ninguno lo pretendiéramos.

Fue amor a primera vista. En la vida que llevábamos y en las actuales circunstancias, no había cabida para una cosa así. Sin embargo, ocurrió. Sin decirlo, ambos asumimos los riesgos que aquello podía acarrearnos. A partir de aquel encuentro, nos vimos en bastantes ocasiones, actuando juntos en algunas acciones y finalmente establecí mi residencia en su casa, una granja a las afueras de Montoulieu, "Granja Margot", rodeada por vegetación y monte. Recuerdo que la primera vez que entré en su casa, estaba sonando en el gramófono, "L'Accordeoniste" y la cantaba Edith Piaf, que era la canción preferida de Anne y que a la menor ocasión ya la estaba cantando. A partir de aquel momento, también fue la mía.

En Nimes existía y existe, una cárcel que todo el mundo consideraba inexpugnable y en la que se recluían a todo tipo de gentes de mal vivir, criminales y matones. A partir del éxodo de españoles a Francia, comenzaron a recluir también a resistentes y maquisards que se oponían a la Gestapo y al Gobierno de Pétain. Muchos españoles estaban allí recluidos, soportando unas condiciones inhumanas.

Los dirigentes del PCE en el exilio, llevaban ya algún tiempo estudiando la forma de asaltar esa prisión para liberar a nuestros compatriotas. Sin embargo, se descartó un asalto desde el exterior y se decidió realizar la acción desde el interior de la cárcel. Por mis contactos, se me asignó la tarea de conseguir un contacto con algún elemento que ya estuviera dentro. Precisamente, yo conocía a uno que se avino a ayudarnos porque meses atrás, yo le había ayudado a esconder a un hermano al que perseguían los Gendarmes franceses para entregarlo a la Gestapo.

Se trataba de introducir armas en el interior de la prisión, que luego serían utilizadas por los propios presos para escapar. Poco a poco, se consiguió introducir 23 pistolas que nuestro colaborador escondió en el sótano. Mientras tanto, los participantes en el rescate comenzaron a llegar poco a poco, y la noche del 3 de Febrero llegaron los últimos, acompañados de los medios para evacuar a los presos, consistentes en cinco vehículos, dos turismos y tres camiones. Al anochecer penetramos en la prisión por una puerta trasera que nuestro hombre había dejado abierta. En el interior ya nos estaban esperando los camaradas españoles armados con las pistolas que habíamos introducido. Con gran sigilo, eliminamos a unos vigilantes, y de forma escalonada, comenzaron a salir los presos, un total de ciento quince, quienes rápidamente se perdieron de vista desperdigados por las calles. En medio de la operación fuimos descubiertos, iniciándose un tiroteo en el que algunos de nosotros fuimos heridos. Pero logramos liberar a nuestros compatriotas a quienes pensaban mandar al día siguiente a Alemania. Los metimos en los camiones y coches y cada uno partió para un destino distinto.

A finales de junio, recibimos orden de volar un puente sobre el río Ariège, cercano a Pamiers. Se hablaba de que estaba próximo el desembarco de los aliados, y por ello, había que dificultar todo lo posible los movimientos de tropas y material alemanes hacia la zona del Atlántico. Como siempre, mi grupo se desplazó hacia la zona de la acción, y en este caso nos íbamos a albergar en una casa de Pamiers. Anne también participaría en la acción.

Cuando entramos en la ciudad, lo hicimos separándonos cada cual por su lado, o formando como máximo parejas, con el fin de no levantar sospechas. Ya cerca de la plaza del pueblo, vi que por delante se me acercaba una patrulla de Gendarmes que estaban haciendo su ronda. Yo seguí mi camino con normalidad cuando me crucé con ellos. Llevaba documentación y no tenía miedo a ser detenido por esa razón. Sin embargo, al cruzarnos se me heló la sangre, cuando reconocí a uno de los gendarmes. En la acción de Nimes, aquel hombre estaba también allí cuando me reunía con el muchacho que nos ayudó y que era funcionario de la prisión. Yo tengo memoria para las caras y rogué al cielo que aquel hombre le pasara todo lo contrario.

Continué andando con los ojos cerrados y aferrado a la culata de mi pistola, esperando que pasasen los segundos y no se produjera nada. Pero no fue así. A los pocos segundos oí como aquellos dos me llamaban a la vez que me daban el alto. Me volví tratando de sacar la pistola, pero no tuve tiempo para nada. Vi dos fogonazos delante de mí, y en el mismo instante sentí un dolor agudo, como si tuviera una brasa quemándome en el costado que hizo que perdiera el equilibrio en un escorzo instintivo y cayera, soltando mi pistola. Luego comprobé que uno de ellos había fallado, afortunadamente para mí. Herido, fui detenido de inmediato y llevado al puesto de la Gendarmería de Pamiers. Dos horas más tarde, y sin que me viera médico alguno, me trasladaron a Nimes, a la Oficina Central de la Gestapo.

La herida me molestaba bastante e ignoraba su gravedad, aunque suponía que no sería mucha, pues salvo el dolor cuando trataba de moverme, no sentía debilidad ni síntoma de algo grave. Cuando llegamos a Nimes al Cuartel General de la Gestapo, en el número 13 en el boulevard Gambetta, me llevaron directamente a los sótanos del edificio y me arrojaron a una celda. Se oían gritos que parecían provenir de todos los sitios. Aproveche para examinar mi herida, en medio de grandes dolores. La bala me había rozado el costado derecho y me había hecho un una buena herida dejando el hueso al descubierto. Me volví a colocar la ropa y me dispuse a esperar la visita de mis torturadores.

Durante cuarenta y dos días me estuvieron interrogando y aplicando métodos propios de la inquisición. Los interrogadores

se iban turnando y su interés consistía en que delatara a los miembros del grupo al que pertenecía. No sacaron mucho de mí. Sus métodos eran brutales y cuando me pedían nombres yo les daba unos inventados y les daba lugares falsos de reunión y falsos planes de futuras acciones. Sobre todo querían saber si tenía conocimiento de cuando sería la invasión aliada y por dónde. Cuando pasadas unas horas, otros venían a sustituir a los anteriores, me volvían a hacer las mismas preguntas y yo les volvía a dar nuevos nombres falsos. Finalmente, decidieron mandarme a Alemania para que los especialistas, con sus métodos y drogas, me sacaran la información. Ni que decir tiene, que durante esos cuarenta y dos días pasaba largos periodos de tiempo inconsciente. Lo que sí me pareció observar, es que dentro de su brutalidad, me estaban conservando vivo, pues alternaban largos ratos entre sesión y sesión. Al final de esos 42 días, cuando me subieron a un tren, con destino a Alemania, apenas si podía moverme.

Aquel viernes, 15 de agosto, con un calor sofocante, fui llevado a la estación de Nimes junto con otros diez miembros de la Resistencia y algunos españoles pertenecientes a diversos maquis que habían sido detenidos. Los propios empleados del tren nos ayudaron a subir un vagón estacionado en una vía muerta, y en el que ya había prisioneros vigilados por soldados de la wehrmacht. También había un grupo de judíos que ocupaban la parte delantera del vagón y en la parte trasera, unos cincuenta civiles. Nosotros ocupamos la parte central. Tras una serie de maniobras, el vagón fue enganchado con el resto de vagones. Mientras nos ayudaban a subir, uno de los ferroviarios le entregaba a uno de nosotros una pequeña sierra oculta en el interior de una manzana, mientras otro, nos dijo en voz baja que los aliados se encontraban ya en Sainte-Maxime, por lo que no estaríamos mucho tiempo dentro de aquel vagón.

Aquel tren, había partido de Toulouse, el día 2 de Julio, y tenía como destino Dachau. Todos los vagones venía abarrotados de presos de toda índole, condición y nacionalidad: presos políticos, delincuentes, gitanos, judíos, españoles, polacos, franceses, etc. A cada parada que hacía se añadían más prisiones y más vagones que los ocupaban. En los techos de madera de

algunos vagones podían verse grande agujeros producidos por los ataques de los aviones aliados, desconocedores de la carga que llevaba aquel tren y que los alemanes, de forma premeditada, no habían colocado las señales en los techos de los vagones. Por tal hecho, ya se habían producido las primeras muertes, además de por las condiciones en las que viajaban y sanitarias, aberrantes.

Antes de medianoche, arrancaba el tren, con sus diecisiete vagones, hacia su siguiente punto de recogida de prisioneros. Antes de llegar a Thésiers, el tren se detuvo a petición de un guardagujas que informa que hay dificultades para cruzar el Ródano una vez sobrepasado Roquemaure. Yo voy sentado en un rincón, y noto como voy recuperando las sensaciones conforme pasa el tiempo. Alguien me pasa un trozo de pan duro que me sabe a gloria. Nuestros vigilantes comentan entre ellos las noticias que les van llegando. Uno de los detenidos que entiende el alemán, nos va traduciendo lo que hablan. Al parecer la circulación de trenes se ha complicado enormemente, cosa que podemos constatar al paso por las estaciones, viendo como convoyes con soldados alemanes, material de guerra y municiones, están detenidos en las vías de espera. Los aliados están subiendo por el valle del Ródano y la aviación y los maquis hacen saltar vías del tren, agujas y estaciones. El miedo de aquellos soldados, reservistas en su mayoría, se refleja en sus caras. Y ese mismo miedo, alimenta nuestras esperanzas.

Julián levantó la vista de las páginas. Estaba completamente emocionado. ¡Cuántas cosas ignoraba y que ahora le estaban siendo reveladas! La cafetera se había quedado sin agua. Miró el reloj. Eran las 12,30. Repuso el agua y se hizo un nuevo café.

Durante todo el trayecto, el tren va perdiendo "viajeros". Los vemos correr por el campo a través de los ventanucos con rejas del vagón. Algunos, incluso, son vistos por nuestros vigilantes, quienes optan por mirar sin decir nada. Ellos también tienen miedo y están agotados, y creo, aunque me cueste creerlo, que algunos deben de tener sentimientos. La verdad es que nos alegramos al ver que ellos no impiden las fugas. Lo que nos da ánimos a los demás. Algunos de los que intentaban escapar, eran

detenidos de nuevo, y tras ser golpeados los tiraban dentro de un vagón, después de haberles quitado los zapatos. De esta forma sería más difícil que lo intentaran de nuevo.

Llevo ya tres días encerrado en aquel vagón. El calor es insoportable. Sobre las 8 de la mañana el tren se detiene de nuevo. Los soldados alemanes abren las puertas de los vagones y nos obligan a bajar. Nos hacen formar en filas junto al tren y nos dicen que vamos a hacer transbordo. Y toda aquella ingente cantidad de gente abandonada a su suerte, inicia el camino hacia el Ródano. A los que no se pueden mover, los mandan formar a un lado de la carretera donde unos camiones los llevaran al punto de reencuentro.

Pronto tenemos a la vista el puente, y como había avisado el guardagujas, su estado era lamentable. Nos obligan a pasar por él, y los soldados vigilan con fiera cara y actitud amenazante, para evitar que nadie se lance al río. Evidentemente, nadie lo intenta, salvo que alguien quisiera suicidarse. Pero ni en aquella terrible situación, nadie quiere hacerlo. Es la fuerza de la supervivencia. Sobre la una del mediodía, la larga fila de desahuciados entramos en Châteauneuf-du-Pape. Los vecinos del pueblo contemplan con lágrimas y rabia contenida el desfile de aquellas figuras semejantes a personas, cuando de pronto, alguien comienza a entonar la Marsellesa. Todos, prisioneros y vecinos la entonaron elevando sus voces hasta atronar. Al pasar al lado de una fuente, los alemanes la rodean para impedir que nadie se acerque. Sin embargo no pueden impedir, que aquella gente ofreciesen pan y vino a los prisioneros.

Nuestro destino era Sorgues, a diecisiete kilómetros desde el punto en el que el tren quedó detenido. En esta ciudad sus vecinos reaccionan de la misma manera que en Châteauneuf-du-Pape, sin que puedan impedirlo los soldados alemanes, por lo que los más afortunados se hacen con agua y comida que esconden rápidamente de los soldados y... de sus compañeros. ¡Maldita sea la miseria, que nos hace insolidarios y egoístas! Finalmente, llegamos a la estación, donde otro convoy nos aguardaba para seguir nuestro camino hacia la muerte. Mientras esperábamos se produjeron varias huidas de prisioneros ayudados por los vecinos. A primeras horas de la tarde nos hicieron subir a los vagones.

Después de pasar lista, faltaban treinta "pasajeros". Sobre las seis de la tarde, el tren arranca de nuevo.

En Pierrelatte, el tren se detiene de nuevo. Ya casi no nos preocupa, pues ocurre tan a menudo que nos maravilla cuando pasa un largo tiempo sin paradas. Es curioso, pero deberíamos alegrarnos cada vez que parara, en vez de hacerlo cuando no lo hiciera. Sin embargo, la sangre se nos hiela cuando comenzamos a oír un zumbido lejano. Al principio no lo reconocemos, pero conforme se va haciendo más claro y nítido, el terror se apodera de nosotros: son aviones aliados y van a ametrallar el tren. Los soldados alemanes lo abandonan rápidamente y se ocultan. Los aviones dan varias pasadas sobre nosotros sembrando de muerte los vagones. No saben que están matando a los inocentes, mientras los asesinos lo contemplan desde sus escondites. En el suelo quedan los regueros de sangre. Alguno dice que los que han muerto, han tenido suerte. Tal vez no les falte razón.

Los daños ocasionados por la aviación son considerables. La locomotora principal ha quedado inservible. La retiran y ponen en su lugar la de reserva. Luego supimos que los norteamericanos han rodeado Montelimar para tratar de copar a las tropas alemanas que huyen. En ese rodeo se han dejado en medio a nuestro tren. Los alemanes evacúan a los muertos y heridos y los entregan a la Cruz Roja para que se ocupen de ellos. A las tres de la mañana en tren se vuelve a poner en marcha.

Yo tengo decidido escapar. Le pido a algunos de mis compañeros que me venden el brazo y el torso con unas tiras de una sábana que cogí en Sorgues. Necesito proteger esas partes. Mi idea es escapar cuando nos acerquemos a la frontera con Suiza y dirigirme hacia allí. Pregunté a un francés y me dijo que era difícil aconsejarme pues desconocíamos la ruta a seguir. En cualquier caso, quedamos en que me avisaría cuando llegáramos a una ciudad que estuviera más cerca de Suiza. Mientras, comencé a idear un plan para escapar en el momento que fuera necesario.

En Loriol, el tren se detiene y nuevamente las puertas se abren bruscamente dejando ver a los soldados que apuntan con sus ametralladoras. ¡Todo el mundo abajo. En fila delante de los vagones con las maletas! grita un oficial. El puente sobre el Drôme está cortado. Al otro lado del río, nos esperan otros vagones. Sin

embargo, este tren solo tiene quince vagones, y en consecuencia, eso implicaba aumento de personas por vagón. Yo casi me alegré porque eso suponía una mayor dificultad para controlarnos por parte de nuestros vigilantes. Estuve tentado de aprovechar aquella oportunidad para escapar, pero todavía estaba muy lejos de Suiza.

Llegamos a Valence y para alivio de todos, las puertas se abren dejando a la vista el andén. La Cruz Roja distribuye víveres entre los prisioneros ante una actitud más pasiva de los vigilantes. Una anciana estaba asomada a la ventana y en un momento dado, aprovechando que los guardias se habían desplazado a otro lugar del andén, nos mostró un cartón en el que se podía leer "Paris est entouré. Tiens bon![30]".

Durante el reparto de agua, y de forma disimulada, le dije a la voluntaria de Cruz Roja, que enviaran a alguien al 117 de la Rue Châteauvert, de Valence, para que les informara de la existencia del tren en aquella estación. También le pregunte cual era la estación más próxima a Suiza. La muchacha me miró con sus ojos azules a los que habían asomado unas lágrimas. Tras unos momentos, me dijo que Mâcon, pero que con ser la más cercana, había cerca de 120 kilómetros hasta la frontera. Es domingo, 20 de Agosto de 1944. Llevaba nueve días subido en aquel tren y mis nervios empezaban a hacer acto de aparición.

En Pont de I'Isere, hacemos nuevo transbordo de tren, debido a un puente destrozado. A las 7 de la tarde, arrancamos de nuevo y llegamos a Saint-Rambert-d'Albon, cuya estación está completamente desierta. Todo el personal ha abandonado la estación. A las 9 de la noche abandonamos Saint-Rambert. Próxima parada, Neuville-Sur-Saône, justamente la parada anterior a Mâcon, mi parada. Está llegado el momento de escapar hacia la libertad.

[30] París está rodeado. ¡Aguantad!

Capítulo VIII.
Zaragoza, Octubre de 1980.

De vez en cuando, Julián volvía unas páginas atrás, porque se daba cuenta de que en muchas ocasiones volaba con su imaginación al lado de su padre en el interior de aquel tren y pasaba las hojas sin que realmente hubiera leído su contenido. Se había identificado tanto con el relato, que podría jurar que veía los campos y ciudades por donde se desplazaba aquel convoy, que luego sería conocido como el *Tren Fantasma*, cosa que su padre no sabía en aquellos momentos.

Estando a dos paradas de ese momento crucial, reflexiono. Durante todo el trayecto, he sometido a revisión diferentes pasajes de mi vida, como mi niñez, mi juventud y mi alistamiento a las fuerzas populares republicanas cuando estalló la Guerra Civil española y mi posterior huida a Francia. Era una forma de evadirme de mi triste realidad.

En mis pensamientos ha estado siempre presente mi querida Anne, de la que no sabía nada desde mi detención. Esperaba que ella y el resto hubieran tenido más suerte que yo. Era mi esperanza y mi consuelo. En los momentos más duros, mi mente me llevaba a su recuerdo y en breves instantes recuperaba el coraje. Nos encontramos cuando menos lo esperábamos los dos y en la peor de las situaciones. Era mi primer amor, y lo acogí con la misma ilusión que si hubiera ocurrido en una paradisiaca isla caribeña. Todo en ella me parecía perfecto. Por ella cometí errores en los que jamás hubieran incurrido, si ella no hubiera estado en mi vida. Me refiero a relajar mi seguridad y, quien sabe si la del grupo, por arriesgarme para ir a verla. Si alguna vez pensé que aquella guerra podía acabar, tenía claro que viviría con ella.

Julián tragó saliva en un intento de aminorar el dolor que sentía en su garganta. Por un lado sentía una gran pena pensando en su madre. Pero por otro lado, no podía reprochar a su padre aquella peripecia vital que lo había unido a aquella mujer, y a la que el destino, no permitió unirla a su vida. De forma imperceptible y sin ser consciente, comenzó a sentir afecto por aquella desconocida mujer.

Sabía que estaba llegando el momento de jugármelo todo a la carta de la escapada: si salía bien, la libertad. En caso contrario, la muerte. Que bien pensado, también podía considerarse que era lo mismo. Montado en un vagón del tren de los horrores, acurrucado en un rincón, con la podredumbre y la miseria ocupándolo todo, compartiendo destino con seres humanos derrotados, despojo de lo que fueron algún día, entre los que me cuento, me doy cuenta de que quiero, necesito, una oportunidad de vivir mi propia vida. Sentía que hacía tiempo que habían acabado los tiempos del idealismo y candidez del neófito y que como consecuencia de ello, fantoches inmorales, se aprovechaban de tus ilusiones para encaramarse a tus hombros y sobresalir. Y una vez afianzados, se olvidaban de los desgraciados sobre los que se estaban apoyando.

Pienso en la situación en la que me encuentro. Y repaso las vivencias de mi juventud, donde el idealismo lo presidía todo y donde uno sacrificaba todo por el ideal sacrosanto. Y en esa nueva vida a la que aspiraba, no habría espacio ni tiempo para el idealismo. Viviría el presente con todas sus consecuencias. Naturalmente que mis ideas se irían conmigo al otro mundo, pero el idealismo se quedaría en aquel vagón si lograba escaparme de él. Verdaderamente, tenía todo lo necesario para llevar una vida bien diferente a aquella. Tenía a Anne y lo necesario para que la fortuna, por una vez, no les fuera esquiva.

Mâcon. Llegamos sobre las cuatro de la mañana. La tensión que me ahogaba en mi interior, hacía que no sintiera dolor alguno en mi cuerpo. Tenía planeado dejarme caer desde el interior del vagón, una vez retiradas dos tablas que dejaban ver el terreno por el que pasaba el tren, y permanecer tendido entre las vías hasta que todo el convoy pasase por encima. Sin embargo, de

forma inesperada, en esta ocasión subieron al vagón seis guardias. Aquello tiraba por tierra mis planes y por un momento creí que todo estaba perdido. Pero la suerte no había dicho su última palabra y no me dejó abandonado. A pocos kilómetros de Mâcon, serían las siete de la mañana, a la altura de Tournus, el tren queda de nuevo inmovilizado, debido a un sabotaje llevado a cabo por un grupo de la Resistencia. Los Feldgendarmen procedieron a reclutar voluntarios aleatoriamente para reparar el puente a los que me añadí yo.

Una vez formados delante de los vagones, los guardias reparten unas tortas entre los voluntarios para que trabajásemos con mejor disposición y a la vez, causar sufrimiento a los que estaban mirando dentro de los vagones. Sin embargo, lo que más deseábamos era beber. Estábamos sedientos. Se armó un gran revuelo a la hora de repartir las tortas, pues todos queríamos, a pesar de la sed, meter algo en nuestro cuerpo.

Sobre las once y media, los vigilantes se juntaron para echar un bocado de las provisiones que habían confiscado a los prisioneros, momento en el que yo aprovecho para deslizarme por uno de los pilares del puente que queda fuera de su vista, y tras aguardar unos instantes para comprobar si mi marcha había sido detectada, me alejé rápidamente para ocultarme entre el monte bajo. Llevaba algún tiempo observando que la atención de los vigilantes comenzaba a relajarse. Al parecer aquellos jóvenes muchachos, pues de jóvenes muchachos se trataba, habían sido reclutados recientemente y su alma no estaba endurecida por una guerra inhumana, por lo que parecían albergar en su interior algunos sentimientos hacia el ser humano. Tal vez por eso, su vigilancia sobre los prisioneros se relajaba conforme nos acercábamos a Alemania.

Escondido, sin atreverme a salir a campo descubierto, esperé a que la reparación del puente terminase. Desde la lejanía, no observo movimiento alguno que me indique que están buscando a algún fugado. Y por fin, tras lo que para mí consistió en una eternidad, sobre las tres de la tarde el tren se ponía de nuevo en marcha. Con una alegría infinita y los ojos llorosos, deseo suerte a cuantos van en su interior y yo me dispongo a velar por la mía.

Tournus quedaba a la vista. Desde allí, Suiza debía de quedar, más o menos a 120 kilómetros. Suponía que al tratarse de un país neutral, sus fronteras estarían muy vigiladas por los alemanes. El tren se había perdido de mi vista, y yo me dirigí hacia el pueblo. Tomé mil precauciones, tratando de detectar si allí había fuerzas germanas estacionadas en él. Después de estar un buen rato observando el paso de personas medio oculto en un granero, llegué a la conclusión de que no había alemanes. Cuando estaba a punto de abandonar el granero, alguien a mi espalda me preguntó que qué hacia allí. Me volví lentamente esperando lo peor, pero ante mí se encontraba un hombre en camiseta. Tras observarnos sin decir nada, el hombre volvió a preguntarme si me había escapado del tren alemán. Por su tono deduje que no tenía a un colaboracionista ante mí. Le dije que sí, y el hombre, por toda acción cerró la puerta del granero. Me dijo que aguardara allí y que no me moviera. Finalmente me confirmó que en el pueblo no había alemanes, pero si había algún "cochon collaborationniste".

El hombre se marchó dejándome en un mar de dudas sobre si no me habría engañado. Estuve alerta los diez minutos que tardó en volver con un hatillo donde había un trozo de pan, queso y embutido. Aquello me dio la vida, además del calor humano que me proporcionó aquella persona, de la que desconozco su nombre. Me dijo que iba a buscar a un amigo, quien podría llevarme hasta Perrigny en su camioneta, a unos 55 kilómetros de allí. También me trajo ropa usada para que pudiera quitarme la que yo llevaba, una vez que me hube lavado en el pozo de la granja. Casi me sentía una persona. Volvió a marcharse y pasada dos horas, volvió acompañado por otro vecino, el dueño del camión. Yo iría en la caja del vehículo, oculto tras unas cestas y unas mantas. No era muy habitual, pero ocasionalmente por allí patrullaban algunos vehículos de la Gestapo que podían pararlos. Sin embargo, conforme se fueran acercando a la frontera suiza, estas patrullas eran más numerosas. Me dijeron que los 20 últimos kilómetros los tendría que hacer andando, utilizando sendas y a campo a través por los montes del Jura, tratando de evitar a los alemanes. También me aconsejaron que esos kilómetros finales los hiciera de noche, para evitar a los puestos de observación situados en posiciones dominantes.

Todo transcurrió sin incidentes, y aquel hombre, decidió acercarme más hacia Suiza, porque según me dijo después, tras Perrigny el terreno comenzaba a elevarse de forma pronunciada y en mis condiciones le pareció que no estaba para recorrer la distancia hasta la frontera. Alargó su recorrido hasta La Chaux-du-Dombief y tras sobrepasarlo, se paró en una granja que se encontraba a un kilómetro. Desde allí, me dijo, quedaban 25 kilómetros hasta La Cure, un pueblo que la mitad de él pertenecía a Francia y la otra mitad a Suiza. Nos recibió Julien, un francés que colaboraba con la Resistencia quien se encargó de mí, después de hablar con Maurice, el conductor que me había traído hasta allí. Tras un emocionado abrazo y tras manifestarle mi agradecimiento, volvió hacia Tournus.

Julien me albergó en su casa, y me dio de comer. A pesar de mi francés no muy fluido, me puso en antecedentes de lo que me quedaba por recorrer. Desde aquel momento, debería evitar entrar en los pueblos y seguir veredas y sendas de forma que tuviera siempre a la vista la carretera para no perderse. Las patrullas por aquella zona eran muy numerosas e interrogaban a todo el mundo que les parecía sospechoso. Y todos les parecían sospechosos. Debía de tener en cuenta que debería viajar por la noche y dormir por el día, porque existían numerosos puestos de vigía situados en torres muy altas, con el fin de dominar una amplia zona. Por eso, debería viajar por la noche. Una vez que tuviese La Cure a la vista, debería alejarse del pueblo hacia el norte y pasar de noche. Y una vez que estuviera en Suiza, dirigirse a uno de los puestos de la Cruz Roja y presentarse allí. En La Cure, había un hotel, el Arbez, que la mitad estaba en Francia, y por lo tanto controlado por la Gestapo, y la otra mitad, pertenecía a Suiza, y donde se refugiaban los de la Resistencia, separados por una escalera. ¡Cosas de éste mundo! decía, moviendo la cabeza. Era una de esas cosas absurdas que se dan en todas las guerras y en la actividad humana. Julien me dijo que se acercaría hasta allí, y se pondría en contacto con ellos, comunicándoles que estuvieran alerta, por si en un momento dado podían ayudarme. Me aconsejó que permaneciera allí un par de días para darle tiempo para avisar a los de la Resistencia.

Al tercer día, cuando la noche comenzaba a desplegar sus alas negras, sin armas, con un plano hecho sobre una hoja de papel y equipado con un hatillo que su mujer, Andrea, me había preparado con víveres y una manta, porque aunque era verano por las noches y a casi mil metros de altura el frío se hacía notar, nos despedimos con lágrimas en los ojos y comencé mi andadura hacía la libertad.

Julián tenía la boca seca. Su mimetismo con el relato le hacía sentir las mismas sensaciones que debía sentir el protagonista, y por eso, en aquellos momentos, sentía la misma ansiedad que debía sentir su padre, la sensación de sequedad en su boca. Se levantó a beber agua y de paso, estirar las piernas. Su necesidad de aplacar la sed, le llevó a la cocina, donde reparó en los recipientes que Alma y Aimara le habían preparado con su comida. Y en ese mismo instante, sintió hambre, agudizada en el momento de saciar su sed.

Miró el reloj, y eran casi las dos de la tarde. Decidió calentarse la comida. Las dos criadas habían dejado la mesa preparada. Esperó sentado a que la comida se calentara en el fuego de la cocina. Estaba fascinado por el nuevo panorama que se abría en su vida. Y estaba dispuesto a llegar hasta el final, empezando por viajar a Francia y tratar de localizar a Anne, por la que ya sentía un cariñó especial. Tal vez no la encontrara, o tal vez hubiera fallecido, pero de esa forma, él podría poner la palabra Fin, a toda aquella historia que estaba conociendo y que de alguna forma sentía que le atañía a él, tanto como a su padre.

Comió tranquilamente, meditando en su cabeza un plan que pondría en marcha en cuanto terminase la lectura de aquellas memorias. Debía estar preparado para afrontar cualquier resultado de sus investigaciones. Ya fueran buenas o malas. Conforme desarrollaba su plan, notaba como en su interior crecía una expectación extraordinaria. Tras terminar de comer, se hizo un café, y con él en la mano, se dirigió de nuevo a la biblioteca para continuar con la lectura de aquel inesperado regalo de su progenitor, un tesoro que conservó durante toda su vida en secreto.

Capítulo IX.
Zaragoza, Octubre de 1980.

El relato continuaba.

Inicié mi camino siguiendo los consejos de Julien. Y comprendí lo acertado de los mismos. Todo el terreno que tenía que recorrer, alternaba lugares al descubierto donde no encontraría nada de protección a la vista de los Gendarmes de Frontera, con otros de terreno irregular en los que sí encontraría en la vegetación arbustiva y en la propia irregularidad del terreno, sitios donde ocultarme. Y de trecho en trecho, pequeños bosques de abetos muy tupidos en los que podría desplazarme sin grandes dificultades. En el resto de terrenos, la noche sería el momento idóneo para recorrerlos. Y desde luego, me recomendaba encarecidamente que no perdiera de vista la carretera para evitar desviarme o simplemente, perderme.

Desde La-Chaud-du-Dombier el terrero era ligeramente en ascenso. Pronto pude ver en la lejanía las luces de un pequeño pueblo que quedaba un poco apartado, a la derecha de la carretera, la cual presentaba una falta total de tráfico. Cuando llegué a la altura de Saint-Laurent-en-Grandvaux, según el plano que me había entregado Julien, dibujado en una hoja muy detallada, vi las primeras luces de un vehículo que se desplazaba por la carretera en dirección contraria a la que yo llevaba. Me ajusté al suelo y observe como se acercaba aquel vehículo. Se trataba de un camión de la Gestapo, en cuya caja, y situados en dos filas enfrentadas, viajaban ocho soldados, mientras que en la cabina iban el conductor y el jefe de aquella patrulla.

A partir de aquí, empecé a observar una mayor fluidez de tráfico de vehículos de la Gestapo ya fueran coches, motos o camiones. Estos últimos iban dotados de potentes focos direccionales, indudablemente preparados para sus labores de

vigilancia. Pero las patrullas no solo lo hacían siguiendo la carretera sino que lo hacían también por los caminos que cruzaban el monte. Cerca de Morbier, estuve a punto de darme de bruces con una patrulla que circulaba por el mismo camino que yo. Gracias a la potente luz del foco que llevaban, vi a tiempo su llegada, lanzándome a la cuneta para ocultarme. Sin duda alguna, tenía que extremar las precauciones. Un descuido y se acabaría todo.

Cuando hube sobrepasado Morez, una localidad anclada en una vaguada entre montañas, el camino que tenía que tomar, según las anotaciones de Julien, era ascender por la ladera para ocultarme en el bosque hasta llegar a Le Sagy Bas. Tenía que darme prisa por que el día estaba a punto de hacer su aparición. Entre aquella arboleda no era difícil esconderse y pronto encontré un lugar ideal para observar y ocultarme. Desde mi posición, y conforme el día clareaba e iluminaba el paisaje, vi por delante de Le Sagy Bas, el pueblo de Les Rousses, y un poco más allá, a tres kilómetros, la meta a la que me dirigía, La Cure. También pude ver varias torres de observación en las que podían distinguirse a dos o tres soldados con prismáticos oteando el horizonte en todas las direcciones. Me horroricé cuando puede comprobar que las torres estaban dotadas de potentes focos.

Antes de tratar de descansar, comprobé sobre el terreno las indicaciones del plano. Les Rousses, quedaba bajo un monte no muy alto que quedaba a su derecha en dirección a Suiza. Tenía que soslayar el pueblo dando un rodeo por la otra falda del monte y ya casi en línea recta, tratar de entrar en La Cure por el sur. Tal vez alargaría algún kilómetro, pero me parecía más seguro. Confiaba en que la noche, cubriera mi presencia a los ojos de los soldados de la Gestapo que trataban por todos los medios que nadie entrase en la neutral Suiza. Me preocupaba enormemente, el desconocer si patrullarían por la noche grupos de gendarmes o de la Gestapo por aquellas sendas y caminos, dada la cercanía de la frontera. Pero eso era algo que yo no podía manejar.

Finalmente me dispuse a descansar, con la vista puesta en mi tierra prometida. Si todo iba bien, esperaba que al día siguiente pudiera pisar Suiza y escapar de aquel horror. Antes de caer en los brazos de Morfeo, dediqué mis recuerdos a Anne y al

futuro que, imaginaba, teníamos por delante. Yo ya había decidido abandonar la lucha armada, y estaba convencido que la guerra no tardaría mucho en acabar, habida cuenta de que los aliados ya habían desembarcado en Francia. Sería el momento de volver con ella e iniciar una nueva vida. Y se encontraba a cinco kilómetros.

Julián comprobó que aún quedaban bastantes páginas para leer, unas treinta o cuarenta más, de cuyo hecho dedujo que la historia, que parecía estaba a punto de acabar, estaba realmente lejos de ser así.

Era curioso, pensaba, cómo la vida moldea a los hombres. Las ilusiones y los ideales que anidan en los jóvenes a raudales, dispuestos a todo para lograr esos objetivos y hacer del mundo un lugar mejor, la propia vida se encargaba de moderar, limitar e incluso eliminar esos excesos de entusiasmo y generosidad. Es como si siguiendo los dictados provenientes de algún ente Director o Ley Superior, en ocasiones, y para que la humanidad tomara conciencia del valor de las cosas, la obligara a pasar por el horror, la enfermedad y la miseria, tal vez para recordarles que el valor de las cosas, a veces, las juzgamos de forma equivocada en vez de valorarlas por lo que verdaderamente son y significan. La guerra y la muerte, en este caso, se encargaban de encarecerlas con el fin de que las valoremos mejor. Y eso, le parecía, que era la conclusión a la que había llegado su padre. Hay momentos en los que hay que parar y mirar atrás. Y a la vista de lo que vemos, cambiar el rumbo o mantenerlo.

— Papá, ¿porque no nos contaste esto en vida para compartir contigo todos estos momentos y poder comprenderte mejor? —dijo en voz alta, dirigiéndose a una fotografía que había sobre la mesa y en la que aparecían los tres sonrientes, inmortalizando el momento en el que se había graduado en los Estados Unidos.

De nuevo, se preparó un café y se dispuso a dar una vuelta por el jardín. Quería descansar la vista y tomar un poco de aire fresco. En Zaragoza, Octubre, salvo excepciones, suele ser frío y un tanto desapacible. Se abrochó el chaquetón y dio un par de vueltas por los parterres acercándose hacia la valla. Seguía meditando su

plan de visita a Francia para tratar de encontrar a Anne. Anne Carpentier. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y decidió volver a la confortabilidad de la biblioteca. Miró el reloj y comprobó que eran las cinco.

—No tardarán mucho en venir estas chicas —así llamaba a Alma y Aimara— Ahora estarán en el cine —pensó.

Y se dirigió con paso rápido hacia su confortable sillón para continuar con la lectura.

Me desperté sobresaltado. El sol brillaba en el cielo. Apenas había descansado cinco o seis horas. Miré mi reloj y marcaba las once de la mañana. Tras unos segundos de desorientación, recuperé de golpe los cinco sentidos. Un ruido de voces me llegaba desde algún lugar que no lograba situar. Me incorporé con cuidado y miré a mí alrededor. Las voces venían desde la carretera, y pronto vi la razón de todo aquello. Abajo, a unos quinientos metros de donde yo estaba, dos camiones de la Gestapo estaban parados en la carretera y de ellos, habían bajado varios soldados a las órdenes de un vociferante oficial. Di por cierto que me estaban buscando a mí. Sin comprender la razón de porqué sabían de mi presencia, tenía claro que el objetivo de aquel despliegue era yo. Tras esos momentos de sorpresa, tome consciencia de la situación. Ellos me cortaban el paso para rodear Les Rousses. Vi cómo se desplegaban a lo largo de la carretera para cubrir un amplio terreno.

Miré a mi espalda. Vi que no me quedaba más remedio que seguir ascendiendo hasta su cima y luego bajar ladera abajo hacia Les Rousses, pero esta vez situado a su lado izquierdo, donde el terreno estaba completamente despejado y apenas había zonas donde poder ocultarse. Sin perder un segundo más, comencé a subir, protegido de la vista de los que me perseguían protegido por los árboles. Era fundamental que les sacara la máxima ventaja posible antes de que ellos llegaran a la cima, aprovechando que ellos venían ascendiendo a un ritmo menor que el mío, pues desconocían mi posición y si yo iba armado, lo que les obligaba a tomar precauciones. Mis problemas empezarían en cuanto yo llegase a la zona llana. Conforme iba descendiendo, iban amortiguándose las voces de los que me perseguían, lo que

me indicaba que todavía no había llegado arriba. Por debajo de mí, la verde llanura que terminaba en un pequeño bosque de abetos, que sería mi objetivo prioritario. Desde ese bosque, hasta La Cure, el terreno era irregular y presentaba zonas que podía aprovechar para ocultarme. Aceleré mi marcha aún a riesgo de caer rodando ladera abajo, pero tenía que arriesgar porque me iba la vida en ello. Finalmente llegue abajo y situado frente a mí a una distancia de un kilómetro aproximadamente se encontraba el pequeño bosque. En aquel momento, había dejado de escuchar las voces tras de mí, señal de que todavía no habían coronado el monte. Sin dudarlo, me lancé a la carrera hacia mi objetivo, poniendo en el empeño todas mis fuerzas y concentración. En aquel terreno no podía ocultarme, y mi única esperanza era llegar hasta allí.

Justo cuando me faltaban doscientos metros, unos gritos y disparos de fusil retumbaron en el aire, a la vez que por la derecha, vi aparecer un camión con soldados que venía dando botes debido a la irregularidad del terreno. Me vi absolutamente perdido. Aquel camión se detuvo y con rapidez bajaron los ocho hombres y dirigidos por el oficial, comenzaban una carrera en mi dirección. El aire se llenó de gritos y de disparos, y yo seguía corriendo en pos de mi destino, sin comprender que todo se había perdido. De pronto, sentí como si una brasa hubiera impactado en mi pierna. Luego sentí otro impacto en mi costado bajo la axila derecha y al instante noté un sabor extraño en mi boca. Recuerdo la extraña sensación que me produjeron aquellos dos impactos, ausentes de dolor un instante antes de que las tinieblas se apoderaran de mí.

Julián dejó el libro sobre sus piernas. El corazón latía con tanta fuerza que casi le producía dolor en las sienes. Tuvo que recordarse a sí mismo que su padre no moría en aquella opción, pero el impacto había sido brutal. Cerró los ojos durante un momento, tratando de dejar pasar el tiempo para que su corazón volviera a las pulsaciones normales.

Cuando me desperté, las primeras imágenes que llegaron a mi cerebro fueron el rostro de dos personas, un hombre y una

mujer. Ambos vestían de blanco y me miraban con atención y se decían algo uno al otro que no entendí. Cuando poco a poco los sentidos volvieron a formar parte de mí, regresé a mi último recuerdo. Solo recordaba que corría en medio de multitud de gritos y ruidos a mí alrededor. Poco a poco las ideas se fueron ordenando y pude discernir que los gritos eran voces y los ruidos disparos. Me miré elevando un poco la cabeza, y entonces pude ver que tenía completamente vendado el pecho y la pierna derecha. Ante mi interrogadora mirada, aquellas dos personas, médicos de la Cruz Roja, me explicaron que me habían traído el grupo de la Resistencia de La Cure, y que una vez que fuera trasladado a la habitación, sus salvadores le pondrían al corriente de lo sucedido.

A última hora de la tarde se presentaron dos hombres con amplia sonrisa en la cara. Ellos me contaron todo lo que yo desconocía. Según me explicaron, Julien se personó en La Cure y les contó que tenía a un maquisard español refugiado en su casa, y que se había escapado de un tren que se dirigía hacia un campo de concentración en Alemania. Les indicó la ruta que llevaría para que le ayudaran a llegar a Suiza. Julien, una vez dado el encargo, regresó a su granja, pero en el camino, fue detenido por una patrulla de gendarmes colaboracionistas que lo entregaron a la Gestapo. Tras ser sometido a tortura, le sonsacaron lo del hombre que tenía en su casa y que trataba de llegar a Suiza. Montaron rápidamente un operativo para tratar de darme caza, y los resistentes, enterados de su movimiento, salieron en mi busca, encontrándome justo en el momento que yo trataba de llegar hasta el bosquecillo. Ellos repelieron el ataque y me trasladaron por una vía secreta hasta un puesto de la Cruz Roja, donde me habían atendido. Tenía el fémur roto de un balazo, y una bala alojada en el pulmón.

Según me dijeron después los doctores que me atendieron, no daban un franco por mi vida. Pero no había llegado mi hora, y aunque tenía una larga convalecencia por delante, seguiría en este mundo. Luego, mis rescatadores, conocida mi actividad de maquisard, me hicieron muchas preguntas sobre el tren del que me había escapado y de otras informaciones referidas a los puestos de vigilancia y centros de la Gestapo en las poblaciones

que yo conocía. Imagino que esa información la aprovecharían para pasarla a otros grupos. Pero aún me faltaba conocer la tragedia mayor de toda aquella historia. Los de la Gestapo, una vez obtenida la confesión de Julien le pegaron un tiro en la cabeza y lo tiraron a un arcén. Lloré como no creía que lo haría nunca. Me prometí que si algún día tenía un hijo, le pondría el nombre de Julián, en recuerdo agradecido a aquel hombre.

— ¿Será posible? —exclamó, a la vez que se enjugaba unas lágrimas que habían aflorado a sus ojos. Acababa de saber la razón de por qué se llamaba Julián. Algo que no hubiera imaginado en su vida.

Estuve convaleciente varios meses, en los que pase momentos complicados, estando varias veces en situación difícil debido a algunas infecciones que tuve, lo que motivó que junto con otros heridos en situación muy delicada nos metieran en un avión de la Cruz Roja y nos trasladaron a Inglaterra, al St. Peter's Hospital, en Chertsey, donde poder recuperarnos de nuestras complicadas heridas. Esto sería en octubre de 1944. Mi situación era muy delicada y apenas podía respirar debido a la herida del pulmón. La pierna se había recuperado perfectamente, pero los médicos andaban preocupados por la otra herida.

Allí ingresado me pilló el fin de la guerra. El 8 de mayo de 1945, los alemanes firmaron la rendición. Sin embargo mi felicidad no fue completa, porque dos meses antes había recibido devuelta por destinatario desconocido, una carta que yo había escrito a Anne en diciembre del año anterior. ¿Qué había ocurrido? Lo desconocía, y lo peor de todo es que yo no podía desplazarme a Francia, porque mi recuperación era muy lenta. Por fin, en abril de 1946 recibí el alta y me trasladé a Francia.

Lo primero que hice fue ir a Montoulieu, a la granja de Anne. Y la encontré completamente en ruinas. Según me explicaron los vecinos, los alemanes se dedicaron a destruir todas las granjas de la zona para eliminar puntos donde ocultarse a los resistentes y maquisards.

De Anne, nadie supo darme noticia. Recorrí los pueblos y ciudades por los que habíamos pasado, y me encontré con una

desconfianza total en cuantos preguntaba. Parecía que nadie conocía nada sobre la Resistencia ni sobre los Maquis, y menos de los españoles que habíamos dado la sangre por tratar de combatir a los fascistas. Tras meses de infructuosa búsqueda, decidí empezar de nuevo, lejos muy lejos de allí. Cogí un barco que me trajo hasta Brasil, donde comenzar una nueva vida.

Quedaba explicado el giro de ciento ochenta grados que había tomado su vida. Al final, la guerra y sus consecuencias, habían hecho imposible la reunión de aquellos dos seres. Era fácil entender el estado de ánimo de su padre cuando decidió poner distancia, mucha distancia, entre aquel presente fallido, y su futuro expectante. Julián imaginaba que su padre creyó necesario alejarse de aquellos contornos y aquellos paisajes para poder superar el trauma que lo invadía. Y gracias a eso, Julián tenía una vida y un futuro, y ahora andaba en tiempos de completar los huecos y lagunas que aquella contienda había dejado en su padre, y por extensión en él mismo.

Capítulo X.
Zaragoza, Octubre de 1980.

El relato parecía haber acabado, pero todavía había unas páginas más que para su sorpresa, se habían escrito y añadido años después, ya desde Brasil.

Julián se sorprendió al leer el encabezado de la carta. Fechada en Fortaleza, días antes de contraer matrimonio con su madre. Comenzó a leer, cuando en aquel momento las luces del paseo y del porche se encendieron. Alma y Aimara, regresaban a casa. Momentos después, ambas se presentaban en la biblioteca.

— ¿Pero qué empeño te ha cogido con el libro, mi niño? —dijo Alma

— ¿Has comido? —preguntó Aimara.

— Sí, sí que he comido, no os preocupéis —dijo alargando las palabras.

— ¿Y has sabido calentarla? —insistió Aimara.

— ¡Pues claro, mujer! ¡Cómo no voy a saber calentar la comida! —dijo Julián simulando enfado.

— ¡Ahora lo veremos! —dijeron las gemelas saliendo de la Biblioteca.

— ¿Cómo os ha ido el día? —preguntó Julián, pero ya era demasiado tarde. Las dos iban camino de la cocina a comprobar si había comido.

Julián se dispuso a leer las últimas páginas.

Fortaleza, 1 de mayo de 1949

Hoy quiero relatar un hecho extraordinario que me sucedió en Foix, y que no he querido añadir a este relato, hasta que no estuviera fuera de Francia y hubiera iniciado una nueva vida en otro lugar, para evitar que de perder este Diario, quien lo encontrara, estuviese en conocimiento de tan extraordinario suceso.

Un día, el 4 de noviembre de 1943, me encontraba dirigiéndome desde Foix hacia Cox, en misión de enlace con los distintos grupos de la Resistencia y de los Maquis españoles. Naturalmente evitaba los caminos y prefería ir siempre a través del bosque por evitar encuentros no deseados con los Gendarmes o los soldados de la Gestapo que patrullaban constantemente en busca de resistentes y maquisards. En esta ocasión, mi viaje venía motivado por una operación a realizar junto a otro maquis español, con el fin de llevar a cabo una emboscada a un convoy alemán que llevaría armas y munición a otra zona de ocupación. Todas estas informaciones nos las proporcionaban ferroviarios franceses contrarios a los alemanes y al gobierno de Vichy.

Durante el camino iba con los cinco sentidos en alerta porque por aquella zona solían patrullar los gendarmes, cuando me pareció escuchar a mi espalda el característico sonido de una moto alemana. Rápidamente me oculté tras una roca que tenía cerca de mí y esperé a que aquella moto pasara por delante de mí y se perdiera en la distancia. Sin embargo, y para mi sorpresa, me pareció oír que el sonido del motor de la moto descendía de revoluciones, al punto que deduje que iba a detenerse.

Me aferré a la culata de mi pistola en previsión de lo que pudiera ocurrir. A los pocos instantes apareció por la curva que yo había dejado atrás, una moto que conducía un oficial alemán, quien se detenía a escasos veinte metros de donde yo estaba. Agazapado y con las pulsaciones a mil por hora y con la pistola ya preparada, me dispuse a observar en el más absoluto de los silencios.

El alemán, se bajó de la moto y pensé que tal vez tenía ganas de orinar o de fumar. Sin embargo, tras mirar a un lado y a otro, se dirigió hacia el sidecar de donde cogió una cartera que llevaba oculta en el fondo. Aquello no tenía pinta de obedecer a una parada por necesidades fisiológicas, sino que se trataba de otra cosa.

Tras mirar a un lado y otro de la carretera pasó al lado contrario de donde yo estaba, llevando en la mano la cartera. Una vez al otro lado, se introdujo entre los arbustos y se dirigió hacia una peña grande que había, y tras escarbar en su base, introdujo

la cartera en el agujero y volvió a taparlo todo, dejándolo tal y como estaba al principio.

Mi perplejidad era total, casi tanta como mi alegría. De una forma casual y sorprendente, había descubierto un buzón de correo, mediante el cual la Gestapo se comunicaba con algún traidor insertado en la Resistencia o en los Maquis. Aquel descubrimiento tenía un valor incalculable. Ya más relajado, esperé a que aquel oficial montara en su moto y desapareciera del lugar. Aún alargó un rato aquel momento, pues decidió fumarse un cigarrillo, tras lo cual montó en la moto y dando la vuelta tomó dirección de Foix.

Dejé pasar unos minutos por si el alemán volvía por alguna razón u olvido, y pasado un tiempo, me dirigí al lugar donde había escondido la valija. Todo seguía en calma. Retiré las piedras y saqué la cartera donde esperaba encontrar una información muy valiosa con la que desenmascarar a algún o algunos traidores. Mi idea era volver a dejar la cartera allí tras echarle un vistazo a su contenido y quedarme a vigilar para ver quien venía a recogerla. Decidí que aquello tenía prioridad sobre la reunión que tenía que celebrar en Cox. Descubrir a un topo salvaría muchas vidas.

Abrí la cartera y mi sorpresa fue mayúscula. Allí no había documentos ni papeles, sino billetes. Más concretamente, libras esterlinas. Me quedé mirando fijamente aquellos ordenados paquetes y finalmente los extraje de la bolsa de lona para proceder a su recuento. Había trescientas mil libras. Una fortuna inmensa. Al parecer, el alemán había decidido hacerse con unos ahorros para cuando la guerra hubiera terminado.

Me senté junto a todos aquellos fajos sin acabar de creérmelo. Llegué a la conclusión de que ningún topo o traidor iba a ir a recoger los documentos, sino aquél alemán: se trataba de un ladrón y no de un espía o confidente.

Ahora, sentado en el suelo, tenía ante mí un dilema, porque en aquellos momentos dudaba seriamente en entregar aquel dinero al Comité Central. En otras circunstancias o momentos, no lo hubiera dudado ni un segundo. Pero ahora…

Una idea comenzó a tomar cuerpo en mi cabeza. Al principio me incomodó, pero luego me pareció evidente. Allí

mismo, decidí que la suerte, el destino o ambos, me habían elegido a mí para aquel golpe de fortuna por lo que en consecuencia me lo iba a quedar. Sabía de un lugar donde podría esconder aquel botín completamente seguro, hasta que decidiera que iba a hacer con aquello. Metí los paquetes de billetes dentro de la bolsa de lona y ésta, a mi macuto y volví a dejar la cartera vacía en el agujero, colocando las piedras y la hojarasca a su alrededor. Me hubiera gustado ver la cara de aquel alemán cuando viera que su tesoro había desaparecido. Pero supongo que tener todo no es posible en esta vida.

Con la bolsa de lona que contenía las libras escondida en mi macuto, crucé la carretera y seguí mi camino. Mientras caminaba, la conciencia me atormentaba con la idea de que estaba traicionando una idea, una forma de sentir, unos ideales. Pero la vida me había quitado mucho y ahora me parecía que aquello era una compensación. Lo escondí en un lugar seguro hasta que llegara el momento de recuperarlo. Tal vez, muriera antes y no me sirviera de nada. Con esta idea en la cabeza, me sentí mejor conmigo mismo. Había encontrado la forma de dormir la conciencia. Tal vez aquello, no estuviera destinado para mí. Curiosamente, a partir de aquel momento, dejé de acordarme de aquel tesoro.

A los pocos días, mientras andaba por las calles de Foix, camino del punto de reunión, donde íbamos a planificar una acción de sabotaje consistente en volar un par de kilómetros de vía, al pasar por la plaza donde estaba situada la Mairie, un pelotón de fusilamiento se disponía a ejecutar a un hombre. La sorpresa fue ver que el que estaba contra la pared era un oficial alemán. Y mi sorpresa fue aún mayor cuando conocí a aquel oficial: se trataba del mismo hombre que había visto esconder la cartera. Por lo visto su acción de rapiña había sido descubierta. Seguí impasible mi camino.

Cuando recibí el alta de mis heridas, y una vez terminada la guerra, volví a Francia en 1948. Tenía varias cosas que hacer: saber que había ocurrido con Anne y recuperar mi bolsa del tesoro. Como ya he explicado en líneas anteriores, mi búsqueda de Anne resulto infructuosa. Me encontré con su granja en ruinas y a la gente con la memoria perdida. Nadie sabía nada ni recordaba

nada. Si les insistías, te daban largas o te cerraban directamente la puerta. Creo que querían olvidar esa fase de sus vidas, de la que tal vez no estaban muy orgullosos. No me extraña.

Recorrí los pueblos por donde nos desenvolvíamos con el maquis, pero todo fue imposible. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Solo la roca donde yo guardé la bolsa con las libras esterlinas, me recordaba y guardaba fielmente nuestro secreto. Aquel dinero significaba asegurar el inicio de mi nueva vida. Asqueado de casi todo y de casi todos, embarque para Brasil, escapando de mis demonios, que así es como lo sentía, y elegí un lugar lejano donde enterrar mis viejos recuerdos e iniciar otros nuevos.

Y también tengo muy claro, que esta parte de mi vida quede para siempre en las profundidades de mi memoria. Deseo iniciar una nueva vida. Empezar de cero, con nuevas ilusiones y nuevas perspectivas.

Sé que tal vez no se comprenda mi decisión de mantener esta parte de mi vida en los recovecos de mi memoria por quienes vengan detrás de mí. Pero, creo, que de no hacerlo así, tal vez produciría dolor y decepción en quien o quienes pudieran considerarse menospreciados y que solo obtenían tan solo una parte de mí. Nada más incierto. Yo siempre daré todo de mí a los míos. En todo momento y ocasión.

No sé si lo lograré, pero debo intentarlo.

Andrés Bestué Lamora.

Capítulo XI.
Zaragoza, Octubre de 1980.

Habían pasado cuatro días desde que Julián había terminado de leer la carta y las memorias de su padre. En estos días había reflexionado profundamente sobre su idea inicial de visitar Francia en busca de Anne, la mujer que conoció su padre cuando escapó al país galo, huyendo de la represión franquista.

Durante esos cuatro días, se dedicó a organizar el trabajo en la oficina y a modificar su agenda de compromisos y reuniones, de forma que pudiese dedicarse a su proyecto de encontrar a Anne, durante una semana o dos. Sara, su secretaria, y sus más cercanos colaboradores, se encargarían de todo mientras él estuviese fuera. En cualquier caso, se pondría en contacto con ellos todos los días y les facilitaría el número de teléfono de los hoteles en los que se alojara.

La última anotación, sorprendente, le había llevado a muchos momentos de reflexión por parecerle que la actuación de su padre no encajaba bien en un hombre tan comprometido con su causa, llegándole a parecer extraño que no entregase al Comité Central aquel importante capital para la propia organización y financiación de todas las operaciones militares. Sin embargo, él mismo declaraba su desilusión y las razones que le habían llevado a quedarse con el dinero.

Aquel capital, explicaba el éxito de su padre cuando llegó a Brasil. Con aquella base económica de soporte, podía iniciar una nueva aventura con garantías, esta vez empresarial. Y con eso y su visión sobre qué tipo de negocio levantar, tuvo como resultado el éxito que le había sonreído con generosidad.

Ahora, tras la *confesión*, estaba decidido a viajar hasta Francia para tratar de dar con Anne y conocer, si era posible, su destino. Estaba determinado a poner un auténtico final a aquella

historia. Tras finiquitar su lectura, llegó a la conclusión de que aquel episodio estaba inacabado y que a él le correspondía acabarlo.

En algún momento pensó en desplazarse en tren, pero una vez que lo hubo pensado bien, decidió hacerlo con su coche para tener una mayor movilidad por si su investigación le llevaba a distintos lugares, cosa que daba por segura.

Lógicamente, su primera preocupación consistía en determinar por dónde empezar, pues sinceramente no tenía la menor idea de cómo ni por donde iniciar su búsqueda. Solo tenía claro una cosa, y no mucho: a falta de otras referencias, debería comenzar por la granja de Anne en Montoulieu, a pesar de que su padre se la encontró en ruinas cuando fue en su busca. Tal vez en esa población podría obtener alguna pista que le permitiera continuar con sus indagaciones. Por algún sitio tenía que empezar y lo lógico era hacerlo por Montoulieu. A todo ello ayudaría su conocimiento fluido del francés, lo que le permitiría expresarse perfectamente, cosa que se le antojaba fundamental en todo aquel proyecto.

Unos días antes de iniciar el viaje, se reunió con Alma y Aimara para contarles de forma resumida la historia de su padre y sus vivencias por tierras francesas. Ellas que eran sensibles por naturaleza, lloraron lo suyo. En ningún momento manifestaron extrañeza por el hecho de que Julián fuera en busca de una señora que había vivido con su padre. Simplemente le desearon suerte y tras numerosas recomendaciones y consejos, sobre lo de cuidar su salud para no caer enfermo, se despidió de ellas con abrazos y lágrimas, subiendo a su Citroën CX y arrancando camino de Francia, dispuesto a recorrer los 430 kilómetros que había entre Zaragoza y Foix.

Eran las 9,30 de la mañana, lunes y el día había amanecido soleado. Calculaba que tardaría de cinco a seis horas, más las paradas a comer y descansar, y prefería dirigirse a Foix que se encontraba a unos once kilómetros de Montoulieu, una villa que contaba con apenas 250 habitantes, según le habían informado en el Consulado francés en Zaragoza. Por el camino iría repasando mentalmente toda la peripecia vital de su padre por aquellas tierras, a la vez que hacía lo propio con el plan de búsqueda que más o menos tenía en su cabeza. Llevaba consigo una cartera donde

se encontraban la carta, el Diario, la fotografía que acompañaba a la carta y unas fotos de su padre de niño y cuando tenía más o menos su edad.

Cuando pasó sin problemas la frontera con Francia, comenzó a ver los letreros en los que le indicaba que estaba entrando en el Departamento del Ariège, lo que le hizo sentir una especial emoción, al pensar que su padre había recorrido aquellos terrenos en unas condiciones terribles y que tal vez contempló aquellos paisajes al igual que lo estaba haciendo él ahora. Era como si, salvando la distancia en el tiempo, se hubiera producido una conexión entre ellos.

Cuando hizo su entrada en las primeras calles de Foix, la luz diurna comenzaba a ceder ante la oscuridad. Se dirigió a un hotel que vio señalizado con luminosos rótulos y le gustó su aspecto. Estaba situado en el centro de la ciudad y decidió alojarse en él.

Mientras esperaba en recepción a que se le asignara una habitación, comenzó a sentir que el agotamiento se apoderaba de su cuerpo. Pensó que a la tensión del viaje, había que sumar la ansiedad que le producía la emoción de entrar en contacto con aquellos lugares tan especiales para él, y sobre todo para su padre. Cuando le entregaron la llave, le dieron también las explicaciones sobre la situación del comedor para que pudiera cenar. Renunció a hacerlo y subió a su habitación, dejando ordenado que se le llamara a las siete de la mañana. Tras una ducha reparadora, se metió en la cama y pronto cayó en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, y tras recibir las indicaciones necesarias del recepcionista, puso rumbo a Montoulieu para dar inicio a la búsqueda de Anne Carpentier. Los nervios le atenazaban el estómago. Tan solo había tomado dos cafés para desayunar en el comedor del hotel. El estómago se le negaba a admitir nada más.

Montoulieu estaba situada a 630 metros de altura y según se había informado en el Consulado francés de Zaragoza, superaba por poco los 200 habitantes, curiosamente, bastantes menos que en 1945. La guerra debió de hacer estragos en la pequeña comuna francesa. Se encontraba en lo alto de un cerro, y abundaban las arboledas y los matojos altos.

Mientras ascendía por la serpenteante carretera miraba a ambos lados de la misma, tratando de fijar en su memoria las

mismas vistas, o parecidas, que debieron ver los que vivieron en aquellos tiempos en aquel pueblo, entre ellos su padre. La configuración orográfica del lugar, se le antojaba ideal para los maquis y resistentes y una pesadilla para los ocupantes, por la facilidad de establecer emboscadas y celadas. Evidentemente, imbuido en un rol imaginario, Julián veía todo lo que tenía delante, con ojos de un *maquisard*, que se dirigía a reunirse con su grupo o con su novia, atento a cualquier señal de peligro.

Preguntó a un vecino que venía por el arcén con una azada al hombro en dirección contraria a la suya, si podía indicarle la situación de la *Mairie*[31]. Le indicó que la carretera cruzaba el pueblo, y que se encontraba justo a la salida del mismo, un edificio blanco de dos plantas. Siguió recto y pronto pudo ver un edificio con un letrero en todo lo alto: *La Mairie*. Aparcó en un lugar habilitado para ello, justo al lado del ayuntamiento.

Llevaba consigo la cartera de piel donde se encontraban todos los documentos y fotografías relacionados con su investigación. Entró por una puerta lateral, a la que se accedía desde la carretera y que daba paso a un recibidor donde tras un pequeño mostrador se encontraba una joven.

La funcionaria lo recibió con una amable sonrisa y una vez que le expuso los motivos de su presencia en Montoulieu, le comunicó su deseo de colaborar con él. La chica tendría unos 25 años por lo que la época de la que estaban hablando les quedaba a ambos muy lejana. Se presentó como Louise y era la encargada de la Secretaría de la *Mairie*.

— Me imagino que ustedes tendrán los Censos de población de aquellos años, ¿no? —preguntó admirado de sí mismo, pues se le acababa de ocurrir lo de los Censos.

— Naturalmente. Pero los censos de esos años están archivados en los Archivos Centrales y necesitaré un permiso del Sr. Alcalde para retirarlos del Archivo y poder consultarlos.

— ¿Y cuándo podría realizar esa consulta?

— En un día o dos. Hoy le pediré al Sr. Alcalde que me firme el permiso, y mañana iré al Registro Central de Foix para retirarlos. Así pues, pasado mañana los tendríamos aquí. O mañana por la tarde.

---

[31] Ayuntamiento

— Yo estoy alojado en un hotel de Foix. Tal vez podríamos quedar allí, donde usted me diga y a la hora que sea, y podríamos consultarlos allí mismo. De esta forma, los Censos los podrá devolver el mismo día y se ahorrará un viaje, ¿no le parece? —dijo Julián con una sonrisa, correspondida por Louise.

— ¡Buena idea, Sr. Bestué! Me parece muy bien. Yo también vivo en Foix. En ese caso, si le parece, dentro de dos o tres horas, podría pasar de nuevo por aquí para confirmar que ya tengo el documento firmado para poder consultar los Censos. Y así, podríamos quedar para una hora concreta en el Registro Central de Foix.

— De acuerdo, señorita. —Julián miró su reloj— Sobre las 12,30 volveré. ¿Le parece bien?

— Muy bien. Mientras tanto, puede hacer un poquito de turismo. Hay muchas cosas que ver por aquí cerca, en los alrededores de Montoulieu.

— Así lo haré. Muchas gracias. Hasta luego.

— Adiós.

Julián abandonó la *Mairie* y se dirigió a un lugar que le había parecido un bar y que había visto cuando se dirigía al ayuntamiento, en la misma calle, es decir la carretera. Paseando, se llegó hasta el establecimiento. Tenía hambre. Pidió un café y un croissant, siendo objeto de la inquisitiva mirada de todos los clientes que en aquellos momentos se encontraban en el establecimiento.

Se sentó en una mesa junto a la ventana desde donde podía observar la gente que pasaba. El lugar le pareció agradable, aunque bastante pequeño. Paseó su mirada de forma disimulada por el establecimiento y examinó a los clientes, quienes ya no observaban al recién llegado. Colgado de la pared, un cartel informaba de los platos que conformaban el menú del día. No tenían mala pinta, pensó.

Luego sus pensamientos le llevaron de nuevo a la funcionaria del ayuntamiento. Aparte de guapa, la muchacha se había mostrado muy amable y le había transmitido su interés en ayudarle a encontrar a Anne. ¡Qué romántico!, le había dicho. De pronto, tuvo una idea. Un poco más adelante, había una mesa donde estaban sentados tres personas con aspecto de estar

jubiladas. Se levantó y se dirigió hacia la mesa, cuyos ocupantes al observar cómo se acercaba a ellos, fijaron su atención en él.

— Buenos días. Perdonen que les moleste. Me preguntaba si podrían ustedes informarme sobre algo que estoy investigando.

Los tres hombres se miraron entre sí, volviendo de nuevo su atención sobre Julián.

— ¿Puedo sentarme con ustedes?

Los tres hicieron un gesto afirmativo señalando la silla libre.

— Antes de nada, ¿les puedo invitar a algo?

Los tres asintieron complacidos, a lo que Julián respondió levantando el brazo llamando la atención del dueño del bar, quien llegó a su lado en cinco segundos. Los tres pidieron un vaso de vino cada uno que les trajo aquel hombre casi al instante. Para él, volvió a pedir un café y un croissant.

Julián se presentó y les puso en antecedentes sobre lo que andaba buscando, logrando con ello captar la atención de los tres hombres.

— Estoy buscando una granja que se encontraba a las afueras de Montoulieu, aproximadamente a un kilómetro de distancia, no sé en qué dirección.

Los tres hombres se miraron interrogándose mutuamente, a la vez que buscaban en sus memorias y recuerdos. Uno de ellos fue el primero en hablar.

— En aquellos años había no menos de cinco o seis granjas en las afueras de Montoulieu, algunas aún existen y están en funcionamiento.

— Por lo que yo sé, cuando mi padre vino en el año 48, la granja estaba derruida, creo que por orden de los alemanes. — aclaró Julián.

— Pues en ese caso, podría ser la Granja Margot. Está más o menos a un kilómetro, en dirección a Foix. Sigue tal cual quedó después de la acción de los alemanes. Lo mismo que un par de ellas.

— ¿Y saben algo de sus propietarios, o de quienes vivían en ella? —preguntó Julián, esperanzado.

— Pues no mucho. Los propietarios de aquella granja la vendieron y se fueron a otro sitio. Pero todo eso ocurrió mucho antes de la gran guerra, me refiero a la segunda. Luego, la ocuparon distintas familias y personas. Es difícil saber quién la ocupaba

justamente en aquellos años. —dijo uno de ellos, que se presentó como Bertrand.

— ¿Y por qué fueron destruidas por los alemanes? — preguntó Julián.

— Como represalia —aclaró Adrien—. En esta zona había un gran movimiento de resistentes, pero especialmente de maquisards, compatriotas suyos, que se ocultaban en el monte y en las granjas. Cuando sucedía algún ataque o sabotaje, y encontraban a algún sospechoso escondido en alguna granja, la derribaban como castigo para que sirviera de ejemplo a los demás.

— Nosotros —intervino Charles— no vivíamos en Montoulieu, salvo éste —señalando a Adrien—. Este sí que formó parte de la Resistencia. En aquellos días vivíamos en Foix. Ahora lo hacemos aquí. Esto es mucho más tranquilo.

— ¿Y usted no recuerda nada de las personas que vivían en esa granja? —preguntó Julián directamente a Adrien.

— La verdad es que no. Por esta zona actuaban los maquis españoles, que eran más activos que nosotros. La Resistencia en un principio, se ocupaba más de informar que de actuar. Los españoles eran todo lo contrario. Si me lo permite, quiero darle las gracias a usted, como homenaje a aquellos luchadores.

— Se lo agradezco, en nombre de mi padre, Andrés Bestué. —dijo Julián con un nudo en la garganta.

— Es de justicia —dijo Adrien, a la vez que levantaba su vaso de vino, a lo que respondieron los demás levantando los suyos.

Julián, sacó de su cartera la fotografía de su padre con la mujer desconocida y otra de él sólo, mostrándoselas a los tres hombres. Con ansiedad, escrutaba sus rostros mientras examinaban las fotos, especialmente la de Adrien.

— No sabría que decirle. Tal vez no actuamos juntos nunca, o si lo hicimos yo no reparé en ello, cosa lógica, como puede comprender —aclaró Adrien.

Los otros negaron con la cabeza. No reconocían a ninguno de los dos. Tras agradecerles la información, Julián decidió hacer una visita a la granja Margot, como la habían llamado aquellos hombres, para hacerle unas fotografías y añadir al resto de documentos. De esa forma el tiempo que tenía que esperar para volver a la *Mairie* se le pasaría más rápidamente. Antes de salir del

bar, les volvió a invitar a otra ronda, para alegría de ellos y del propietario del bar.

Siguiendo las indicaciones que le dieron los tres jubilados, no tardó en llegar al lugar donde en tiempos existió la Granja Margot. Viendo el estado de aquellas ruinas, apenas se podía adivinar que allí hubo alguna vez una casa y una granja donde una familia se ganaba la vida. Tomó fotografías de aquellas piedras desde todas las posiciones y luego lo hizo de los alrededores. Mientras tomaba las fotos, su mente le traslado a aquellos tiempos en los que su padre, en compañía de Anne, debió de haber paseado por aquellos mismos lugares que él estaba pisando y contemplando.

Sentado sobre una piedra, mientras contemplaba aquella desolación, su imaginación se encargó de que todas aquellas piedras ocuparan el lugar que tenían en la antigua granja, reconstruyéndola, y en cuyo pórtico pudo imaginar a su padre y a Anne, juntos uno al lado del otro, posiblemente comentando los pormenores de alguna acción realizada contra los alemanes.

Llegada la hora, volvió a la *Mairie*, donde Louise le confirmó que al día siguiente se verían en Foix a las diez de la mañana en una dirección que le facilitó y donde estaba ubicado el Registro Central de Foix.

Decidió comer en el bar donde había conocido a aquellos tres hombres.

Capítulo XII.
Montoulieu (Francia), Octubre de 1980.

Cinco minutos antes de la hora convenida, Julián se encontraba frente a la escalinata de acceso al Registro Central de Foix. Diez minutos más tarde, vio acercarse corriendo a Louise, la funcionaria de la *Mairie* de Montoulieu.

— Perdone, pero me ha costado encontrar aparcamiento — dijo excusándose.

— No se preocupe. Yo he venido andando desde mi hotel, dando un agradable paseo. Me he evitado el problema de aparcar.

— Esto está cada día más difícil. Bueno, vamos a por los registros.

Ambos subieron la escalinata y se introdujeron en un edificio que contaba ya con muchos años de existencia y que una vez en su interior, se accedía a un gran patio donde al fondo y a ambos lados podían verse unas mesas tras las cuales se encontraban los empleados. Se dirigieron directamente a una de las mesas sobre las que presidía un cartel que ponía Censo Civil.

Louise le presentó el documento que traía al funcionario y este les indicó que lo siguieran. Pasaron por una puerta al interior de una sala grande, equipada con mesas y sillas, en las que podía verse a algunas personas consultando unos voluminosos libros y documentos. El funcionario les indicó una mesa, y pasados unos momentos volvió con un enorme libro que depositó sobre la misma. Tras conversar brevemente con Louise se retiró dejándolos solos.

— Este libro contiene los censos de los años 1936, 1946 y 1951. En 1941 por razones obvias no se llevó a cabo. En Francia, supongo que al igual que en España, los censos se realizan cada cinco años. Vamos a ver si tenemos suerte. Nuestra búsqueda no nos llevará mucho tiempo.

Abrieron el libro y comenzaron a leer las hojas correspondientes al año 1936. El libro era de formato apaisado y

sus páginas, así como la tinta utilizada para realizar los asientos, presentaban un cierto desfallecimiento de color, producto de los años.

— Está ordenado alfabéticamente, aunque puede darse el caso de inserciones posteriores que se habrán añadido al final de la lista del año correspondiente. Estamos buscando Anne Carpentier, ¿no es así? —dijo Louise.

— Exactamente.

Ambos, sentados uno al lado del otro, seguían con la vista todos y cada uno de los renglones que aparecían allí escritos. Las páginas presentaban una serie de columnas presididas por una cabecera, sobre la cual, figuraba el año. Las columnas de izquierda a derecha, representaban, un número de orden, nombre, apellido, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, ocupación, dirección, número de personas que vivían en la dirección indicada. Julián se alegró al ver la columna de la dirección. Eso podría darle una pista definitiva.

Louise enseguida encontró el apellido Carpentier. Había tres líneas que correspondían con el apellido Carpentier: Pierre, Claire y Anne. Ocupaban los números 78,79 y 80 respectivamente. Sus padres habían nacido en Tarascon-sur-Ariège y Anne había nacido el 6 de Abril de 1917 en Montoulieu, todos ellos de ocupación granjeros, residentes en Granja Margot y en ella únicamente vivía la familia, según se deducía del número tres que figuraba en la columna de Número de Personas Ocupantes.

Siguieron repasando las líneas hasta el final del listado correspondiente a 1936. Continuaron con el Censo de 1946

— ¡Aquí está! —exclamó Louise.

Julián fijó su mirada donde apuntaba la muchacha.

— Pero solo figura Anne. Nada de sus padres. Tal vez fallecieron.

— ¡Y ya no vive en Granja Margot, sino en *Chez La Font*! ¡Y además viven dos personas! —exclamó.

Julián, desconcertado, miro a Louise.

— Pero en 1946, esa otra persona no puede ser mi padre — dijo.

Louise miró con cierta lástima a Julián. La interpretación de aquel dato se podía enfocar desde muchas maneras.

— Es difícil buscar una interpretación a tan largo plazo. Sin embargo…

Louise inició de nuevo la lectura del Censo desde el principio. De pronto se detuvo en una línea, a la vez que miraba a Julián.

Aquella mirada dejó a Julián confundido. Leyó la línea que indicaba con su dedo Louise.

— Ana Bestué, nacida el 11 de febrero de 1945, domicilio en *Chez La Font*.

Ambos se miraron. ¿Qué significaba aquello?

— Pero esto significa… —comenzó a decir Julián.

—…significa que tiene una hermana, de nombre Ana. — terminó Louise.

Julián se quedó con la mirada clavada en aquella línea. No podía imaginar, ni en la más remota de las suposiciones, que aquel viaje le reportaría semejante sorpresa. Nada más y nada menos que una hermana. Ahora su búsqueda debía ser ampliada a dos personas.

Mientras él se sumía en sus pensamientos, Louise, cogió el censo de 1951. Lentamente, repaso todas las líneas una por una.

— En 1951, ya no aparecen ninguno de los dos. —dijo con pesadumbre Louise, sacando de su ensimismamiento a Julián.

— ¿Qué? ¿Qué pudo pasar? —preguntó Julián.

— Muchas cosas, naturalmente. No hay que ponerse en lo peor. En aquella época, y más en estos años, la gente cambió de lugar. Sin ir más lejos, Montoulieu, por entonces tenía bastantes más habitantes que tiene hoy. Entre unas cosas y otras, cerca de ciento cincuenta habitantes desaparecieron del pueblo.

Tras repasar nuevamente los censos, dieron por terminada su labor. Llamaron a un celador, quien tras realizar una llamada, se hizo cargo del libro, apareciendo a los pocos segundos la funcionaria que les hubo atendido. Tras despedirse de ella, abandonaron el Registro Central.

En las escalinatas, Julián consulto su reloj.

— Se ha hecho la hora de comer. ¿Me permitiría Louise, que la invitara a comer? —dijo espontáneamente, cogiéndola desprevenida.

Tras unos segundos de vacilación, Louise aceptó.

— Y dado que usted conocerá Foix mejor que yo, ¿dónde le parece que podríamos ir?

— Antes de nada, podríamos prescindir del usted, ¿no le parece? —y cayendo en la cuenta— ¿no te parece?

— Perfectamente, Louise. Pues tú mandas. ¿Dónde vamos?

Se dirigieron a un restaurante situado en pleno centro de Foix. Tras elegir el menú, Louise, se dirigió a Julián.

— ¿Estás bien? Te noto un poco afectado, lo cual es natural.

— Estoy asimilando la noticia. ¡Cómo suponer la existencia de una hermana!

— Desde luego tu padre causó gran impacto aquí. Te lo digo con verdadero afecto.

— Así parece. Encontró el amor en Anne Carpentier, una partisana o miembro de algún grupo de la Resistencia. Luego las cosas se torcieron, cuando fue detenido en Pamiers, y ya no se volvieron a ver, a pesar de que regresó en su busca, años después, pero ya no la encontró. Y naturalmente, desconocía la existencia de Ana.

Entre los dos se había creado una atmósfera íntima lo que animó a Julián a contarle la historia completa de su padre. Louise escuchaba encandilada aquella historia de amor. Terminados los postres, y mientras tomaban café, le enseño la carta y las fotos. Louise no pudo evitar que unas lágrimas afloraran a sus ojos.

La sobremesa fue larga, y a Julián, el tiempo se le había pasado de forma increíblemente rápida. Volvieron a pedir nuevos cafés, y siguieron hablando de algunos temas nuevos. Ambos se sentían a gusto. Julián porque había encontrado una persona afable que se había brindado a ayudarle en su compleja búsqueda y con la que congeniaba perfectamente, y ella que veía en él, una persona que le agradaba mucho. Y lo que era mejor, para Julián, la noticia de la existencia de una hermana comenzaba a hacer efecto en sus emociones y sin ser consciente, una gran alegría comenzó a apoderarse de él.

— Ahora no solo debo buscar a Anne sino también a Ana.

— Indudablemente. Me gustaría ayudarte a buscarlos.

— ¿Lo harías? Te lo agradecería enormemente porque tú conoces la administración francesa a la que me parece que tendré que acudir.

— Eso seguro. Una cosa, Julián. ¿Por qué no vuelves mañana a Montoulieu y te presento a *madame* Brigitte, que es la propietaria actual de *Chez La Font*, y siempre ha vivido en el pueblo? Tiene una colección enorme de fotos de aquella época. Las mujeres, para ciertas cosas tienen más memoria que los hombres. Tal vez ella recuerde algo, sobre todo si se trata de una mujer que tiene una hija con un maquisard. No te ofendas, pero ya sabes cómo es la gente para esas cosas. Tal vez por eso, es posible que recuerden algo que pueda ayudarnos.

A Julián se le alegraron los sentidos, por doble motivo. Aquello podía significar dar un paso importante en la búsqueda de Anne y Ana y por otro, le permitiría visitar nuevamente a Louise.

— ¡Eso está hecho! —exclamó, a la vez que se daba cuenta de que posiblemente había sido demasiado explicitó. Louise sonrió, viendo el entusiasmo que había manifestado. En el fondo, su propuesta tenía una doble intención, que era la misma por la que Julián se había mostrado tan eufórico.

La acompañó hasta donde ella tenía aparcado su coche y allí se despidieron. Cuando la vio desaparecer por una de aquellas calles, emprendió camino hacia el hotel. Iba flotando. Y de pronto se encontró hablándose a sí mismo.

— ¡Cielo Santo! Ahora resulta que la mitad de mi vida me estaba esperando en Francia. —dijo en voz alta, lo que hizo que una pareja que pasaba por su lado lo mirara extrañados al ver a un hombre hablar solo.

Se dirigió hacia su hotel con paso tranquilo y el ánimo pletórico. Le apetecía contemplar aquella ciudad medieval que en tiempos tuvo un gran papel con la historia de los Cátaros, según recordaba de sus tiempos de estudiante.

Al día siguiente, se dirigió nuevamente a Montoulieu. Previamente había comprado una caja de bombones con la que quería obsequiar a Louise por un montón de razones, que no necesitaban explicación.

Capítulo XIII.
Foix (Francia), Octubre de 1980.

Portando su inseparable cartera de cuero donde llevaba los documentos y fotos de su padre, Julián montó en su coche tomando la carretera hacia Montoulieu, donde le estaría esperando Louise, para presentarle a una persona que tal vez pudiera arrojar luz sobre el paradero de Anne y su hija, es decir su hermana. El día había salido nublado y el frío se metía en los huesos con una gran facilidad.

Se había levantado bastante animado después de haber pasado la noche dándole vueltas al inesperado giro que la vida le había deparado. Siempre deseó tener un hermano con el que compartir sus juegos y sus proyectos, pero la imposibilidad de ese deseo ya había sido asumida. Y de repente, cuando menos lo esperaba, se encontraba con una hermana cinco años mayor que él. Desde que se sentó ante el escritorio de su padre, su vida había experimentado unos cambios muy determinantes, entre los que incluía el hallazgo de Louise, que intuía iba a ser formidable y le llenaba de felicidad.

Cuando llegó a Montoulieu, aparcó junto a *La Mairie*. Eran ya las diez de la mañana y deseaba ver de nuevo a Louise. Entró empujando suavemente la puerta encontrándose con una vecina que estaba consultándole algo, quien con su habitual amabilidad, le respondía a la vez que le daba instrucciones sobre un documento que portaba la señora. Una vez que hubo atendido a la vecina y ésta hubo abandonado la oficina, cogió las llaves y salió de detrás del mostrador.

— Buenos días, Julián —dijo.

— Buenos días, Louise.

— Vamos a ver a *madame* Brigitte. Si tenemos suerte, igual damos un gran paso hacia Anne. Si te apetece, podemos ir andando.

— Por supuesto —respondió Julián.

Louise cogió su abrigo y se lo puso. Luego se enroscó alrededor del cuello una gruesa bufanda. Una vez que salieron de la *Mairie*, cerró con llave la puerta e iniciaron el camino siguiendo la acera, en dirección a *Chez La Font*, donde vivía m*adame* Brigitte. Julián aprovecho el paseo para entablar conversación.

— ¿Solo trabajas en Montoulieu, o lo haces también en otras *Mairies*? —preguntó por decir algo.

Louise sonrió antes de responderle.

— Si, solo aquí. Tengo horario completo. Por las mañanas estoy de 9 a 13 horas. Y por la tarde, de 17 a 19.

— ¿Y qué cargo tienes dentro de la *Mairie*?

— En estas comunas tan pequeñas, toca hacer de todo. Hago las actas cuando se reúne el Consejo Municipal, atiendo a los ciudadanos, hago las veces de Letrado, y cosas así.

— ¿Eres abogada? —preguntó interesado Julián.

— Sí, soy licenciada en Derecho, en la especialidad de Derecho Internacional y Administración Pública por la Universidad de París.

— Yo también soy licenciado en Derecho y en Economía. Me licencié en Yale, en Estados Unidos. Mi especialidad es Derecho Financiero

— ¡Caramba! —dijo Louise con admiración.

— Así es que somos colegas.

Pasaron por delante del Café que el día anterior había visitado Julián y donde había encontrado a los tres jubilados.

— ¿Te apetece un café? —preguntó.

— Pues sí. La verdad es que con este frío apetece. En España, no tendréis estos fríos, ¿no?

— ¡Como que no, ya lo creo que sí! Es cosa de la fama, pero en invierno en España hace mucho frío. Pero frío de verdad, ¿eh?

Entraron en el bar y pidieron dos cafés. Esta vez tomarían su consumición en la barra. Los tres hombres del día anterior ocupaban la misma mesa. Debían ser clientes fijos de todos los días. Cuando los vieron entrar saludaron a ambos.

— ¿Encontró finalmente la granja? —pregunto el llamado Adrien.

— Sí. Perfectamente. Sus indicaciones fueron exactas. La granja debía ser bastante grande, ¿no? Lo digo por la extensión del terreno.

— Sí. Era bastante grande. ¿Y cómo es que aún está por aquí?

Esta vez fue Louise la que respondió.

— Vamos a ver a *madame* Brigitte. Ella tiene muchas fotos de aquellos tiempos y una memoria privilegiada.

— ¡Es verdad, Brigitte se acuerda de todo! No se me había ocurrido comentárselo al señor. —exclamó Adrien.

Terminadas las consumiciones, Julián volvió a invitar a los tres amigos, que se lo agradecieron con los vasos en alto, saliendo a la calle. Cinco minutos más tarde se encontraban ante una casa que en su parte frontal tenía fijado un cartel en el que ponía "La Font". Louise golpeó la puerta con los nudillos, y al poco rato, la puerta se abría y aparecía una señora de unos 70 años.

— ¡Louise… y compañía! Pasad dentro que hace frío. —dijo dando media vuelta dejando que los recién llegados cerrasen la puerta y la siguiesen.

Pasaron al interior de la casa y su anfitriona los llevó hasta una habitación donde un brasero proporcionaba el calor suficiente para darle un bienestar muy agradable.

La casa tenía tres plantas. En cada una de las dos superiores, podían verse dos ventanas. En la planta baja, dos puertas, la de entrada a la casa y una de doble hoja, para entrada de carros y caballerías. Y toda ella, cubierta de maceteros con flores y arbustos ornamentales. A *madame* Brigitte le encantaba la jardinería, pasatiempo con el que se entretenía cuando hacía buen tiempo.

Una vez en la habitación, la señora les señaló unas sillas para que tomaran asiento.

— ¿Qué tal se encuentra, Brigitte? — preguntó solícita Louise.

— Pues como quieres que me encuentre, *ma fille*. Como corresponde a los muchos años que ya tengo, unos días con achaques y otros también. Ya verás tú, cuando llegues a mis años. ¿Y qué te trae a mi casa, acompañada de este galán? —dijo, mirando de arriba a abajo a Julián.

— Verá *madame* Brigitte. Este caballero se llama Julián y es español. Está en Montoulieu, porque anda buscando a una mujer con la que su padre mantuvo una relación. Eran los terribles tiempos de los maquis y la Resistencia. Después de unas indagaciones, hemos sabido dos cosas: que tuvo una hija, quien por lo tanto es su hermana y que vivió en ésta casa en 1946.

Madame Brigitte, se removió en su asiento, levantando un brazo, pidiendo un momento de atención.

— ¿Os tomarías un café? Lo preparo en un momento. — preguntó.

— ¡No se moleste, *madame*! —dijeron a dúo Louise y Julián.

Pero la anciana ya estaba camino de la cocina y al momento, oyeron el tintineo de las tazas y pasados unos momentos, el burbujeo de la cafetera. Mientras eso ocurría, Julián repasó las paredes de la habitación donde podían verse numerosas fotografías de los años cuarenta.

Madame Brigitte apareció con una bandeja sobre la que podían verse las tazas, la humeante cafetera y un bol con pastas. Louise y Julián se levantaron en el acto para ayudar a la anciana a llevar la bandeja. Una vez que hubieron servido el café y cada uno llevaba en su mano una taza con la negra y caliente infusión, retomaron la conversación.

— ¿Y cómo se llamaba ella? —preguntó *madame* Brigitte.

— Anne Carpentier —dijo Louise.

— En aquellos años, *Chez La Font*, pertenecía a una familia que en 1946 abandonó Montoulieu, después de vender la casa a mis tíos, quienes me la dejaron a mí en herencia cuando fallecieron sin hijos. Mis tíos alquilaron la casa a otras familias porque ellos vivían en su propia casa.

Madame Brigitte, se levantó y con paso lento se dirigió hacia una cómoda, abriendo el primer cajón, de donde sacó dos albúmenes de fotografías, que ofreció a sus visitantes. Julián sacó de su cartera las fotografías que traía, mostrándoselas a *madame* Brigitte. Ésta las miro cuidadosamente con mucha atención. Luego sonrió.

— Sí. Sí que la recuerdo. Y juraría que ella sale en alguna de esas fotos. Su cara me suena pero… ¡Ah, ya recuerdo! Tenía una hija mongólica.

El comentario cayó como una losa sobre Julián y Louise, quienes estaban revisando las fotografías, levantando sus cabezas como si las hubiera impulsado un resorte.

— ¡Mongólica! —exclamaron.

Madame Brigitte, se dio cuenta de que tal vez debía haber omitido su comentario o haberlo hecho de otra forma, previa preparación.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Cuanto lo siento, yo…!

Julián le puso la mano sobre las suyas.

— ¡Por favor, no tiene por qué disculparse!

— Pero yo… —se excusó *madame* Brigitte. —Julián le dio unas palmadas en el hombro.

— ¿Está segura de que la niña… tenía el Síndrome de Down? —preguntó Julián.

— Sí, lo recuerdo perfectamente. Anne se llamaba. No recuerdo el apellido. Cuando alquiló la casa tenía ya una niña de más o menos un año de edad.

— ¿Y usted está seguro de que la niña era…? — preguntó Julián, abatido. Louise le cogió del brazo, intercambiando ambos una fugaz mirada en la que se comunicaron una mutua preocupación.

— Desgraciadamente sí. —dijo madame Brigitte.

— ¿Y qué fue de ella? —preguntó Louise.

— Ella vivió en esta casa con su hija, hasta el 1947. Recuerdo que se comentó que se había casado con un partisano de su mismo grupo. Déjeme ese álbum. —dijo *madame* Brigitte, señalando el que tenía Julián.

Cuando lo tuvo en sus manos, comenzó a buscar entre sus hojas. Finalmente, golpeó con su dedo una de las fotografías, la cual extrajo.

— ¡Este, este es con quien se casó! Se llamaba Phillipe, como mi padre. Era natural de Tarascon-sur-Ariège. Una comuna no muy lejos de aquí.

Louise y Julián miraron la fotografía. Se trataba de una foto donde aparecía un grupo de ocho hombres y una mujer. Tres hombres aparecían arrodillados y el resto detrás, de pie. La mujer, vestida con una blusa gris y una amplia falda blanca, se encontraba

de pie a la derecha entre dos hombres. En el extremo opuesto de los que estaban de pie, el hombre que había señalado *madame* Brigitte.

— Y esta es Anne. —dijo, señalando a la mujer de la fotografía.

— ¿Y cómo es capaz de recordar estas cosas, *madame* Brigitte? —preguntó admirado Julián.

— Son misterios de la vida, hijo. Las razones por las que me acuerdo de los nombres de estos jóvenes y de sus circunstancias y no me acuerde donde he puesto las llaves hace un momento, son desconocidas. Tal vez, aquellos muchachos y las trágicas circunstancias por las que pasamos, se grabaron a fuego en nuestra memoria, para que no las olvidáramos, como si eso fuera a ocurrir.

La conversación se centró en aquellos años y como el terror se había apoderado de todos. *Madame* Brigitte, opinaba que no era de extrañar que cuando su padre volvió en busca de Anne, nadie quisiera saber nada ni recordara nada. Todavía se hallaban en la fase de olvidar y rechazaban todo aquello que les recordara el drama vivido.

Era ya tarde cuando se despidieron de *madame* Brigitte, quien les deseó que tuvieran suerte en su búsqueda, y volvió a disculparse ante Julián por su comentario sobre su hermana.

Cuando ya se alejaban, la anciana les gritó desde la puerta.

— Y por favor, cuando terminen su búsqueda, vuelvan a contarme el final de esta maravillosa historia. Si no lo hacen, no les perdonaré nunca.

Louise y Julián sonrieron mientras se dirigían hacia *La Mairie*.

— Oye Louise, ¿Qué te parecería si te invitara en Foix a tomar una cerveza y cenar después? Me apetece mucho invitarte.

— ¡Me parece bien! —exclamó ella para satisfacción de Julián.

Quedaron en verse en la cafetería del Hotel de éste antes de subir cada uno a su respectivo vehículo y volver a Foix.

Capítulo XIV.
Foix (Francia), Octubre de 1980.

Louise y Julián se volvieron a encontrar en la cafetería del hotel, tal y como habían quedado. Se les veía relajados y de forma natural, juntaron sus caras para saludarse.

El local se encontraba muy concurrido a esas horas previas a la cena y había un gran ambiente. Tomaron asiento en una mesa que quedaba un tanto aislada del resto y un camarero les tomó nota de lo que iban a tomar: dos cervezas y un plato de patatas fritas.

— ¿Así que vives en Foix? —preguntó Julián para romper el momento de inercia.

— Sí. Alquilé un piso muy pequeño que para mí es más que suficiente. Montoulieu queda a cuatro pasos y Foix no está mal para vivir.

— ¿De dónde eres? —se atrevió a preguntar Julián.

— De Paris. Mis padres y mi familia viven allí. Mi padre es también abogado y mi madre, es profesora de Literatura e Historia Española, ¡qué casualidad!, en la Sorbona. Cuando leí en el Boletín Oficial, que se convocaba una plaza de Secretaria en la *Mairie* de Montoulieu, no lo dudé un segundo. Me presenté y me concedieron el puesto.

— ¿Y porque te atreviste a venir tan lejos a un lugar tan pequeñito como Montoulieu, máxime, y permíteme la confidencia, me imagino que tus estudios los realizaste brillantemente —dijo Julián con una sonrisa.

— ¡No se me dieron mal, la verdad! Pero quería alejarme de casa de mis padres. No sé si tú has pasado también por eso. Unos padres que te adoran pero que por exceso de cariño están siempre encima de ti, sin dejarte mover libremente, tratando de filtrar hasta el aire que respiras para que no cojas ninguna bacteria, en fin y en resumen, un auténtico agobio, que es como yo me sentía. Agobiada.

La ocasión me venía que ni pintada. Así es que con la excusa del trabajo, puse un poco de terreno entre nosotros. De verdad que lo necesitaba.

— En mi caso, casi fue al revés. Mis padres me mandaron ya desde muy joven a los Estados Unidos a estudiar y tan solo nos veíamos en las vacaciones, cuando volvía a casa. Y en lo demás igual. Estaban pendientes de mí durante esos periodos, lo que era muy agradable. Pero claro, tal y como tú lo cuentas, entiendo que te produjera agobio.

— Espero sentir esa sensación cuando regrese a París. Este es el primer año que estoy fuera, y aunque me llaman todos los días, la cosa es diferente.

— Me imagino que esto será durante un tiempo, y que tendrás pensado aspirar a Ayuntamientos más grandes, ¿no?

— Si, aciertas de pleno. En realidad mi idea es durante dos o tres años adquirir experiencia en la Administración Local, empezando por lugares pequeños para ir haciendo un aprendizaje paulatino e ir aumentando el tamaño, hasta el momento en que me decida a ingresar en la Escuela Nacional de Administración, la ENA, que es el organismo que hay en Francia para formar candidatos que puedan luego dedicarse a la Alta Administración del Estado. Con esa acreditación, estaría preparada para ocupar altos cargos en los Ministerios o en el propio Palacio de El Elíseo.

— Eso ya me parece mejor —respondió Julián con una sonrisa.

— ¡Qué pena lo de tu hermana, Julián¡ —dijo de repente Louise.

Julián la miró a los ojos durante unos instantes.

— Si, es verdad. Y debo de reconocer que recibí una fuerte impresión. Y hasta la propia *madame* Brigitte, se quedó un poco preocupada, por decirlo de sopetón. La pobre no había caído en la relación de esa niña conmigo. Pero si te diré algo: necesito encontrarlas ahora más que nunca.

Un escalofrío recorrió la espalda de Louise, al escuchar el comentario de Julián. Definitivamente le gustaba aquel españolito que había aparecido en su vida de la manera más inesperada y en un rinconcito de Francia. A veces, las cosas del destino parecen

increíbles cuando las cuentas, y sin embargo, la realidad superaba a la imaginación.

— Pues si me lo permites, me gustaría mucho ayudarte a conseguirlo —le dijo, apretándole la mano, a lo que Julián correspondió haciendo un gesto de aceptación agradecido.

— ¿Qué te parece si seguimos la conversación en otro sitio donde podamos cenar? —dijo Julián.

— A mí me han dicho que en este hotel se come muy bien. Si quieres podemos hacerlo en el comedor.

Llamaron al camarero y le comunicaron que pasarían al comedor para cenar. Este les indicó la puerta de entrada, a la vez que preguntaba el número de habitación para realizar el cargo de la consumición.

El salón del comedor les impresionó nada más entrar en él. A ambos les vino a la memoria, los salones de los palacetes de los reyes y príncipes. El techo estaba fantásticamente adornado con escayolados dorados dibujando toda clase de cabriolas y arabescos que bajaban por las paredes, dándole al entorno un aire netamente dieciochesco. El mobiliario, a juego con la época, realzaba todavía más aquel escenario. De fondo, una agradable musiquilla y un variado y un suave murmullo de ruidos producido por los cubiertos al rozar con los platos o entrechocar entre sí.

El *maître* los acompañó a una mesa para dos y procedió a entregarles unas carpetas donde se encontraba la oferta culinaria del establecimiento. Una vez elegida la comanda continuaron la conversación.

— Creo que mañana debería ir a Tarascon-sur-Ariège y pasarme por la *Mairie*. —dijo Julián.

— Sí. Es el paso lógico. Solo hay un problema. Y gordo. En Francia, las mujeres casadas toman el apellido del marido, y desconocemos cual es el de ese tal Phillipe. —respondió Louise.

— Es verdad. Me imagino que Phillipe en Francia habrá a cientos, miles, claro.

— Es uno de los más populares. En cualquier caso, creo que mañana, antes de ir a Tarascon-sur-Ariège, deberías pasar por Montoulieu y hablar con esos hombres del bar, e incluso con *madame* Brigitte, por si ella recordara su apellido, lo cual sería muy importante. Pero todavía nos queda una posibilidad.

Julián miró a Louise, sorprendido. Aquella mujer, era una fuente de inspiración.

— ¿Cuál? —preguntó.

— Tú hermana.

— ¿Mi hermana?

— Recuerda que en el Censo de 1946, tu hermana figura con el apellido de tu padre. En el caso de Anne, al contraer matrimonio con Phillipe, en el Censo figurará con el apellido de su marido, por lo cual, como lo desconocemos, será imposible, o verdaderamente complicado. Pero sin embargo, tu hermana sí que es posible que figure con su propio apellido, lo cual sería extraordinario, porque nos facilitaría mucho, por no decir todo.

— ¡Muy bien pensado, Louise! No sé qué haría yo sin ti. Y si eso falla, podemos seleccionar todas las Annes y o Phillipes que aparezcan. Tarascon-sur-Ariège no debe ser muy grande, ¿o sí?

— Pues aproximadamente, cerca de cuatro mil habitantes. Y no te creas, que aunque sería pesado y lento, sería perfectamente asumible. Vamos pienso yo. Igual resulta que hay un gran número de mujeres que se llamen Anne y o Phillipe en Tarascon-sur-Ariège.

— Esperemos que no. Así pues, mañana investigaré con mis "amigos" de Montoulieu, si conocen el apellido de ese tal Phillipe, pero antes, visitaré a *madame* Brigitte, para que me deje la fotografía y poder enseñarla en el bar.

— ¡Ah, muy bien pensado! Mientras tanto, yo llamaré por teléfono a una amiga que tengo en *La Mairie* de Tarascon-sur-Ariège, para que prepare el documento que nos permita ir a Foix al Registro Central. En este caso, le pediré los Censos desde 1951 hasta 1976.

A Julián no se le escapó el "nos" que había utilizado Louise.

— Se me ocurre —dijo— que tal vez deberíamos ver en primer lugar el Censo último, que seguramente podrá consultarse directamente en *La Mairie*. Si Anne o mi hermana, residen todavía allí, figuraran en él. Eso, en el caso que sepamos el apellido de Phillipe, o que figure en él mi hermana, ¿no te parece? Y de esa forma nos evitaría consultar los anteriores censos.

— Si, aunque…

El camarero se presentó ante ellos con el primer plato. Julián había pedido una ensalada con paté y Louise una Sopa Normanda.

—…de todas formas le pediré que nos prepare el permiso, por si tenemos que remontarnos Censos atrás. En cualquier caso, será una búsqueda complicada porque, en realidad estamos dando palos de ciego. Son muchas las cosas que han podido pasar y que compliquen su búsqueda. Pero no nos vamos a rendir, ¿verdad Julián?

Este le dedicó una amplia sonrisa de agradecimiento.

— ¡No sabes cuánto te agradezco tu ayuda y —hizo un inciso— tu compañía. De verdad.

Volvieron su atención a la comida y a comentar sus gustos culinarios. Louise le confesó que desde que estaba lejos de su casa, la necesidad le había obligado a meterse en la cocina y que a base de prueba y error, comenzaba a dominar algunos platos. Por su parte, Julián le comentó la existencia de Alma y Aimara y su inutilidad manifiesta en la cocina y así, de una forma progresiva y cada vez más intimista, fueron poniéndose al día sobre sus aficiones, inquietudes y gustos, virtudes y defectos.

Cuando terminaron de cenar, salieron a dar una vuelta por la ciudad que les pareció hermosa, presidida por el Castillo medieval perfectamente iluminado. Desde lo alto de su pico rocoso, se dominaba el casco antiguo y podía contemplarse la confluencia del Ariège y del Arget. La ciudad conservaba todavía como recuerdo de su pasado de inexpugnable plaza fuerte, sus tres torres de matacán y sus altas murallas, a pesar del tiempo transcurrido. La imponente fortaleza que perteneció a los condes de Foix albergaba en la actualidad el museo Departamental del Ariège, un espacio que evocaba la historia del castillo y del condado de Foix por medio de exposiciones temáticas y colecciones medievales que reunían objetos de la vida cotidiana, armas y armaduras. Louise le dijo que un día, si le apetecía, dedicarían una visita a este importante museo.

Por debajo del castillo, el casco antiguo de Foix evocaba aquellos tiempos del pasado remoto, a pesar de que con el paso del tiempo, aquellas antiguas calles ahora presentaban un aire comercial y sus bellas plazas presentaban ahora acogedoras

terrazas de cafés. Durante su recorrido, se pararon a contemplar la iglesia abacial de San Volusiano y sus magníficas sillerías esculpidas del s. XVII, así como el mercado de cereales, que en tiempos tuvo una importancia capital en todo el valle del Ariège.

Tras pasear durante un buen rato, llegó el momento de la despedida, bien a su pesar. Quedaron en que Julián recogería a Louise a primera hora de la mañana y la llevaría a Montoulieu. Él haría la gestión con *madame* Brigitte y los tres jubilados y luego la recogería para ir a Tarascon-sur-Ariège a consultar el Censo actual y a recoger la documentación para el Registro Central de Foix.

Capítulo XV.
Foix (Francia), Octubre de 1980.

A las ocho de la mañana, Julián recogió a Louise en su casa, situada en la parte antigua de la ciudad, enfilando la carretera hacia Montoulieu, tras cruzar el puente sobre el Ariège y tomar la carretera nacional que les llevaría a la comuna donde trabajaba Louise. Durante el viaje fueron comentando las cosas que tenían que hacer y su confianza en que de una manera u otra, lograrían finalmente culminar con éxito su búsqueda. Mutuamente se transmitieron pensamientos positivos y plena confianza en que finalmente darían con Anne y su hija Ana.

Dejó a Louise en *La Mairie* y él dio media vuelta hacia *Chez La Font*, ya que ambos lugares quedaban en los extremos opuestos del pueblo, en la carretera que lo cruzaba, para visitar a *madame* Brigitte y rogarle que le prestase la fotografía.

Cuando la mujer abrió la puerta y lo vio frente a ella, afloró a su cara una auténtica sorpresa.

— ¿Ya ha encontrado a Anne? —dijo esperanzada, a la vez que abría la puerta e invitaba a Julián a pasar al interior.

— No. Todavía no. —le aclaró.

Nuevamente le condujo hasta la habitación donde ella se encontraba haciendo calceta.

— Me ayuda a pasar el rato — le dijo al ver que Julián observaba la labor— Acabo de preparar café.

— No se moleste *madame* Brigitte. —rogó Julián.

Pero era inevitable que la anciana hiciera oídos sordos. A los pocos instantes volvió con la bandeja en la que además de la cafetera y las tazas, traía unos olorosos bollos, recién sacados del horno.

— ¿También se dedica a la pastelería?

— ¡Ah, joven! A las de mi edad, nuestras madres nos enseñaron a hacer de todo. No sé si Louise, sabrá hacer brioches,

pregúnteselo. Por cierto, hacen ustedes una pareja magnífica. No se la deje escapar. —le dijo a la vez que dejaba la bandeja sobre la mesa y a él le daba una palmada cariñosa en el hombro.

Julián sonrió, aceptando el cariñoso trato de la dama.

— Sí. Es una magnífica y extraordinaria persona.

— Ya, ya —respondió la mujer con una pícara sonrisa en su cara.

— Vera, *madame* Brigitte. Quería comentarle una cosa y pedirle otra.

— Usted dirá, jovencito.

— Estamos tratando de utilizar los Censos de Población con el fin de tratar de localizar a Anne, a su marido y a mi hermana. Pero ocurre que desconocemos el apellido de Phillipe para tratar de localizarlo en el Censo de Tarascon-sur-Ariège, pues aunque conocemos el de Anne, al casarse con él, utilizará su apellido, que desconocemos. Por casualidad, ¿no recordara usted el apellido de Phillipe?

Madame Brigitte, comenzó a mover la cabeza.

— No hijo, no es que no me acuerde, que tengo buena memoria, es que no lo supe nunca, porque él no era de Montoulieu. Lástima, que no pueda ayudarte con eso. Porque eso de los apellidos cuando una se casa en Francia, es un fastidio. Tengo entendido que en España, las mujeres lo conservan durante toda su vida, se casen o no.

— Así es. No se preocupe. Otra cosa, ¿sería posible que me prestara la fotografía en la que aparecen todos juntos? Es que querría enseñársela a unos jubilados que encontré el otro día en el bar de Montoulieu, y como hay uno de ellos que sí anduvo con la Resistencia, tal vez él lo conozca.

— ¡Ah, claro! Seguro que se trata de Adrien. ¡Él también está en la foto! Si hay alguien que puede saberlo, tiene que ser él. ¡Cómo no se me había ocurrido antes!

Madame Brigitte, se levantó de nuevo dirigiéndose a la cómoda y sacando del primer cajón un álbum de fotos. Tras buscar durante un rato, saco de él una de ellas y se la entregó a Julián. Este la miro y comprobó que se trataba de la misma del otro día, donde aparecían Anne y Phillipe.

— Mira, este es Adrien —dijo señalando al de la derecha de los que estaban arrodillados—, Se va a reír cuando se vea tan joven.

Tras terminar el café y el *brioche*, se despidieron con un abrazo.

— Ya sabe el camino de salida. Yo me quedo con mi faena de tejer. ¡Ah! Y no se olvide de lo que le dije el otro día. Cuando terminen su búsqueda, vengan a contármelo sin falta.

— Así lo haremos, *madame*.

— Eso, vengan los dos. —remató la anciana.

Con la fotografía en el bolsillo, se dirigió al bar. Esperaba que los tres jubilados, al igual que los días anteriores, se encontraran en su mesa favorita. Parecía que vivieran en aquel lugar. Cuando entró en el establecimiento, no le hizo falta ni mirar porque fue recibido con entusiasmo por los tres hombres que ya lo habían visto llegar.

— ¿De nuevo por aquí? —dijo Bertrand.

— Sí. Y esta vez vengo a hablar directamente con ustedes para enseñarles una foto. Pero antes…

Julián levantó el brazo e hizo una seña al propietario quien sin más explicaciones, al poco rato trajo una botella de vino con la que rellenó los vasos de los tres hombres y un café y un croissant. Fue tan rápido que no tuvo tiempo de decirle que a él no le trajera nada, pues ya lo había tomado en *Chez La Font*. Cogió una silla libre de otra mesa y se sentó en ella, a la vez que sacaba la foto.

— Verán, se trata de que en esta fotografía aparece un grupo de personas entre las que se encuentran dos que estoy buscando. Además de aparecer usted, Adrien.

— ¡*Mon Dieu*! ¡Qué me cuenta! —exclamo jovialmente Adrien.

Julián les mostró la foto y Adrien enseguida se hizo con ella.

— ¡Diantre! ¡Es formidable! ¡Aquí estoy yo! ¿De dónde la ha sacado? —preguntó.

— Me la ha prestado, *madame* Brigitte, para mostrársela a ustedes y ver si me pueden dar una información acerca de esta persona —señaló a Phillipe con el dedo—, concretamente su apellido.

Adrien se acercó la foto a los ojos, a la vez que se acercaba al cristal para captar mejor la luz.

— No veo ya mucho —dijo justificándose—. Este, efectivamente es Phillipe, pero desconozco su apellido. O al menos, no lo recuerdo. Sin embargo, sí que conozco a este que está sentado y sé además donde vive. Y casi le podría asegurar que conoce el apellido de todos. Se llama Ives Lacourt y vive en Montferrier. De vez en cuando nos juntamos los de este grupo. Le puedo dar más tarde la dirección, porque la tengo en casa, o mejor se la puedo dejar a Denis, el propietario del bar, para que pase cuando pueda.

— ¿Y podría ser ahora mismo? —inquirió Julián, a la vez que mostraba una leve sonrisa.

— ¿Le corre mucha prisa? —dijo Adrien.

— Pues la verdad, bastante. Si fuera posible…

— Bueno, pues si espera aquí un momento, voy a casa y se la traigo.

Adrien se levantó y salió a la calle, desapareciendo a la vista de todos. Quince minutos después regresó con un papel en la mano que entregó a Julián. Este se volvió a despedir de los tres hombres y dejo pagado otra ronda para cuando quisieran sus amigos. Enormemente contento, se dirigió hacia *La Mairie* donde se encontraba Louise.

— Ives Lacourt, Sansou, 38, Montferrier —leyó Louise—. No queda muy lejos de aquí.

— Ahora son las once de la mañana. Tal vez debería ir ver a este señor y volver para recogerte e ir esta tarde a Tarascon-sur-Ariège. ¿Te parece bien?

— Sería muy importante conocer ese apellido. Ya he llamado a Sophie y me ha dicho que nos estará esperando esta tarde.

— Oye Louise. No quisiera por nada del mundo que esto pudiera perjudicarte en modo alguno. Lo digo por…

—Quédate tranquilo. Ya lo he comentado con el alcalde y me ha dicho que confiaba en mi sentido de la responsabilidad y que podía ayudarte en tu búsqueda. Además, me ha contado que su padre también conoció a algunos grupos de maquisards españoles y siempre decía que Francia no había hecho justicia con aquellos hombres que verdaderamente se enfrentaron a los alemanes, antes, incluso, que los propios franceses.

— Me dejas más tranquilo. No pierdo más tiempo. Me voy a Montferrier. Espero no tener problemas para encontrar esa casa.

— No temas. Montferrier apenas tiene 200 habitantes. No te perderás.

Desde Montoulieu hasta Montferrier había 24 kilómetros. Mientras los recorría, ciñéndose a la sinuosidad del recorrido, Julián no podía evitar la emoción, al contemplar aquellos escenarios que su padre había pisado y recorrido. Le fascinaba que él, tantos años después, hiciera lo mismo, pero en esta ocasión, tratando de encontrar a la persona que formó parte de su vida en aquella desconocida, para él, época de su vida. Precisamente, en sus memorias escribió que había vivido en aquel pueblo, aunque no había dicho dónde. Esa circunstancia le emocionaba mientras se dirigía a esa localidad.

Cuando entró en el pueblo, se detuvo un momento ante una persona mayor que estaba sentada tomando el sol, para preguntarle por la dirección que traía escrita en el papel. El hombre le indicó que siguiera el mismo camino que traía porque la casa que buscaba estaba en esa misma calle. La calle era muy estrecha y con grandes precauciones, temiendo que por el lado contrario apareciera otro vehículo, recorrió la calle hasta que encontró el número 38.

La casa estaba situada justo a la altura de una bifurcación de la calle por la que llegaba: a la izquierda se iniciaba un descenso y a la derecha se ascendía. Esta bifurcación propiciaba un ensanche de la calzada que aprovechó para aparcar. La casa que buscaba, quedaba en la bifurcación de la derecha.

Antes de cruzar la carretera, observó la casa. Delante de él un inmueble de tres plantas, cuyos artesonados, puertas, ventanas y barandillas estaban pintadas de un rojo oscuro que contrastaba con el blanco de la fachada. Al nivel de la calle, una doble puerta, que bien podría ser para la entrada de vehículos y un enrejado con una puerta metálica, por la que se accedía al interior de la finca. Una escalera lateral frente a esa puerta, subía hasta la primera planta, donde se encontraba la puerta de entrada a la vivienda. Soldado a la verja, un depósito para las cartas en el que figuraba el nombre de Ives Lacourt. Aquello certificaba que se encontraba ante la casa que buscaba.

Las contraventanas estaban cerradas y la puerta de la verja, también. Parecía que allí no vivía nadie, al menos en ese momento. Después de golpear sobre la puerta y la verja varias veces, por si respondía alguien desde el interior, decidió preguntar a algún vecino. Llamó a la puerta del número 36 y al rato apareció una señora. Tras explicarle que andaba buscando a su vecino, la señora le explico que llevaban varios días fuera porque se encontraban en Lyon, porque una hija, que vivía allí, había dado a luz. Según sus noticias, hasta el lunes no regresarían.

Contrariado por la noticia, volvió al coche y emprendió regreso hacia Montoulieu.

— Lástima —dijo Louise— Nos hubiera ayudado bastante. De cualquier manera, tenemos los Censos de Tarascon-sur-Ariège. Quien sabe, yo sigo poniendo mucha fe en que aparezca el nombre de tu hermana. Con eso, sería suficiente.

— Tienes razón. Si te parece, cogemos el coche y nos vamos a Tarascon-sur-Ariège donde podemos buscar un lugar para comer y luego pasarnos por la *Mairie* a ver a tu amiga.

— Muy bien. Cojo el abrigo y cierro la oficina.

Minutos después iniciaban el camino hacia Tarascon-sur-Ariège, donde esperaban que la fortuna no se mostrara esquiva y les deparara un golpe de suerte.

Capítulo XVI.
Tarascon-sur-Ariège (Francia), Octubre de 1980.

Después de comer, Louise y Julián, se dirigieron a la *Mairie* de Tarascón-sur-Ariège. El ayuntamiento se encontraba a la orilla izquierda del río Ariège, en la Avenue Víctor Pilhes. Allí ya les estaba esperando Sophie, la amiga de Louise. Después de saludarse y hacer las presentaciones, los acompañó a un despacho al que se accedía desde el propio recibidor de la *Mairie*.

Tras tomar asiento, Sophie fue a la sala de archivos en busca del libro que contenía el Censo en vigor, el realizado en 1976. Tras hablar con Louise, los dejó solos en el despacho centrados en su búsqueda. Una vez que estuvieron preparados determinaron el sistema que iban a utilizar. Lo primero sería buscar directamente el apellido Bestué.

Con ánimos renovados se aplicaron con ahínco y minuciosidad al trabajo de triar entre aquellas líneas buscando el apellido de Ana. Tras repasar las más de doscientas hojas un par de veces, se aseguraron que no aparecía.

— Probemos ahora con Carpentier. Nunca se sabe. —dijo Louise.

De nuevo, todo el Censo volvió a ser minuciosamente analizado desde el principio. Y de nuevo, la búsqueda fue infructuosa porque tampoco lograron encontrarlo entre todas aquellas líneas, unas cuatro mil doscientas en total.

— He contado las veces en las que aparece el nombre de Anne y el de Phillipe —comentó Julián— Hay once Annes y veintiséis Phillipes. Realmente, no me parecen muchos.

— Me acabas de dar una idea —dijo Louise— busquemos todos aquellos registros que aparezca el nombre de Anne, Phillipe y Ana. Y luego cotejemos sus direcciones. Si coinciden los tres en la misma dirección, casi con seguridad que se tratan de las personas que buscamos.

Animados por la posibilidad, inaccesibles al desaliento, los dos comenzaron a repasar nuevamente los listados y fueron tomando nota de las referencias. Tras un buen rato de concienzuda búsqueda, cotejaron los datos para comprobar que ninguno coincidía.

— No hay que desanimarse. Todavía nos quedan los Censos anteriores, sobre todo, el Censo de 1951, que sería el primero en el que figurarían si tras la boda, vinieron a vivir aquí. Quien sabe, tal vez en todo este tiempo han podido cambiar de ciudad.

— Es verdaderamente difícil. Casi será un milagro. Pero, mientras tengamos pasos que dar, no hay que perder la esperanza.

— ¡Esa es la actitud! El lunes en Foix, comprobaremos esos Censos y si no encontramos nada, todavía tenemos una muy buena posibilidad en Montferrier, ¿no te parece? —dijo Louise, tratando de animar a Julián.

— ¿El lunes? ¡Ah, claro, hoy es viernes y mañana y pasado es fin de semana además de entrar en noviembre! Desde luego. Eres un encanto, Louise —respondió sin pensar.

Ésta salió de la sala en busca de Sophie, con la que regresó al cabo de un momento. Louise, traía el documento que tendrían que mostrar en Foix en el Registro Central.

— Me dice Louise que no ha habido suerte. La verdad es que sin saber el apellido, la cosa es difícil.

— Confiábamos en que mi hermana, apareciera con sus propios apellidos.

— También tenéis que tener en cuenta que tal vez no se instalaron en Tarascon-sur-Ariège, y lo hicieran en otra ciudad o pueblo, o tal vez que la niña…— añadió con mucho sentido Sophie.

— Podría ser una posibilidad, qué duda cabe. Seguramente, esa será la causa más razonable; que fueran a otro lugar. —añadió Julián.

— Espero que mañana, logren encontrar a Anne—dijo Sophie.

Tras abandonar la *Mairie,* Julián no podía dejar de sentir un cierto desánimo. El comentario de Sophie no dejaba de apuntar una realidad que complicaba, y mucho, la búsqueda.

Louise también intuía el desánimo de Julián y mantenía un prudencial silencio mientras caminaban hacia el aparcamiento cercano.

Subieron en el coche y emprendieron camino de regreso hacia Foix. Pasaron unos momentos en completo silencio.

— ¿Qué tal estás? —preguntó Louise.

— Bien, bien. Estaba pensando en la rapidez como se suceden los acontecimientos. Cuando salí de Zaragoza desconocía que tenía una hermana. Tras superar la sorpresa, me invadió la euforia por tenerla. A las pocas horas, me encuentro que está afectada por el Síndrome de Down, lo cual es un golpe muy duro. Y tras el comentario de Sophie, sobre la posibilidad de que hubieran ido a otra ciudad, a mí me ha venido a la cabeza otra idea que hasta ahora no habíamos considerado y que desgraciadamente, también hubiera podido ocurrir, y es la posibilidad de que Ana, hubiera fallecido. Es decir, que en cuestión de unas pocas horas, he pasado por un buen número de situaciones y estados.

— Sophie me ha dicho que lamentaba mucho haber hecho ese comentario. Te ha visto cómo te ha afectado y la verdad es que se ha quedado un poco triste.

— Realmente su comentario era muy oportuno, porque ponía el dedo en una realidad innegable. Y me parece bien que lo haya hecho, porque nuestra ilusión no nos debe cegar ante la realidad. ¿No te parece? Por favor, llámala mañana y dile que no pasa absolutamente nada.

— Te propongo una cosa. Hoy hago yo la cena y cenamos en mi casa. Únicamente te pido que no seas muy duro a la hora de juzgar mis habilidades como cocinera. —dijo Louise, decidida a cambiar de tema.

— Encantado. Y estoy seguro que lo haces muy bien. Perdona que haya caído en una pequeña bajada de ánimo. Pero ha sido una cosa pasajera y ya está superada. Uno se cree que está preparado para todo, pero no es verdad, es vana ilusión. No volverá a pasar. Te aseguro que cuando inicié todo esto, no podía imaginar, que en tan poco tiempo, llegaría a tener conocimiento de tantas cosas. Y todo gracias a ti.

— No será para tanto. Yo estoy convencida de que daremos con Anne y Ana.

— Eso creo yo también.

Cuando llegaron a Foix, Julián llevó a Louise a su casa, quedando a una hora y él se volvió al hotel para ducharse, cambiarse de ropa y conectarse con Alma y Aimara, quienes aprovecharon para reiterarle todas las cosas que debía hacer para no enfermar. Al bajar del coche se dio cuenta de que en el asiento de atrás, todavía estaba la bolsa en cuyo interior se encontraba la caja de bombones que había comprado para Louise. Se había olvidado por completo de ellos. Recogió la bolsa para entregársela aquella noche. Una vez listo para salir, llamó a la oficina de Zaragoza para ponerse al día de los asuntos de la empresa. Luego, compro una docena de rosas y una botella de vino tinto *Château Puech Haut de 1975*, para añadir a sus bombones.

Con todo ello en una bolsa magníficamente ornamentada, se dirigió a casa de Louise. Su corazón saltaba de alegría. Y en esta ocasión, llevaba consigo la carta y el libro de su padre.

Louise abrió la puerta ataviada con un delantal y una rasera de madera. Al verla así, Julián puso cara de circunstancias.

— ¿Me he adelantado? —preguntó.

— No. Llegas a la hora convenida. Simplemente es que he tenido algunos "problemillas". Pero pasa.

Julián entro en el piso, mientras Louise, salía corriendo hacia la cocina.

— ¡Por favor, cierra la puerta! Es que tengo en el fuego…

— No te preocupes. Voy a ayudarte enseguida.

Julián cerró la puerta y siguió por el estrecho pasillo hasta un salón de estar de pequeñas dimensiones en cuyo centro, estaba preparada una mesa, con sus servicios correspondientes para dos personas. Hasta había una vela, sin encender todavía.

— Louise, ¿dónde puedo dejar…? —comenzó a decir, pero al instante apareció Louise, quien en ese momento vio la bolsa que traía Julián.

— ¡Hombre, Julián! ¿Para qué te has molestado? —dijo, porque en estas ocasiones siempre se dice lo mismo.

Por toda respuesta, sacó las flores y se las entregó a Louise, quien le correspondió con un beso en la mejilla.

— Muchas gracias, son muy bonitas y son mis favoritas. — las puso en un búcaro después de quitar otras flores un tanto ajadas.

— ¿Y esto, donde lo ponemos? —dijo sacando de la bolsa la botella de vino y los bombones.

— Como es tinto, la dejaremos encima de la mesa y la abriremos cuando vayamos a empezar. ¡Y bombones! ¡Eres un sol!

— ¿Te puedo ayudar? —propuso amablemente Julián.

— De ninguna manera. Podrías mancharte. No. Además ya he acabado. Espero que te guste lo que he cocinado. Ahora me voy a poner más presentable. Será cosa de un rato. Toma asiento y ahí tengo los discos. Elige el que quieras y lo pones en el tocadiscos.

— Ese que está sonando está muy bien, ¿quién la canta?

— Es *Dancing in the Dark*, de Bruce Springsteen, uno de mis favoritos.

Julián siguió revisando los discos que tenía en la pequeña discoteca.

— Veo que también tienes discos de muchos cantantes — dijo Julián— ¿Puedo poner un disco?

— Por supuesto.

Julián quitó el disco de Bruce y colocó uno de Edith Piaf, seleccionando una de las canciones que había en el LP.

— Es Edith Piaf. Canta *L'Accordeoniste*, una canción maravillosa —dijo Louise desde su habitación cuando comenzó a sonar.

Julián se quedó callado. La coincidencia era extraordinaria. *L'Accordeoniste* era la canción preferida de Anne y Louise. Y a partir de aquel momento, también la suya.

Mientras esperaba, paseó su mirada por el salón. Era pequeño pero muy acogedor. En un rincón, dos sillones pequeños y entre los cuales había una lámpara baja que iluminaba únicamente el área de los sillones, creando un rincón ideal para la lectura. En medio del salón, la mesa con sus dos sillas. Al parecer, las únicas. A la izquierda de los sillones, el tocadiscos y a su lado, una mesa auxiliar donde podían verse discos y libros, perfectamente organizados. A la derecha, una ventana que daba a la calle. Frente al mueble del tocadiscos, en la otra pared, un sofá para tres personas, una lámpara y un mueble trinchante. Las paredes

estaban adornadas con cuadros situados a diferente altura y de tamaños variados. En el suelo, y ocupando gran parte de la superficie, una alfombra. El salón se encontraba al final del pasillo, partiendo desde la puerta de entrada. A la izquierda, y por este orden desde la entrada, la cocina, un lavabo y un dormitorio. Bajo la ventana, una mesa baja, donde podían verse algunos periódicos. El salón estaba iluminado por una lámpara de cinco brazos situada en el centro geométrico del techo.

Cuando Louise hizo su entrada en el salón, Julián se quedó embobado. Louise llevaba un conjunto rojo de chaqueta con bordados negros y una falda que le quedaba justo a media rodilla, también con bordados negros en la cintura. Una blusa blanca con cuello de puntillas, que sobresalían de la chaqueta y que resaltaba sobre el rojo de manera notoria. Medias de color negro y zapatos de tacón bajo, de igual color. Se había pintado los labios de carmín rojo y se había aplicado un poco de sombra en sus ojos.

Julián se puso en pie como si lo hubiera impulsado un resorte. Tal vez fue su cara de estupefacción lo que arranco una amplia sonrisa a Louise.

— ¡Soy yo, Louise! —dijo creyéndose en la necesidad de aclararle a su invitado su identidad, dada su expresión.

— ¡Caramba! No me esperaba… —comenzó a decir, cayendo al instante en lo improcedente de la frase.

— ¿Qué no te esperabas? —lo atormentó Louise.

— Perdóname. Estoy tonto. Tú estás guapa siempre, solo que ahora estas… ¡refulgente!

Louise soltó una sonora carcajada que provocó que Julián, empezase sonriendo con azoramiento, y luego ya recompuesto, riendo con ganas su anonadamiento.

— ¿Así que refulgente, eh? —dijo sin dejar de reír con ganas.

— ¡Es lo primero que me ha venido a la cabeza! —se justificó.

Una vez que se estableció la naturalidad, Louise trajo de la cocina unas bandejas que colocó sobre el mueble trinchante, mientras que Julián ponía en el tocadiscos otro disco de Edith Piaf. Comenzó a sonar una canción con el característico *vibrato* de Edith Piaf.

Louise depositó una fuente de ensalada sobre la mesa.

— ¿Sabes cómo se titula esa canción? —preguntó.

— No.

— Los amantes de París —dijo sonriendo y mirando a Julián, quien le devolvió la mirada llena de mil declaraciones—. O de Foix —pensó para sí.

Durante la comida la conversación fue variada y animada, hablando de sus familias y de sus respectivas experiencias durante los años de estudio, aficiones y proyectos. Louise se asombró al saber que Julián era el propietario de una empresa de transportes internacionales que operaba en todo el mundo, a pesar de su juventud. Mientras fregaban los platos y preparaban café, en el tocadiscos, Edith Piaf, desgranaba todo su repertorio poniendo un adecuado fondo musical al camino que ambos iniciaban a recorrer.

Cuando volvieron al salón con la bandeja de los cafés, Julián sacó de la bolsa la carta y el libro de su padre, y con ellos en la mano se sentó en el sofá, y con la mano golpeó el mismo, indicando a Louise que se sentará a su lado.

— Quiero enseñarte lo que mi padre dejó escrito y que ha motivado mi viaje hasta aquí, porque, no sé, algo en mi interior me dice que debo enseñártelo. En todo este asunto, tú has estado desde el primer momento y creo que mereces conocerlo.

— No es necesario…

— Tal vez, pero me gustaría que lo leyeras.

— Vale. Pero léelo tú.

Julián cogió la carta de su padre y comenzó a leerla. Louise, a su lado, se acercó un poco más de forma que los brazos de ambos reposaban juntos. Conforme avanzaba la lectura, Julián noto como la presión de Louise sobre su brazo era mayor. Cuando terminó de leer la carta, miró a Louise quien le devolvió la mirada, con alguna lágrima asomando a sus ojos. Luego, dejó la carta sobre el halda de ella, y tomó el Diario, comenzando a leerlo. Lo tradujo al francés para que Louise pudiera entenderlo.

Cuando terminó de hacerlo, Louise lo tenía cogido del brazo, y su cabeza reposaba sobre su hombro.

Se produjo un momento de silencio, mientras sonaba la canción *Non, je ne regrette rien*, de Edith Piaf.

— ¡Qué historia más triste! —Susurró Louise— Tu padre lo debió de pasar mal cuando volvió a Francia y no pudo encontrar al

amor de su vida. Menos mal que finalmente pudo recomponer su vida, encontrando otro amor, que le dio un hijo maravilloso.

— ¿Tú crees? Me refiero a lo del hijo maravilloso.

— ¡Oh si, sin duda! Lo tengo a mi lado.

— Eres muy amable. Tú también lo eres.

— No debemos desfallecer. Si ese señor de Montferrier, nos puede informar de su apellido, estoy convencida de que lo conseguiremos.

— Sí. No deseo otra cosa que encontrar a Anne y a Ana, para completar esa historia de amor. De otro modo, quedaría incompleta, ¿no te parece?

— Por supuesto. Óyeme, —Louise quiso cambiar el entorno triste en el que parecía que se habían metido— Mañana es sábado. ¿Qué te parecería si aprovechando tu presencia aquí, realizamos un fin de semana turístico?

— ¡Me encantaría, ya lo creo!

Louise se levantó y puso un disco de los Beatles, otro grupo que se estaba ganando su favoritismo. Luego sacó un mapa de carreteras de Francia y lo extendió sobre la mesa.

— ¿Te gustaría visitar Carcassonne? Es una ciudad muy bonita y podemos ir y venir en el día.

— ¿Queda muy lejos?

— Noventa kilómetros. Hora y media de viaje. Te gustará.

— Por mí de acuerdo. ¿A qué hora te vengo a buscar?

— ¿A las 8 estaría bien?

— A las 8. Creo que va a ser una excursión muy agradable. Y el domingo, podemos ir a otra ciudad.

— Claro que sí.

Julián metió en la bolsa la carta y el Diario dispuesto a marchar para el hotel. Louise le acompañó hasta puerta. En el rellano, se despidieron con un beso en las mejillas.

— Estas guapísima, Louise. —musitó Julián al oído de ella.

Bajó las escaleras moviendo la mano, en señal de despedida.

— ¡Hasta mañana!

— ¡Hasta mañana! —respondió Louise, cerrando la puerta. Durante unos segundos apoyó su espalda contra la puerta, cerrando los ojos a la vez que una sonrisa afloraba a su rostro y sentía unas indescriptibles sensaciones.

Capítulo XVII.
Foix (Francia), sábado, 1 de Noviembre de 1980.

La visita a Carcassonne fue un rotundo éxito, en todos los aspectos. Situada a ochenta y cinco kilómetros de Foix, ocupaba un lugar estratégico en la ruta que unía el mar Mediterráneo con el océano Atlántico, utilizada ya desde la época del neolítico.

Conforme el viajero se va acercando a Carcassonne, al contemplar su imagen recortada contra el cielo, comienza a sentir que está a punto de sumergirse en una burbuja de la historia de los tiempos, donde el espacio-tiempo se ha detenido en alguno de aquellos siglos medievales.

Su importancia comenzó a ser notoria cuando los romanos decidieron fortificar la cima en la que estaba ubicada la villa original. Andaban los tiempos del año 100 AC. Desde entonces, sus ocupantes y sus conquistadores en oleadas ordenadas pero continuas, fueron haciendo de aquel enclave, un punto cada vez más importante.

El viaje a Carcassonne lo hicieron en el coche de Julián, aunque le cedió la conducción a Louise, en consideración a que ella se conocía aquellas rutas con los ojos cerrados.

En el viaje, Julián descubrió una de las pasiones de Louise: la historia. Conforme se acercaban a la ciudad, le fue poniendo al día de los hitos por los que había pasado aquella ciudad magnífica, una de sus favoritas. Julián escuchaba con atención sus explicaciones, y tan solo la interrumpía de vez en cuando para aclarar alguna duda.

— ¿Sabes Julián, que Carcassonne fue a finales del siglo XII feudataria del rey de Aragón, Alfonso II?

— Francamente, no. Siento decir que desconozco casi absolutamente la historia de la tierra de mi padre, quien siempre me decía que yo era español de Aragón. La verdad es que no entendía mucho aquel comentario, que para un muchacho de mi

edad, carecía prácticamente de sentido. Fíjate, ¡nacido en Brasil, y estudiando en los EEUU! Aquello no me decía nada. Sin embargo, desde que regresamos a España, comenzamos a realizar continuos viajes por España, para que la conociéramos, nos decía, y sobre todo, recorrimos Aragón de norte a sur, y de éste a oeste. Entonces comprendí que lo llevaba dentro de su corazón y quería transmitir a su hijo ese amor por su tierra. Aunque solo sea por hacer honor a ese interés, debería instruirme en la historia de Aragón. ¿Y dices que Aragón tuvo presencia en esta parte de Francia?

— Así es. Por aquella época, Aragón tenía muchos intereses de todo tipo en todo el sur de Francia, especialmente en la Occitania. Con el devenir de los tiempos y de la historia, aquel predominio desapareció y se impuso lógicamente el francés. Pero en toda Occitania, y en general, en el sureste de Francia, existe un especial cariño y sentimiento hacia las cosas de Aragón, que se ha mantenido, incluso, a lo largo del tiempo, fueran las que fueren las condiciones habidas entre nuestros dos países.

Julián escuchaba en silencio las explicaciones de Louise.

— Habrás oído hablar del movimiento *Cátaro* ¿no? — preguntó ésta, aunque se arrepintió al instante del tonillo utilizado, del que se infería que aquello era de conocimiento universal.

— Sí. En cuanto al movimiento en sí, sí que conozco, porque un día en Yale, asistí a una conferencia sobre El Catarismo, muy interesante. Recuerdo que causó un gran revuelo entre los estudiantes americanos, quienes no acababan de entender el planteamiento de la dualidad que planteaba la conferenciante. Tras la exposición, se crearon de forma espontánea varios grupos de discusión donde se debatieron algunos aspectos de la conferencia, llegando a durar los debates en algún caso, hasta altas horas de la madrugada.

Louise se volvió hacía Julián, con cara de sorpresa.

— ¿Fue una mujer la que dio la conferencia? —preguntó Louise.

— Pues sí. Se trataba de una profesora, de nacionalidad francesa —respondió.

— ¿Y no te acordarás de su nombre?

— Pues…no, ¡espera! Tenía un nombre de…pintor.

— ¡Matisse!

— ¡Eso es! —Dijo Julián sorprendido por la respuesta— ¿Y cómo…? —comenzó a decir.

— Era mi madre. Hace años viajaba constantemente por el mundo dando conferencias. Ahora ya sale menos, pero de vez en cuando, suele ir a dar conferencias por otras universidades del mundo invitada por los rectores. Y el tema del Catarismo es uno de sus favoritos.

— Pero el apellido es…

— Es el apellido de mi padre. Ya sabes que en Francia, la mujer cuando se casa adopta el apellido del marido, perdiendo el suyo, quedando como nombre de soltera. En España, sois más condescendientes, porque permitís que la mujer conserve el suyo, incluso de casada. ¡Bravo, por los españoles!

— ¿Y tenéis algo que ver con el Matisse pintor?

— Sí. El pintor era tío de mi padre. Henri Matisse. Murió hace 27 años.

— Yo no entiendo mucho de pintura, pero sé que era uno de los grandes. Volviendo al tema del Catarismo. En aquella conferencia, recuerdo que creó un gran revuelo. Para la mentalidad americana las cosas que han pasado hace más de doscientos años, para ellos es reverencial. Les impresiona que haya naciones que tengan una historia que empezó a forjarse hace miles de años. La verdad es que les importa poco el resto del mundo. Eso y los tópicos. Por ejemplo, cuando supieron que era brasileño, para ellos, significaba que era millonario. Pero en el fondo, no te consideran más por eso.

Unos carteles, situados a un lado de la carretera, anunciaban la proximidad de un Mesón. Julián hizo un inciso en su comentario, para preguntarle si quería parar a almorzar en aquel Mesón. Louise, por toda respuesta, maniobró para abandonar la carretera y detener el coche en el aparcamiento del establecimiento. Todavía quedaban unos cuarenta kilómetros para llegar a Carcassonne.

Una vez que ocuparon una mesa, pidieron que les sirvieran dos desayunos ingleses, huevos, bacon, zumos y cafés.

— Sigue con lo de la conferencia de mi madre. Parecía muy interesante. —le rogó con una sonrisa Louise.

— Como te decía, a los americanos les gusta mucho encuadrar al mundo según unos parámetros surgidos del desconocimiento más absoluto y su manía de encuadrar a los demás. Y otra cosa que les apasiona son los títulos nobiliarios. Recuerdo que me preguntaron si yo era Duque, Conde o tenía algún título nobiliario, cuando supieron que tenía la doble nacionalidad brasileña y española.

— ¡No me digas! —exclamó divertida Louise.

— Así es. Una vez saciado su interés, te ruegan que les cuentes alguna historia interesante de tus antepasados. Les asombra y les admira. Ni saben donde ocurrieron los hechos ni les interesa saberlo. Solo la historieta.

— ¡Parecen un poco simplones! —se preguntó Louise.

— Es por eso que son emprendedores por naturaleza, sin arredrarse por las dificultades. Un europeo, estaría estudiando la forma de hacer una llave para abrir una puerta, tomando en consideración mil y una circunstancias. Un americano derribaría la puerta de una patada y te diría: ¡sígueme! No se les pone nada por delante.

— Pero como dices, la conferencia sobre el Catarismo la escucharon interesados.

— Así es. Los americanos, en general, son creyentes a su manera. Les interesó el hecho de que el Catarismo plantease una teología dualista radical, basada en dos mundos opuestos. Uno espiritual, creado por Dios, y otro material, creado por Satán. Según los cátaros, el Reino de Dios no es de este mundo. Dios creó cielos y almas. El Diablo creó el mundo material, las guerras y sobre todo a la Iglesia católica, en donde su realidad terrena y la difusión de la fe en la Encarnación de Cristo, era una herramienta de corrupción.

Louise sonreía, al comprobar que Julián había seguido con atención aquella conferencia de su madre, a quien le estaba pareciendo estar escuchándola.

— Para el Catarismo, los seres humanos somos una realidad transitoria, una «vestidura» de la simiente angélica. Afirmaban que el pecado se produjo en el cielo y que se ha instalado en la carne. La doctrina católica, en cambio, considera que aquél vino dado por la carne y contagia en el presente al hombre interior, al espíritu, que

estaría en un estado de caída como consecuencia del pecado original. Para los católicos, la fe en Dios redime, mientras que para los cátaros exigía un conocimiento (gnosis) del estado anterior del espíritu para purgar su existencia mundana. Para el Catarismo, aceptar esto, es obstaculizar la salvación del espíritu. En consecuencia, los cátaros también creían en la reencarnación. Las almas se reencarnarían hasta que fuesen capaces de alcanzar un auto-conocimiento que les llevaría a la visión de la divinidad y así poder escapar del mundo material y elevarse al paraíso inmaterial. La forma de escapar de aquel ciclo terrible, era vivir una vida ascética, aislados, para no ser corrompido por el mundo. Aquellos que seguían estas normas eran conocidos como Perfectos. Los Perfectos se consideraban herederos de los apóstoles, con facultades para anular los pecados y los vínculos con el mundo material de las personas. Negaban el bautismo por la implicación del agua, elemento material, y por tanto impuro, y ser instituido por Juan Bautista y no por Cristo. También se oponían radicalmente al matrimonio con fines de procreación, ya que consideraban un error traer un alma pura al mundo material y aprisionarla en un cuerpo. Interpretaban la virginidad como la abstención de todo aquello capaz de materializar el elemento espiritual. Rechazaban comer alimentos que procedieran de un proceso de generación, como los huevos, la carne y la leche. El pescado, estaba permitido, ya que se consideraba un producto espontáneo del mar. Siguiendo estos preceptos, los cátaros practicaban una vida de férreo ascetismo, estricta castidad y vegetarianismo.

Julián observó el silencio y la mirada fija y atenta de Louise. Por un momento se asustó. Lo último que quería era dárselas de docto o aburrirla con sus disertaciones.

Los platos estaban delante de ellos y todavía no los habían tocado.

— Perdona. Creo que me he excedido en las explicaciones. Te estoy aburriendo. Lo veo en tu cara. Dejemos por un momento el tema y centremos nuestra atención en estos huevos con bacon.

— Ni mucho menos. Me divierte mucho que te acuerdes tan bien de aquella conferencia. Me imagino que tras ella, se producirían grandes discusiones y debates. Pero tienes razón, estos

platos deben ser el centro de nuestra atención, ¿porque sabes una cosa? ¡Tengo hambre!

Y ambos se aplicaron a la comida. Al poco continuaron con la conversación.

— Como te decía, se llevaron a cabo grandes y prolongados debates, esa es la verdad. Pero finalmente, como solía ocurrir, cada uno se quedaba con su versión y todos tan amigos.

Durante unos instantes aplicaron su atención a los platos que les esperaban sobre la mesa y de vez en cuando, manifestaban comentarios satisfactorios por lo que estaban comiendo.

— Pues has hecho un resumen muy interesante del Catarismo. También en casa se han producido debates interesantes con ese tema, porque presenta perfiles contradictorios y es difícil argumentar contra los argumentos que unos y otros aportan. Sin embargo, aunque somos católicos practicantes, nos divierte de vez en cuando, debatir para entrenar nuestro ingenio mediante argumentaciones en uno u otro sentido. ¿Tú eres católico, Julián? —le preguntó Louise.

— ¿Católico? Pues sinceramente debería decir que no. En este sentido yo sigo el punto de vista de mi padre, porque me parece absolutamente coherente.

— ¿Y cuál es ese punto de vista? —pregunto interesada Louise, mientras tomaba un sorbo de vino de la copa.

— Mi padre decía que nunca había sentido la religión como la sintieron sus padres, mis abuelos, algo que formaba parte inseparable de sus vidas y que jamás se cuestionaron sus creencias religiosas. Distinguía claramente entre creencia y costumbre. En cuanto a creencias, él se declaraba ateo. No veía la necesidad de creer en Dios, para que las personas actuasen en este mundo mientras vivieran, con la honradez y decencia debidas. El bueno no era bueno porque creyera en Dios, y el malo era malo por lo contrario. El bueno y el malo lo eran, porque esa era su naturaleza. En cuanto a las costumbres, él respetaba las establecidas por los ancestros, y por esa razón se casó por la iglesia, atendiendo a las creencias de mi madre, que sí era católica practicante, y cuando nací yo, fui bautizado, tomé la primera comunión y fui confirmado. En cuanto a la Iglesia Católica, decía que no creía en ella ni en el clero, puesto que a gran parte de él, lo consideraba corrupto y

miserable, cosa que por otra parte ocurre en cualquier organización. Al fin y al cabo, se trataba de hombres. Pero sin embargo, no se le ocurría negar ni rechazar todo lo que realmente representó la Iglesia en la historia de los hombres, pues no siempre sus acciones y hechos fueron condenables, sino que en la mayoría de las ocasiones, bien al contrario, fueron extraordinarios, como resguardar la cultura en tantos y tantos monasterios e iglesias. En resumen. No soy practicante. No siento esa necesidad, la verdad. Pero al igual que él, admiro profundamente la labor, la obra y en definitiva, la profunda huella que dejó en la humanidad. Por algo se relaciona a Occidente con la Civilización Cristiana para diferenciarla de otras civilizaciones.

Louise escuchó atentamente la larga parrafada sin decir nada. Tan solo mostró una sonrisa. Se levantaron y minutos después, continuaban su camino hacia Carcassonne.

Una vez que arribaron a la ciudad cátara, buscaron un lugar donde aparcar el coche, en un lugar céntrico. Durante todo el día estuvieron recorriendo la ciudad visitando los lugares de más interés, bajo las precisas y doctas explicaciones de Louise. La pareja se sentía completamente feliz uno al lado del otro, y sus desplazamientos de un lugar a otro de la ciudad, lo hacían cogidos del brazo.

Entre monumentos y lugares de interés, alternados con la visita a alguna cafetería donde tomar café y algún *croissant*, iban pasando lentamente los minutos, durante los cuales fueron intercambiando los hechos e ilusiones más relevantes de sus vidas, de forma que poco a poco, una tupida red de vasos comunicantes se fue extendiendo entre aquellos dos jóvenes de una manera tal, que parecían formar un único sistema. Entre paseo y paseo, de forma paulatina fueron hermanando sus almas y poniendo en común sus afinidades y fobias. El nivel de coincidencias era cada vez mayor.

Recorrieron la ciudad y se detuvieron en todos los monumentos históricos. Pasearon por la larga calle Verdun, atestada de visitantes, turistas y gentes que de forma diligente se dirigían a sus lugares de destino, que contrastaban con la parsimonia observada por los que andaban por allí de paso, en visita turística.

Subieron hasta la Cité, la ciudadela medieval, conservada extraordinariamente y decidieron comer en el *Hotel de la Cité*. La carta era amplia y en ella se encontraban los platos típicos de la región y de Carcassonne. Julián cedió la carta a Louise para que ella hiciera la selección. Siguiendo las recomendaciones del *Chef*, eligieron como plato único, *Cassoulet de Carcassonne*, un plato contundente, según expresión del *Chef* y de postre unos *crepés* de chocolate. De beber, les trajeron una botella de vino tinto, *Château de Lascaux*, muy recomendada por el sumiller. Remataron, tomando café y bombones. Y entre plato y plato, se transmitían mutuamente sus universos mediante conversaciones, confidencias dichas entre sonrisas en medio de una atmósfera de perfección absoluta. Naturalmente, era la mesa favorita del servicio que atendía el restaurante.

Cuando comenzaron a notar movimientos "extraños" en el personal, cayeron en la cuenta de la hora que era. Se excusaron y entre sonrisas y disculpas, abandonaron el comedor. Afuera hacía bastante frío y la luz comenzaba a escasear a pesar de no ser muy tarde. Decidieron que había llegado el momento de volver. A lo largo de todo el día, la misión que azarosamente los había reunido, no pasó por un momento por sus muy ilusionadas, enamoradas y ocupadas mentes.

De vuelta, Louise, propuso realizar una nueva excursión al día siguiente, domingo. Esta vez a Narbona, otra ciudad con un pasado muy interesante. Ni que decir tiene que a Julián le pareció una extraordinaria idea.

Capítulo XVIII.
Narbona (Francia), domingo, 2 de Noviembre de 1980.

A la mañana siguiente, domingo, Julián y Louise, desayunaron en el hotel del primero. A las nueve de la mañana, partían hacia Narbona, de la que les separaba unos ciento cincuenta kilómetros. Querían hacer de un tirón el viaje, que calculaban les llevaría cerca de dos horas, por lo que habían decidido salir desayunados, directos al objetivo.

Louise vestía un elegante traje de pantalón y chaqueta azul cereza con camisa blanca y zapatos del mismo color, a juego con el traje. Y el pelo recogido en un moño a la nuca. Julián por su parte, llevaba un grueso jersey de color crema con cuello de cisne y pantalones de pana de color también claro. Los zapatos eran marrones.

A cinco kilómetros de Narbona, estaba situado el puerto marítimo, pero que en aquellas fechas invernales estaba cerrado. Sin embargo, en la ciudad, existía un muelle fluvial, situado en el Canal de la Robine donde a lo largo de dos kilómetros y medio, se distribuía en cuatro muelles de amarre.

— Es una ciudad muy interesante —dijo Louise—, casi tanto o más que Carcassonne, ciudad con la que en tiempos rivalizó en importancia.

Durante el camino hacia Narbona, conversaron sobre mil cosas, cada vez más generales y que abarcaban temas más íntimos y personales. Era un constante acercamiento a los pequeños detalles, que daban sentido luego a los grandes. La familiaridad se estaba acomodando entre ellos.

Cuando llegaron a Narbona, faltaban quince minutos para las doce. Y aparcaron junto a la Catedral de Narbona, dedicada a los Santos San Justo y San Pastor. Una catedral inacabada, como bien le explicó Louise, llamando su atención sobre una zona que daba la

sensación de haber desplomado, pero que en realidad no llego a erigirse del todo.

Cuando detuvo el coche, Louise se dirigió a Julián.

— ¿Te parece que entremos en la Catedral y oigamos misa?

Julián, se mordió los labios, porque precisamente a él le hubiera gustado hacerle la proposición.

— Naturalmente. Ahora mismo, te lo iba a proponer —dijo.

— Gracias —dijo ella con una sonrisa, bajando del coche.

— ¿Gracias, por qué?

— Bueno, ya sé que no eres muy creyente y por eso…

— No soy muy creyente y no voy a misa, pero eso bien podría cambiar. ¿No fue un rey francés que dijo aquello de ¡Paris bien vale una misa!? —dijo Julián arrepintiéndose en el acto. La carcajada de Louise le frenó en su intento de pedir disculpas.

— Esa es una frase atribuida a Enrique de Borbón, rey de Navarra, un pretendiente hugonote, protestante, al trono de Francia, que por aquel entonces era católica ferviente. ¡*Paris vaut bien une mise*!, dicen que dijo cuándo se lo propusieron, lo que te puede dar una idea de sus ideales.

— Yo no quería… —comenzó a decir Julián, mientras Louise sacaba de su bolso una pequeña mantilla blanca y se la ponía sobre la cabeza.

— ¡Y ya me dirás quién es París en esa frase tuya! —le dijo a la vez que lo cogía del brazo y se dirigía hacia la entrada a la Catedral.

Cuando salieron, Julián andaba dándole vueltas a su comentario que consideraba a todas luces inconveniente.

— Louise. En cuanto a la frase…

— No le des más vueltas. Bien sé que no lo has dicho como un comentario ofensivo. Además ya me has explicado que en cualquier caso, asumes esto como una costumbre. Bueno, son dos maneras diferentes de acercarse al hecho religioso. Ya me parece bien.

Louise, dobló cuidadosamente la mantilla y la introdujo en su bolso.

— Me has recordado a mi madre. Ella también la utilizaba cada vez que entraba en una iglesia. Es una bonita y curiosa costumbre.

— Yo siempre lo he visto así en mi casa —explicó Louise—. Bueno, pues ahora vamos a recorrer los lugares más importantes de esta bonita y antigua ciudad. No sé si sabes que por Narbona pasaba la antigua Vía Domitia romana, una de las primeras rutas romanas creadas en Francia, y ésta incluso antes de fundarse la ciudad.

Se dirigieron directamente hasta el mercado municipal, conocido como *Les Halles*, con un estilo arquitectónico muy parecido al de París. Entraron en un restaurante situado en las inmediaciones del Mercado, en el *Boulevard Dr. Ferroul*, dispuestos a comer, pues de tanto paseo y dada la hora, sus organismos estaban necesitados de ayuda exterior.

Cuando tomaron asiento, el *maître* les entregó la carta de Menús. Louise puso su mano encima de la de Julián.

— Una cosa Julián. Aquí pago yo. Y no se diga más. Ya sé que es costumbre en España, pero aquí y ahora déjame pagar a mí. Si observas con disimulo, verás cómo las mujeres también pagan. Lo digo para evitarte la incomodidad. ¿No te importa verdad?

Julián, cogido por sorpresa, no supo que decir. Sin embargo se repuso rápidamente.

— Allá donde fueres, haz lo que vieres. —Dijo— Como quieras.

Louise se quedó sorprendida por la expresión utilizada. Agradeció que se conformara tan pronto.

— Pero no te acostumbres, ¿eh? Estas cosas, pueden estar bien alguna vez, pero no creo que pueda acostumbrarme. —dijo Julián.

— ¡Este es mi chico! —pensó para sí Louise.

Entrantes de foie-gras, ostras de Gruissan, Salmón ahumado y diversos quesos, fue la divertida y variada panoplia de platos, junto a los postres, helado de frambuesas que pidieron. Y luego vendrían los cafés.

Visitaron también el Palacio y el almacén subterráneo romano, donde aquellos guardaban el grano y que se conservaba intacto. Sobre las seis de la tarde, iniciaron su camino de regreso a Foix. Iban cansados pero estaban rebosantes de felicidad. Cuando los primeros carteles comenzaron a indicar la cercanía de su

destino, sus cabezas comenzaron a retomar la misión real que a la mañana siguiente les estaba esperando en el Registro de Foix.

Se despidieron junto a la puerta del domicilio de Louise, quedando para el día siguiente a las nueve para dirigirse juntos al Registro Central de Archivos, y consultar los censos de Tarascon-sur-Ariège, deseándose mutuamente mucha suerte.

Cuando acercaron sus caras para despedirse, Julián, le musitó algo al oído de Louise.

— París eres tú, Louise. Y vales más que mil misas.

Louise le devolvió el beso en la mejilla y se apartó con una sonora carcajada mientras se dirigía hacia la puerta. Cuando llegó y la abrió, se volvió hacia Julián.

— ¡No hacen falta tantas misas! —y entrando en la casa cerró la puerta.

Capítulo XIX.
Foix (Francia), lunes, 3 de Noviembre de 1980.

A las nueve y media, Sophie, la funcionaria de Foix, que debido a la frecuencia de visitas al Registro ya se había hecho amiga de Julián y Louise, les trajo los censos de Tarascon-sur-Ariège correspondientes a los años de 1951, 1956, 1961, 1966 y 1971.

El sistema de búsqueda sería el mismo que habían utilizado con el de 1976, pero en esta ocasión comenzaron con el que pensaban les aportaría mayor información: el de 1951. Al igual que en la *Mairie* de Tarascon-sur-Ariège, buscarían directamente el apellido Bestué, por si la hermana de Julián figuraba con sus apellidos. Luego harían lo mismo con el apellido Carpentier, el apellido de Anne. Ciertamente, esta posibilidad era remota si realmente se había casado con Phillipe, pero dadas las circunstancias, cierto, cierto, no tenían nada.

Durante la búsqueda, fueron anotando las direcciones de todos los registros donde aparecía Anne, Phillipe y Ana, con el fin de poder cotejar posteriormente sus direcciones, buscando la coincidencia de las mismas, lo que podría indicar que se trataban de las personas que buscaban. Y terminado un censo, tomarían otro hasta analizar el último. Todo ello, con el firme propósito de no caer en el desánimo, pasase lo que pasase.

Animados, aunque un poco abrumados por el trabajo que tenían por delante, iniciaron su frenética búsqueda. El primer censo, el de 1951, en el que tenía puestas muchas esperanzas, les llevo cerca de hora y media revisarlo y tomar las anotaciones de los nombres. Cuando finalmente los cotejaron, el resultado fue negativo. Ningún Bestué, ningún Carpentier, ninguna coincidencia.

Louise y Julián, se miraron con tristeza, mientras movían la cabeza, apenados. Sin manifestar decaimiento alguno, continuaron con el siguiente Censo, el de 1956. El resultado fue machaconamente el mismo. En aquel instante, apareció Sophie,

para interesarse sobre la marcha de la investigación. Una vez, puesta al día de los nulos resultados, la invitaron a comer en un restaurante cercano, pues ya se había hecho hora de comer. Aceptó encantada.

Durante la comida, fueron comentando los problemas para localizar a una persona sin conocer los apellidos.

— Por la información que teníamos, pensamos que en el censo de 1951 encontraríamos alguna información, porque según pudimos saber, Anne había contraído matrimonio con Phillipe, natural de Tarascon-sur-Ariège, de quien desconocemos su apellido. Pero, al saber de la existencia de mi hermana, Ana, y encontrarla en el Censo de Montoulieu, con sus apellidos, se nos abrió el cielo, pues pensamos que por su mediación, podríamos dar con Anne. Pero la referencia ha desaparecido, lo que aporta una nueva mala noticia y un problema a nuestra búsqueda.

— Faltan todavía por ver unos cuantos censos y en cualquiera de ellos, podría aparecer. ¿Habéis considerado la posibilidad de que esa familia se hubiera instalado en Tarascon-sur-Ariège años más tarde? —dijo Sophie, dedicando una amplia sonrisa a Julián.

— No. Solo nos movemos por conjeturas motivadas por una serie de hechos que pueden o no tener consistencia. Que Phillipe fuera natural de Tarascon-sur-Ariège, no quiere decir que tuviera que venir a vivir aquí. En cualquier caso, no hay que desanimarse, porque ya éramos conscientes de que esto podía ocurrir. Todo dependerá de la visita que tenemos que hacer a Montferrier, donde esperamos encontrar no solo el apellido —comentó secamente Louise, a quien no le gustaba la forma de comportarse de Sophie, demasiado amable con Julián, para su gusto—, sino alguna información más.

El tono cortante no pasó inadvertido para Julián, quien sacó sus propias conclusiones. ¡Caramba, caramba!, pensó para sus adentros.

Tras la comida, volvieron de nuevo al Registro Central, para continuar con la búsqueda en los Censos.

A las seis y media de la tarde, los habían revisado todos sin ningún resultado. Tras despedirse rápidamente de Sophie,

agradeciéndole su amabilidad y facilidades, abandonaron el Registro de Foix, montando en el coche de Julián.

Miraron el reloj y ambos intercambiaron una mirada.

— ¡A Montferrier! —dijeron a dúo.

Sin más dilación, Julián arrancó el motor del coche y comenzaron a recorrer los veintiocho kilómetros que les separaban de la casa de Ives Lacourt, en *rue* Sansou, 38, Montferrier.

Iniciaron la marcha, recorriendo las transitadas calles de Foix, camino de la carretera nacional, casi en absoluto silencio finalmente roto por Julián.

— ¿Muy amable Sophie, no? —dijo, tratando de sonar absolutamente natural.

— Un poquito excesiva para mi gusto. —dijo Louise con una cierta acritud en su tono.

Julián excusó hacer comentario alguno por considerarlo más conveniente y en su lugar cambio de tercio.

— Espero que nuestra esperanza ya haya regresado de Lyon de ver a su hija. Rezo porque Ives, tenga una memoria como la de *madame* Brigitte y sepa pelos y señales de Phillipe. ¿Te das cuenta, Louise, que su información podría ser fundamental en esta búsqueda nuestra?

— ¿Pelos y señales? —exclamó Louise.

— ¡Todos los detalles!, perdona, son frases que se dicen en España y he traducido literalmente.

— ¡Ya lo creo! Si pudiera decirnos su apellido, podríamos empezar de nuevo con mayores garantías de éxito.

Conforme pasaban los kilómetros y Montferrier se acercaba, los ánimos de los dos jóvenes subieron varios grados. Cualquiera podría decir que en aquella búsqueda participaban los dos con igual deseo e iguales ilusiones. Mutuamente se animaban a no caer en el desánimo y no cejar en su empeño hasta lograr un resultado concluyente.

Cuando el coche enfiló la entrada a Montferrier, Julián notó como su corazón se aceleraba. Allí podían empezar o acabar muchas de las esperanzas puestas en aquella gestión. Finalmente, aparcó a escasos diez metros de la casa de Ives.

Esta vez, el corazón le dio un vuelco de alegría: había luces en la casa. Bajaron del coche, y Louise buscó la mano de Julián

dándole un suave apretón, mientras los dos cruzaban la carretera, cogidos de la mano, camino de la puerta con el número 38. Julián llevaba la cartera en la que se encontraban la carta, el Diario y las fotografías

A los pocos instantes de llamar, de un lateral de la casa situado a un nivel superior de donde estaban ellos esperando, se abrió una puerta y apareció un hombre de pelo canoso y de unos sesenta y tantos años.

— ¿Si? —preguntó.

— *¿Monsieur* Ives Lacourt?

Julián se presentó a la vez que hizo lo propio con Louise, cuando el hombre lo confirmó.

— ¿Es usted el que vino el otro día preguntado por mí? — preguntó intrigado.

— ¡Si Señor! Deseaba mostrarle una fotografía, porque ando buscando a una persona y me han dicho en Montoulieu, una persona que lo conoce a usted, que tal vez pudiera ayudarme.

— Un momento que les voy a abrir. —contestó tras un momento de vacilación.

Bajó por la escalera, ayudándose de un bastón, hasta ponerse al nivel de la calle, abriendo la verja de acceso. Momentos después, estaban en el interior de su casa, sentados en un sofá, y donde Ives le presentó a su esposa Margaux.

La estancia tenía una temperatura muy agradable y todo lo que había en ella, reflejaba confort y comodidad. No había lujos ni grandes muebles, pero uno se sentía acogedoramente confortable. Ives, se sentó frente a ellos, mientras *madame* Margot, quien se había levantado para saludar los recién llegados, trajinaba en la cocina.

Ives les contó que su vecina les había informado que en su ausencia había venido un joven preguntando por él. La razón de la ausencia había sido que una de sus hijas, la que vivía en Lyon había tenido un niño, y ellos se habían desplazado hasta allí para estar con ella un par de semanas. Una vez producido el parto y asegurarse de que todo había ido bien y que la madre y el niño estaban en perfecto estado, habían regresado a Montferrier.

Desde la cocina, de vez en cuando *madame* Margot, les decía que enseguida estaría con ellos, que era cosa de pocos

instantes. Parecía claro que hasta ella no estuviera presente, no debía comenzarse una conversación formal.

Capítulo XX.
Montferrier (Francia), lunes, 3 de Noviembre de 1980.

Finalmente, por la puerta de entrada al salón apareció *madame* Margot, trayendo consigo lo que había preparado para atender a las visitas. Con prontitud había preparado café y una bandeja con unos bollos *brioche*, unas copas y una botella de licor de frambuesas. Dejó todo encima de la mesa y se fue a sentar junto a su marido. La reunión podía empezar.

Julián y Louise, ocuparon un pequeño sofá de dos plazas y los Lacourt ocuparon el otro sofá situado frente al de ellos, y en medio, una mesita baja. Cada cual se sirvió y cuando ya todos estaban con su taza en la mano, Ives abrió la conversación.

— Pues ustedes dirán.

Julián se presentó y presentó a Louise. Luego comenzó a hacer un resumen de todo lo que le había traído hasta allí, comenzando por el fallecimiento de su padre y su posterior hallazgo de la carta y el Diario de su padre. Les contó que éste había vivido en Montferrier durante aquellos años, lo que avivó el interés de Ives. Julián sacó de su cartera la carta, el diario y algunas fotos. Ives observó cuidadosamente la foto en la que aparecía su padre con Anne.

— Si lo recuerdo. Es el *español* con Anne. Buen combatiente y mejor persona. ¡Así que usted es su hijo! —aquello llenó de alegría a Julián y a Louise, creyendo que la visita empezaba bien.

Madame Margot, preguntó si no sería mucho pedir, que les leyera la carta, pues estaba muy interesada en la historia que estaba contando Julián. Este accedió y procedió a leerla. Tras su lectura, *madame* Margot, no pudo impedir que alguna que otra lágrima comenzara a asomar por sus ojos. Ives, escuchaba atentamente todas las explicaciones que, de forma ordenada y pausada, iba desgranando Julián. Poco a poco la historia le fue enganchando.

Julián, sacó las fotografías, entre ellas, la que le había prestado *madame* Brigitte y se las entregó a Ives. No pudo evitar un ligero temblor en su mano al entregárselas.

Ives cogió en primer lugar la que aparecía el grupo en su conjunto.

— ¡Ah! —exclamó al verla, aflorando una sonrisa a su rostro. — Aquí está Anne Carpentier, brava mujer. La recuerdo, ¡cómo no! —dijo a la vez que con el dedo señalaba a Anne en la fotografía.

— Exacto. Y el hombre que buscamos para tratar de localizarla, es el que está justo a la izquierda, en el extremo opuesto.

— ¡Phillipe Mundot! ¡cochon[32]! —exclamó airando su rostro.

Julián y Louise se miraron sorprendidos. ¡Ya conocían el apellido de aquel hombre! Pero el comentario subsiguiente de Ives les había descolocado completamente.

— Una escoria. En el 75, fue encontrado muerto bajo un puente con dos tiros en la cabeza y un letrero sobre el pecho que decía "Traître![33]"

Madame Margot se dio cuenta enseguida del efecto de las palabras de su marido en los dos jóvenes, por lo que trató de calmarlo poniéndole una mano sobre su brazo. Ives, se dio cuenta del gesto de su mujer y se calmó al instante.

— En esta fotografía —mostró la foto del grupo— aparecemos todos. Este soy yo. Y los conozco a todos. Un par de ellos ya han fallecido. Con el resto nos seguimos viendo, de vez en cuando. Por orden de izquierda a derecha aparecemos de pie: Phillipe Mundot, Dominique Rodin, Antoine Lissard, Charles Avignón, Anne Carpentier, Louis Arnaud, y de rodillas: yo, Ives Lacourt, Jean Sounier y Adrien Beaumont. Realmente estaba absolutamente prohibido tomar estas fotos por razones obvias. Pero me imagino que en aquellos momentos nos saltamos todas las más elementales reglas de seguridad. Louis Arnaud ya falleció, lo mismo que Jean Sounier. En aquellos tiempos teníamos sospechas sobre traidores en el grupo porque en más de una nos libramos por pura chiripa, porque nos estaban esperando. Como dije al principio, Phillipe en el 75 apareció muerto con el cartón de traidor. Me imagino que algún grupo de antiguos resistentes, que aunque

[32] ¡Cerdo!
[33] ¡Traidor!

desactivados, todavía sienten el deseo de hacer justicia, por muchos años que hayan pasado desde entonces.

— ¿Y sabe usted si Anne y Phillipe se casaron? —preguntó Julián.

— Sí. Al poco de terminar la contienda. Y se fueron a vivir a Pamiers…

— ¡Pamiers! —dijeron a coro Julián y Louise.

— Sí. A Pamiers. Me imagino que por cuestiones de trabajo.

— ¿Y sabe usted si Anne, tenía una hija? —preguntó Louise.

Madame Margot, decidió intervenir, viendo el cariz que estaba tomando aquella conversación que la tenía prendida y agarrotada el alma.

— Perdonad que os interrumpa. Pero os vais a quedar a cenar porque me temo que hoy haremos tarde. Mientras yo preparo la cena, la historia se suspende. —dijo ante la sorpresa general, sin opción de réplica, a la vez que se levantaba y se dirigía a la cocina.

— ¡Ni una palabra más hasta que yo esté delante! —volvió a repetir en un tono que no admitía réplica alguna.

Ives y sus jóvenes visitantes sonrieron y obedecieron a madame Margot.

— ¡Id poniendo la mesa! —se la oía gritar desde la cocina.

Los tres comenzaron a preparar la mesa del comedor que se encontraba a un lado de la sala en la que se encontraban. No tardó mucho en aparecer la cocinera con una humeante sopera que dejó en el centro de la mesa. Luego, trajo otra bandeja con pechugas de pollo rebozadas con pan y huevo. En un santiamén, la mesa estuvo preparada y dispuesta para comenzar a cenar. Con una sonrisa que cruzaba su rostro de lado a lado, *madame* Margot, dio su consentimiento para continuar con aquella maravillosa conversación.

Mientras cenaban, Ives preguntó a Julián por la estancia de su padre en Montferrier.

— Según dice mi padre en sus memorias, le buscaron trabajo en una *chantier*, creada y controlada por españoles, porque para poder desarrollar su trabajo de enlace entre los distintos grupos, necesitaría tiempo que obtendría mediante las oportunas bajas médicas, simulando enfermedades y accidentes, con el fin de justificar las ausencias al trabajo. Se estableció en este mismo

pueblo, en una casa que pertenecía a un simpatizante comunista francés, y durante un año permaneció realizando la doble labor de trabajar en la mina y hacer de enlace entre los grupos.

— Si, algo quiero recordar. En aquellos días estaban más organizados los maquis españoles que los grupos de la Resistencia franceses. Claro que los españoles nos llevaban ventaja tras haber vivido una guerra civil. Conocían el fascismo en su faceta más cruel, la auténtica, la verdadera. Algo que no vimos o no vieron los gobernantes franceses de aquel momento.

Cuando terminaron, *madame* Margot recogió la mesa con la ayuda de Ives. No consintió que los invitados les ayudaran en recoger. Terminado aquello volvieron a sus asientos en los sofás.

— La cuestión es que los grupos de Resistencia colaborábamos con algunos grupos de maquis que habían formado los españoles, sus compatriotas, que eran bastante más belicosos que nosotros. Bien se veía que ellos habían pasado una terrible guerra civil, pues traían el "oficio" aprendido —repitió Ives—. Recuerdo que aquel hombre, su padre, vivía en la granja de ella y era un hombre muy agradable y bastante culto…y —en aquel momento, Ives, pareció caer en algo— ¡Entonces esa niña, es su hermana, *monsieur* Julián!

— ¡Pues claro, tonto! —Exclamó *madame* Margot, a la vez que se secaba las lágrimas— ¡Está buscando a su hermana!

Ives movió la cabeza, ante tal lógica.

— Como iba diciendo, cuando acabo todo, que por cierto acabó mal, pues en Pamiers, algunos de nosotros y de los maquis fueron detenidos por la Gestapo, debido a que, estoy seguro, alguien de nuestro grupo les había informado, pues como decía, a los pocos meses Anne dio a luz una niña. Si, ahora lo recuerdo.

— ¿Y esa niña nació bien? —pregunto Louise, poniendo la sorpresa en la cara de Ives.

— Supongo. En realidad nos enteramos del nacimiento pero nada más. ¿Acaso ocurrió algo?

— Nos habían dicho que se trataba de una niña con el Síndrome de Down.

— ¡Oh, Dios mío! —Dijo *madame* Margot, a la vez que se santiguaba— ¡Síndrome de Down!

— Pues lo desconozco. Aunque debo decir que una vez que los visité en Pamiers, no vi a ninguna niña.

La noticia cayó como un jarro de agua fría a Julián y a Louise, que buscó la mano de aquel, en un gesto de apoyo, cosa que no pasó desapercibido para *madame* Margot.

— ¿Entonces, sabe usted donde viven? Quiero decir Anne. — a Julián le palpitaba fuertemente el corazón.

— ¡Por supuesto! —dijo Ives, a la vez que se levantaba y cogía una libreta de Direcciones que tenía sobre una mesa. Tras pasar unas cuantas hojas, dio con la dirección— Avenida la Gâre, 8, en Pamiers.

Por un momento la alegría inundó los corazones de Julián y Louise. ¡Cuando menos lo esperaban habían logrado dar con la dirección de Anne! ¡Se habían acabado las búsquedas infructuosas por los censos franceses!

Madame Margot, estaba radiante al ver la alegría de aquellos dos jóvenes, y se levantó con presteza para preparar una cafetera y alargar aquella maravillosa sobremesa que le estaba pareciendo deliciosa, lo mismo que el amor que había visto en aquellos dos jóvenes que se habían presentado en su casa como llovidos del cielo.

La jornada se alargó, porque cuando *madame* Margot, supo de la existencia del Diario, le rogó encarecidamente a Julián, y si no era una inconveniencia por su parte, que lo leyera en voz alta. Julián concedió su deseo en el acto porque consideró que se lo había ganado con creces.

La lectura logró emocionar a todos, incluido Ives, quien tomó alguna nota, y le pidió a Julián que repitiera la lectura de algún pasaje del Diario. Louise, escuchaba cogida del brazo de Julián, y *madame* Margot se dio cuenta del sentimiento que circulaba entre aquellos dos jóvenes.

Pasadas las doce de la noche, se despedían con abrazos y con el ruego de *madame* Margot para que volvieran a su casa para informarles de todo, absolutamente de todo lo que aconteciera a partir de aquel momento, bajo la amenaza de no poder dormir en lo que le restara de vida. Y es que aquella historia la había hecho muy feliz.

De vuelta a Foix, la alegría de ambos jóvenes era inmensa. De repente, Julián detuvo el coche en un ensanche de la carretera ante la sorpresa de Louise. La miró fijamente a la vez que fue acercando su rostro lentamente hacia el de ella. Y ella, mantuvo la mirada y fue al encuentro de él, hasta fundirse en un beso infinito. Tras un *Te quiero* dicho por ambos en voz queda, reemprendieron el camino hacia Foix.

Capítulo XXI.
Pamiers (Francia), martes, 4 de Noviembre de 1980.

Al día siguiente, muy de mañana, Julián llevó a Louise en su coche hasta Montoulieu, para que organizase las tareas pendientes de la *Mairie*. Tras poner al alcalde al día de las investigaciones, él mismo se encargó de liberar a Louise, de las tareas de cobrar la tasa del agua, que se recaudaba el primer martes de los meses impares. Los vecinos se pasaban por las oficinas y pagaban el canon. Con todo el tiempo a su disposición, emprendieron el regreso a Foix, para continuar hasta Pamiers a unos veinticinco kilómetros. La emoción contenida se adivinada en las miradas alegres que se dedicaban el uno a la otra y viceversa. Por fin iban a conocer a Anne Carpentier e iban a conectar directamente con el pasado del padre de Julián. Por eso, la emoción rebosaba en sus mentes y en sus corazones.

Cuando aparcaron en la acera, junto al número 8, se encontraron con una casa de tres plantas, con tres grandes ventanas en las dos plantas superiores, mientras que la que estaba a pie de calle, mostraba la puerta de acceso y una sola ventana, entreabierta. Faltaban dos minutos para las once de la mañana cuando se situaron frente a la puerta de aquella casa.

No había ni timbre ni aldaba, así es que Julián golpeó con los nudillos, al principio de forma suave y luego con más energía. Dio un paso atrás y esperaron a que se produjera una respuesta.

Pasados unos instantes, sintieron como alguien trasteaba al otro lado de la puerta, intentando abrirla. Cuando por fin, la puerta se abrió, dejó a la vista a una señora que aparentaba cerca de los setenta años, con el pelo canoso, y envuelta en un chal de lana con el que trataba de cobijarse. Llevaba unas gafas colgadas sobre el chal, sujetas con una cinta.

— ¿Qué desean? —dijo con voz tenue.

— ¿Anne Carpentier? —dijo con voz trémula Julián.

La mujer no respondió en el acto. Se irguió sobre sí misma y su mirada se agudizó escudriñando el rostro de las dos personas que tenía delante mientras se ajustaba las gafas. Al final, su mirada se centró en Julián, y por un instante, un destello de sorpresa pasó por los ojos de la mujer, quien se agarró al quicio, lo que motivó que tanto Julián como Louise, acudieran con presteza en su ayuda.

— ¡No se preocupen! Son desfallecimientos que me ocurren de vez en cuando. Sí, yo soy Anne Carpentier. Y ustedes, ¿quiénes son?

— Me llamo…—Julián se dio cuenta en ese instante de que en el momento en que pronunciara su apellido, allí podrían ocurrir algunas cosas. Miró brevemente a Louise, y esta comprendió en el acto lo que le quería indicar—…Julián Bestué.

Gracias a la rápida intervención de Julián y Louise, la mujer no cayó al suelo.

— ¡Bestué! —dijo mirando fijamente a Julián, en quien ya había creído reconocer algo cuando lo miraba en la puerta.

Entre los dos la introdujeron en la casa, llevándola a una habitación siguiendo las indicaciones de Anne. Una vez en el salón, donde un brasero intentaba caldear el ambiente con poco éxito, la ayudaron a sentarse en un sillón que estaba rodeado de almohadones, intuyendo que debía ser el lugar que ella ocupaba normalmente.

Desde su posición, miraba con atención a los dos jóvenes, especialmente a Julián.

— Y… —comenzó diciendo.

— No se preocupe, Anne, ¿puedo llamarla así? —Anne asintió cerrando los ojos. — Soy Julián Bestué y mi padre fue Andrés Bestué.

Anne comenzó a agitarse en el sillón, sin poder reprimir unos sollozos que arrasaron los ojos de Julián y los de Louise. Cuando lograron que se calmara, Julián fue desgranando la historia que le había traído hasta allí, lo que arrancaba en Anne momentos de llanto y momentos de alegría. Ella escuchaba en silencio, la narración que explicaba la vida de su padre, empezando en Brasil, la formación de una familia y su posterior vuelta a España, el secretismo que se había impuesto de su vida anterior y su

fallecimiento, momento en el que él, su hijo, pudo tener acceso a un periodo de la vida de su padre que guardaba celosamente.

El relato que había escuchado alternando lloros y silencio, tuvo la virtud de ir absorbiendo el impacto inicial del choque, para finalmente asumir que tenía delante de sí a un hijo de aquel hombre con el que soñó hacía tantos tiempos ya.

Una vez relatada la parte de la vida de su padre en la que no figuraba Anne, había llegado el momento de afrontar la parte en la que ella era la figura principal, comenzando con la lectura de la carta que su padre le envió desde Inglaterra. Louise, se colocó al lado de ella y le cogió las manos mientras Julián leía en voz alta la carta. Contra lo que cabía esperar, la escuchó con los ojos cerrados y plenamente concentrada, sin llorar. Cuando Julián termino de leer, ella abrió los ojos.

— Tienes la misma voz que tu padre. La he sentido como si fuera él mismo quien la estuviera leyendo —hizo un intento de levantarse, cosa que le impidió Louise—. ¿Entonces habéis venido desde España para encontrarme? —Louise iba a decir algo, pero Julián le hizo una señal con los ojos.

— Así es, Anne. Me consideraba en la obligación de dar con usted, para poner un digno final a esta historia que, le puedo asegurar, me afecta profundamente, *madame*.

— Ya lo veo. Y no sabéis lo que os agradezco esta visita, y más en este momento. Porque habéis de saber que estoy muy enferma, y no creo que pise este mundo durante mucho tiempo más. ¡Y qué cosas! Habéis venido a poner paz en mi alma, dándome noticias de mi Andrés, mi *españolito* —Anne emitió una sonrisa.

— Otra cosa Anne. En nuestras indagaciones, que más adelante le contaremos, hemos llegado a tener conocimiento de la existencia de una niña, a la que hemos encontrado en un Censo de 1946 de Montoulieu, a la que le puso el apellido de su padre, Bestué.

— ¡Mi dulce hija Ana! ¡Tú hermana, Julián! —Dijo Anne levantando la mano libre que tenía dirigiéndola hacia éste en muda súplica de su mano— Murió aunque… —Anne hizo un inciso—…será mejor que empiece desde el principio. Es una historia muy triste y…—Anne se interrumpió— Pero antes, dejadme que os prepare algo para tomar. Quisiera recibiros adecuadamente.

— Usted no se mueva del sillón Anne. No es necesario que prepare nada, de verdad —dijo Louise.

— ¡De ninguna manera! —contestó haciendo un esfuerzo para levantarse, cosa que le impidieron Louise y Julián.

— Yo me encargaré de ello si usted me indica lo que quiere que haga. —la tranquilizó Louise.

Anne le dio las explicaciones sobre donde se encontraban los utensilios de café y la alacena donde se encontraban unas pastas de mantequilla. Mientras Louise preparaba las cosas en la cocina, Julián noto la mirada fija de Anne en él.

— Eres igual que tu padre. —dijo.

— Eso me han dicho siempre.

— ¿Louise es tu esposa?

— No…—dijo Julián esbozando un mohín— Ella es francesa y es funcionaria de la *Mairie* de Montoulieu. Me está ayudando en la búsqueda de usted. Es una gran persona.

— Ya entiendo —dijo Anne con una sonrisa que le iluminó la cara, mostrando, aunque fuera por un momento, un rostro que indudablemente en aquellos tiempos debió de ser muy hermoso—. Formáis una pareja muy compenetrada.

— Anne, perdone la indiscreción. ¿Tiene a alguien que la ayude en las tareas de la casa o esté pendiente de su enfermedad?

— No hijo. Me mantengo con el Salario de Viudedad que me da la República, pero es bastante escaso. Afortunadamente, yo no gasto mucho, salvo en medicinas.

Louise apareció con una fuente sobre la que iban los servicios de café, tazas, cucharillas, azucarero y la humeante cafetera. Luego volvió a la cocina y regresó con una lata donde había pastas de té.

— Louise, ¿serás tan amable de traerme un poquito de leche? El café es demasiado fuerte para mí.

Una vez que se hubieron servido y tomado el café, Anne miró fijamente a sus dos contertulios, quienes estaban juntos, cogidos de la mano.

— Antes de nada quiero deciros que me estáis haciendo muy feliz al teneros aquí delante, siendo objeto de vuestra solicitud y amabilidad. De verdad que esto, para una anciana en la que la vida no le ha dado mucho, es un verdadero tesoro. Mi vida se puede

dividir en dos o tres partes. La primera, la de la niñez, que fue como la de muchos niños, feliz y plena. Justo antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, fallecieron mis padres, con apenas seis meses de diferencia, viéndome al frente de la granja Margot, que era en la que había nacido y crecido. Aquella granja no era nuestra, sino que mi padre la tenía alquilada a su propietario. Al morir ellos, éste, un buen hombre, consintió en que yo siguiera viviendo en ella y la regentara. La segunda parte de esta vida mía, se inició con la invasión de los alemanes y la división de Francia en dos: la ocupada y la Francia de Vichy, que naturalmente, también estaba ocupada, pero en esta ocasión, con la anuencia de los franceses. Yo de joven, aunque ahora me veáis como una anciana decrépita a punto de abandonar el mundo consumida por la enfermedad, era bastante movida y era de armas tomar. Cuando en el pueblo y en la zona, comenzaron a organizarse tímidos grupos de Resistencia, yo me apunté enseguida a uno de ellos. En realidad no hacíamos nada, me refiero a acciones armadas, salvo vivir peligrosamente, pues nunca sabías quien te podía traicionar. Era paradójico que hubiera franceses que quisieran echar a los alemanes de Francia, y que hubiera franceses que quisieran impedirlo mediante la denuncia a la Gestapo o fusilándote directamente.

Anne, tomó un sorbito de café con leche. Pidió que se le acercaran unas pastillas porque era la hora de tomar la dosis.

— Como os decía, yo estaba lista para la acción, pero mis compañeros no terminaban de decidirse. Todo eran problemas. Que si hacían algo, tomarían represalias y otros pagarían las consecuencias o qué iban a ganar con dinamitar unos postes eléctricos, si en ese caso el pueblo se quedaría sin luz, y así todo. Todo eran inconvenientes. Yo era la única mujer del grupo, y era la más guerrera, pero de ahí no pasaba. Un buen día apareció un maquisard que venía en labores de enlace con otros grupos. Como podéis imaginar se trataba de Andrés, mi *españolito*, que así lo llamaba yo. El primer día que apareció, hicimos una reunión en el bosque. Siempre se hacía así, porque las reuniones en las casas solo se hacían cuando existía confianza plena en todos los presentes. En este caso, Andrés era un extraño. Nos contó que pertenecía a un Maquis creado por españoles y que estaba en las labores de contactar con todos los grupos de resistentes y maquis de la zona,

con el fin de coordinar acciones de ataque y hostigamiento contra las fuerzas alemanas. A mí, ni que decir que tiene que sus palabras me alegraron profundamente. ¡Por fin alguien con agallas y con ganas de hacer algo! Así es que aquella fue la primera ocasión que vi a tu padre Julián y ya me impactó enormemente. El muy ladrón, cuando más adelante fuimos algo más que conocidos, me dijo que en esa ocasión no se había fijado en mí. ¡La única mujer del grupo y no se había fijado en mí! ¡Españoles! Naturalmente, era mentira. En realidad no quitó sus ojos de encima de mí, ni un solo momento.

El comentario restó un grado de distensión en el ambiente.

— Pasaron varios meses, y un día volvió a aparecer tu padre. Eso fue a principios de 1943, mi grupo tuvo que desplazarse a Foix, porque la Gestapo estaba formando un convoy ferroviario para transportar vehículos pesados de todo tipo. La misión consistía en sabotear aquel convoy destruyéndolo, o retrasarlo todo lo posible, porque al parecer, había otras operaciones combinadas. Andrés se presentó ante nuestro grupo solicitando que alguno le hiciéramos de guía, pues no conocía suficientemente bien la zona y solicitaba nuestra cooperación. Yo me presenté voluntaria al instante, ante las sonrisas del resto de hombres, incapaces de mover un dedo por temor a las consecuencias. La misión de Andrés consistía en recorrer el terreno, para elegir los puntos más apropiados para establecer emboscadas, colocar los cartuchos de dinamita o emplazar las ametralladoras. Aquello, debería llevarnos un par de semanas. Fue amor a primera vista. Establecimos el centro de operaciones en mi granja. Y allí surgió una historia de amor donde no debería haber surgido. Pero las cosas son así y la fuerza de la vida se abre camino ante cualquier obstáculo que quiera impedirlo. Es imposible frenar a la vida. Y el amor es vida.

Anne guardo silencio, contemplada por Julián y Louise, quien se enjugó una lágrima.

— Juntos participamos en varias operaciones de hostigamiento, derribamos postes telegráficos, hicimos saltar vías por los aires, volamos torres eléctricas y saboteábamos constantemente carreteras y caminos por los que iban a discurrir convoyes de material de guerra y de hombres. Hicimos verdaderas barbaridades y en alguna ocasión estuvimos a punto de ser detenidos, pero siempre escapábamos. La verdad es que

estudiábamos bien el terreno antes de actuar y eso nos salvó en más de una ocasión.

Anne, hizo una pausa para pedir a Louise que le trajera un vaso con agua. Julián aprovecho el momento para intervenir.

— Anne. ¿Puede usted andar, quiero decir, desplazarse a algún lugar? —pregunto Julián.

— Sí. Aunque con algunas dificultades. Pero todavía no estoy inválida del todo.

— Pues en ese caso, déjeme que le diga algo. Tenemos el coche en la puerta y lo que vamos a hacer ahora es irnos a algún sitio a comer todos juntos. No me puede decir que no. Usted no le diría que no a mi padre, ¿verdad?

— ¡Claro que no hijo mío! Usas las mismas artes que él. ¡Tel père, tel fils".

— Y otra cosa, veo que se calienta con un brasero de carbón. Me da mucho miedo este tipo de calefacción. Tendremos que poner remedio a eso. Anne, debe permitir que me haga cargo de usted. Es lo que me pediría mi padre que hiciera, y así lo voy a hacer. Le ruego que no insista en rechazar mi proposición.

Louise llegó a punto para oír las palabras de Julián. Las dos mujeres permanecieron calladas, impresionadas por la determinación de Julián. Anne aceptó llorando, no diciendo nada y Louis se abrazó a Julián.

— Eres maravilloso, Julián —le dijo al oído.

Julián abrazó también a Anne, fundiéndose en un abrazo.

Buscaron un restaurante donde comieron y donde Julián y Louise, le fueron poniendo al día sobre las gestiones y visitas que habían realizado hasta llegar a ella. Le contaron los momentos difíciles y sorpresivos que la investigación les había deparado, al enterarse de la existencia de una hermana y su posterior ausencia de datos, lo que les había hecho temer un luctuoso suceso que desgraciadamente ella les había confirmado.

Cuando abandonaron el restaurante, Julián detuvo el coche frente a una tienda de electrodomésticos. Bajó y se dirigió directamente al interior del establecimiento. Desde el coche, vieron como Julián conversaba con el dependiente. Al parecer, estaban hablando sobre radiadores eléctricos que tenían expuestos.

— ¿Estáis comprometidos? —preguntó Anne a Louise.

Esta se sonrojó un poco ante una pregunta tan directa.

— La verdad es que no. Pero no me importaría. Yo creo que los dos sentimos atracción mutua. A mí me parece una persona maravillosa. —respondió Louise con un tono de ilusión.

— Solo con que se parezca mínimamente a su padre, será una persona maravillosa. Y creo que es igual que él. Estoy segura que te hará muy feliz. Yo os veo muy enamorados, la verdad.

Julián se acercó al coche con dos cajas que puso en el maletero. Subió al coche y arrancó de nuevo.

— He comprado dos calentadores eléctricos de aceite. Calientan mucho y son infinitamente más seguros que un brasero, que en un momento dado, puede dar un disgusto mortal. A partir de ahora, Anne, nada de carbón ni de braseros. Radiadores eléctricos. Son limpios y seguros y cumplen su labor de calentar de maravilla. Y de la electricidad no debe preocuparse.

Detrás, las dos mujeres lo escuchaban sin atreverse a decir nada. Se miraron, intercambiaron una mirada, y Anne golpeo varias veces la mano de Louise, que cogía su mano izquierda en un gesto de felicidad.

Ya en casa, Julián sacó del salón el brasero y lo llevó al balcón de la cocina. Luego conectó los dos calefactores. Al ser nuevos, desprendían un fuerte olor a pintura que era un poco molesta.

— Esto solo es al principio. Esta noche, los dejaremos encendidos en la cocina con la ventana un poco abierta para que ventile y mañana ya sin problemas.

Anne se dispuso a continuar.

Capítulo XXII.
Pamiers (Francia), martes, 4 de Noviembre de 1980.

Julián y Louise estaban más que dispuestos y preparados para seguir escuchando el relato de Anne.

— Andrés y yo nos veíamos muy a menudo. Después de aquella acción en Foix que fue un éxito, vinieron otras y en casi todas participábamos los dos, lo que generaba comentarios un tanto irónicos del resto de mi grupo. Un día, cansada de tanta *retranca* —esta palabra la decía mucho tu padre y cuando me explicó su significado la adopté como mía—, me planté ante ellos y les dije que sí, que Andrés (para ellos era Andrés, para mí, el *españolito*) era mi novio y que ya estaba cansada de tanta mirada de soslayo y comentario bajo cuerda. Era mi hombre y allí se acababan las tonterías. Y así fue. Desde entonces, a él lo acogieron como uno más, aunque él, en más de una ocasión me comentaba, que había alguno de los que no acababa de fiarse. Pasó el tiempo, y vivíamos como en el interior de una burbuja. Cuando no andaba en labores de enlace por el monte o visitaba a algún grupo de la Resistencia o maquis, o andábamos hostigando a los alemanes, vivíamos juntos en la granja. Él, en esos momentos de calma, se dedicaba con ahínco a las labores de preparar y cortar la leña, ordeñar a las dos vacas que teníamos y dar de comer a tres o cuatro gallinas. Dentro de aquel horror, nos parecía que estábamos en un oasis donde alimentábamos nuestro amor. Recuerdo que teníamos una canción que nos comunicaba, tanto si la oíamos juntos o por separado. Se trataba de "*L'Accordeoniste*" de Edith Piaf canción de la que hicimos nuestro fetiche. Oírla, y sentirnos uno al lado del otro, era todo uno. Llegó febrero de 1944 y Andrés participó en el asalto a la cárcel de Nimes, en una operación altamente peligrosa. Tu padre me prohibió expresamente que participara por el alto riesgo que llevaba. Yo insistía como siempre, pero tu padre

argumentaba con trampa. Me dijo que si yo iba, él iba a estar pendiente en todo momento de mí, y que mi suerte sería la suya, y que en estas circunstancias, era más complicado atender a todas las cosas que podían salir mal. Finalmente me dejo en la granja llorando. Pero él se fue más tranquilo y lanzándome besos mientras se alejaba. Y finalmente, llegó el día fatídico, el día en que estalló nuestra burbuja, nuestro mundo de cristal. Y fue precisamente en ésta ciudad, en Pamiers.

Anne, hizo una pausa, para beber un poco de agua.

— A finales de junio, se recibió la orden de volar un puente sobre el río Ariège, cercano a Pamiers. Por aquellos días se decía que estaba próximo el desembarco de los aliados, y por ello, había que dificultar todo lo posible los movimientos de tropas y material alemanes hacia la zona del Atlántico. El maquis de Andrés, se desplazó como siempre, hacia la zona de la acción, y en esta ocasión nos íbamos a albergar en una casa de Pamiers. La casa, pertenecía a Phillipe, un miembro de mi grupo de la Resistencia, quien luego sería mi marido, en mala hora. Como podéis suponer, Andrés y yo también participaríamos en la acción. Entramos en la ciudad por separado, formando como máximo parejas, para no levantar sospechas. Yo iba detrás de Andrés a una cierta distancia pero por la acera contraria a la que iba él, cuando vi que por el otro extremo de la calle, hacía su entrada una patrulla de Gendarmes que estaban haciendo su ronda. Iban por la acera de Andrés. En aquel momento sentí un pálpito, y mis manos comenzaron a sudar. Andrés siguió su camino con normalidad al igual que yo. Cuando se cruzaron, observé que los gendarmes lo miraban, pero cuando vi la cara que puso uno de los gendarmes, me di cuenta de que algo iba a pasar. Debió de reconocer la cara de Andrés por alguna razón. Deje de respirar y continué mi marcha. Cuando estaban a mi altura, oí como los gendarmes le daban el alto a Andrés a la vez que se volvían con las pistolas en la mano. Dos disparos y Andrés que cae. Pude ver sin embargo que no estaba muerto, pues intentaba coger del suelo su arma que se le había caido. Rápidamente los dos gendarmes se acercaron corriendo hasta su lado, apuntándole. Seguí mi camino y en el primer lugar que pude me escondí para seguir observando. Yo dudaba sobre lo que debía hacer, pero otro miembro del grupo, que venía detrás de mí y debió de intuir lo que

estaba pasando por mi cabeza, me lo impidió con un gesto. Al poco rato se presentó un camión con más gendarmes, y entre todos lo subieron a la caja y desaparecieron al instante. Yo estaba petrificada. No sabía qué hacer. Llorando, seguí rápidamente mi camino hasta la casa de Phillipe, acompañada de mi compañero donde ya aguardaba el resto del grupo a quienes comuniqué la detención de Andrés.

Tras la acción de la voladura de varios centenares de metros de la vía férrea en Pamiers, el grupo de maquis de Andrés, comenzó a indagar su paradero para tratar de rescatarlo. Yo les dije que quería participar y ellos lo aceptaron de inmediato. Sentí orgullo por aquellos hombres que se aprestaban a ayudar a un compañero en desgracia y maldije a mi grupo de la Resistencia por su indignidad. A los pocos días de aquello, la Gestapo dio con la casa de Phillipe y detuvieron a tres resistentes que se encontraban en ella. Indudablemente se debió al soplo de algún traidor, porque los sorprendieron en la cama y traían llave para entrar.

Tras muchos días de investigación, supimos que a Andrés lo habían trasladado a Nimes para ser interrogado en la Oficina Central de la Gestapo, en el Boulevard Gambetta. Tras cuarenta y tantos días de interrogatorio, el 15 de agosto lo subieron a un tren con destino a Alemania. Ese tren lo conoceríamos más tarde como el *tren fantasma* y en él metieron como animales, a miles de prisioneros entre judíos, maquisards, resistentes y adversarios políticos. Para aquellas fechas yo desconocía que estaba embarazada de Ana de dos meses. Con el grupo de maquis, y formando como una más, nos aprestamos a seguir a aquel tren para tratar de liberar a sus ocupantes. Y estuvimos bien cerca de conseguirlo. Lo que ocurrió es que la existencia de ese tren era conocida por una gran cantidad de maquis y de la Resistencia y todos pretendían hacer lo mismo que queríamos hacer nosotros. Pero la descoordinación entre los grupos era tan absoluta, que cuando un grupo volaba un puente o una vía, obligaba al *Tren Fantasma* a cambiar de ruta, dirigiéndose por otro lugar, lo que traía consigo que otro grupo que estaba al acecho y lo estaba esperando más adelante, esperara inútilmente. Algo parecido nos ocurrió en Mâcon. Un grupo se nos adelantó volando un puente que obligó al tren a desviarse y utilizar otro puente en malas

condiciones después de repararlo con los hombres que transportaba. Cuando nos enteramos, ya era demasiado tarde, aquel tren había llegado a Sarrebruck, Alemania, el 28 de agosto de 1944.

Louise, le preguntó a Anne, si quería descansar o dejarlo para otro día. Anne le contó que estaba muy fatigada, pero que al contarles aquellos sucesos, sentía que se estaba liberando de los demonios que había guardado dentro durante tantos años.

Finalmente decidieron dejarla descansar. Tras comentarle la conveniencia de que ellos se quedaran en su casa, de vigilia, Anne se negó en redondo.

— Y no me digáis que no. Vosotros volvéis a Foix y mañana regresáis para seguir con esta historia. De verdad pienso que hoy, es muy posible que pueda dormir y descansar, después de muchos años de no poder hacerlo. Hijos míos, todavía me queda por contar lo más terrible y triste de mi existencia. Así es que si no os he asustado, mañana os espero aquí mismo, donde continuaré desgranando mi triste y peculiar vida.

— Pues entonces hasta mañana, Anne. Ahora métase en la cama y trate de descansar. —le recomendó Louise desde el quicio de la puerta de la calle.

Una vez que se aseguraron que Anne estaba ya reposando en su cama, iniciaron el regreso a Foix.

— ¡Que vida más triste! Estoy realmente afligida por lo que tuvo que pasar esta mujer. —dijo Louise.

— ¡Yo estoy impactado! Y sin embargo, estoy feliz por haber llegado hasta aquí, y tratar de enmendar esta situación en la medida que me sea posible.

— ¿Me dejarás que participe en ello, Julián? —dijo Louise, poniendo su mano sobre el hombro de este.

— ¡No sabría hacerlo sin ti, Louise! De verdad que todo esto es extraordinario. ¡Cuando pienso en lo que he venido a buscar, y veo lo que me he encontrado! Mi padre se dejó media vida en Francia y yo he encontrado el resto de mi vida aquí. ¿Tú crees en el destino, Louise?

— Hasta ahora no. No soy mujer de creencias en fatalismos y futuros, escritos en las estrellas, aunque a veces, cuando ves la realidad, hay que pensar en algo de eso. En este tipo de cosas me

muevo en un terreno de certezas, pero a partir de ahora, a lo mejor comienzo a pensar que tal vez el destino nos aguarda, ¡vaya usted a saber dónde! —dijo Louise, apoyando su cabeza en el hombro de Julián.

Capítulo XXIII.
Pamiers (Francia), miércoles, 5 de Noviembre de 1980.

A las diez y media de la mañana, Julián aparcaba de nuevo su coche junto al número 8 de la Avenida la Gâre, en Pamiers. Bajaron del coche y se dirigieron hacia la puerta de la casa de Anne. Louise vestía con un traje-pantalón azul marino oscuro y camisa azul claro. Los zapatos de igual color que el traje, y en esta ocasión, el pelo lo traía recogido en una especia de rosca sujeta a un lateral de la cabeza. Por su parte Julián, vestía con una americana azul marino y unos pantalones grises, camisa blanca y corbata roja y zapatos marrones.

Cuando Anne abrió la puerta, se quedó boquiabierta al ver a la pareja tan elegantemente vestida. Los hizo pasar dentro, donde ya tenía preparada la mesa con el servicio de desayuno y unos *croissant* recién hechos. Los había comprado en la *boulangerie* próxima a su casa. Hasta ella se había vestido con un traje de chaqueta negro y encima llevaba un jersey, también negro. Sobre el pelo, blanco, cortado en melena, se había colocado a modo de recogedor una especia de pequeña teja de nácar, regalo de Andrés.

Julián y Louise quedaron gratamente sorprendidos por el aspecto de Anne, diametralmente opuesto al que tenía el día anterior. No pudieron menos que comentárselo.

— No podéis creer lo que ha significado vuestra visita. Me ha quitado varios años de encima.

Después del desayuno, cada uno ocupó su lugar, el mismo que el del día anterior y Anne se dispuso a continuar con su relato desde el punto en que se había quedado el día anterior.

— Después de aquello, y dado mi estado anímico, había decidido romper con el grupo de la Resistencia y decidí recluirme en mi granja. No pasó mucho tiempo cuando comencé, primero a presentir y luego confirmar que yo estaba embarazada. En

Montoulieu, había una mujer que asistía a todas las mujeres en aquellos *menesteres* —otra palabra que me enseñó tu padre—, quien me confirmo mis sospechas. Con aquella nueva y maravillosa noticia, olvidé para siempre mi relación con el grupo resistente y me dedique a las tareas de la granja hasta que pude, a la espera de dedicarme a la nueva tarea de madre. Un día, me encontraba yo en una granja vecina que quedaba a unos dos kilómetros de la mía, a la que había ido para comprar huevos, cuando un vecino de Montoulieu, que montaba en una bicicleta camino de una población cercana, al pasar por la granja y verme allí, se vino hacia donde yo estaba y me comunicó que en aquellos instantes, los alemanes estaban derribando mi granja y que por tanto, me abstuviera de ir allí y que me escondiera en algún lugar. Normalmente, estas cosas ocurrían como represalia contra los autores de acciones de sabotaje. Cómo me habían relacionado con aquello, no lo supe nunca. *Madame* Angélique, que así se llamaba aquella buena mujer, la matrona, me acogió en su casa hasta que el día 11 de febrero de 1945, nació mi hija Ana.

Julián y Louise, apenas respiraban. Estaban llegando los momentos duros que les había anticipado Anne.

— Cuando *madame* Angélique, puso a la niña sobre mi pecho y vi su rostro, vi el rostro de un ángel, pero un instante después, la amargura comenzó a apoderarse de mi alma y levanté mis ojos hacia *madame* Angélique. Por toda respuesta, esta cerró los ojos. Lloré, ¡Dios mío cuanto lloré! Cuando la lavamos la cogí y estreché contra mi pecho. Ana, mi nombre en español, pues en ese instante decidí que así se llamaría, tenía el síndrome de Down. Mi pequeño querubín, mi Ana, constituía cuanto tenía en este mundo. Nada sabía de su padre, pero me temía lo peor porque su destino, un campo de exterminio nazi, no permitía hacerse ilusiones de ningún tipo.

Madame Angélique logró encontrarme una vivienda en Montoulieu, en *Chez La Font* por un alquiler muy bajo, que yo me ganaba cosiendo y ayudando en alguna casa. Eso fue a principios de 1946. Mal que bien, Ana y yo fuimos saliendo a flote. Dios me había dado una hija que era todo cariño y que dependía, dependería de mí toda su vida. Y eso me preocupaba enormemente. En estas circunstancias me hallaba, cuando un buen día, de forma

inesperada se presentó Phillipe, un ex-compañero de Resistencia, para proponerme matrimonio. En un primer momento pensé en rechazarlo totalmente. Él no era precisamente, santo de mi devoción, otra frase que me enseño Andrés, pero de pronto vino a mi mente Ana. Era mi constante preocupación. Cuando le comenté la existencia de la niña y su especial condición, me pareció que le incomodaba la sorpresa, pero luego me aseguró que él cuidaría de la muchacha como si fuera suya. Siempre me he culpado de haberme dejado convencer porque yo deseaba creer sus buenas intenciones. Me dijo que viviríamos en Pamiers, en una casa que había comprado recientemente. La verdad es que la cosa parecía prometer y como era una mujer con necesidades perentorias, como era el futuro de Ana, me dispuse a cometer el error más grande de mi vida.

Julián miró su reloj. Se había hecho la hora de comer, por lo que propuso posponer el relato y al igual que el día anterior, marchar a comer a algún restaurante y regresar luego. La propuesta fue aceptada de inmediato.

En el restaurante, Julián le preguntó, si la casa en la que vivía ahora era la misma en la que se ocultaron cuando la acción de Pamiers.

— No. Aquella se trataba de otra que tenía en las afueras del pueblo. Me dijo que la había vendido para poder comprar la vivienda en la que vivíamos ahora, un poco antes de casarnos. Sin embargo, con el tiempo me enteré de algo terrible. En realidad, él no la había vendido como me dijo, sino que lo hizo en 1974, y para su desgracia, alguien se enteró de la circunstancia y debió de pasar la información a algún grupo de ex-resistentes, y lo ejecutaron por traidor.

— Sí. Algo nos contó Ives Lacourt en Montferrier.

— ¡Ah! El bueno de Ives. Era el jefe de nuestro grupo de la Resistencia. Es un buen hombre. Creo que luego perteneció a la OAS.

— ¿A la OAS? —preguntó asombrada Louise, ante la mirada interrogativa de Julián.

— La OAS fue un movimiento que para unos fue una banda de terroristas y para otros, grupos de patriotas. —le aclaró Louis a Julián.

— Ives, pertenecía al grupo antifascista que reunía a todos los antiguos maquisards y resistentes. Y dentro de la OAS también había grupos que durante la invasión alemana, se enfrentaban a los maquis y a la Resistencia. Ya os podéis imaginar lo que pasaba por dentro. Al final De Gaulle, logró acabar con ella, concediendo indultos a sus antiguos miembros para que regresaran a Francia.

Cuando terminaron de comer, encargaron en el restaurante una serie de platos para llevar a casa para la cena, ante las protestas de Anne, quien le parecía un auténtico derroche todo aquello. Louise la convenció para que aceptase la disposición de Julián.

De nuevo en casa, Anne continuó con su relato.

— Nos casamos un lunes, 7 de abril de 1947, en un triste acto en la *Mairie* de Pamiers. Ana tenía dos años y era un encanto de niña. Cuando tenía cinco años, comencé a darme cuenta de que le molestaba, que la evitaba, a la vez que se volvía agresivo conmigo. Un día, sentí unos fuertes dolores en el pecho, y comencé a escupir sangre. En el hospital me auscultaron y me comunicaron que tenía una grave enfermedad pulmonar y que requeriría, primero quedar ingresada durante algún tiempo en el hospital y luego guardar absoluto reposo en casa durante bastante tiempo. A los dos o tres días de estar ingresada, Phillipe me comunicó que había ingresado a Ana en el Hospital Psiquiátrico de Pamiers, donde estaría cuidada durante el tiempo que yo estuviese enferma. Al principio me pareció bien, pues aunque Ana era una buena niña, requería mucha atención y cuidado. Esto ocurría en abril de 1951. Cuando me trasladaron a casa, insistí en que me devolvieran a Ana a casa, a lo que se negaba constantemente, aduciendo que yo no estaba en condiciones de atenderla debidamente y que debía guardar absoluto reposo. Enmascaraba como preocupación por mi salud, el odio que sentía por la niña. Un día, Phillipe llegó a casa a una hora no habitual. Tuve la sensación de que algo no estaba bien y el corazón comenzó a latirme de forma acelerada. Empezó a dar vueltas por la habitación, hasta que le pregunté que qué pasaba. Traigo malas noticias —me dijo—. Y sin más, me presentó un documento cuyo membrete era del hospital psiquiátrico. Con manos temblorosas lo leí, aunque no sé cómo lo hice. En él se informaba de que Ana había contraído una enfermedad contagiosa, cólera, y que había fallecido como consecuencia de ella, y que

debido al tipo de enfermedad, había sido incinerada. Y también, que sus cenizas habían sido depositadas en el columbario del cementerio de Pamiers.

El silencio se hizo pesado. Anne lloraba en silencio al igual que Louise y Julián sentía en su garganta un dolor terrible. Dejaron que pasara el tiempo, hasta que Anne, decidiese seguir.

Ella dejó caer su cabeza en el respaldo del Sofá. Eran ya las ocho de la noche. Entre Julián y Louise la llevaron a la cama, acostándola, cubriéndola con la sábana y la colcha. Louise preparó un vaso de leche que dejo sobre la mesilla. Anne, que se imaginó lo que estaba pasando por la cabeza de ellos dos, les tranquilizó, asegurándoles que se encontraba bien, aunque un poco fatigada.

— Mañana continuaremos —les dijo.

Con la mano, les indicó la mesilla, donde estaban las llaves de la casa. Les pidió que se las llevasen, pues ella tenía una copia en uno de los cajones de la mesita de noche. De forma silenciosa, ante la mirada de Louise, Julián dejó sobre la mesilla la carta y el Diario de su padre. Louise le hizo un gesto de aprobación, apagaron la luz y salieron del dormitorio. A Anne no se le escapó el detalle.

El viaje hacia Foix fue presidido por la tristeza. Apenas hablaron entre sí. El relato de Anne, le había hecho recordar unos momentos terribles que tal vez, estuvieran guardados en lo más profundo de sus recuerdos, que no olvidados. Al sacarlos al presente, el dolor se había apoderado de su alma.

Directamente se fueron a casa de Louise, donde tomaron café y comentaron los momentos terribles que habían pasado Anne y su hija. Los dos estaban de acuerdo en que sacar a relucir aquellos momentos de la muerte de la niña, podría tener un efecto beneficioso en ella, al poder descargarlo de su interior de una forma natural, una vez superada la represión a la que le debió someter su marido Phillipe. Tener eso dentro sin poder comentarlo con nadie, debió de ser un peso terrible.

Pasada la medianoche, se despidieron hasta el día siguiente, cuando pasaría Julián a recoger a Louise. En esta ocasión quedaron a las ocho para presentarse en Pamiers más pronto. Estaban preocupados por el estado de Anne.

Capítulo XXIV.
Pamiers (Francia), jueves, 6 de Noviembre de 1980.

Cuando al día siguiente, llegaron a casa de Anne, utilizaron las llaves que ésta les había dejado. Andaban seriamente preocupados por su salud dada la enfermedad que padecía. Entraron en silencio hasta el salón, donde la encontraron sentada y con el Diario de Andrés entre las manos apoyadas sobre su pecho. No hablaba el español, no se atrevía, aunque de su vida con Andrés, recordaba las constantes lecciones que le impartía cuando ambos vivían en la granja, por lo que conocía algo del idioma, y aunque se le escapaban muchas cosas, por el significado de algunas palabras o frases que sí comprendía, se enteraba del sentido general de lo que leía. Y lo que no entendía, se lo imaginaba.

En la mesa, al igual que el día anterior, todo preparado para el desayuno. La abrazaron y ella les comentó que se encontraba muy bien.

— La verdad es que ayer, fue la primera vez que hablaba de Ana en muchos años. Ayer, cuando ya hacía algún rato de vuestra marcha, me incorporé en la cama y tomé el Diario de tu padre, que vi como lo dejabas sobre la mesilla. Creo que lo habré leído tres o cuatro veces, así como la carta. He llorado, primero de tristeza, pero luego me di cuenta de que lloraba de alegría. Era como el encuentro de nuestras almas. Me siento en paz conmigo misma, porque mientras pudo ser, tu padre pensó en mí y en nuestro amor. Luego, cuando todo se puso en contra, hizo lo que creyó mejor para todos: ocultar esa parte de su vida por miedo a hacer daño a su nueva familia, por temor a que se pudieran considerar menospreciados. Nada más lejos de la verdad. Es curioso como la vida, a veces se retuerce tanto, que nos condena al dolor y a la pena. Los seres humanos somos marionetas en mano del destino sin que podamos hacer nada. A veces se tiene suerte y a veces no. Ahora

que os tengo delante, y a pesar de mis recuerdos, yo me inclino a pensar que después de todo, yo he sido afortunada.

Tras el desayuno, Anne, continúo su relato, sin levantarse de la mesa. Se la notaba animada y no se desprendía del Diario, en cuyo interior, podía verse la carta. Delante de ella, puso la fotografía en la que aparecían ellos dos juntos. Aquellas, les dijo, eran sus más valiosas posesiones.

— Con aquel documento en las manos, creí que el mundo se me venía abajo. Sin embargo, había algo en la actitud de Phillipe que no acababa de convencerme. Pensé que tal vez su rechazo hacia Ana, le producía una mala conciencia y por ello mantenía aquella distancia afectiva conmigo. Pero un día se presentó en casa bastante bebido y con ganas de hablar. Me dijo que ahora que la muchacha había fallecido, viviríamos mucho mejor. Que él siempre había estado enamorado de mí, pero que cuando apareció aquel español, yo ya no tuve ojos para nadie más y que cuando vino a verme para pedirme que me casara con él y se enteró de lo de Ana y que era mongólica, estuvo a punto de darse media vuelta y marcharse. Pero se lo pensó mejor, y decidió casarse conmigo, porque él era buena persona. Era de todo, menos buena persona. Cada vez se volvía más desconfiado y huraño y cada día bebía más y más. En 1974 volví a recaer de mi enfermedad y de nuevo tuve que ser hospitalizada. Me diagnosticaron cáncer de pulmón. Me dijeron que con cuidados y una vida tranquila podría vivir bastantes años. Phillipe no se portó mal conmigo en aquellos momentos. Tengo que reconocerlo. Yo estaba muy preocupada por los gastos que aquella enfermedad nos produciría. Fue entonces cuando me dijo que iba a vender el piso que tenía en las afueras, que utilizábamos para ocultarnos durante la guerra. En aquellos momentos, yo caí en la cuenta de algo que a él se le había escapado: ¿no lo había vendido para comprar el que vivíamos?, y además, en ese momento me di cuenta de algo que hasta aquel instante yo no había reparado, ¿cómo era posible que aún tuviera aquel piso que la Gestapo se incautó cuando la redada en la que cayeron varios miembros del grupo de la Resistencia? Eso solo podía significar una cosa: que él era el traidor, el topo de la gestapo introducido en nuestro grupo. Quedé horrorizada ante tal descubrimiento. ¿Y si él había avisado a los gendarmes de Pamiers, cuando detuvieron a Andrés? Mi vida se

convirtió en un infierno. Yo lo odiaba hasta el punto de que pasaron por mi cabeza ideas de asesinarlo o envenenarlo. Pero no hizo falta. Un día, a primeros de 1975, vinieron dos gendarmes para comunicarme que lo habían encontrado muerto con dos tiros en la cabeza y un cartelón sobre el pecho con la palabra TRAIDOR. Me hicieron mil preguntas sobre si tenía conocimiento de sus actividades durante la guerra, a lo que me negué a contestar diciéndoles que no las conocía. Demasiado conocía yo qué significaba aquello. Imaginaba que había todavía algún grupo en la clandestinidad que se encargaba de ajusticiar a las ratas que se lograban encontrar. Su movimiento al vender aquel piso, le había delatado ante alguno de los antiguos resistentes. De vez en cuando, los periódicos hablaban de casos como aquel. Era una forma de decirles a todos aquellos que traicionaron a sus hermanos, que todavía no estaban seguros y que en cualquier momento, se le podían exigir responsabilidades. Desde su muerte he vivido sola, con mis secretos, mis pensamientos y mis desgracias, a las que se sumó mi enfermedad. Hasta vuestra aparición, yo solo esperaba que cualquier día la muerte me liberase de mi estancia en este mundo. Pero vuestra presencia me ha reconciliado conmigo misma. Me ha proporcionado las fuerzas necesarias para seguir. Claro está, si vosotros queréis compartir los días que le queden a esta anciana.

Julián y Louise le cogieron una mano cada uno, acariciándola.

— Con respecto a Ana, usted dijo que le enviaron un documento del Hospital, ¿lo conserva todavía? —pregunto Louise.

— Sí. Lo tengo en ese mueble —dijo Anne señalando un mueble. Está dentro de una caja metálica. Allí tengo guardados algunas fotos y papeles que encontré cuando murió Phillipe. El certificado de la muerte de Ana lo tenía escondido en uno de los brazos del cabecero de la cama —Louis y Julián pusieron cara de sorpresa— Lo escondí porque un día sorprendí a Phillipe buscándolo. Cuando le pregunté por qué lo buscaba, me dijo que era para unos trámites que debía hacer. Le dije que desconocía donde estaba, pero al día siguiente lo escondí en ese sitio.

Julián se dirigió al mueble en busca de la caja metálica que entregó a Anne. Esta sacó de su interior un documento y una

fotografía que se encontraba en el interior de un sobre, entregándolos a los dos jóvenes.

Louise tomó el documento y lo estuvo analizando durante un buen rato.

— Yo diría que este documento es falso.

Anne volvió su cara hacia Louise con una extraña expresión en su cara.

— ¿Falso? —dijo Julián.

— Yo diría que sí. Yo he visto algunos y no he visto ninguno de esta forma. Además es absolutamente irregular. Casi puedo asegurar que es falso.

— ¿Sería posible que Ana, mi pequeña Ana, estuviera viva? —preguntó casi sin voz Anne.

Julián y Louise intercambiaron sus miradas y un destello de esperanza recorrió sus pupilas.

Capítulo XXV.
Pamiers (Francia), jueves, 6 de Noviembre de 1980.

Julián examinaba la fotografía que le había entregado Anne. En ella aparecían tres hombres. Phillipe no aparecía en ella y no conocía a ninguno de ellos. La foto pertenecía a su marido entre otras muchas y debía ser especial porque la tenía guardada en un sobre aparte del resto.

— Un día lo sorprendí en la cocina revisando una serie de fotografías. Cuando entré, él comenzó a recoger de forma precipitada todas las fotos y papeles metiéndolas en una caja metálica, esa misma caja. El sobre se le cayó al suelo, recogiéndolo rápidamente. En su interior estaba esa fotografía.

Mientras, Louise continuaba examinando el documento, donde se le comunicaba a Anne el fallecimiento de Ana.

— Tengo enormes dudas sobre éste documento. De entrada no es el documento oficial que se utilizaba entonces cuando sucedía un fallecimiento. Por otro lado, el texto me recuerda al que se utilizaba en los años en los que los hospitales estaban controlados por los alemanes y funcionaban bajo sus normativas. En aquella época se hacía "desaparecer" a personas y utilizaban, curiosamente, este concepto de que el paciente había contraído una enfermedad contagiosa de la que había fallecido, y que por esa razón, y siguiendo la ley en vigor, se procedía a incinerar el cadáver. De esta forma podían "hacer desaparecer" a ciertas personas que presentaban una serie de rasgos concretos según las normas que habían establecido.

— ¿Y crees que Ana, puede ser una de esos desaparecidos? —dijo Anne.

— Casi con seguridad. —Anne emitió un gemido.

— Pero esa "desaparición" no tiene por qué significar muerte, Anne. Simplemente desaparecer, trasladarlo a otro lugar. Habría que investigar esto.

Julián escuchaba atentamente las palabras de Louise. Coincidía con ella en sus conclusiones. No hizo comentario alguno, pero era sabedor, al igual que Louise, que a cierto tipo de "enfermos mentales" o clasificados así, se les ocultaba como si fueran apestados. Los alemanes, en su deseo de experimentar con seres humanos, dieron orden de que se les informara de todos los casos que estuvieran incluidos en algunos de las especificaciones que dieron en un Comunicado a todos los hospitales de Alemania y de Francia. ¿Aquello le concedía alguna posibilidad a Ana? Lo desconocía, pero valía la penar seguir investigando.

— Estoy totalmente de acuerdo. Creo que deberíamos comenzar por hacer una visita al Hospital Psiquiátrico donde Phillipe ingresó a Ana.

Anne, estaba encantada con la disposición de aquellos dos jóvenes.

— El cielo me ha enviado a dos ángeles. ¿Qué os parece si mientras vais al Hospital, yo me quedo haciendo la comida? No creo que tenga fuerzas ni ánimo para afrontar esa visita al Hospital.

— Naturalmente. Nosotros lo haremos. —dijo Louise.

— Aquí os espero, con el alma llena de esperanza. Nunca podré agradeceros tanta bondad.

Julián y Louise, cogieron el documento y la foto en la que aparecían las tres personas y marcharon al Hospital Psiquiátrico de Pamiers, situado a las afueras de la ciudad.

Cuando llegaron, se dirigieron al mostrador, donde preguntaron por el Director del Centro. Louise, hizo muestra de su documentación como Funcionaria del Estado de la Función Pública, lo que sirvió para evitar alguna reticencia por parte de la persona que los recibió.

A los pocos minutos se presentó una persona que vestía una bata blanca y que aparentaba tener menos de 40 años.

— Buenos días. Soy Daniel La Fontaine, director del Centro. ¿En qué puedo ayudarles?

Louise tomó la palabra poniendo brevemente en antecedentes al Director sobre el tema que les ocupaba. Pronto comenzó a mover la cabeza.

— Como comprenderán, por mi edad yo no estaba al frente de la Institución. Y el documento me resulta desconocido. Tal vez

habría que investigar en los archivos de aquellos años, pero eso además de llevar un tiempo, no corto, requeriría una autorización del Ministerio de Sanidad. Sin embargo, atendiendo a lo delicado del caso, les voy a poner en contacto con la Enfermera Jefe, Rosalie Durán, quien ya estaba de enfermera en aquellas fechas en el hospital. Tal vez ella les pueda aclarar algo.

El Director se apartó de ellos y dio orden a la empleada del mostrador de que llamara a Rosalie. Mientras esperaban a la llegada de la Jefa de Enfermeras, el Director se interesó por los pormenores de aquella situación. Finalmente llegó la enfermera, una oronda mujer de unos sesenta años y rostro afable.

— Rosalie. Estos señores traen un asunto que ellos mismos le pondrán al corriente y yo, personalmente, le pido que les ayude en lo que pueda. Es un asunto triste que me parece de justicia tratar de aclarar.

Luego, saludo a Julián y Louise y desapareció por uno de los pasillos laterales.

Rosalie les indicó con la mano que la siguieran y tras un breve paseo, entraron en un despacho que un rótulo indicaba el cargo de quien lo ocupaba, Jefatura de Enfermería. Una vez dentro, y aposentados, le mostraron el documento y la fotografía.

La mujer observó detenidamente el papel y comenzó a mover la cabeza y a mostrar un cierto disgusto.

— ¿Y dice que este documento les fue entregado por este hospital? —pregunto.

— Si, así es. —dijo Julián.

— Pues me temo que no es oficial y aún me temo algo peor, dada la fecha.

— ¿Por qué? —pregunto Louise.

— Porque en este hospital, que yo recuerde, y tengo muy buena memoria, nunca jamás, murió nadie de cólera.

— Permítame que le amplíe una información —dijo Julián— Esta muchacha, Ana, era mi hermana, y tenía el Síndrome de Down.

— ¿Síndrome de Down? —repitió Rosalie, cambiando el gesto. — Vaya, esto aporta una pista, ciertamente trágica.

— ¿Por qué? —preguntó Julián.

— Verán. Estamos en los inicios de los años 50, en plena posguerra, con muchos problemas de subsistencia, que si bien afectaban a casi todo el mundo, a estos pacientes todavía más. Se ocultaban directamente y se olvidaban de ellos. Se confiaba en que no vivieran muchos años y se les confiaba a las instituciones, con lo que las conciencias se acallaban y se quitaban un problema. Por otro lado, en las instituciones, había establecidos unos patrones que, digamos suavemente, rozaban la ilegalidad, y se aplicaban tratamientos sin una gran base científica que digamos. Recuerdo que en aquella época estaba al cargo de la planta tercera, que era en la que estaban ingresados estos pacientes, Dominique, un personaje, que siento decirlo, era siniestro y no tenía sentido de la ética alguno. Tuve, tuvimos, muchos enfrentamientos con él hasta que la Dirección del Hospital lo despidió.

— ¿Sabe su apellido? —preguntó Louise.

— Sí. Rodin. Un mal personaje. En cuanto a este documento, puedo decirles que es falso, y que se utilizó para ello un impreso del hospital de los que se utilizaba para escribir cartas o cualquier tipo de nota. Los certificados de defunción utilizaban otros impresos. En cuanto al motivo, me recuerda a los que utilizaban los médicos de las S.S. para justificar el traslado de los enfermos a otros hospitales, normalmente en Alemania. Para esta fecha, los alemanes ya no estaban en Francia, pero veo que algunos seguían utilizando los métodos de aquellos criminales.

— ¿Y no sabrá por casualidad su dirección? —preguntó Julián.

— No. A tanto ya no llega mi memoria —dijo Rosalie con una sonrisa.

Julián le mostró la fotografía que traía, lo que produjo una rápida reacción en Rosalie.

— ¡Dominique! Es éste que está a la derecha —dijo.

— ¿Y a los otros dos los conoce? —preguntó Louise.

— No. Verdaderamente no.

Julián extrajo de la cartera la fotografía donde aparecía todo el grupo, junto con Anne, mostrándosela a Rosalie.

— El de la izquierda, es la persona que ingresó a Ana en este Hospital, un tal Phillipe. —aclaró Louise.

— Lamento decir que no lo conozco. Hace ya mucho tiempo y es difícil reconocer a las personas aunque hayas hablado con ellas. Según deduzco de esta fotografía, debió de ser hecha en los años de la Resistencia.

— Así es. —dijo Julián.

— Pues deberían tratar de localizar a Dominique. Tal vez él sepa algo que les pueda ayudar a saber que fue finalmente de Ana. Yo por mi parte, trataré de buscar en los archivos de aquellos años, la ficha de este hombre, porque allí figurará una dirección. Si se pasan por aquí en tres o cuatro días, tal vez pueda darles noticias.

— Muchas gracias por su ayuda Rosalie. Nos ha llenado el corazón de esperanza —dijo Julián.

— ¿Podría pedirles un favor? —Preguntó la enfermera— ¿Serían tan amables de pasar por aquí, una vez que hayan terminado con su búsqueda, para comentarme el resultado?

— Cuente con ello, por descontado —dijo Julián.

Se despidieron y tanto Julián como Louise, tenían una misma idea en la cabeza.

— ¿Sabes dónde hemos oído mencionar a Dominique Rodin? —pregunto Julián.

— ¡Ives Lacourt! —Dijo Louise— ¡Esta tarde viaje a Montferrier!

— ¡A Montferrier! —contestó alegremente Julián.

Tomaron el coche y marcharon hacia la casa de Anne, quien les estaría esperando con ansiedad.

Capítulo XXVI.
Pamiers (Francia), jueves, 6 de Noviembre de 1980.

Cuando llegaron a casa de Anne, se la encontraron hecha un manojo de nervios. La comida ya estaba preparada y la mesa perfectamente montada, esperando la llegada de los dos jóvenes. Cuando sintió que alguien manipulaba en la cerradura de la puerta, se digirió rápidamente hacia el pasillo para recibir a los que venían. Julián y Louise se la encontraron en medio del pasillo, con un interrogante por mirada.

Louise se abrazó a ella y lo mismo hizo un instante después Julián. Aquello, junto con la sonrisa que traían, fue suficiente para comprender que al menos, no traían confirmadas malas noticias. Los tres se dirigieron al comedor y Anne, comenzó a traer la comida desde la cocina, más que nada para calmar sus nervios.

— En el hospital nos han confirmado que ese documento es falso —le informó Louise, mientras entre todos ponían la mesa para comer.

— ¿Y eso que significa? —preguntó Anne, deteniéndose y fijando su atención en ella.

— Pues que de momento, lo que se dice en él, es falso y por tanto, eso abre nuevas posibilidades, aunque hay algo que debe comprender Anne. Esta confirmación puede significar algo o puede que no. Lo último que queremos es que usted se cree nuevas expectativas que más tarde no se confirmen. ¿Me entiende, verdad? —terminó.

— Si hija mía. Quieres decirme que no me haga ilusiones. Pero es tanta mi ilusión que cualquier cosa, por pequeña o extraña que sea, me hacer pensar que mi hija puede estar viva. Que el documento sea falso, me da un motivo de esperanza, ¿no es verdad?

— Desde luego que sí, Anne. Hemos tenido bastante suerte, porque la Jefa de Enfermería, se da la afortunada casualidad de que

ya trabajaba en el hospital en aquellos tiempos. Al ver la foto que le hemos enseñado, esa en la que aparecen tres personas, ha reconocido casi al instante a un tal Dominique Rodin, que era el encargado de los internos de la tercera planta, planta que por entonces ocupaban los ingresados con este tipo de minusvalías.

— ¡Dominique! —exclamó Anne, poniendo su mano sobre su boca. Louise continuó con su relato

— Y al instante también, lo ha calificado como una mala persona a la que finalmente la Dirección del Hospital tuvo que despedir. Pero ahora viene lo más interesante y esperanzador. Cuando en tuvimos en Montferrier, en casa de Ives Lacourt, fue éste quien mencionó a este individuo cuando repaso los nombres de los que aparecían en la foto grupal, y pensamos que tal vez él sepa su dirección. Así es que vamos a hacerle una nueva visita. Queremos saber que ocurrió con Ana, aunque puede que finalmente descubramos que realmente haya fallecido, al menos, eso es lo que hasta este momento hemos asumido. Por eso creemos que no debemos hacernos falsas expectativas, porque queremos evitarle ese dolor por segunda vez.

— Sois muy buenos conmigo. Os diré una cosa. La muerte de Ana, a pesar del tiempo transcurrido, aún hoy día, no he terminado de asumirla. Conozco lo que dice ese papel, pero algo en mi interior lo rechaza, siempre lo hizo, algo que me dice que eso no es cierto y que ella vive en alguna parte. Pensareis que son fijaciones de una anciana, pero os aseguro que no es así, son intuiciones de una madre. Yo sospeché del papel y su contenido por la forma de actuar de Phillipe. Había algo en su actitud, en su mirada, que me decían que me ocultaba algo. Luego cuando leía una y otra vez el documento, mis convicciones se tambaleaban. Tal vez fuera porque a pesar de las experiencias que yo había vivido hasta ese momento, no creía capaz a ningún ser humano de una acción tan monstruosa como quitar una hija a su madre. Finalmente acabé aceptándolo por imposibilidad, pero en mi interior quedó, y todavía continúa, un rescoldo de esperanza. Así es que hijos míos, comprended que si venís y me decís que ese documento es falso, habéis introducido un soplo de aire fresco en ese rescoldo, avivándolo. No debéis temer por mí si finalmente se confirma que Ana murió a lo largo de este tiempo de separación.

Simplemente, podré cerrar esta incertidumbre ante su tumba, allá donde esté. Y con ello, habré puesto paz en mi alma.

Louise y Julián la escuchaban atentamente. Anne era una mujer fuerte, a pesar de su aspecto de fragilidad. Su carácter se había forjado en la fragua del horror y su capacidad de sufrimiento, era simplemente infinita.

Durante la comida le contaron la conversación con Rosalie y las dudas que les transmitió sobre lo que realmente pudo haber pasado, aunque omitieron algunos de los detalles, por considerar que añadían más dolor al que ya tenía. Anne, seguía atentamente el relato y de vez en cuando les pedía alguna aclaración a alguna cuestión. El hecho de que la razón que le dieron causante de la muerte de su hija fuera falsa, era suficiente para ella, daba nuevas posibilidades a la esperanza de que su hija tal vez estuviera esperándola en algún lugar.

A primeras horas de tarde, iniciaron su viaje a Montferrier para ver a Ives Lacourt. Anne no se vio en condiciones anímicas para acompañarles, por lo que decidió quedarse en casa esperando su regreso.

— Volveré a leer el Diario de Andrés. No me cansó nunca de leerlo, ¿podéis entenderlo? —dijo.

— ¡Claro que si Anne! —Dijeron, mientras se dirigían hacia la calle— ¡Hasta la vuelta! —dijeron momentos antes de cerrar la puerta de la vivienda

Ives Lacourt se sorprendió al verlos de nuevo ante su puerta. Tras invitarles a pasar al interior de la vivienda, su mujer, *madame* Margot, se alegró de lo lindo al verlos de nuevo. Como siempre, preparó rápidamente café y pastas, no sin antes recordarles que no iniciaran conversación alguna, sin estar ella presente. Una vez que trajo el café y la bollería, se dispuso a seguir de forma presencial la conversación que iba a tener lugar.

Tras ponerles en antecedentes de las gestiones y nuevos conocimientos adquiridos desde la última visita, Julián le mostró a Ives la fotografía que Anne le había dado en casa. Ives, se puso las gafas y se acercó a la lámpara para ver mejor. Tras unos momentos observándola, volvió junto a los demás.

— El de la derecha es Dominique Rodin. Los otros dos ignoro quienes son. Dominique trabajaba en el Hospital

Psiquiátrico de Pamiers, después de la guerra. Era uno del grupo que aparecía en aquella fotografía que trajisteis el otro día.

— ¿Y sabe su dirección? —preguntó Julián, casi con miedo, debido a lo trascendental de la respuesta que esperaba.

— ¡Si, claro! —Dijo Ives— Los de nuestro grupo, los que vamos quedando, nos reunimos de vez en cuando y celebramos una comida en recuerdo de los viejos tiempos. Por eso tengo las direcciones de todos ellos. Por cierto, ¿podría quedarme provisionalmente con la foto? La enseñaría a algunos viejos compañeros por si ellos pudieran aportar alguna pista sobre esos dos que no conozco. Luego os la devolvería.

— ¡Por supuesto! —dijo Julián.

Ives se levantó y fue a coger el mismo cuaderno que la vez anterior, donde tenía apuntada las direcciones de amigos y conocidos. Cogió un papel, y apunto en ella la dirección de Dominique que también vivía en Pamiers.

— Otra cosa. ¿Pensáis hacerle una visita? —preguntó Ives.

— Si, esa es la idea —dijo Julián, quien intuyó que tras la pregunta de Ives había una idea subyacente.

— Pensad en la clase de conversación que vais a tener con él. Al fin y al cabo, según cómo la planteéis, puede considerarlo como una acusación con malas consecuencias para él. Debéis tener cuidado, mucho cuidado. El Dominique que yo conozco no es precisamente un hombre calmado. Actuad como si no supieseis nada y que simplemente acudís a él en busca de alguna información. No le dejéis caer la idea de que pudo haber realizado algo ilegal.

Julián y Louise comenzaban a entender la evidente lógica que encerraban las palabras de Ives. Tenía razón. Por primera vez, de todas las gestiones que habían realizado hasta el momento, en esta ocasión su interlocutor iba a ser una persona que estaba o podía estar relacionada o involucrada directamente en un delito, y en consecuencia su reacción podía hacerlo peligroso. Ives aún les dio unas cuantas recomendaciones más antes de abandonar Montferrier, dejando a *madame* Margot, seriamente preocupada, aconsejándoles que tuvieran muchísimo cuidado mientras los despedía desde la puerta de su casa en su camino hacia el coche.

— De esto, mejor no contarle nada a Anne —dijo Julián mientras conducía— No ganamos nada preocupándola. Y tú, deberías quedarte con ella, mientras me entrevisto con Dominique Rodin, por si las moscas la cosa se enreda.

— Ah, no. Yo iré contigo. Te agradezco tu intención pero lo haremos juntos, como hasta ahora. ¿Acaso piensas que no sé defenderme? —le replicó Louise riendo lo que llevó a Julián a reír también.

Una vez llegados a Pamiers, pararon en un supermercado donde compraron diversos alimentos para reponer la nevera y la despensa de Anne. Cuando llegaron a casa de ésta, la encontraron tranquilamente escuchando un disco de Edith Piaf, y ¡cómo no!, la cena preparada. Mientras cenaban, le contaron que ya tenían la dirección de Dominique y que al día siguiente irían a hablar con él.

- Tened mucho cuidado, porque Dominique era una persona bastante conflictiva en el grupo. Por nada montaba un escándalo y yo recuerdo que era muy cruel. En la Resistencia, cuando ibas a realizar alguna acción, sabías que iban a morir alemanes o cualquiera de nosotros. Pero no nos ensañábamos con los heridos, salvo Dominique, que los remataba de un tiro en la cabeza. Siempre recordaré la expresión de su rostro, de auténtico loco. Supongo que con el paso de los años, algo se habrá calmado, pero quien tuvo, retuvo. Tened mucho cuidado.

Terminada la cena, Julián y Louise, y como todos los días, de nuevo volvieron a Foix.

Anne, una vez que se quedó sola, sintió la necesidad de volver a leer la Carta de Andrés, la que le había sido devuelta por no poder localizar al destinatario. Al instante, las lágrimas asomaron a sus ojos.

— Mi querido *españolito* —pensó—, mi Andrés, no llegaste a conocer a nuestra maravillosa hija. —dijo mientras se dirigía hacia el dormitorio.

Cuando Julián y Louise, abandonaron el domicilio de Ives, éste se encerró en el comedor. Sacó una libreta oculta bajo el tablero de la mesa donde buscó un número que seguidamente marcó en el teléfono, mientras mantenía en su mano la fotografía que le había dejado Julián.

Tras unos segundos de espera, alguien descolgó el teléfono.

— Soy *Le Loup*[34]. Tenemos que reunirnos mañana, a las nueve.

[34] El Lobo

Capítulo XXVII.
Pamiers (Francia), viernes, 7 de Noviembre de 1980.

A primera hora de la mañana, Julián y Louise se desplazaron hasta Montoulieu para reunirse con el alcalde, René, a petición de esta última, porque sus ausencias al trabajo le creaban una gran incomodidad interior a pesar de la disposición totalmente favorable del alcalde a que acompañara a Julián. Sin embargo consideraba necesario mantener contactos personales con él, informándole de los pasos y resultados obtenidos y comprobar personalmente si la disposición del edil seguía siendo la misma. Pensaba que en muchas ocasiones la buena voluntad podía resentirse por el alargamiento de las situaciones que podrían provocar incomodidades y problemas.

René, el alcalde, se dedicaba principalmente a la agricultura y llevaba afincado en Montoulieu desde hacía dos décadas. Soltero, vivía con su madre, de carácter tranquilo y moderado, sus inclinaciones políticas lo llevaron a militar en el Partido Socialista, en cuya representación se presentó a la *Mairie,* en las anteriores elecciones.

Lo encontraron en su casa desayunando, con un tazón de leche de cabra bien caliente, del que sobresalían unos cuantos bollos, convertido todo ello en una sopa de leche y bollos. Tras hacerlos entrar en casa, se interesó por la marcha de las investigaciones, siendo puesto al día por Louise con gran profusión de detalles. Su madre, Therese, le llamó la atención por su descortesía al no invitarles a desayunar, cosa que hizo ella, invitándoles a un café y unos bollos,

René escuchó con interés los progresos que iban haciendo aquella pareja, alegrándose por ello, a la vez que tranquilizó a Louis sobre el tema de las ausencias.

— Montoulieu es un lugar muy tranquilo, como ya sabes. Tan solo cada tres meses, que se producen los cobros de algunas tasas, es cuando se eleva el nivel de trabajo. Lo que hace falta —les dijo— es que esas gestiones culminen encontrando a esa muchacha con vida. Sería algo extraordinario, de lo que me alegraría mucho.

Tras tomar un nuevo café bien caliente, que agradecieron, porque el día, se había presentado con frío intenso combinado con un ligero viento, que aumentaba aún más la sensación gélida y con Louise más tranquila al ver todo bajo control, se despidieron de René y emprendieron camino de Pamiers, donde se imaginaban que ya estaría Anne esperándoles con el desayuno preparado sobre la mesa. En menos de una hora estarían allí.

Por el camino fueron hablaron sobre el enfoque que habría que dar a la entrevista con Dominique, habida cuenta de los consejos de Ives.

— La cuestión es que —decía Julián—, si vamos de ignorantes y no ejercemos una presión sobre él para animarle a contarnos algo, simplemente no hablará.

— Eso parece lógico. Si le dijéramos que tenemos un documento que nos ofrece serias dudas sobre su autenticidad y que estamos dispuestos a ir a la Gendarmería para comprobarlo, tal vez eso pudiera asustarle.

— O enfadarle. —Dijo Julián — Pero en este caso, eso sería indicativo de que en efecto, tiene que ver algo con ese documento y que teme que pueda hacerle daño.

— La verdad es que no tengo ni idea como puede reaccionar. Dependerá del grado en el que estuvo involucrado en todo esto. Porque vamos a ver. Si Ana no murió de cólera, eso parece casi definitivo, ¿Qué ocurrió entonces? ¿Qué pasó con Ana? ¿Murió de otra forma y dijeron eso para deshacerse del cadáver? No tendría sentido, pues habrían aducido la causa real para justificarlo.

Julián guardó silencio durante unos segundos.

— La verdad es que nunca nos hemos parado a meditar y razonar sobre esto. Recapitulemos. Phillipe conoce a Dominique que trabaja en el hospital donde la ingresa con excusa de la enfermedad de Anne. Phillipe, no quiere a Ana, primero por ser hija del *español* como él dice, y segundo, porque la niña tiene el Síndrome de Down, algo que en aquellos tiempos estaba

considerado como un castigo divino, una lacra, algo que había que ocultar.

— Bien pensado —dijo Louise—. Phillipe no quiere a Ana en su casa. Se quiere librar de ella y la ingresa en el Hospital donde trabaja su amigo. Y cuando a Anne le dan el alta e insiste en reclamar a su hija, recibe un documento donde le dicen que ha muerto y que la han incinerado. Todo muy oportuno y que obedece muy bien a los deseos de Phillipe. Sin embargo sabemos que la causa de la muerte aducida es falsa, y por lógica podemos deducir que si hubiera fallecido por otra causa, ésta la habrían indicado en el "certificado". Luego si la causa es falsa, todo lo demás, apunta a que es un montaje para hacer desaparecer a Ana, lo cual no significa necesariamente su muerte. Pero es la mejor forma para que Anne deje de reclamar a su hija. Ahora bien, ¿Qué hacen con ella, partiendo de la base que sigue viva?

— Ingresarla en otro Hospital —dijo Julián.

— ¡Cambiarla de Hospital! ¡Exactamente! —exclamó Louise— ¿Pero cuál?

— Difícil saberlo. Y si eso es así, ¿Cómo es posible hacerlo bajo cuerda? Indudablemente, hay grandes posibilidades de que Dominique participara en esa desaparición, traslado o en lo que realmente ocurriera. Esa es la información que deberíamos obtener de este individuo, ¿pero cómo lograrlo? —dijo Julián deteniéndose en un semáforo a la entrada de Pamiers.

— ¿Y si le hacemos creer que sabemos que eso es justamente lo que hizo? —propuso Louise.

— Eso es, y además le dejamos creer que pensamos que lo hizo por tener buen corazón y para salvarle la vida a la niña, sabiendo que su padre la odiaba. Estoy seguro que en alguna ocasión hablarían de ello —dijo Julián, mirando a los ojos a Louise y dar ambos por buena la idea, intercambiando una sonrisa y un fugaz beso, antes de que el coche de atrás pitase por demorarse en arrancar con el semáforo en verde. Evidentemente el conductor del coche de atrás no estaba para muchos arrumacos.

Tal y como ya habían adivinado, Anne ya había preparado el desayuno, pero su estado era bien diferente al de los días anteriores. La encontraron sentada en el sofá, junto a los

calefactores, con el rostro demudado y alguna mancha de sangre en el albornoz.

Louise fue la primera en ver las manchas y el rostro de Anne, asustándose temiéndose algo grave, por lo que se inclinó junto a ella.

— ¿Qué le ocurre, Anne? ¿Qué le ha pasado? Tiene sangre en la ropa.

Anne se encontraba con los ojos entornados y en su mano cerrada tenía un pañuelo arrugado. Cuando Louise le abrió la mano para quitárselo vio que estaba lleno de sangre.

— De vez en cuando me dan accesos de tos y a veces escupo sangre. —dijo casi sin voz.

Louise se levantó y se dirigió al dormitorio de Anne, y desde allí le pidió a Julián que preparara una palangana con agua caliente, cosa que hizo de inmediato. Al poco rato regresó al salón con un batín, toallas y pañuelos. Con cuidado, le quito el batín a Anne, justo en el momento en el que Julián venía con la palangana. Louise lavó el rostro y los brazos de Anne, utilizando una toalla y el agua de la palangana. Luego, procedió a ponerle el nuevo batín y a recomponerle la ropa.

— ¿Tiene que tomar alguna medicación? —le preguntó.

— No ya la he tomado. Sois maravillosos —dijo Anne.

— ¿Y no sería necesario ir al hospital para que la vieran? — dijo Julián.

La propia Anne, negó con la cabeza.

— No es necesario. Esto es mi pan de cada día. Curiosamente desde que vinisteis, no me había vuelto a repetir. Vuestra presencia me había animado enormemente. Pero esta es verdaderamente la realidad. Me estoy muriendo.

A Louise le asomaron un par de lágrimas a los ojos.

— Por cierto, tenéis el desayuno en la mesa. Desayunad que yo os acompañaré desde aquí. Tomaré un poco de leche caliente con mi jarabe.

Julián y Louise estaban un tanto desorientados. No sabían que hacer. Fue la propia Anne la que deshizo sus indecisiones.

— Hoy puede ser un día importante. ¿Tenéis que visitar a una persona que trabajaba en el hospital cuando ocurrió aquello,

no? —dijo a la vez que bebía un sorbo de su tazón de leche que cogía con las dos manos.

— Sí —dijo Louise—. Irá Julián y yo que quedaré aquí con usted.

— Por cierto. Hace días que os lo quiero decir. No me tratéis de usted. Vosotros no. ¿De acuerdo? —y continuó— Si quieres ir con Julián ve con él. No es necesario que te quedes conmigo. Ya casi estoy bien y luego me levantaré para hacer la comida.

Louise miró a Julián y negó con la cabeza.

— No Anne. Louise se quedará contigo. Así nos quedamos todos más tranquilos. Yo me entrevistaré con ese hombre y Louise se quedará aquí ayudándote y haciéndote compañía. ¿De acuerdo?

Anne cogió la mano de Louise y una gran sonrisa de agradecimiento apareció en su cara, asomando un poco de color.

— Como digáis —dijo por todo comentario.

Julián se despidió de las dos mujeres con un beso en la mejilla. Luego marchó decidido a la dirección donde esperaba encontrar a Dominique Rodin.

Los seis hombres que se encontraban en aquella habitación, examinaban la fotografía que Ives les había mostrado.

— Por fin hemos encontrado a las ratas. René Labey el colaboracionista más odioso de todos, junto con sus informantes. —dijo uno de ellos, de nombre Pierre, alias *Le Chat*[35].

— Fabien, Dominique y Rene. Así que estos dos informaban a Rene Labey, quien a su vez informaba a la Gestapo. Malditos sean. —dijo Jean, alias *Le Coq*[36].

— Rene ya fue ejecutado. Ahora ya conocemos a los que faltaban. —añadió Ives, *Le Loup*.

— Fabien trabajaba al principio con Dominique en el Hospital psiquiátrico de Pamiers, pero luego, tengo entendido que lo destinaron a otros hospitales. —dijo Laurent, alias *L'Ours*[37], posiblemente debido a la orondez de su voluminoso cuerpo.

— A mí me llegaron noticias de que iba al mismo hospital al que mandaban a un médico psiquiatra, del que era muy amigo.

---

[35] El Gato
[36] El Gallo
[37] El Oso

Desconozco cuál fue su último destino —añadió Robert, alias *Le Corbeau*[38]—. ¿De dónde has sacado esta foto?

— Como ya os he comentado al principio, esta fotografía ha llegado a mis manos de la forma más inesperada e increíble. La traían dos jóvenes que andan buscando a una persona a la que ya han encontrado y que ahora siguen en la búsqueda de la hija de esa mujer y del padre de uno de los jóvenes. Cuando la vi en mi mano, tuve que hacer grandes esfuerzos para reprimir mis emociones. Aquella foto demostraba muchas cosas. Les dije que tan solo conocía a Dominique y que no conocía a los otros dos. Precisamente con esta excusa, les pedí que me dejaran la foto por ver si podía obtener información de esos otros dos.

— ¿Y tú los mandaste a Dominique? —pregunto Jacques, alias *Le Renard*[39]— ¿No es eso poner en peligro a esos chicos?

— Relativamente. Pero representaba una gran oportunidad, porque desconocemos donde se oculta Fabien Rocard. Dado el historial laboral de éste, estoy convencido de que está metido en todo este asunto. Por algunos detalles que me contaron, tengo el convencimiento de que Phillipe utilizó esta fotografía para chantajear a Dominique con el asunto de la hija de su mujer, que como sabéis era mongólica. Posiblemente, éste, acosado y amenazado por Phillipe, debió de dirigirse a su amigo Fabien para que le ayudase a hacer "desaparecer" a la muchacha. Estoy completamente seguro que cuando Dominique, reciba la visita de estos jóvenes, será presa de los nervios y se pondrá en contacto con Fabien. En cuanto a tu comentario, desde primeras horas de la mañana, he puesto a dos hombres apostados cerca de donde vive Dominique, para seguir sus pasos y de paso, según se pongan las cosas, intervenir.

— Un poco arriesgado. Les podías haber puesto en antecedentes —replicó Jacques.

— Ya lo hice. Les dije que en ningún momento le dieran la sensación de que sospechaban de él, sino más bien que esperaban que les informara. Me imagino que después de hablar con él, y dependiendo de lo que les haya dicho, vendrán a mi casa para ver qué podemos hacer. Pero ahora que conocemos al traidor que nos

[38] El Cuervo
[39] El Zorro

faltaba, no pararemos hasta que demos con él. A uno ya lo tenemos controlado. Y por su mediación daremos con el otro.

El grupo continuó perfilando algunas cuestiones sobre los operativos que deberían montar. Una vez puestos todos de acuerdo se levantaron y abandonaron la habitación.

— Estaremos en contacto —les dijo Ives.

Julián no tardó mucho en dar con el número trece de la Rue de la Causade, situada en un extremo del centro de la ciudad muy cerca del Río Ariège. Después de preguntar a dos personas, enseguida llegó a su destino, una calle larga y estrecha.

Como ya le había advertido uno de los que preguntó, la cuestión de aparcar estaba bastante complicada porque la calle no era precisamente muy ancha. Mientras conducía camino del número trece, observó cómo algunos coches habían aparcado ajustándose al máximo a los muros de las casas, subidos a las aceras, con lo que forzaban a los peatones a bajar a la calzada. Conforme se acercaba, vio un coche con dos hombres en su interior que habían aprovechado la mayor anchura de la calle en aquel lugar, para aparcar. Julián decidió hacer lo mismo, aparcando detrás de ellos. Al pasar por su lado, le llamó la atención que el segundo hombre, ocupaba el asiento de detrás del conductor, quedando libre el del copiloto.

El número 13 quedaba un poco más adelante. Se trataba de una casa de dos plantas y un pequeño ático. A la altura de la calle un portón de doble hoja, de las utilizadas para acceder a un garaje junto a una pequeña ventana. Indudablemente a la casa debía accederse desde el interior del garaje al que se accedía por la puerta de doble hoja. En la segunda planta, dos balcones adornados con unos maceteros en cuyo interior podían verse unas mortecinas flores que por su aspecto, podía deducirse que no habían sido regadas en bastante tiempo.

Miró a un lado y a otro de la calle y a la vista tan solo estaban su coche y el que estaba delante del suyo. Miró el reloj. Faltaban dos minutos para las 12 de la mañana.

Llamó con cierta timidez, pero al rato, volvió a hacerlo con más fuerza. Alguien, desde el interior de la casa dio señales de vida.

— ¡Ya voy! —dijo con una voz un tanto ronca y desagradable.

Al momento, una de las hojas de aquella puerta se abrió hacía el interior, dejando a la vista un amplio zaguán con algún mobiliario y una camioneta. Frente a él, un hombre bastante desaliñado, un tanto encorvado que aparentaba unos sesenta y tantos años, que lo miró de arriba a abajo, de forma un tanto displicente, rozando la grosería.

— ¡Qué quiere! —dijo de forma autoritaria, lo que le produjo ya un cierto desagrado a Julián.

— ¿*Monsieur* Dominique Rodin?

Al instante, el hombre se estiró completamente mostrando en su rostro una expresión de tensión. Julián percibió claramente por la expresión de la cara, la duda que rondaba en su cabeza sobre qué contestar, es decir, si afirmarlo o negarlo. Tras una nueva mirada de arriba a abajo, asomó la cabeza y miró a izquierda y derecha.

Julián no se dio cuenta de la maniobra que realizaron los dos hombres que estaban en el coche delante del suyo. Cuando éstos vieron que se asomaba el dueño de la casa, ambos se arrojaron sobre los asientos tratando de ocultarse. Tuvieron la fortuna de que Dominique miró a su izquierda y luego a su derecha, que era donde estaban situados, por lo que tan solo pudo observar dos coches aparcados.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

— Me llamo Julián y vengo de España por un asunto familiar.

— Julián que más —preguntó un poco más relajado.

— Julián Bestué —respondió Julián esperando que el apellido no le causara alarma.

— Bien, ¿Y qué quiere?

— Perdone, ¿pero estoy hablando con *monsieur* Dominique Rodin? —insistió.

— Si, el mismo. ¿Pero qué quiere? —insistió, con cara de pocos amigos.

— ¿Le importaría que habláramos dentro? Será tan solo unos momentos.

Nueva duda y nueva demora de tiempo. Finalmente se hizo a un lado.

— Sea breve que tengo mucho trabajo que hacer —le dijo, mientras cerraba la puerta y encendía la luz del zaguán. Con la iluminación, podía apreciarse que estaba bastante ordenado. Junto a la pared había cuatro sillones de mimbre, una mesita del mismo material y dos o tres baúles. Al fondo, una puerta abierta por la que debía accederse a las plantas superiores y a la derecha, una pequeña furgoneta Citroën 2CV AK400 de 1978. El suelo de cemento y las paredes pintadas de blanco. El hombre le indicó a Julián uno de los sillones y ambos se sentaron.

— Verá usted *monsieur*. Ando buscando a una hermana mía de padre, que fue ingresada el 23 de mayo de 1953 en el Hospital Psiquiátrico de Pamiers. Estaba aquejada de Síndrome de Down.

— ¿Síndrome de Down? —Dijo extrañado— Ah, ya, mongólica.

Dominique se revolvió en su asiento y pareció que iba a decir algo, pero se contuvo. Julián decidió apretarle más, a la vista de su reacción.

— Al parecer, su madre, recibió un certificado de defunción, que en el Hospital Psiquiátrico de Pamiers, su enfermera Jefe, *madame* Rosalie Boullier me ha confirmado que es falso.

Dominique se levantó como un resorte, mientras Julián permanecía sentado.

— ¡Esto es inaudito, señor! ¡Venir a mi casa a acusarme de semejante barbaridad! —exclamó airado— ¡Haga el favor de salir de mi casa!

Julián no movió un solo músculo. Por dentro estaba eufórico, pues evidentemente había tocado la fibra adecuada que demostraba que aquel hombre tenía algo que ver en todo aquello.

— ¿Acusación? ¿Qué acusación, *monsieur* Dominique? Yo no he hecho ninguna acusación, aunque, perdone que le diga, su reacción me ha sorprendido enormemente… —dijo pausadamente y sin alterarse. Dominique, cayó en la cuenta de que se había anticipado y que había metido la pata. Volvió a sentarse.

— Como le decía, *madame* Rosalie, me facilitó su nombre, por ser usted en aquellos tiempos, el encargado de la planta donde se ingresaban a estos pacientes, en la esperanza de que tal vez usted

podría darme alguna información acerca del paradero de mi hermana.

Dominique permanecía sentado, mostrando una gran tensión en su rostro.

— Tal vez, si le aporto algún dato más, le pueda ayudar a recordar. Ya sé que hace mucho tiempo, pero a veces recordamos cosas de hace veinte años y no recordamos algo que hicimos ayer. — dijo Julián, tratando de relajar el tenso ambiente.

Julián observaba con atención el rostro de Dominique, tratando de detectar cualquier cambio de expresión y actitud. En aquellos momentos, le vino a la mente su profesor de Derecho Procesal, Richard Marcombe en Yale, cuando insistía a todos sus alumnos, que los interrogatorios bien estructurados, deberían parecerse a como cuando un pescador pelea con una trucha, dándole sedal y recogiendo de forma repetitiva, hasta que al final la trucha se entregaba, rendida, ya cerca de la mano del pescador.

— Su padrastro, la persona que la ingresó en el hospital, era un conocido suyo de la Resistencia, Phillipe Mundot, y mi hermana se llamaba Ana Bestué. Sé del odio brutal que éste sentía contra mi hermana, por lo que me imagino que Phillipe le insistiría en que le ayudara en su problema y que tal vez usted, decidió enviar a la muchacha a otro centro, y de esta forma ponerla a salvo de Phillipe. Evidentemente, eso no fue muy legal, pero lo hizo por causas mayores, como era salvarla de su padrastro.

Julián guardó silencio con la mirada puesta en Dominique, mientras éste parecía meditar.

En realidad, las suaves palabras de Julián le abrieron los ojos de par en par. Dedujo que se encontraba en grave peligro. Aquel desconocido había mencionado nombres que combinados, y sabiendo lo que él sabía, le mostraban un panorama aterrador. Phillipe había sido encontrado asesinado por alguien desconocido para los demás, pero no para él. Él sabía que de la antigua OAS, todavía existían algunos grupos en estado latente, formado por resistentes y partisanos que actuaban únicamente para saldar viejas cuentas pendientes de los viejos tiempos, ante la vista gorda de la policía.

Dominique no tenía muy claro quién era aquel hombre, y presintió que le estaba tendiendo una trampa en la que él no caería.

Descartó que se tratara de un policía. Se había presentado como español y su pronunciación no presentaba los matices de un auténtico nativo francés. Aquel desconocido pretendía sonsacarle información a base de insinuar que conocía ciertas cosas. Muy hábil, pero con él no había funcionado.

— No sé cómo ha llegado a esas conclusiones, pero la verdad es que ocurrió algo parecido. Phillipe odiaba a aquella muchacha y la quería muerta. Muchas veces me prometió mucho dinero si le inyectaba alguna droga y se iba al otro mundo. Llegó a asustarme de veras. Y decidí hacer algo por salvar a aquella muchacha, cambiándola de centro.

— ¿Y a qué centro lo mandó? —pregunto con voz neutra Julián, quien en su interior, ya veía cercano el momento de encuentro con su hermana.

— Pues el caso es que no lo sé. Contacté con una persona quien se encargó del traslado. En estos asuntos, contra menos se sepa mejor.

— Pero ese hombre, amigo suyo…tendrá un nombre y una dirección a la que yo pueda acudir.

— Vamos a hacer una cosa. Yo voy a ponerme en contacto con esa persona, y si le parece, usted, él y yo nos podemos juntar y que él le diga todo cuanto sepa de este asunto, ¿qué le parece?

— Bien. ¿Y cuando y donde será esa reunión?

— Mañana, sobre las 7 de la tarde, vuelva usted aquí, y yo le llevaré junto a mi amigo para que le cuente lo que sepa.

— Así pues, quedamos a las 7 de la tarde de mañana, aquí mismo.

— Exacto. Espero que después de todo, pueda encontrar a su hermana.

Dominique se puso en pie dando con ello fin a la reunión. Julián se levantó tendiéndole la mano y salió a la calle. Una vez en ella, la puerta se cerró tras él, escuchando como pasaban un cerrojo.

Mientras se dirigía a su coche, tuvo la sensación de que aquel hombre había descubierto su estrategia, porque esa disposición final a colaborar, después de un recibimiento tan frío y desconfiado, le pareció altamente sospechosa. En definitiva, que había utilizado la misma estrategia que él, con idéntico resultado

para ambos: habían sido descubiertos. Antes de llegar a su coche, se fijó en que el que tenía delante había desaparecido. Subió a su coche, arrancó y tomó el camino de regreso a Pamiers. Mil dudas le ocupaban la cabeza.

Cuando conducía por la calle de la *Rue* de la Causade, no reparó en un vehículo aparcado en sentido contrario a su marcha, en cuyo interior había dos hombres.

Capítulo XXVIII.
Pamiers (Francia), viernes, 7 de Noviembre de 1980.

Julián llegó pasadas la una del mediodía a casa de Anne. Como ya suponía, ella y Louise, estaban ansiosas esperando su llegada para conocer el resultado de la entrevista con Dominique.

Anne, tal como había pronosticado, se había recuperado de aquel ataque de tos y presentaba un aspecto inmejorable. Para entretener el tiempo, Louise la estuvo maquillando y peinando, ocupando en ello, una buena parte de la mañana, lo que las mantuvo distraídas durante toda la sesión dedicada a la estética. Anne presentaba, una vez maquillada, una belleza natural que impresionó a Julián, cuando la vio.

Enseguida tomaron asiento en el Salón y Julián les contó con detalle la entrevista, explicándoles su convencimiento de que Dominique era pieza fundamental en la desaparición de Ana en connivencia con otros actores que de momento desconocían. Al menos, según parecía, al día siguiente por la tarde, iban a conocer a la persona que realmente hizo el cambio de centro. Anne escuchaba cada palabra, convencida de que cada una de ellas la acercaba más y más a su hija.

— Tanto misterio y secretismo, no sé, me da miedo, hijos — dijo Anne—. Y además esteréis solos con esos hombres en un lugar desconocido.

— Lógicamente, ellos no quieren que nadie los vea ni que haya testigos. Iré con cuidado.

— Esta vez iremos los dos —dijo Louise en un tono que no dejaba lugar a discutir la cuestión.

— Pero Louise, como dice Anne, puede ser peligroso y…

— Dos será mejor que uno. Aparte de la sorpresa que se llevarán, cuando aparezcamos dos cuando solo esperan a uno. Si hubieran tramado algo, se les vendría abajo.

Julián admitió que el razonamiento de Louise era bastante acertado. Pero en realidad, ninguno de los dos tenía experiencia en situaciones de aquel tipo. Su sensación de seguridad era, en realidad, una falsa seguridad. Solo su ignorancia, les proporcionaba una audacia inesperada.

Anne escuchaba en silencio. De pronto intuía que algo podía ir mal. Si aquellos hombres, en realidad habían realizado un crimen… Se estremeció pensando las consecuencias.

— ¿Y no sería mejor, hablar con Ives? —propuso Anne.

— ¿Ives? —preguntaron sorprendidos Julián y Louise. — Es un hombre mayor, Anne —dijo Louise dudando de la capacidad de Ives para dar más seguridad.

— Es mayor, claro, pero tiene más recursos de los que imagináis. Por si no lo sabéis, era el jefe del grupo de la Resistencia. Acabada la guerra, se incorporó en Argel a la OAS.

— La OAS, era un grupo terrorista. —dijo Louis.

— Es posible, pero dentro de la OAS había grupos contrapuestos. Había grupos formados por miembros de la Resistencia y otros de antiguos colaboracionistas. Y todos luchaban contra los del FLN que luchaban por la independencia de Argelia. Tras producirse ésta, la OAS se desintegró, pero algunos grupos como los de Ives, se mantuvieron intactos aunque sin actuar, salvo en esporádicas acciones contra antiguos traidores y colaboracionistas. Por ejemplo, Phillipe.

Julián y Louise se miraron uno al otro

— ¡Qué decepción! ¿No, Anne? —preguntó Julián.

— Ya lo creo. Pero yo no sospechaba nada, hasta que me enteré de que aún tenía la casa de Pamiers, en la que fueron detenidos varios miembros del grupo resistente. Cómo llegaron a saber lo de la venta de su casa, y que fue finalmente su perdición, lo ignoro. Ya os he contado que muchas veces le sorprendí manejando documentos y fotografías que trataba de ocultar al momento. Más de una ocasión me he acordado de tu padre, Julián, cuando me preguntaba qué opinaba el grupo sobre Phillipe. Algo debió de ver en él que no le gustaba. Por eso os he dicho lo de Ives. Él podría aconsejaros.

— Podemos considerarlo —dijo Julián— pero antes de nada vamos a comer. Hoy tengo hambre, ¿vosotras no?

Dominique abandonó su casa a media tarde. Los dos hombres que lo vigilaban, supieron lo que iba a ocurrir momentos antes, cuando comenzaron a abrirse las dos hojas de la puerta de la casa. A los pocos instantes, asomó la furgoneta Citroën propiedad de aquel, quien una vez fuera de la casa, bajó de ella y cerró con llave la puerta. Luego se subió a la furgoneta y se puso en marcha. La zozobra interior que llevaba, le impidió observar como un coche ocupado por dos hombres se mantenía detrás de él, guardando una cierta distancia de seguridad.

Tras media hora de viaje, la Citroën se dirigió hacia las afueras de Pamiers, a una zona donde estaban ubicadas una serie de fábricas, algunas de las cuales estaban ya abandonadas. Cuando llegó, aparcó junto a la valla que delimitaba el terreno propiedad una empresa dedicada a la metalurgia. A las seis en punto, una sirena rasgaba el aire anunciando el final de la jornada de trabajo. Casi al instante, comenzaron a aparecer del interior de las naves, multitud de obreros. Dominique bajó de la furgoneta y se acercó a la puerta de salida. Evidentemente, estaba esperando a que por ella apareciera el que esperaba.

— ¡Fabien! —grito dirigiéndose a uno que se acercaba en animada conversación con otros tres trabajadores.

El aludido, buscó con la mirada la procedencia de aquella voz que gritaba su nombre. Cuando lo localizó, se despidió de los que le acompañaban y se dirigió directamente hacia Dominique.

— ¿Qué haces aquí? —le preguntó.

— Tenemos que hablar —le dijo por toda respuesta— Sube a la furgoneta.

Fabien subió al vehículo sin rechistar. Dominique la puso en marcha y abandonaron el lugar directamente al centro de Pamiers, donde tras aparcar, bajaron y se metieron en un bar de nombre *Le Bureau*. Instantes después, un coche con dos ocupantes aparcaba junto al bar. Uno de los hombres se bajó del coche y se dirigió a una cabina telefónica, donde estuvo hablando durante unos minutos. Terminada la conversación regresó al coche donde aguardaba el otro hombre. Quince minutos después, otro vehículo con cuatro hombres y una furgoneta marrón oscuro aparcaron detrás del anterior.

Dominique y Fabien, pidieron una cerveza y un *Pernod* respectivamente, aguardando a que el camarero trajera las consumiciones para comenzar su conversación.

— ¿Qué pasa Dominique? Me tienes completamente intrigado.

— Podemos tener problemas muy graves —dijo con rostro serio Dominique.

— ¿Graves? ¿Qué tal de graves?

— Máxima. Hoy he recibido una extraña visita en mi casa. Un desconocido se me ha presentado, diciendo que estaba buscando a su hermana de padre, una niña que era mongólica. Cuando me ha mencionado el nombre de la persona que la ingresó en el Hospital Psiquiátrico, he recordado al instante todo el asunto.

— ¿Quién era? —inquirió Fabien.

— ¡Phillipe Mundot!

— ¡Phillipe, fils de pute! —Exclamó Fabien— ¡Mal bicho!

— ¡Y que lo digas! ¿Recuerdas a aquella muchacha, Ana Bestué, la que trasladamos de Pamiers a Toulouse? Phillipe me hacía chantaje porque tenía pruebas de nuestra colaboración con la Gendarmería y la Gestapo y quería que le pusiese alguna inyección para quitarla del medio. Tenía una foto en la que aparecíamos tú y yo con Rene Labey.

— Si, ya me acuerdo. La llevé al Psiquiátrico de Toulouse, y en la ficha puse que sus padres habían fallecido y que había sido encontrada abandonada. Desde entonces no sé absolutamente nada de lo que fue de ella. Desconozco si vive o ha muerto. Podemos darle esa información.

— La cosa no es tan fácil. ¿Crees que todo se acabaría si apareciera esa muchacha? Habría una investigación que no nos conviene. Cuando hablaba con él, he tenido la impresión de que todo se trataba de una estratagema para sacarme información. Le he citado para mañana a las siete de la tarde en mi casa. Le he dicho que nos veríamos contigo para hablar de eso y que yo le acompañaría. Puedo llevarlo a la nave abandonada de la antigua fundición de hierro.

— ¿Y con qué intención? ¿No querrás…?

— Exactamente. No hay otra salida. Hasta ahora no sabe nada y no debemos permitir que indague ni que se presente en la Gendarmería con el Documento que falsifiqué como si fuera una Certificado de Defunción. Estaríamos perdidos, Fabien.

— ¿Pero y si es un policía? —preguntó Fabien.

— No lo creo. Me dijo que era español y desde luego su francés aunque lo habla correctamente, se nota que es un extranjero. Por otro lado, está claro que desconoce dónde buscar a su hermana, si no habría acudido directamente a Toulouse.

Terminaron sus cervezas y se pidieron otras. Quedaron en verse al día siguiente en la vieja nave de la fundición, un lugar apartado poco frecuentado y donde podrían actuar de forma segura. Luego, pagaron y abandonaron el bar, dirigiéndose a la furgoneta. El frío intenso se había incrementado con la llegada de la noche y no se veía ni un alma.

Cuando estaban a punto de llegar a la camioneta, un furgón de color marrón oscuro se colocó a su altura, deteniéndose, a la vez que se abrían de par en par las dos puertas laterales de la que salieron dos hombres. Con la ayuda de cuatro hombres más, surgidos a sus espaldas, los agarraron por los brazos y los introdujeron en el furgón. Todo se llevó a cabo en menos de cinco segundos. Momentos después la calma volvió al lugar. Tan solo podía verse aparcada una furgoneta Citroën 2CV. De los dos coches y el furgón marrón oscuro no había ni rastro.

En algún reloj de pared cercano, sonaron las campanadas que marcaban las ocho de la noche en punto.

En casa de Anne, ésta insistía a Julián y a Louise en que se encontraba bien y que podía quedarse sola como las veces anteriores. Su aspecto y su renovada energía parecían confirmar sus palabras, por lo que finalmente decidieron regresar a Foix, y verse al día siguiente por la mañana, para decidir sobre qué hacer y cómo presentarse a la cita con Dominique y el desconocido. Seguramente lo sensato sería ir a ver a Ives para oír su consejo. Pero eso lo decidirían al día siguiente.

Anne les acompañó hasta la puerta de la calle y aguardó a que el coche de Julián desapareciera camino de Foix. Luego, entró en su casa y cerró la puerta con llave. Lentamente se dirigió a su

sillón, se acercó a su vera uno de los calefactores y procedió a releer por enésima vez aquella carta y aquel Diario. Casi se los sabía ya de memoria. Una vez que terminó con su lectura, sacó la caja metálica donde guardaba sus cosas, y se dedicó a sacar las pocas fotografías que tenía de Ana.

Pensó con desesperación que hacía ya veintiocho años que faltaba de su lado desde que con seis años, Phillipe la ingresó en el Hospital Psiquiátrico de Pamiers y un año más tarde le comunicaran su muerte. Sacó las fotografías de su hija y las colocó aparte, recogiendo el resto y volviéndolo a meter en la caja. Luego, una por una, las fue mirando con detenimiento y besándolas, y sin poder evitarlo, sus pensamientos derivaron hacia Julián, hijo de su querido Andrés, y que de alguna forma, también lo sentía como suyo, porque había aparecido en su vida para dar continuidad al recuerdo de su padre y a aquella vida que ellos dos iniciaron, pero que los acontecimientos no les permitieron continuar. A Julián, lo imaginaba como la reencarnación de Andrés, quien se presentaba con su espada justiciera a deshacer los entuertos y a poner las cosas en su sitio. Y en el fondo, sentía un gran alivio interior. Si Ana todavía vivía, su hermano se encargaría de ella cuando ella faltara, cosa que no se demoraría mucho, pensó. Ana tendría ahora treinta y cinco años, cinco más que Julián. Y de vivir, ¿se acordaría de su madre? ¿La echaría de menos? ¿La reconocería cuando se encontraran? ¿Cómo estaría? En el reloj de la pared, sonaron las 12 de la noche y se dijo a sí misma que ya era hora de ir a dormir.

Mientras se acostaba, a su mente acudió la cita con Dominique que Julián y Louise tenían al día siguiente. Le preocupaba y mucho.

Una vez que estuvo confortablemente entre las sábanas, sus pensamientos volvieron a Ana. ¿Qué sería de ella? —se preguntó. Luego cayó en brazos de Morfeo.

Capítulo XXIX.
Algún lugar desconocido (Francia), viernes, 7 de Noviembre de 1980.

En enero de 1961, tras un referéndum celebrado en Francia, en el que por gran mayoría el pueblo francés se decantó a favor de conceder la independencia a Argelia, se produjo una gran reacción de algunos grupos contraria a ese sentir, entre los que se encontraban ciudadanos de origen europeo, militares y un sector minoritario de musulmanes que deseaban seguir siendo franceses.

Muchos de ellos se incorporaron a la O.A.S. (*Organisation de l'Armèe Secrète*), para continuar la lucha armada contra el FLN argelino. Esta organización creada por el General Salan, recibió un gran impulso gracias al apoyo de militares, policía y amplios sectores de la población. Conocidos como los *barbouzes*, llegó a tener más de mil hombres armados y tres mil simpatizantes.

Sus actuaciones, que al principio fueron muy selectivas, fueron derivando paulatinamente hacia actos de terror cada más indiscriminados, llegando incluso, a atentar contra instituciones francesas y argelinas, y asesinando a ciudadanos europeos y argelinos, ya fuera en África o en Europa.

Su composición interna era extremadamente compleja y contradictoria, pues en ella militaban conservadores, derechistas y fascistas nostálgicos de la Francia del General Pétain y la militancia que sustentaba a la organización estaba formada por desertores del Ejército, en especial veteranos de las guerras coloniales, y gente generalmente de perfil poco dado a la confrontación, como comerciantes, artesanos y simples empleados. Sin embargo, en Argelia, la dirección estaba en manos de militares y políticos que habían militado en la Resistencia y se presentaron como continuadores de la lucha contra el nazismo. Todo ello representaba un auténtico contrasentido pues en una misma

organización militaban fuerzas absolutamente incompatibles políticamente.

En una reunión celebrada en Evian-les-Bains, entre los representantes de Francia y los del Gobierno Provisional de la República Argelina (GPRA) formado por el Frente de Liberación Nacional (FLN) durante la guerra de Argelia, firmados el 18 de marzo de 1962, se acuerda un inmediato alto el fuego aplicado a la totalidad del territorio argelino.

Tras estos acuerdos, la O.A.S. dirigió su violencia hacia los partidarios del general De Gaulle e integrantes de los grupos policiales especiales desplegados para su desarticulación, ya fueran europeos o argelinos. Durante este periodo, el objetivo fundamental de su macabra actuación, era impedir el referéndum de auto-determinación, fracasando completamente, dado que la opinión pública en Francia era muy mayoritariamente contraria a seguir la guerra y por tanto, apoyaba la independencia de Argelia.

La virulencia de sus ataques, les hizo ganarse una gran impopularidad tanto a nivel nacional como internacional y, como consecuencia directa, impulsaron brutales actos de represalia del FLN que se plasmaron en una campaña de secuestros.

Tras concederse la independencia a Argelia, el 5 de julio de 1962, la O.A.S. dejó de actuar en aquel país y la mayoría de sus miembros se exiliaron en el sur de Francia, mientras sus dirigentes se escaparon al extranjero hasta la amnistía de 1968. Muchos de ellos, como Pierre Lagaillarde, Jacques Soustelle, Jean Gardés, Alin Sarrieno, Raoul Salanse refugiaron en España, así como unos 700 militantes junto con sus familias.

Tras la independencia argelina, pequeños grupos intentaron mantener la lucha, centrándola en intentos de asesinato de Charles de Gaulle y en esporádicas intervenciones de represalia contra sus viejos enemigos de la época de la Resistencia: los franceses colaboracionistas de la Francia de Vichy.

Durante la hora larga que duró el trayecto, desde que Dominique y Fabien fueron introducidos por la fuerza en la furgoneta, el miedo se había apoderado de sus cuerpos. Junto a ellos, cuatro fornidos hombres, cubiertos con capuchones negros, no les perdían de vista ni un solo momento, como podía adivinarse por el brillo de sus pupilas que podían verse tras las máscaras. La

zona de carga adaptada de la furgoneta, no tenía ventanas por las que poder mirar o ver por donde discurría el camino por el que circulaban.

Al principio, dedujeron que debían circular por la ciudad, por las paradas y arranques que realizaban, indudablemente debido a los semáforos por los que pasaban. Y también por las mordazas que les habían puesto y que retenían el trapo que les habían introducido en la boca y las fuertes cuerdas con las que les habían atado las manos a la espalda. Se habían asegurado de que no se movieran ni profirieran grito alguno durante el viaje. Luego, el ritmo de marcha se aceleró y se mantuvo de forma continuada, sin paradas.

Finalmente, notaron como cambiaba de rumbo la furgoneta, y por el sonido de las ruedas, supieron que circulaban por algún camino de tierra. Finalmente, la furgoneta se detuvo. Antes de que se apearan, les pusieron unas capuchas y los bajaron de la furgoneta llevándolos cogidos de cada brazo hacía algún lugar.

No anduvieron mucho trecho de esta guisa, cuando notaron que debían de haber entrado en alguna nave grande, porque las voces parecían estar acompañadas de eco al rebotar en las paredes. Les obligaron a sentarse en unas sillas y una vez aposentadas y comprobadas las ligaduras de las manos, les quitaron las capuchas.

No había mucha luz, por lo que su adaptación a la luminosidad reinante fue instantánea. En efecto, y tal y como habían adivinado, se encontraban en una nave completamente vacía desprovista de cualquier mobiliario o maquinaria, salvo las dos sillas que ocupaban y la mesa que tenían enfrente, en la que cinco encapuchados estaban sentados en sendas sillas. A su izquierda, un hombre con la cara descubierta, aguardaba con los brazos cruzados.

A ambos lados de Dominique y Fabien, se situaron tres hombres a cada lado, con la cara al descubierto, con edades que no superarían los treinta y cinco años, fornidos y de considerable altura.

El encapuchado que ocupaba la posición central, levantó una mano, y el hombre de los brazos cruzados tomó un papel que se encontraba sobre la mesa, comenzando a leerlo.

Dominique Rodin y Fabien Rocard, estáis ante este Tribunal, acusados de lesa y cobarde traición a vuestros hermanos de la Resistencia, actuando como espías y confidentes del más vil y despreciable ser, Rene Labey, Comisario General de la Gendarmería del Departamento del Ariège, suministrándole información sobre la situación y ejecución de acciones armadas, denunciando a camaradas, que posteriormente fueron detenidos y fusilados o enviados a campos de concentración alemanes, donde fueron ejecutados o incinerados.

Por ello, este Tribunal de Honor, reunido aquí, os condena a ser ejecutados según nuestro código, como traidores a la Resistencia y a la Patria. ¿Queréis añadir algo a lo dicho en vuestro favor?

Dominique, comenzó a balbucear.

— ¡Eso es completamente falso! Yo lo niego todo. Siempre fui leal a la Resistencia.

El que parecía presidir la reunión, entregó una fotografía al que había leído el pliego de la acusación, acompañada de un gesto indicando que se la mostrase a los dos acusados. Todo ello, sin pronunciar palabra alguna, al igual que el resto de encapuchados.

Cuando vieron la fotografía, ambos se dejaron caer sobre los respaldos de sus sillas. Sabían que en esa foto se encontraba escrita su condena de muerte. El hombre devolvió la fotografía al encapuchado que se la había entregado.

— Aún hay otra cuestión pendiente. —dijo después de devolver la fotografía, dirigiéndose a Dominique.— Hoy has recibido la visita de un desconocido que andaba buscando a una persona, que tú, en combinación con su padrastro, Phillipe Mundot, otro traidor a la Resistencia, y con Fabien Rocard, sentado a tu lado, secuestrasteis a una niña que estaba internada en el Hospital de Pamiers. Os aconsejo que confeséis el lugar o destino que distéis a la niña.

— ¿Si os lo decimos, podemos negociar? —dijo Dominique, en un intento vano de salvar la situación.

— ¿Negociar? ¡Claro! Mientras no confeséis el paradero de esa niña, no os mataremos y en su lugar, os iremos cociendo poco a poco durante una semana o dos, cada parte de vuestro cuerpo,

empezando por los pies, las manos, los genitales, los ojos, etc., que os producirán un dolor insufrible. Todo esto os evitareis si nos decís que hicisteis con la niña. ¿Os parece un buen trato?

— ¡La llevé a Toulouse y la ingresé en el Hospital Psiquiátrico! Pero desde entonces, no sé nada de lo que ha sido su vida, ¡lo juro! —dijo llorando Fabien.

— ¡Dice la verdad, me lo ha dicho hoy en la cafetería cuando nos hemos reunido! —exclamó Dominique.

El que les había interrogado, miró a los miembros de la mesa. Estos se levantaron y sin decir nada, se dieron la vuelta y abandonaron la nave.

El juicio, había acabado.

Capítulo XXX.
Pamiers (Francia), sábado, 8 de Noviembre de 1980.

Julián no había pegado ojo en toda la noche y lo mismo le ocurrió a Louise. Cuando se juntaron en el hotel de Julián, intercambiaron sus preocupaciones. A los dos les preocupaba, y mucho, la reunión de aquel sábado con Dominique.

— ¿Tú crees que puede tratarse de una trampa? —Preguntó Louise— La verdad es que lo que dijo ayer Anne, no le faltaba razón.

— No sé. Pero hemos llegado muy lejos como para vacilar ahora. —dijo Julián.

— Tal vez deberíamos comentarlo con Ives, tal y como aconsejó Anne.

— En ese caso, vámonos ya, porque si tenemos que pasar por Montferrier, no debemos demorarnos más.

Momentos después, tomaban la carretera, camino de Pamiers.

— ¿Tú crees que podremos encontrar a tu hermana? — preguntó Louise.

— Cada vez estoy más convencido de que así será. Todo va a depender de hoy. Esta noche le he estado dado vueltas a este asunto desde todas las posiciones, y la conclusión a la que llego es siempre la misma. Es más, había algo que rondaba por mi cabeza que no lograba precisar hasta esta noche durante mis devaneos.

— ¿Y que es ello? —preguntó Louise.

— ¿Te acuerdas de la fotografía que nos entregó Anne, cuando fuimos a ver a Ives? Recuerda que nos dijo que esa fotografía debía ser muy importante para Phillipe, hasta el punto de tenerla separada del resto.

— Sí, me acuerdo de eso. —dijo Louise.

— Y luego, recuerda que Ives, solo reconoció a Dominique pero no a los otros dos. Sin embargo, a mí me dio la impresión que eso no era exactamente así. Cuando le di la fotografía la miró y por un instante me pareció ver una ráfaga de sorpresa cruzando por su cara. Luego se levantó y se fue junto a la lámpara para verla mejor. Y juraría que sí que vio algo, o mejor dicho, a alguien.

— Pero eso que significa, ¿que Ives tiene algo que ver?

— No. Recuerda lo que nos contó Anne en su casa sobre Ives y su grupo de la OAS.

— ¡Dios mío, Julián, me estás asustando! —Dijo Louise— ¿Y qué deduces de eso?

— Tengo la impresión de que esa fotografía es la clave de todo esto. Sobre todo, si esa fotografía la ve la persona adecuada, ¿me entiendes?

— Y tú crees que Ives, era la persona adecuada, ¿no es así? —dijo Louise.

— Eso es. Anne nos dijo que siempre mantuvo dudas de la actuación de Phillipe en lo de Ana. Y Anne conocía al menos a uno de los de esa fotografía, concretamente a Dominique, porque éste formaba parte del grupo de la Resistencia a la que pertenecía Anne.

— Pero entonces… no sé qué pensar.

Aparcaron junto a la casa de Anne y utilizaron las llaves para entrar. En aquellos momentos, no se encontraba en casa, lo que les llenó de temor. Sin embargo, sobre la mesa, junto a los servicios del desayuno les había dejado una nota, en la que decía que empezaran sin ella, y que no tardaría mucho en regresar.

Una hora más tarde, regresaba a casa con un par de bolsas con comida.

— Nos tenías preocupados, Anne —dijo Louise.

— Es importante que haga mi vida normal. Durante estos días me habéis llevado en brazos, y eso es algo a lo que no debo acostumbrarme.

Julián se debatía internamente sobre si preguntar o no a Anne, sobre la fotografía que les había dejado y que ahora estaba en manos de Ives. Finalmente se decidió a preguntarle.

— Anne, quisiera preguntarte una cosa.

— Lo que sea. Pregunta lo que quieras.

— Se trata de la fotografía que nos entregó, esa que Phillipe guardaba en un sobre aparte.

— Sí. Lo recuerdo. Esa fotografía tenía un valor especial para él. ¿Qué quieres saber?

— De los tres hombres que aparecen, ¿Tú conoces a alguno?

Anne, se quedó pensativa.

— Sí. De los tres, conocía a Dominique, porque estaba en mi mismo grupo de la Resistencia y a Rene Labey, una de las personas más odiadas de Francia, un colaboracionista cruel entre los crueles y colaborador con la Gestapo alemana. Cuando Phillipe murió, bueno ya sabéis, en 1975 y vi esa fotografía, me dio un vuelco el corazón, al ver a Dominique acompañado de Rene Labey y otro hombre. Poseer aquella foto, suponía tener poder sobre Dominique y aquel desconocido. Esa foto solo era posible si entre los tres hombres había una relación. Y uno de aquellos, era Rene Labey, al que se encontró muerto con un tiro en la cabeza en 1970. Al ver aquella fotografía, mis sospechas de que Phillipe había hecho desaparecer a Ana se confirmaron, pues sabía que Dominique trabajaba en el Psiquiátrico de Pamiers, pero al ver a Rene, mis esperanzas se vinieron abajo. La crueldad extrema de aquel hombre no dejaba mucho lugar a la esperanza.

Sonaban las cinco de la tarde en el pequeño reloj que había sobre el mueble del salón, cuando sonó el timbre de la puerta. Julián acudió a abrir y su sorpresa fue mayúscula al ver delante de él a Ives. La misma sorpresa que se llevaron todos cuando lo vieron entrar en el salón. A indicación de Anne, tomaron asiento alrededor de la mesa.

— Veo que os he sorprendido, espero que gratamente, al verme aquí. Es natural y requiere una explicación que por diversas razones, será breve y directa. También os ruego que no me hagáis preguntas y aceptéis mi explicación tal cual, sin aclaraciones. No os las puedo dar.

Julián miró a Louise por ver si ella entendía algo y la encontró igual de sorprendida que él. Miraron a Anne, quien parecía mostrar una leve sonrisa, con los ojos cerrados y sin decir nada. Sospecharon que entre ellos dos había algún secreto.

— Cuando vinisteis el otro día y trajisteis esa fotografía, me encontré con un descubrimiento capital. En aquella foto aparecían

tres ratas tras las que andábamos hacía más de treinta años. A una de ellas, a Rene ya la habíamos cazado en el 70, pero nos quedaban las otras dos porque desconocíamos quienes eran. Por eso, al ver la foto supe que por fin, habíamos dado con ellas y que nuestra búsqueda había terminado. Cuando supe que andabais tras los pasos de la hija de Anne, cuya existencia yo desconocía, y vi a aquellos personajes, tuve la certeza de que ellos participaron en la desaparición de Ana.

Anne, emitió un gemido a la vez que se echaba las manos a la cara. Louise y Julián enseguida la rodearon con sus brazos, tratando de infundirle ánimos.

— Por favor, escuchadme, os lo ruego. Escuchadme hasta el final —dijo Ives.

Una vez recuperada la atención, continuó con su relato. Anne enjugaba sus lágrimas con un pañuelo.

— Teníamos vigilada la casa de Dominique. —Julián recordó entonces a los dos hombres del coche y lo que le pareció una extraña disposición de ambos en el interior del mismo— El caso es que el mismo día que Julián habló con Dominique, este se reunió por la tarde con su amigo Fabien, la otra rata, cómplice suyo en la desaparición de Ana. Tengo que decir, que esta foto —Ives sacó la fotografía que le había entregado Julián en su casa, devolviéndosela a éste—, la utilizaba Phillipe para chantajear a Dominique y obligarle a que hiciera lo que quería, que era la muerte de su hijastra. Dominique y Fabien se juntaron en un bar de las afueras de Pamiers, después de que el primero fuera a buscar al trabajo al segundo. Cuando dieron por finalizado su encuentro y salieron a la calle, los capturamos y los interrogamos a fondo.

Julián miró a Louise, quien por toda respuesta se cogió del brazo de él. Ambos no acababan de creer lo que estaba oyendo. Ives continuó con su exposición.

— No tardaron mucho en confesar toda la historia que os he contado y nos confirmaron que a Ana la ingresaron en el Psiquiátrico de Toulouse.

La noticia cogió a Anne, Julián y Louise de improviso, incapaces de reaccionar al instante. Pasado unos segundos, los tres fueron conscientes de lo que acababa de desvelar Ives.

— ¡Toulouse! —exclamaron todos.

Ives, levantó la mano, pidiendo un momento de atención.

— Comprendo lo que significa esta noticia. Les preguntamos que sabían de ella, y Fabien, que fue el que hizo el ingreso real, nos dijo que desde entonces no sabía nada de cuál había sido su destino y que no sabía si estaba viva o no. Dominique desconocía absolutamente el destino de Ana, de quien se despreocupó desde el momento en el que se la entregó a Fabien. Tened en cuenta que han pasado desde entonces casi treinta años. Y en treinta años, han podido ocurrir muchas cosas.

— Entonces, ¿Ana se encuentra el Toulouse? —preguntó Anne.

— Allí es donde la ingresaron, en el Psiquiátrico de Toulouse —dijo Ives, levantándose y disponiéndose a marchar—. Bueno, yo ya he acabado mi misión. Espero que tengáis suerte y que encontréis allí a Ana. Y si en algo puedo ayudaros no dudéis en hacernos una visita a Montferrier, y por supuesto, espero esa visita una vez que deis por terminada vuestra búsqueda para poner al día a mi señora. No sabéis lo ansiosa que está por saber el desenlace de esta asombrosa historia,

Ives se dirigió decididamente a la salida, acompañado de Julián, de quien se despidió con un apretón de manos. Un coche le estaba esperando y partió raudo en cuanto Ives subió a su interior. Julián volvió al Salón, donde esperaban Anne y Louise, todavía impresionadas por la noticia.

Cuando entró, se fundieron los tres en un abrazo.

— Mañana iremos los tres a Toulouse. —anunció Julián.

Comenzaron a pensar en los preparativos del día siguiente, que además era domingo. Louise, indicó que al ser domingo, seguramente en el Psiquiátrico de Toulouse, no les podrían atender. Sin embargo, la ansiedad que mostraba Anne, decidió a Julián a desplazarse hasta Toulouse e intentarlo. En caso de que no fuera posible, pernoctarían en la ciudad y al día siguiente volverían de nuevo al hospital. Anne se alegró enormemente al oír la proposición de Julián.

Por su parte, y desde la lógica femenina, Louise, propuso ir los tres a Foix, a Anne la incluyó por no dejarla sola en el estado de ansiedad que se encontraba, a recoger algo de ropa de sus respectivas casa y hotel y regresar a Pamiers, dormir en casa de

Anne y partir temprano al día siguiente hacia Toulouse. El plan fue aprobado con entusiasmo por Anne, cuya vitalidad estaba en plenitud, ocupando todo su cuerpo. No era para menos, la noticia de que su hija, estaba, o podía encontrase en Toulouse, le había inyectado en su organismo adrenalina en grandes cantidades que la mantenía con un vigor impensable.

Los tres marcharon a Foix visitando primero el hotel de Julián, donde cogió un par de mudas, dos camisas y la bolsa de higiene, y seguidamente marcharon a casa de Louise, donde cogió bastantes más cosas que Julián, ocupando completamente un maletín que llenó completamente. Luego, decidieron llevar Anne a un restaurante a cenar, donde la alegría presidió la velada. Sin embargo, los tres, eran conscientes de que podía ser prematuro celebrar algo, pero verdaderamente, el haber llegado hasta aquel momento, también merecía ser celebrado. Ni en sus mejores previsiones, Julián habría soñado llegar al punto en el que estaban.

Pasadas las doce de la noche, iniciaban el regreso a Pamiers, a casa de Anne.

Capítulo XXXI.
Toulouse (Francia), domingo, 9 de Noviembre de 1980.

En casa de Anne, los ánimos estaban muy excitados. Los tres querían estar pronto en Toulouse y todos se levantaron muy temprano. La primera fue Anne, luego pasó por el baño Louise y finalmente Julián. Había dos dormitorios, uno de ellos de matrimonio, que era el que utilizaba Anne, un baño, la cocina y el salón. Decidieron que Louise ocupara el segundo dormitorio y que Julián utilizará el sofá, que habilitaron rápidamente. Anne durmió en su habitación. Cuando Julián salió del baño, se encontró la casa invadida por el aroma de un café recién hecho. En el salón, Louise estaba haciendo las veces de peluquera y maquilladora de Anne, pues, tal y como le había dicho a Louise, quería estar muy guapa.

A eso de las nueve estaban listos y atacados por los nervios para recorrer los setenta kilómetros que los separaban de Toulouse. Anne, lucía un traje de chaqueta y falda verde con adornos de unas pequeñas flores. En el cuello, llevaba un pañuelo a juego con el traje. Realmente tenía un aspecto señorial y era verdaderamente hermosa. Louise, se había vuelto a poner una chaqueta roja conjuntada con unos pantalones negros y zapatos del mismo color. Camisa blanca con bordados al pecho. Julián, camisa blanca, corbata azul, chaqueta azul marino y pantalones grises. Calcetines y zapatos de color negro, completaban la vestimenta. Las dos mujeres llevaban sendos bolsos que colgaban de sus hombros. Los tres se auto examinaron llegando a la conclusión de que iban vestidos de acuerdo para la gran ocasión que esperaban vivir. Tras contemplarse unos a otros, se dieron el *plácet* mutuo.

Diez minutos más tarde estaban ya sobre la carretera en dirección de Toulouse.

Por el camino Anne, les comentó los recuerdos que tenía de Ana cuando era pequeña. Las dificultades económicas por las que

tuvieron que pasar ambas, y el trato amable que recibieron de sus vecinos. Ana, por su carácter cariñoso en extremo, se había ganado el cariño de todos, y en este aspecto, Ana pudo apoyarse en ellos cuando por alguna razón debía ausentarse, dejando a Ana al cuidado de las vecinas.

Cuando comenzaron a entrar en Toulouse, a Anne, le comenzaron a asomar lágrimas de emoción y nervios. Louise que iba a su lado la llevaba abrazada por el hombro, tratando de confortarla dándole ánimos.

— Debes ser fuerte Anne. ¿Has pensado qué le dirás, cuando la veas? —le dijo por tratar de distraerla.

— ¿Tú crees que me reconocerá y sabrá que yo soy su madre?

— Yo creo que sí. Sobre todo a las madres se las reconoce al instante. Por lo que sea, pero es así —la animaba Louise.

Julián asistía a la conversación con una cierta preocupación. ¿Qué pasaría si Ana hubiera fallecido por causas naturales o por cualquier otra razón? Tenía entendido que las personas con el Síndrome de Down no se hacían muy mayores y habían pasado muchos años. Por otro lado, y con intención de desterrar el catastrofismo de sus mentes, le parecía absolutamente natural que Anne y ellos mismos, lo enfocaran desde el positivismo, con el convencimiento de que Ana todavía vivía. Para qué se iban a amargar viéndolo todo desde la óptica negativa. Fuera lo que fuese, ya no faltaba mucho para conocer qué es lo que le había deparado la vida a su hermana, y entonces y solo entonces, asumirían el desenlace.

Entraron por una enorme puerta a las instalaciones ajardinadas que rodeaban al edificio sanitario. Aparcaron en una zona habilitada para los visitantes y recorrieron una buena distancia hasta llegar a las cristaleras que constituían la entrada principal del Hospital, pasando a su interior. Se dirigieron hacia una enfermera que estaba tras una ventanilla que separaba el recibidor con la zona de trabajo del personal. Se adelantó Julián para hablar con ella.

— Buenos días señorita —dijo.

— Buenos días señor, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo amablemente.

— Verá. Venimos para informarnos sobre si en este hospital está ingresada una persona que fue ingresada hace veintiocho años. Se trata de la hija de esta señora —dijo señalando a Anne— y hermana mía. Comprendo que se trata de un asunto complejo, por lo que le rogaría que me pusiera en contacto con el Director o alguna persona que pudiera informarnos sobre este asunto, muy importante para nosotros, como podrá comprender.

— Ya entiendo y comprendo su urgencia. El caso es que hoy es domingo y realmente no hay nadie que pueda atenderles. Solo está el personal de turno, pero no están las Jefaturas ni el Director del Hospital, en todo caso sus suplencias. Mañana, a primera hora pueden volver, y yo, o quien esté en mi lugar, les podrá poner en comunicación con el Director. De verdad que lo siento, porque sé que para ustedes esto es muy importante. Pero no puedo hacer nada más.

Los tres escucharon los razonables argumentos que les daba la empleada que acompañaba con una expresión en su cara de la que se podía deducir su pesar por no poder atenderles como merecía aquella situación que se le planteaba. Tras agradecer su interés, salieron de nuevo a la calle un poco desilusionados pero conscientes de que aquello podía ocurrir, como así había sido. Anne, no pudo reprimir mirar el edificio, con el pensamiento de que su hija podría estar tras alguna de aquellas ventanas o en alguna habitación.

Julián propuso ir a buscar alojamiento en primer lugar y luego, después de comer, pasear y visitar algún cine o teatro, con el fin de que el tiempo se les pasará lo antes posible.

Reservaron tres habitaciones en *Le Grand Balcon Hotel*, y luego se dispusieron a recorrer la ciudad. Julián recordó que era domingo y Louise, tenía la costumbre de ir a misa. Esta vez no se le iba a adelantar Louise.

— Anne, Louise acostumbra a asistir a misa los domingos. ¿Te parece que vayamos a la Catedral y a la vez de visitarla, oímos misa? —Louise, le dedicó una amplia sonrisa a Julián a la vez que le acariciaba la cara, secundada por otra sonrisa de Anne, esta vez capciosa y con intención.

— Naturalmente que sí. Y yo, que aunque no soy muy creyente, sí que siento que algo o alguien debe de estar dirigiendo

todo esto. Yo también quiero dar las gracias, a ese ser real o imaginario, por todo cuanto me está sucediendo en estos últimos días, en los que habéis entrado en mi vida como un torrente de luz, de paz y de alegría. ¡Vayamos pues a la Catedral y recemos juntos!

Después de oír misa, visitaron el casco histórico de Toulouse, quedando prendados por la estampa de sus calles, casas, palacetes y edificaciones antiguas. En su errante recorrido, pasaron por delante de un quiosco de prensa que mostraba, en perfecto orden de revista y exposición, las portadas de varios periódicos locales, nacionales e internacionales. Una gran panoplia de prensa en varios idiomas se ofrecía a la vista del paseante.

Julián los miró por encima de forma instintiva, pero el titular de una noticia lo detuvo en seco frente al quiosco, mientras los demás seguían su camino. En la portada del diario de Toulouse, *La Depeche du Midí*, aparecía un titular sobre una fotografía en la que aparecían dos hombres muertos, portando dos cartones sobre su pecho, donde podía leerse ¡Traidores! El titular decía "Ajuste de Cuentas". Leyó el comentario en el que se decía que en Pamiers habían aparecido dos hombres con sendos disparos en la cabeza y con unos letreros con la leyenda "¡Traidores! El articulista comentaba que parecía ser un caso de ajuste de cuentas de los tiempos de la Resistencia y que de vez en cuando la opinión pública se despertaba con alguna noticia de ese tipo. Luego se aventuraba en explicar que algunos grupos de la antigua OAS se dedicaban a realizar este tipo de Justicia en el tiempo. La policía, había iniciado investigaciones al respecto, de las que se esperaba que, al igual que las veces anteriores, no arrojara resultado alguno.

Se incorporó al grupo completamente impresionado por lo que acaba de leer, bajo la interrogante mirada de Louise, quien se había dado cuenta de que se había parado ante el quiosco de prensa. Haciendo un aparte le dijo que luego se lo contaría.

Durante la comida, Anne se mantuvo animada y con ganas de hablar. Poco a poco fue desgranando los recuerdos que tenía con Ana y las pocas fotos que guardaba de ella, y que se había traído para mostrárselas si el destino y la fortuna les permitían encontrarla. Luego de repente, en un cambio radical de tema, les preguntó a Julián y a Louise, qué pensaban hacer con sus vidas, lo que sumergió a ambos en una momentánea confusión.

— Estáis hechos el uno para el otro. Esto lo vi desde el primer momento en que pusisteis los pies en mi casa. Sois personas maravillosas que merecéis caer uno en los brazos del otro, y no, como me pasó a mí, que caí en manos de un hombre ominoso y mala persona. De verdad os lo digo. Me haréis muy feliz el día que me comuniquéis que habéis formalizado vuestra relación.

Julián y Louise sonreían sin decir nada. No tenían nada que decir, sino acompañar las palabras de Anne con un silencio perfectamente interpretable.

— Y tú, Anne, ¿cómo te encuentras en estos momentos? — preguntó Louise.

Anne, guardo unos segundos antes de contestar.

— Yo ahora estoy estupendamente y me siento maravillosamente bien. Pero soy consciente de que me está sujetando la emoción de la posibilidad de encontrar a mi hija que me pone fuerzas de donde yo no sé. Ya sabéis de mi enfermedad y lo que me espera. Al menos, espero tener la dicha de verla de nuevo.

Hizo un silencio. Louise se sintió mal por haber preguntado. Pero fue la propia Anne, quien se dio cuenta del derrotero que tomaba aquella conversación y lo cambió absolutamente.

— ¿Sabéis que me apetecería ahora?

— No. —dijeron a dúo Julián y Louise.

— Ir al cine o al teatro. Hace cientos de años que no voy. Eso es lo que me apetecería. —dijo dejando perplejos a los dos jóvenes.

— Bueno. Pues no se diga más. Luego repasaremos las carteleras y veremos que películas proyectan. Y de paso, y esto creo que será más difícil, comprobaremos si hay alguna función de teatro en la ciudad.

Finalmente se decidieron por entrar en el Cine Gaumont, un local que disponía de cinco salas de proyección simultánea, para ver la película *Le Dernier Metro* (El último metro) de François Truffaut, y que estaba interpretada por Catherine Deneuve, Gerard Depardieu y Heinz Bennet, película que tenía unas excelentes críticas en la prensa. La acción de la película se situaba en la Segunda Guerra Mundial, donde un director de teatro judío se ve obligado a esconderse en la bodega del teatro donde su mujer y otros actores representan una obra. Sacaron las entradas para la

sesión de las 20 horas y pasaron el tiempo paseando por los alrededores y contemplando la belleza que ofrecía la ciudad. Una vez terminada la proyección, fueron a una cafetería donde tomaron churros con chocolates.

— Estos churros son parecidos a lo que en España llamamos porras, por el tamaño. Allí los churros son un poco más delgados. Pero de sabor están exquisitos. —dijo Julián.

— ¿Qué te ha parecido la película Anne? —preguntó Louise.

— Me ha gustado mucho y realmente está muy bien hecha, y sobre todo ambientada. Me ha recordado muchos momentos que yo he vivido, parecido a esos. En cierto modo, yo también he pasado por esos miedos y temores.

— Y habiendo pasado tanto, me asombra que aún quieras seguir viendo estas películas —dijo Julián.

— Podría darte dos tipos de razonamiento. Uno, cinematográfico, porque se trata del trabajo de tres genios del cine: Truffaut, Deneuve y Depardieu, en especial Truffaut y su diferente manera de ver los temas que trabaja. Siempre hay algo que te sorprende. Con él, aprendes que siempre hay varias formas de ver o enfocar las situaciones, los problemas, todo. Y el segundo es que, después de, como bien dices, haber vivido eso en primera persona, se siente una sensación especial al volver a revivir esos hechos, pero como simple espectador que revive las escenas y siente aquellas sensaciones pero desde la distancia, no en primer plano. Yo creo que te das más cuenta del peligro real corrido cuando lo ves, como por ejemplo en el cine o lo rememoras en tiempo pasado, que cuando fuiste actor principal de aquellos hechos. En esos momentos, en los que te toca vivir, sí o sí, situaciones en las que puedes perder la vida, aprendes a sobreponerte y a no pensar en ello, pero ese miedo lo llevas siempre dentro.

— ¿Realmente lo pasasteis mal, verdad? —preguntó Louise, a la vez que ponía su mano sobre la de Anne.

— Si muy mal. Pero no me refiero a los tiempos de la militancia en la Resistencia, que fueron malos, pero era tu voluntad la que te dirigía, con tus miedos absolutos, pero con tu propia determinación. No. Fueron malos, sobre todo cuando nació Ana y me encontré sola, sin Andrés a mi lado, y con mi hija con el síndrome de Down. El mundo se me vino abajo. *Madame*

Angélique, me miraba con lástima en silencio, sin decir nada. Pero solo con ver la cara de aquel angelito, se me pasaron las penas, y a partir de aquel momento, sabía que tendría que adaptarme a lo que la vida me pusiera por delante. Lo primero, lo fundamental, era sobrevivir por aquella criatura. Y por esta razón, mi vida posterior, fue la que ha sido, en la que vosotros habéis puesto un final, sea el que sea, que nunca, nunca, hubiera imaginado.

Julián y Louise escuchaban en silencio. Comprendían el drama de Anne.

— Pero ahora Anne, con Julián aquí delante, la vida ha querido hacer justicia contigo y esperemos, que también con Ana. —dijo Louise.

— ¡Ya lo creo! Ha sido algo tremendo. Si mañana encontramos a Ana, daré por bueno todo el sufrimiento que he padecido, porque podré abrazar a mi niña, sabiendo que cuando yo ya no esté, su hermano se encargará de ella —Anne cogió de la mano a Julián— y eso me produce una paz interior completa. Es un poco, como lo que os he comentado de ver las cosas desde una posición segura. Así lo veo yo. Si Julián no hubiera aparecido, me habría ido de este mundo sin tener la posibilidad de conocer lo que mañana conoceré, es decir, me hubiera ido sin ese padecimiento de dejar a mi hija sola en el mundo, simplemente por el hecho de desconocerlo.

— ¡Bueno, ya está bien de ponernos tristes! Mañana será un día glorioso, estoy seguro. ¿Estás en condiciones de andar un poquito más? —dijo Julián.

— Por mi sí. Me siento pletórica.

— Pues terminemos el día camino de algún restaurante donde cenar antes de volver al hotel y dar por concluido el día.

Aquella noche, ninguno de los tres pudo conciliar el sueño. La visita al Hospital los tenía a todos con los nervios a flor de piel y en realidad, no tenían argumentos sólidos para adivinar qué depararía aquella visita.

Capítulo XXXII.
Toulouse (Francia), lunes, 10 de Noviembre de 1980.

Sobre las 9,15 de la mañana, Anne, Julián y Louise, estaban de nuevo franqueando las puertas del Hospital Psiquiátrico de Toulouse. Les atendió la misma señorita que los había recibido el día anterior.

— Buenos días señorita —dijo Julián— Estamos aquí de nuevo.

— Buenos días tengan ustedes. Ustedes vienen buscando a un familiar ingresado aquí hace muchos años, ¿verdad? Pues, si esperan un momentito, voy a hablar con el Director para ver si los puede recibir e informarles sobre el motivo de su visita.

— Muchas gracias, señorita.

La empleada se levantó y se dirigió hacia uno de los ascensores, tras indicarles que esperaran en una zona dedicada a Sala de espera situada a un lado del recibidor, con vistas a los jardines que rodeaban el hospital. Diez minutos, más tarde el ascensor devolvió a la empleada que se dirigió directamente a donde se encontraban ellos.

— Si me hacen el favor de seguirme, les llevaré al despacho del Director del Centro, el Dr. Pierre Cousteau.

Momentos después, entraban en un amplio despacho donde les salió al encuentro el Dr. Cousteau, quien les invitó a que tomaran asiento en unas sillas situadas en una sala anexa al despacho del director, separada por cristales, dedicada a reuniones de aquel con sus colaboradores o visitantes..

Anne estaba muy nerviosa y Louise la ayudó a sentarse, colocándose a su izquierda. Notó como le temblaba todo el cuerpo, lo que le preocupó bastante. A la derecha de Anne se sentó Julián. El Director se sentó en su lugar de costumbre, presidiendo la mesa.

— Me ha contado la señorita de recepción la cuestión que les trae aquí y realmente es una historia humana impresionante. Si les parece, y me facilitan los pormenores, trataré por todos los medios de ayudarles en su búsqueda.

Julián procedió a ponerle al día de los motivos e investigaciones que les habían llevado hasta aquel hospital. El Doctor, escuchaba con gran atención y de vez en cuando tomaba nota. Cuando Julián acabó de exponerle todo, se produjo un pesado silencio, mientras el Director, repasaba sus notas.

— Me dice que la muchacha, se llamaba o llama Ana Bestué.

— Exactamente ese es su nombre —dijo Anne— Ana Bestué, como su padre.

El Doctor Cousteau miró a Anne, y le acarició la mano. Conmovido por la tensión interior que podía adivinarse en su rostro.

— No desespere. La esperanza es lo último que debe perderse —dijo.

Se levantó y se fue a la mesa escritorio de su despacho donde descolgó el teléfono y marcó un número.

— Claude, sería tan amable de traer a mi despacho la lista completa de todos los pacientes que tenemos ingresados con Síndrome de Down. Y además, tráigame también el listado de altas y bajas desde el año 1952. Lo antes que pueda, pero primero hágame llegar la lista de los ingresados actuales.

A Julián y a Louise no se les escapó la intención del Director al pedir también las altas y bajas producidas desde el año 1952. Esa era una posibilidad muy real. Mientras llegaban los datos pedidos, el Director regresó de nuevo a la sala anexa, sentándose de nuevo con sus visitantes.

— El caso es que me consta que tenemos algunos pacientes ingresados muy antiguos. En su mayoría, con unas historias terribles a sus espaldas. Y debo decir que muchos de ellos aportan al Hospital una labor encomiable, pues son capaces de realizar pequeñas labores manuales, incluso artísticas como pintura, escultura, etc. lo que les permite tener una actividad constante y cuando periódicamente se llevan a cabo exposiciones en museos o en algunos actos, ellos ofrecen sus trabajos a los visitantes, obteniendo algunos ingresos por la venta de las obras que ellos han

creado. Pero, también es cierto, que algunos tienen traumas terribles que los tienen aprisionados en un mundo cerrado.

Alguien llamó a la puerta y un segundo después se abrió. Un hombre llevaba en sus manos una carpeta que entregó al Director.

— Gracias, Claude.

El empleado salió del despacho y el Doctor comenzó a repasar la lista, bajo la atenta mirada de Anne, Julián y Louise.

— Ana Bestué… —dijo, comenzando a pasar páginas. Cuando llegó al final, volvió a iniciar de nuevo la búsqueda desde el principio.

Anne, comenzó a temblar de nuevo, y Julián y Louise se apretaron a ella. No parecía que Ana estuviera en aquella lista.

— No la encuentro aquí. De cualquier manera, debemos esperar a tener el listado de entradas y salidas, por si por alguna razón hubiera sido trasladada a algún otro centro. —dijo el Doctor con el rostro apesadumbrado al ver como Anne, comenzaba a derrumbarse.

Luego se dirigió de nuevo hacia el teléfono preguntando de nuevo por Claude. Tras hablar con él, les dijo que hasta primeras horas de la tarde, no tendría preparado el listado. Quedaron en verse a las tres o tres y media en el despacho. En ese momento sabrían definitivamente, lo que hubiera ocurrido con Ana.

Ya en la calle, Anne, se sentó en uno de los muchos bancos que había en la zona ajardinada del hospital. No decía nada, pero su rostro lo decía todo. No quería llorar, quería hacerse la valiente, pero no podía. Louise la abrazó y le dedicó palabras de ánimo, poniendo un nudo en la garganta de Julián. Como ninguno tenía ganas de comer se dedicaron a pasear y ver los alrededores del Hospital, sin alejarse mucho de él.

El paseo les sentó bien a los tres. De entrada, calmó su ansiedad y volvieron a subirse al tren del optimismo del que se habían bajado, al ver que Ana no figuraba como ingresada en el hospital. Al fin y al cabo, también era posible que la hubieran trasladado a otro lugar.

A la hora fijada, estaban en el amplio recibidor del hospital, esperando a que los llamaran al Despacho del Director. Quince minutos después de la hora acordada, la muchacha que los había atendido por la mañana, volvió a acompañarlos de nuevo al

despacho del Director. Ya en su interior, esperaron unos minutos hasta que éste entró de nuevo llevando en la mano un listado de varias hojas. Con manos nerviosas comenzó a repasar el listado y conforme pasaban las hojas el nerviosismo se iba apoderando de todos, incluido de él mismo. Finalmente acabó el listado sin encontrar lo que buscaba.

El Doctor Cousteau se apoyó en el respaldo de su silla, poniendo cara de no comprender nada.

— Aquí tampoco está. Esto es rarísimo. No acabo de entenderlo. Claro está que estamos dando por cierto que la niña fuera ingresada en este hospital. ¿Cabría la posibilidad de que no hubiera…? —se paró en seco, levantándose rápidamente y dirigiéndose de nuevo al teléfono. En esta ocasión, pregunto por alguien de nombre Madeleine. Pasados unos momentos, ésta se puso al teléfono.

— Madeleine, soy el Doctor Cousteau. Quiero hacerle una pregunta. En una ocasión, me comentó usted que había una interna con Síndrome de Down, que no quería que la llamasen por el nombre que ponía en su ficha y se enfadaba mucho si no se le llamaba con otro nombre. ¿Recuerda que nombre era éste?

Al otro lado del teléfono, Madeleine le dijo el nombre.

— Por favor, Madeleine ¿quiere usted subir a mi despacho acompañada de esa muchacha? Muchas gracias. Pero antes, dígale a Claude que me suba el dossier completo de esta paciente, ¡Ah! Y cuando esté preparada, llámeme antes —y colgó el teléfono.

El Director se dirigió directamente a Anne, con una gran sonrisa y visiblemente emocionado, abrazándola entrañablemente.

— Ahora viene su hija, Anne.

Julián se abrazó a Louise y luego ambos a Anne. Las dos mujeres lloraban y él tenía un nudo en la garganta que le producía una molestia dolorosa. Algo parecido le sucedía al Dr. Cousteau. Por fin iban a tener junto a ellos a Ana.

Capítulo XXXIII.
Toulouse (Francia), lunes, 10 de Noviembre de 1980.

Mientras esperaban la llegada de Ana, el Doctor Cousteau, les explicó lo que había motivado su reacción.

— En el momento de revisar las altas y bajas y no aparecer el nombre que buscábamos, de pronto he recordado un hecho muy curioso ocurrido con un paciente. Madeleine, la Responsable Jefe de la Quinta Planta, la que ocupan estos pacientes, en alguna ocasión durante las reuniones semanales que realizamos de seguimiento a los pacientes, había comentado una curiosa situación con una interna que nos llamó la atención a todos los presentes. Se trataba de una paciente que según su ficha de ingreso se llamaba Claire Lamont, pero que ella lo rechazaba de plano, asegurando que se llamaba Ana Bestué. Sus enfados eran tremendos, y de hecho, hoy se le llama así, no solo por los cuidadores sino por los propios internos. Cuando he recordado este caso, no me acordaba del nombre con el que la paciente quería que se le llamara. Por eso he preguntado a Madeleine. Cuando me lo ha recordado, sabía que la habíamos encontrado.

Anne, se puso de pie, sin saber exactamente qué hacer. Louise y Julián y el Doctor trataban de calmarla. Llamaron a la puerta y de nuevo Claude apareció tras ella llevando en su mano un archivador que entregó al Director.

Este se sentó en su escritorio del despacho e invitó a Anne, Louise y Julián a que ocuparan las sillas que quedaban frente a su mesa. Abrió el archivador y sacó de él todas las carpetas que contenía. Por el número de éstas, podía verse que la información que contenía era voluminosa. Cogió la ficha que contenía un resumen y los datos del paciente al que se refería todo aquel volumen de información. En el lomo, podía verse claramente el

nombre de Claire Lamont y una fecha: 23 de Julio de 1952. Y alguien había escrito a mano Ana Bestué.

— Claire Lamont. Fue ingresada en este Psiquiátrico el 23 de Julio de 1952. Según dice aquí, no tiene parientes conocidos y había sido hallada en muy malas condiciones abandonada en una casa. Aquí no figura una fecha de nacimiento, pero alguien ha indicado que tenía siete años. —leyó en voz alta el Doctor Cousteau, quien siguió seleccionando carpetas y poniéndolas en un determinado orden. Comenzó consultando sus contenidos ante el silencio y la tensión contenida de sus tres visitantes. Tras un prolongado tiempo en el que fue leyendo algunos documentos y revisó la práctica totalidad de las carpetas, levantó su vista del dossier y los situó sobre Anne.

— Tengo aquí un completo historial de una paciente que fue ingresada con el nombre de Claire Lamont y que se niega a ser llamada por ese nombre, exigiendo que se la llame Ana Bestué Carpentier, según reza en una nota añadida. Gracias a su extraordinario empeño, nos ha permitido localizar a Ana. Según estos informes, se trata de una paciente con un grado medio de minusvalía, que ha respondido perfectamente a los tratamientos cognitivos y desarrollo de sus habilidades intelectuales y manuales, siendo en este momento, una paciente muy valorada por los celadores y técnicos que tratan con ella. Leo aquí, que en ocasiones muestra momentos de ausencia, como sumergida en sus propios recuerdos, pero que una vez superados mediante la acción de algún cuidador u otro interno, se recupera normalmente. Tiene ahora 35 años y goza de una muy buena salud. Le gusta el pollo, las verduras y el helado, siendo una entusiasta seguidora, ¡qué curioso!, de Edith Piaf.

— ¡Oh, Dios mío! —Anne, no pudo evitar el comentario al oír su pasión por Edith Piaf— ¡Es mi cantante favorita!

— Esta claro que esta paciente, es un mundo de sorpresas. Algo verdaderamente curioso. Aquí, en estas carpetas tenemos todo el historial de Ana desde que ingresó aquí. Incluso, tenemos fotografías que luego les mostraré y podremos comentarlas.

En aquel momento, sonó el teléfono que cogió rápidamente el Director.

— Bien, ahora les digo que pasen —y colgó.

— Su hija está ahí fuera Anne. Pero antes de hacerla pasar, debe de tener en cuenta que hace 27 años que no la ha visto y que es muy posible que ella no la reconozca. No quiero que sufra por ello. Hay que dar tiempo al tiempo. Usted, con seguridad, la reconocerá a pesar del tiempo transcurrido, pero ella no tiene, creo, esa capacidad, aunque dado lo que conocemos de este caso, ya no me atrevo a decir nada. Naturalmente, yo le diré que usted es su madre y una vez que de alguna forma se haya restablecido el vínculo, usted le explicará que Julián es su hermano. Por supuesto, no hay que darle explicaciones de la razón de este hecho. Simplemente, lo aceptará sin más. En resumen, quisiera que fueran conscientes del tiempo que ha pasado y que por consiguiente, las cosas a lo mejor no ocurren como desearíamos, instantáneamente, sino que se llevara un tiempo el que todos, sobre todo Ana, asimilen la nueva situación. Deje que ella tome la iniciativa. Le aseguro, les aseguro, que estas personas en cuestión de trato humano, están muy por encima de nosotros. ¿Estamos de acuerdo?

— Totalmente. Y muchas gracias doctor. —dijeron los tres.

— Voy a pedir que pasen. Pueden permanecer de pie. ¡Y no sabe usted, Anne, cómo deseo que este encuentro sea muy feliz! Como profesional, debo reconocer que estoy absolutamente fascinado y emocionado.

El Director se dirigió a la puerta y la abrió.

— Ya pueden pasar —dijo, haciéndose a un lado.

Primero apareció Ana, vestida con una camisa blanca, pantalones azules y zapatos marrones. Lo hizo tímidamente, como si presintiera que algo importante iba a ocurrir allí dentro. Tras ella lo hizo Madeleine, quien hizo un gesto de saludo con la cabeza a los presentes sin decir nada. Una vez dentro, cerró la puerta.

Ana observaba con atención y hasta con cierto temor a las cuatro personas que tenía ante ella. Conocía al doctor Cousteau. Eso la tranquilizó un poco. A su lado, vio a dos mujeres que lloraban, una mucho más joven que la otra y a un chico. Todos tenían fijada su mirada en ella. Por un momento, se sintió un poco confusa y no terminaba de encontrarse segura. No sabía que hacer e ignoraba qué esperaban de ella. El doctor vino a su encuentro y la tomó del brazo, acercándola a Anne.

— Ana, voy a darte una noticia muy bonita. ¿Qué te parece?

— Muy bien. Me parece muy bien —dijo Ana, mirando al doctor.

— Esta señora es tu madre, a la que hace muchos años que no ves.

Ana se detuvo en seco. El Dr. Cousteau notó en el acto la rigidez de su brazo y por el ligero movimiento de su cabeza, dedujo que se hallaba ante un cuadro de tensión. En aquellos momentos Ana se sentía invadida por un torbellino de sensaciones y sentimientos que le producía desconcierto e inseguridad.

— Todo el mundo tiene que tener una madre —fue lo primero que pensó y lo que le dio una cierta tranquilidad.

Anne, que en aquellos momentos, veía a su hija, no con su aspecto actual, sino exactamente como la vio la última vez que la abrazó cuando tenía seis años, se acercó a ella con los brazos abiertos. Ana no reaccionó durante un instante. Luego se dejó llevar de sus emociones y abrió los suyos, fundiéndose ambas en un abrazo.

En aquel momento mágico, las emociones de madre e hija se liberaron de tantos años de encierro y opresión saliendo en tropel al exterior, comunicándose en un instante y sin palabras, las infinitas confidencias que ambas guardaban en el interior de sus almas. Y en medio de aquella atmósfera embriagadora, Anne, comenzó a musitar en el oído de Ana una vieja canción. Era el estribillo de la canción *l'Accordeoniste*, de Edith Piaf y que tantas veces le cantó cuando era niña:

— Elle écoute la java (Ella escucha la java)
Mais elle ne la danse pas (Pero no la baila)
Elle ne regarde même pas la piste (Ni siquiera mira la pista de baile)
Et ses yeux amoureux (Y sus ojos amorosos)
Suivent le jeu nerveux (Siguen el juego nervioso)
Et les doigts secs et longs de l'artiste (De los dedos secos y largos del artista)

Ana, abrió los ojos, sorprendida. Al escuchar aquella tonada, algo se había removido entre sus recuerdos y de entre todos ellos, seleccionó uno y entonces comprendió. Volvió a cerrarlos y se

abrazó a Anne con una fuerza que a su madre le pareció maravillosa, juntando su cara contra la de ella y estrechándola contra sí como si quisiera recuperar todos los abrazos que se habían perdido en todos aquellos años de separación. Y al instante, comenzó a sentirse segura y relajada, sintiendo un torrente de amor hacia aquella mujer, y ante el asombro de todos, Ana, comenzó a acompañar a Anne en su canción.

— Ça lui rentre dans la peau (Se le mete en su piel)
Par le bas, par le haut (Por abajo, por arriba)
Elle a envie de chanter (Tiene ganas de cantar)
C'est physique (Es algo físico)
Tout son être est tendu (Todo su ser se tensa)
Son souffle est suspendu (Su aliento se suspende)
C'est une vraie tordue de la musique (Es una obra retorcida de la música)

— ¡Mamá! —Musitó y volvió a repetir— ¡Mamá!

El reencuentro se había producido. Julián y Louise se hallaban abrazados y también lloraban, lloraban todos. La emoción de aquel momento había superado todos los diques de contención de las emociones y todos permitieron que éstas se manifestaran libremente, para dejar constancia de que los humanos, a veces, sabemos serlo.

Pasaron unos instantes, tras los cuales, todos trataron de recomponer sus sentimientos y establecer un poco de control sobre ellos.

Anne, se sentó con Ana. No se cansaba de mirar a su hija, y ésta no se apartaba de ella ni un segundo, abrazándola constantemente. Sorprendentemente, en el alma de Ana, no había rencor, no lo había habido nunca. Solo cariño a raudales para dar. Madre e hija se miraban y se abrazaban ante la mirada sonriente del resto.

Todavía quedaba darle una nueva noticia a Ana. Y la encargada sería Anne. Se pusieron en pie, y está cogió de la mano a Julián y Ana, situándolos frente a frente. Ana miro a Julián con una sonrisa, y de forma espontánea lo abrazó.

— Este muchacho se llama Julián Bestué y es tu hermano — dijo Anne.

Ana, sonrió, dudó un segundo, y se volvió a abrazar a su hermano, alzándose de puntillas pues Julián le sacaba dos o tres palmos de altura.

— Ya no nos separaremos nunca. Siempre estaremos juntos —dijo ante el estupor general.

Los dos hermanos volvieron a abrazarse. Julián sentía en su interior una alegría enorme. En aquel instante se acordó de su padre, con la satisfacción del deber cumplido. Luego de su madre, a la que abrazó también en su corazón. Y finalmente Louise, a la que dirigió una mirada llena de agradecimiento y amor.

Capítulo XXXIV.
Toulouse (Francia), lunes, 10 de Noviembre de 1980.

Mientras Anne y Ana, junto con Madeleine se intercambiaban abrazos y palabras, Julián y Louise hablaban con el Doctor Cousteau.

— ¿Sería posible que Ana se viniera con nosotros en este momento? —preguntó Julián.

— No creo que haya inconveniente, pero tenemos que formalizar la documentación para que ustedes la firmen y pasemos legalmente la custodia de Anne del Estado a su madre. Es un papeleo necesario, que llevará seguramente un par de días.

— No habría problema. Estamos alojados en *Le Grand Balcon Hotel*, Simplemente saber si en este periodo de espera, Ana puede alojarse con nosotros en el Hotel.

— ¡No creo que pudiéramos separarlas una de la otra! —Dijo el doctor Cousteau, sonriendo, mirando a ambas abrazadas— Por supuesto que sí. Además, este tiempo también podríamos aprovecharlo para darles algunos consejos sobre estos pacientes, que son maravillosos, pero que en ocasiones hay que saber llevarlos.

— Perfecto. Una cosa, ¿el historial médico, sería posible que pudiéramos tener una copia de él?

— Por supuesto. Nosotros les daremos una copia de este dossier y fotocopias de las fotografías que tenemos de ella de su estancia por el Centro. De su estancia en Pamiers, que me comentan que estuvo ingresada, no nos consta nada, y al parecer allí tampoco tienen nada.

— Así pues, ¿podemos llevarla con nosotros? —dijo Louise.

— Si, perfectamente. Veo que han congeniado extraordinariamente ¡Madeleine! —Llamó el Director— Ana se va a ir con ellos. ¿Podría traerle el abrigo a Ana?

— ¿Y el resto de su ropa? —preguntó Madeleine.

— No, no es necesario. Ir de compras será lo primero que hagamos en cuanto salgamos de aquí, para adquirir lo que necesite. Muchas gracias. —contestó Julián.

Madeleine abandono el despacho en busca de la prenda de abrigo de Ana. Una hora más tarde, abandonaban el Hospital, absolutamente felices y aunque en el cielo, aparecieron negros nubarrones, en sus corazones se había instalado el sol. Aquel día lo ocuparon en comprar ropa nueva para Ana, pasear por las calles de Toulouse a pesar de la amenaza de lluvia y comer en el Hotel.

Por la tarde Julián y Louise visitaron de nuevo al Doctor Cousteau, mientras madre e hija se recuperaban de su separación y se comunicaban a su manera, las cuitas que guardaban en el fondo de su corazón. Lo primero que hicieron fue poner en antecedentes al Doctor del estado de salud de Anne y su temor de que una vez superado la fase del encuentro con su hija, sus fuerzas se vinieran abajo de forma brutal. El Doctor estuvo de acuerdo con ellos y recomendó a Julián que estuviese el mayor tiempo posible con su hermana, para que cuando se produjera el fatal momento, ella tuviera a alguien en quien refugiarse. Este tipo de noticias, producían un gran dolor en estos pacientes, pues por su especial forma de percibir y situar en el tiempo los sucesos, cada vez que los recordaban, tenían tendencia a creer que estaba volviendo a suceder lo que ya había ocurrido en tiempos pasados.

Julián estaba dispuesto a llevarse a Anne y a su hermana a Zaragoza, lo que le pareció muy conveniente al Doctor Cousteau. Quedaron para el día siguiente para la firma de los documentos y entrega de la copia del Historial médico de Ana.

En el hotel se encontraron a madre e hija en el *Hall*, esperando su llegada. Ana les contó que habían ido a dar una vuelta por la ciudad y que Anne le había comprado unos guantes de lana. A las dos se les veía felices y sonrientes. Ana, en cuanto vio a Julián y a Louise, salió a su encuentro para recibirlos con un abrazo a cada uno. Luego se quedó mirándolos a ambos.

— ¿Sois novios, no? —dijo con una pícara sonrisa, volviendo donde estaba su madre.

Julián y Louis se miraron.

— ¿Somos novios? —dijeron a dúo.

— Lo somos —y se abrazaron. Un segundo después, Ana llegaba a su lado para abrazarlos de nuevo.

Al día siguiente, firmaron toda la documentación pertinente y Ana quedó legalmente bajo la custodia de Anne y Julián. Además del documento, les entregaron un archivador con el historial médico de Ana, quien se empeñó en ir a despedirse de sus amigos y compañeros de planta, insistiendo en que la acompañaran su madre, su hermano y Louise, porque deseaba presentarlos a sus amigos.

— Prepárense, porque las despedidas serán largas y emotivas. Entre ellos, se establecen unos vínculos afectivos extraordinarios. Observen como se conducen. Va a ser un momento duro, les advierto.

Acompañados de Madeleine, bajaron a la quinta planta. Una vez allí, Madeleine los reunió a todos en la Sala de Juegos, donde esperaban Ana y el resto.

Poco a poco comenzaron a entrar Pablo, Berta, Carlos, David, Verónica, Daniel, Cristina, María y Josán sus amigos de siempre, quienes en un principio se mantuvieron distantes sin entender aquella reunión. Madeleine comenzó por explicarles que Ana iba a dejar el hospital y que se iba a vivir con su madre y hermano, a los que no veía desde hacía muchos años, y que por ese motivo quería despedirse de todos ellos.

Ana, en un principio se dirigió a todos presentando a su madre Anne, a su hermano Julián y a Louise, a los que abrazó delante de todos. Luego fue junto a cada uno de ellos, cogiéndoles de las manos e invitándoles a que la visitaran, asegurándoles que en su nueva casa siempre serían bien venidos. A todos los consideraba como hermanos y les hizo recomendaciones particulares.

— Berta, eres como una hermana para mí y compartir contigo es lo mejor que me ha pasado, la mejor amiga que he tenido y siempre lo serás —tras lo cual se abrazaron sin que Berta pudiera evitar echarse a llorar, acudiendo a consolarla el resto de amigos, además de Madeleine, Anne, Julián y Louise.

Verónica se adelantó a todos y se abrazó a Ana, diciéndole que era su mejor amiga y tampoco pudo evitar llorar.

— Verónica, mi amiga más guapa y que llegarás a ser modelo. Siempre me acordaré de ti. —le respondió Ana.

Cuando le llegó el turno a Pablo, este también andaba un poco lacrimoso.

— Pablo, eres un gran escritor y la amistad de dos amigos es muy importante, ¿verdad que sí? —le dijo, abrazándose, mientras Pablo tampoco podía evitar, ni quería, llorar por la despedida de su amiga.

A Carlos, que se mostraba un tanto tímido, le dijo que era como su hermano y que siempre iba a recordar su sonrisa. Y que se buscase novia. Y también lo abrazó.

A Cristina, que esperaba su turno con cara de tristeza, la abrazó tratándola de hermana pequeña. Lo mismo hizo con María, a la que animó a seguir escribiendo sus maravillosas historias al igual que a Daniel, autor de un libro de héroes, publicado por el hospital.

A David, le animó a seguir con la informática y a Josán lo abrazó tiernamente.

— Eres como un hermano pequeño—dijo abrazada a él— Cuando naciste yo fui a visitarte y te tuve en mis brazos. Desde entonces somos amigos, ¿verdad que si, Josán?

Algo más de una hora anduvieron entretenidos con aquella despedida y cuando Ana, por enésima vez se despidió de todos con lágrimas y abrazos y dio por acabada la despedida, cogió a su madre y a su hermano de la mano dirigiéndose hacia el ascensor. Claramente parecía indicar con su actitud, que su vida había acabado en aquel lugar y deseaba iniciar otra nueva con su familia. Madeleine, se despidió de ellos y se quedó con el grupo para tratar de consolarlos pues el momento había sido duro y pensaba que lo sería durante los próximos días. Subieron a la sexta planta donde esperaba el Doctor Cousteau, emocionado, para decir adiós a una paciente tan especial.

Del hospital, se dirigieron al hotel donde hicieron las maletas y todos juntos emprendieron camino de Pamiers. Durante el trayecto, madre e hija cantaron varias veces *L'Acordeonist* y casi llegando a Pamiers, se añadieron también como coro, una vez aprendida la melodía, Julián y Louise.

Ana estaba verdaderamente revolucionada. Por primera vez en su vida, sentía y veía cosas nuevas y experimentaba nuevas sensaciones y conocía nuevas personas. Recorría por nuevos

lugares y nuevas calles. Se paraba ante los escaparates de las tiendas y admiraba lo que en ellos se exponía. Lo primero que hizo en casa de Anne, fue recorrerse el piso y elegir habitación. La agitación se había apoderado de todos y andaban un poco al socaire y ritmo de Ana. Poco a poco, la situación fue normalizándose y tanto Julián como Louise, se sentían extraordinariamente felices por lo bien que había resultado todo. A partir de aquel momento, tendrían que abordar la situación futura de Anne.

Durante la cena, Ana se mostró encantadora. Cada poco se levantaba y abrazaba a su madre, a Julián o a Louise, a quien había aceptado totalmente. Anne, contrariamente, permanecía callada muchos momentos y tan solo sonreía cuando Ana la besaba o la abrazaba. Julián y Louise temieron que Anne estaba a punto de sufrir un bajón de energía en su cuerpo, una vez que la tensión de la búsqueda de Anne desapareciese y la adrenalina fuese faltando de su organismo. Pero los pensamientos de ésta, andaban adelantando acontecimientos y comenzaba a pesarle el momento de abordar su propia realidad.

Cuando Ana, finalmente consintió en ir a dormir, se quedaron los tres en el comedor. Anne, fue la primera en abordar el tema.

— Bueno hijos. No podéis imaginar lo inmensamente feliz que me siento. Siento una paz interior como jamás había sentido. ¡Hacía tantos años que no me encontraba así! Pero esta alegría y felicidad, no evita que sea consciente de la realidad. Solo que ahora mi futuro me preocupa bastante menos, sabiendo que el de Ana está asegurado. Y en consecuencia, quiero que vosotros dejéis de preocuparos por mí. Todos sabemos lo que tengo. Un cáncer que poco a poco me va acorralando y en no mucho tiempo, dos o tres años acabará con mi vida. Esto ya lo tengo asumido. En cualquier caso, mi preocupación es Ana y lo que pueda suponer para ella. Para eso cuento con vosotros dos —Julián y Louise intercambiaron una rápida mirada—, sí, con los dos. Tú no eres hijo mío, Julián, pero te considero como tal. Sé que cuidarás de Ana, como yo misma. Lo veo en tus ojos, en los de los dos. Por eso, afronto este tramo final con tranquilidad y naturalidad. Rodeada de mis buenos recuerdos y extirpados los malos, en vuestra compañía y con Ana a mi lado. ¿Qué más puedo pedir?

— Quiero proponerte una cosa Anne. Y es que vengáis Ana y tú conmigo a Zaragoza, donde todos juntos podremos compartir lo que tenga que venir. Y Louise, si quiere, puede sumarse al equipo —dijo Julián.

— ¡Claro! ¡Me sumo al equipo!—dijo Louise— Por mi parte no hay problema.

Anne dio dos golpes suaves sobre la mesa con su mano.

— Pues por mí, estoy de acuerdo. Vosotros debéis volver a vuestras actividades normales, por cierto Julián, ¿habías pensado en algún momento en que cuando todo esto acabase, volverías a España con tres mujeres? —dijo Anne, poniéndose en pie.

— ¿Pensarlo? ¡Si ni siquiera sabía a ciencia cierta a lo que venía! —exclamó Julián.

— Ahora regresáis a Foix —dijo Anne, con autoridad—, y mañana cuando regreséis, Ana y yo tendremos preparadas las maletas para el viaje a España. No os preocupéis por nosotras, estaremos bien. Ana ya duerme, agotada. Y yo exactamente igual.

— En cualquier caso —dijo Louise— será obligado de camino hacia España, pasar a ver a *madame* Brigitte y a *madame* Margot. Ya sabéis que están deseando saber el desenlace final de esta historia.

— Naturalmente. Lo prometido es deuda. Y además comunicar buenas noticias siempre es muy agradable.

Un rato más tarde, Anne contemplaba desde la ventana de su casa, como Julián y Louise emprendían camino de Foix. Ella se pasó por la habitación donde dormía Ana, y estuvo bastante tiempo contemplándola. Luego se sintió agotada y se fue a su habitación.

Aquella noche, durmió de un tirón, con un sueño plácido, profundo, ausente de pesadillas, cómo hacía muchos años que no lo hacía.

Cuando Louise y Julián emprendieron camino de Foix, lo hicieron con una sensación de vacío. Los días precedentes habían ocupado intensamente todas sus energías y todos sus pensamientos, y una vez resuelto el objetivo de tales esfuerzos, la relajación les había dejado un poco lasos y descolocados.

— Bueno Louise. Según parece la misión que me trajo hasta aquí, ha terminado felizmente. Ahora quedamos nosotros dos y aunque la verdad es que nuestra relación ha transcurrido

zarandeada por situaciones ajenas a nosotros, debo decirte que, si estoy feliz por haber encontrado a Anne y a mi hermana, más lo estoy de haberte conocido a ti.

Louise escuchaba en silencio mirando a Julián, quien mantenía la mirada en la carretera y de vez en cuando la volvía hacia ella, encontrándosela con una sonrisa que parecía animarle a seguir con su discurso.

— Por ello, quiero pedirte que me permitas seguir viéndote con la intención de que formemos una familia en un futuro cercano. Ya has visto que todo el mundo nos lo recomienda. ¿Podemos hacer oídos sordos a todos ellos?

Louise se reía por la ocurrencia de Julián. Ella ya había decidido hacía algún tiempo, por lo que no le fue difícil decírselo.

— Es lo que yo más deseo. Seguir a tu lado y andar juntos el camino. —dijo escuetamente, guardando silencio.

Julián se quedó también en silencio. Y tal y como ya hizo en otro viaje anterior, detuvo el coche en el arcén, fundiéndose con ella en un abrazo. Esta vez se besaron como dos seres que se deseaban.

— Pues si ya está todo decidido, solo nos queda planificar lo que hemos de hacer en las próximas semanas.

— Sí. Y mañana le pediré a René una semana de vacaciones. Espero que me la conceda.

— Si no es así, se las vería conmigo —exclamo Julián con voz grave, al estilo vaquero, que arrancó una carcajada de Louise.

Arrancaron y durante el resto del trayecto fueron comentando muchos aspectos de lo que deberían organizar hasta llegar a la boda. Por de pronto, los viajes que deberían realizar de España a Francia y viceversa, especialmente Julián, que debería ir a París para conocer a los futuros suegros.

Capítulo XXXV.
Pamiers (Francia), martes, 11 de Noviembre de 1980.

Al día siguiente, Julián y Louise, se desplazaron a Montoulieu, para informar a René del feliz resultado de las investigaciones, y de paso, que Louise hiciera su petición de una semana de vacaciones. Por último y como colofón del informe, le comunicaron el compromiso de ella con Julián.

— Eso es algo que me lo había imaginado desde el principio, a la vista de cómo os conducíais. Y a mi madre, tampoco se le había escapado. Se alegrará cuando se lo diga.

Concedido y obtenido el permiso, ambos regresaron a Pamiers en busca de Anne y Ana. Esperaban que no hubiera sucedido algo parecido a lo de la vez anterior. Verdaderamente, ello hubiera sido terrible con Ana presente

Cuando Anne abrió la puerta, ya se dieron cuenta de que todo estaba en orden. Ana, venía detrás y se abrazó efusivamente a los recién llegados. Les contó entusiasmada como ella había elegido su propio atuendo, un vestido camisero de punto en tonos verdes y zapatos de charol planos. Luego les dijo lo mucho que le gustaba como iban ellos vestidos.

Anne escuchaba emocionada las explicaciones de Ana. Tal y como había prometido la noche anterior, las maletas estaban preparadas y las dos mujeres presentaban signos de nerviosismo ante un viaje que les abría nuevas expectativas en otros lugares que no conocían. Pero el nombre de España, producía un atractivo especial, sobre todo para Anne.

En el comedor, Julián les explicó la organización del viaje. La primera etapa sería Montoulieu, donde visitarían a *madame* Brigitte, en *Chez La Font*, lugar en el que en tiempos vivió Anne, a quien le hizo ilusión la posibilidad de volver a verla para poder saludarla y agradecerle el hecho de haber puesto a Julián sobre su

pista. Luego seguirían hasta Montferrier donde visitarían a Ives y a su esposa, *madame* Margot. Y finalmente, y una vez realizadas las visitas de cortesía, continuarían camino de Zaragoza, con parada en algún lugar para comer o descansar. Preveía que a última hora de la tarde llegarían a la capital maña. Desde el hotel en Foix, había llamado a Alma y Aimara, comunicándoles su llegada y la de tres personas, lo que las había sumido en un mar de nervios, aparte de provocarles una sorpresa mayúscula, al advertirles que sus acompañantes eran su novia, su hermana y la madre de su hermana, la señora a la que había ido a buscar. Sin embargo, estaban deseosas de conocer a aquellas tres mujeres que venían con él. Conociéndolas, se imaginó que las gemelas tendrían su capacidad de sorpresa completamente saturada y hechas un lío.

En Montoulieu, *madame* Brigitte, se quedó paralizada al ver ante su puerta a tanta gente. Enseguida reconoció a Anne, a la que se abrazó y a Ana, que le tendió la mano. A Julián y a Louise ya los conocía, por lo que les dedicó una sonrisa. Los hizo pasar dentro y los obsequió con café y bollos. A Ana le encantaban los bollos, a los que hizo gran aprecio. En un momento en que las mujeres mantenían una entretenida conversación, Julián se excusó, diciendo que quería pasarse por el bar de Montoulieu para ver si estaban aquellos jubilados e invitarles a una última ronda como agradecimiento a su ayuda.

A su regreso, *madame* Brigitte le felicitó efusivamente con un beso.

— Ya me ha contado Louise que os habéis comprometido —y dirigiéndose a Anne—. Ya puedes estar contenta, porque forman una pareja ideal —a lo que Anne asintió con la cabeza.

En Montferrier llegaron sobre las 12 de la mañana. Abrió la puerta Ives y cuando vio al grupo, los hizo entrar, llamando a *madame* Margot, quien salió apresuradamente de la cocina al reclamo de las voces de su marido. Cuando vio a los recién llegados en su casa, entre ellos, a los dos jóvenes, los hizo pasar al comedor.

— ¿Queréis quedaros a comer? La estoy preparando ahora mismo, y yo estaría encantada en teneros aquí. Hay muchas cosas que tenéis que contarme.

Ante su insistencia y la de Ives, aceptaron la invitación y se quedaron a comer.

La sobremesa fue muy emotiva, pues *madame* Margot, era muy emocional, y solo hacía que abrazar a Ana, quien correspondía a sus muestras de cariño. Finalmente, se despidieron y comenzaron a prepararse para subir al coche, esta vez para emprender el definitivo camino a Zaragoza.

Madame Margot, cogió del brazo a Julián.

— ¡No deje usted escapara a esa chica! ¡Es maravillosa! —le dijo en voz baja.

— Ayer nos comprometimos. Ya ve como he seguido sus consejos —dijo Julián con una sonrisa.

— ¡Cuanto me alegro, joven! ¡Que les vaya bien, y que tengan buen viaje! —dijo, mientras se enjugaba una lágrima.

Desde el coche se cruzaron los últimos saludos de despedida y Julián encaró la ruta hacia Zaragoza. Eran las cuatro de la tarde, y la hora de llegada se iba a retrasar. Cuando pararan en algún lugar, llamaría a Zaragoza, para tranquilizar a Alma y Aimara.

El viaje transcurrió con tranquilidad, con momentos de conversación variada y animada durante los primeros kilómetros, con otros de grandes silencios, coincidiendo cuando la oscuridad comenzaba a apoderarse del paisaje, en el que los viajeros se entregaban al sueño reparador. Habían pasado unos días de gran tensión que les había mantenido activos durante muchas horas. Ahora que la tensión había cedido su sitio a la calma, el agotamiento comenzaba a manifestarse en todos ellos.

Pasadas las diez de la noche, Julián pulsaba el botón del mando que llevaba en el coche que abría de forma automática la puerta de entrada a la finca donde vivía. Las luces del camino que conducía a la entrada y las propias del porche de la casa, sincronizadas con la puerta de la finca, se encendieron iluminando el camino, e informando a los que estaban dentro de la casa de que alguien llegaba.

Cuando ya estaban a pocos metros de las escalinatas de la entrada, pudieron ver a Alma y Aimara que ya estaban esperando en la puerta. Se habían echado por los hombros una bata gruesa para abrigarse de la fría intemperie. Cuando Julián detuvo el coche frente a la puerta de entrada, se acercaron con los brazos abiertos para recibirlo a la vez que las puertas del coche se abrían y de él comenzaban a bajar los adormilados viajeros.

El cierzo, que también asistía a la recepción, hizo que Julián metiera prisa a todos para que pasaran al interior de la casa, al abrigo del frío, entrando todos en el salón. Allí mismo se produjeron las presentaciones.

Alma y Aimara, estaban muy nerviosas. Había una dificultad que había que superar. Ellas no hablaban francés, y aunque Anne, lo chapurreaba, Ana no lo hablaba, al igual que Louise. Primero presentó a Anne a quien saludaron muy entrañablemente, intercambiando algunas palabras. Luego, Julián les explicó la sorpresa que había supuesto para él encontrarse con una hermana. Las dos sirvientas arroparon a Ana con grandes muestras de cariño, dirigiéndole palabras que no entendía, de igual modo que ellas no entendían las que les dirigía ella. Julián le explico el misterio del por qué no se entendían: los recién llegados hablaban en francés.

— ¡Yo sí que las entiendo! —dijo Ana a su hermano, arrancando de todos una sonrisa. Estaba claro que las personas de alma noble utilizaban otro lenguaje para entenderse. Y las dos gemelas y Ana pertenecían a aquella clase de personas.

Finalmente les presentó a Louise, a quien también acogieron con muestras de alegría, acompañadas de algún que otro comentario hacia Julián.

— Nuestro niño se nos casa, Alma —dijo Aimara sonriendo ampliamente a lo que correspondía también su hermana con otras de igual sentido.

Julián se duplicó haciendo de traductor a dos bandas, no solo del comentario, sino la intención que encerraban éstos.

Con las protocolarias, obligadas y efusivas presentaciones, se hicieron las doce de la noche. Aimara se encargó de enseñar el camino a sus habitaciones a Anne y a Ana, mientras que Aimara hizo lo propio con Louise, aprovechando el momento para ir contándole las excelencias de Julián, ante el asombro de Louise, que se imaginaba de lo que le hablaba Aimara, cogiendo el significado de alguna que otra palabra.

Una vez que todos tuvieron asignada su respectiva habitación, se reunieron de nuevo para desearse las buenas noches. Anne y Ana se retiraron las primeras, porque dijeron que se encontraban agotadas. Julián y Louise, se quedaron solos en el

Salón. Aimara preguntó si querían que les llevara algo, y Julián le dijo que podían irse a dormir.

— Esta casa es preciosa, Julián —dijo Louise— Y es enorme.

— Si, bastante grande. Mañana la veremos completamente a la luz del día. Espero que te guste tu nueva casa.

Ella apoyó su cabeza en su hombro y así estuvieron, cogidos del brazo, un buen rato. Luego se besaron y se despidieron hasta el día siguiente.

La televisión, hacía rato que mostraba la Carta de Ajuste. Julián apagó el televisor y se fue a su dormitorio. Se sentía cansado, pero feliz.

Capítulo XXXVI.
Zaragoza (España), miércoles, 12 de Noviembre de 1980.

Al día siguiente, Alma y Aimara prepararon un desayuno sorprendente. Era su manera de dar la bienvenida a los recién llegados. Allí había zumos de naranja, de lima, de melocotón y de pera. Frutas variadas y un gran surtido de bollería. Una cafetera de la que emanaba un aroma extraordinario de café y un recipiente con leche. Completaba la mesa, un pequeño plato con mantequilla y tostadas.

Cuando todos entraron en el comedor y contemplaron aquel alarde de mesa, quedaron boquiabiertos ante tal variedad de tentaciones. Ana, con gran determinación, se preparó un tazón de leche y cogió tres *croissants*. También se sirvió un vaso con zumo de naranja que luego repitió. Todos la observaban con atención, temerosos de que algo se derramara, pero nada de eso ocurrió. Ella, ajena a las atenciones que despertaba en los demás, tomó su desayuno, y una vez acabado, recogió todo lo que había utilizado para llevarlo a la cocina, ante las protestas de las gemelas. Imaginaron que eso es lo que se hacía en el hospital.

Aunque hasta entonces, Julián desayunaba un café en la cocina, acompañado de las gemelas, en esta ocasión, Alma y Aimara prepararon todo en el comedor y se sentaron a la mesa con todos. Cada uno se sirvió lo que quiso, tras lo cual comenzaron una animada conversación, en la que Julián, nuevamente se vio obligado a multiplicarse haciendo las veces de intérprete.

— Hoy mismo, voy a contratar a un profesor, para que os enseñe español. O por lo menos para que me ayude a hacer de intérprete.

— ¿Y cuando les enseñaremos la casa? —preguntó Aimara.

— Cuando queráis. Organizarlo vosotras. —dijo Julián.

Mientras que Alma y Aimara quedaban encargadas de hacer de guías mostrando las habitaciones y dependencias a los recién llegados, Julián les dijo que se iba a ausentar porque quería ir a la oficina para hacer acto de presencia y ver como andaban las cosas, aunque estaba al tanto de todo porque casi todos los días había llamado para informarse. Le preguntó a Louise si quería acompañarlo, a lo que ésta aceptó encantada. Anne, les dijo que se fueran tranquilos, que ellas ya buscarían la forma de entenderse con Alma y *Aimaga*, lo que producía risas a las gemelas cuando oían pronunciar el nombre de esa forma.

Durante el trayecto, Julián hizo de Cicerone de Louise, cantándole los nombres de las calles y paseos por donde pasaban. Por este motivo, varió la ruta, de forma que la hizo más turística, pasando por delante de la basílica del Pilar, cuyas torres recortadas contra el cielo, causó una gran impresión en ella. Conforme iban recorriendo la capital aragonesa, Zaragoza le parecía una gran ciudad. Efectuado el somero recorrido, a modo de breve presentación de la ciudad a Louise, se dirigieron hacia la sede central, ubicada en el Paseo de la Independencia, haciendo su entrada por la plaza Aragón.

Camino de la Plaza de España, observaron los brillante reflejos de las cristaleras del edificio donde estaban ubicadas las oficinas de la sede central de Transportes Internacionales Bestué, como atestiguaba el letrero situado en todo lo alto de la fachada. Dieron la vuelta en la Plaza España y luego entraron en el parking subterráneo de la Empresa, accediendo con el ascensor hasta la octava planta, donde se encontraba situada la Dirección General.

Julián presentó a Louise a los miembros de la Ejecutiva de Transportes Internacionales Bestué, como futura señora Bestué. Luego, recorrieron los diversos departamentos de la Sede Central donde le fue explicando el cometido de todos ellos, presentándola a sus responsables y recibiendo toda clase de parabienes por el compromiso.

Le propuso a ella la posibilidad de crear un nuevo Departamento, que pondría bajo su responsabilidad y que se encargaría de los aspectos legales del transporte en los distintos países con los que trabajaban, pues en ocasiones se habían producido algunos problemas por desconocer ciertos aspectos

legales de las diferentes legislaciones. No le desagradó la idea a Louise, y quedaron en comentarla en algún momento. Ante tantas presentaciones, se les había echado el tiempo encima, así que dejaron para otro momento la visita a las naves donde se reunían y expedían los productos de los clientes, recibiendo y distribuyendo por toda Europa.

En los días sucesivos, Julián pudo organizar varias de las cosas que había previsto. Todos los días, por la tarde, un profesor acudía a casa y trabajaba con Anne, Ana y Louise sus capacidades de español. Una de las graves preocupaciones de Julián, era Anne, y deseaba llevarla a que la viera un médico especialista en Zaragoza. Al menos, durante el tiempo que estuviera allí, podría estar bajo control médico.

Desgraciadamente los diagnósticos de los médicos franceses coincidían con los que le dieron en Zaragoza. La enfermedad progresaba a su ritmo y lo único que se podía hacer era tratar de retrasar lo que se pudiera ese avance, mediante algunos tratamientos y medicamentos. En cualquier caso, el especialista aventuró cinco o seis años de vida. Pero nunca se podía asegurar nada con exactitud. En cuanto al cuidado de Ana, contrató a un especialista para que todas las tardes, estuviera con ella, trabajando diversos aspectos de su formación.

La vida en común de todos, se desarrollaba perfectamente. Sin embargo, a pesar de su satisfacción por haber encontrado a Anne y a su inesperada hermana, pensaba que aún le faltaba algo por completar. Se preguntaba si Ana podría contar algún detalle de los años en que estuvo fuera de la vida de Anne. Hubiera sido magnífico si Ana hubiera podido poner el punto final al Diario que inició su padre y que continuó su madre, añadiendo los sucesos vividos por ella desde que fue ingresada en el Psiquiátrico de Pamiers. Pero no se atrevía a intentarlo, temiendo que al rememorar aquellos momentos, Ana sufriera como si se estuvieran produciendo de nuevo. Cuando le contó sus temores a Louise y a Anne, las dos manifestaron sus reservas por miedo a que esos recuerdos fueran perjudiciales, recordando las palabras del Doctor Cousteau. Julián abandono la idea y dio por cerrada la Historia de Anne y su padre.

Ana se mostraba feliz y confiada y siempre se mostraba dispuesta a colaborar en todo lo que se le pedía. Las gemelas Alma y Aimara, con sus sesenta años cada una, la habían acogido bajo su ala y enseguida se creó un vínculo especial entra ellas. Las tres eran de carácter dulce y congeniaron desde el primer momento. Le gastaban bromas tratando de confundirla con su gran parecido, lo que la divertía enormemente. Gran parte del tiempo lo pasaba con ellas en la cocina, colaborando en todo tipo de tareas. Cortaba verduras, rallaba pan, pelaba patatas y le encantaba especialmente trabajar con harina y hacer la masa de la pastas o de las tartas. E incluso aprendió a hacer tortillas francesas. Mantenían entre ellas un fluido y constante diálogo que reforzaban con gestos, de forma que el entendimiento entre ellas era total y actuaban sincronizadas en todo momento. De vez en cuando, Ana abrazaba a Alma o Aimara y las llamaba por su nombre: Alma y Aimara, con erre, a base de repetir una y otra vez. De forma inesperada, Ana encontró en ellas a los amigos que dejó en Toulouse, y que de vez en cuando recordaba mencionando sus nombres.

— Un día iremos a hacerles una visita —le dijo Julián un día.

— ¿De verdad? —preguntó ilusionada Ana, ante tal posibilidad.

— Por supuesto que sí.

Ana era completamente feliz y se sentía querida y protegida.

Las cosas con Louise, iban de maravilla. Cuando pasó la semana de fiesta, Julián la llevó a Foix quedando en verse al fin de semana siguiente, aprovechando la circunstancia para reservar habitación para esas fechas en el mismo hotel de la vez anterior. Irían intercambiando el sentido de los viajes y finalmente decidieron realizar un viaje a Paris para visitar a los padres de Louise, quienes ya habían sido puestos en antecedentes por su hija, y esperaban ansiosos el momento de conocerlo.

Decidieron posponerlo para después de las Navidades para hacerles la obligada visita. Además Louise iba a pasarlas con todos ellos en Zaragoza.

Capítulo XXXVII.
Zaragoza (España), martes, 6 de Enero de 1981.

El día de reyes, Ana estaba ansiosa por recibir los regalos que le habían prometido. A las diez de la mañana, se reunieron todos en la biblioteca para realizar el intercambio de regalos. Sobre la mesa se encontraban situados todos los paquetes convenientemente aderezados con papel brillante, cintas y otros adornos, además de la correspondiente etiqueta con el nombre del destinatario del mismo. La mesa presentaba un aspecto imponente debido a la gran cantidad de regalos que había.

Ana fue la primera en comenzar la búsqueda de los suyos. Cada vez que encontraba un paquete con su nombre lo cogía con una gran manifestación de alegría secundada por la de todos los demás. El primero que abrió, de su interior sacó un osito de peluche de color azul, al que abrazó inmediatamente.

— ¿Quién me lo ha regalado? —preguntó mirando a todos.

Aimara sonrió levantando la mano. Ana la abrazó, juntando sus mejillas.

— Muchas gracias Aimara —dijo, dirigiéndose seguidamente a la búsqueda de otro regalo. Lo cogió y de él sacó otro peluche igual que el anterior, pero esta vez de color rosa.

— ¡Alma! —dijo y se dirigió a abrazar a su amiga.

Continuó con los siguientes regalos. En total cinco regalos procedentes de todos y cada uno. En todos manifestó una gran alegría y una vez averiguado quien se lo había regalado, lo abrazaba con efusión. Cada cual recibió su regalo procedente de cada uno del resto.

El último, lo cogió Louise. Consistía éste en una pequeña cajita. Lo abrió ante la mirada expectante del resto, extrayendo de su interior un pequeño estuche. Las gemelas hicieron algún comentario de admiración y Ana emitió unas risitas nerviosas, porque entendió perfectamente de lo que trataba aquel regalo.

Abrió el estuche con el pulso acelerado, sospechando lo que contenía aquel estuche. Una vez abierto sacó su contenido: era una alianza de oro blanco con un enorme brillante engarzado con cuatro anclajes. Lo mostró a todos, y miró a Julián.

Este la cogió de la mano.

— Louise, ¿quieres casarte conmigo? —dijo ante la emoción del resto.

— Si, por supuesto. Sí que quiero —dijo fundiéndose en un abrazo terminado en un beso apasionado.

Ana se acercó a los dos, y los abarcó con sus brazos. Luego recibieron las muestras de afecto de Anne, Alma y Aimara.

Tras la comida, se reunieron todos en el salón, para tomar el café y los turrones. A Ana le gustaban mucho los mazapanes, pero especialmente le gustaba el guirlache, unas barritas de turrón hechas con almendras y miel, adornadas por encima con bolitas de anís.

Julián y Louise tenían planificado desplazarse el sábado a Barcelona para coger un vuelo a París y visitar a los padres de ella. En la visita, determinarían la fecha de la boda y el lugar donde tendría lugar. Julián tenía claro que esta se llevaría a cabo en Paris, por razones prácticas, pues su familia se reducía a Anne, Ana, Alma y Aimara, desplazándose todos a la capital parisina. Invitaría, con gastos pagados a su equipo directivo. El domicilio del matrimonio lo establecerían en Zaragoza.

Para entonces, Louise ya había aceptado el cargo de Directora del Departamento de Asesoría Legal de Transportes Internacionales Bestué, de nueva creación para aprovechar los conocimientos de Louise en materia de Derecho Internacional.

La boda se celebró en París, el 16 de Agosto, domingo, en la iglesia de *Saint Etienne du Mont*, en pleno barrio latino. Los padres de Louise, quedaron prendados de las virtudes de Julián. El viaje de novios lo hicieron a Brasil, donde Julián ejerció de guía turístico.

Capítulo XXXVIII.
Zaragoza (España), sábado, 12 de Septiembre de 1981.

Julián, Anne y Louise se encontraban en la biblioteca revisando el historial de Ana. Tenían a un lado las fotografías del dossier, a las que había añadido las que tenía Anne y la que les había dejado *madame* Brigitte, donde aparecía el grupo de la Resistencia, en la que aparecía Anne, Phillipe, Dominique, Ives y cinco más, fotografía que todavía no habían devuelto a su propietaria.

Hacía tiempo que querían leer los numerosos informes que se guardaban en las carpetas para conocer con exactitud su contenido y conocer como se había desarrollado la vida de Ana, pero siempre por diversas circunstancias, nunca habían encontrado el momento idóneo para hacerlo. Aquel sábado, tras la sobremesa, decidieron emprender la tarea pendiente y liberarse de la mala conciencia que les producía la demora de su lectura. Se distribuyeron las carpetas y se las fueron pasando de unos a otros, para que todos accedieran a toda la documentación.

Estaban tan absortos leyendo los informes que no se dieron cuenta de que entraba Ana en la biblioteca y se dirigía hacia ellos. La gruesa alfombra que cubría el suelo silenciaba totalmente sus pasos por lo que pudo llegar hasta donde estaban ellos sin que ninguno se percatara de su llegada.

Ana, que se había dado cuenta de que los demás no habían notado su presencia, quiso darles una sorpresa por lo que ralentizo sus movimientos para pasar más desapercibida y cuando estaba detrás de Julián, a punto de sorprenderles, sus ojos se posaron en la fotografía del grupo que estaba sobre la mesa, cerca del canto de la misma. Olvidando su intención sorpresiva, dirigió su atención hacia la fotografía, tomándola con sus manos.

En ese momento, Julián y Anne, se dieron cuenta de su presencia y cómo miraba atentamente la fotografía. Se les congeló la voz y el movimiento para no asustarla.

Julián trató de recuperar la foto, pero Ana esquivó con un escorzo su intento, poniendo el dedo en Phillipe. Su rostro comenzó a alterarse ante la contemplación de la fotografía. Todos se asustaron previendo lo que creían estaba a punto de ocurrir y todos tenían el alma en suspenso.

— ¡No quiero ir! ¡No quiero ir! ¡Me quiero quedar! —gritó tirando la fotografía sobre la mesa y agarrándose a su madre, quien había llegado a su lado.

Louise, que ya estaba al tanto de la situación, reaccionó, yendo también a su lado para abrazarla.

— ¡Claro que no vas a ir! ¡Nadie te va a llevar a ningún lado! —le dijo, a la vez que la abrazaba.

Ambas la abrazaban y trataban de calmarla. Anne recordaba aquellas palabras que tenía grabadas en su cabeza y que la habían martirizado durante muchas noches durante muchos años. Aquellas eran exactamente las palabras que gritaba cuando Phillipe, la sacaba de casa para llevarla al hospital psiquiátrico.

— ¡Esas eran sus palabras cuando la arrancaron de mi lado! —lloró Anne, poniendo un nudo en la garganta de todos, mientras abrazaba a su hija.

Poco a poco, Ana se fue tranquilizando al verse rodeada de todos. Volvió a coger la fotografía y ya más tranquila, nuevamente volvió a señalar a una persona. Era su madre.

— ¡Mamá!

Siguió con su exploración de los rostros de los fotografiados, y de nuevo, volvió a señalar a otra persona. En esta ocasión, el señalado era Dominique.

— Rodin. No nos quiere y nos castiga.

El asombro se apoderó de todos. Ana, al parecer, recordaba perfectamente a las personas que le había hecho daño. Nadie contaba con su memoria fotográfica. Julián, con gran alegría, pensó que después de todo, su hermana había puesto el punto final a aquella historia. Pero se equivocaba.

Ana volvió a mirar la fotografía y volvió a señalar a una persona. Todos se inclinaron sobre la fotografía para ver a quien

señalaba Ana. El espanto y la sorpresa se adueñaron de ellos y a todos se les heló la sangre, quedando aturdidos, incapaces de reaccionar.

Ana estaba señalando con el dedo a Ives Lacourt.

— *Le Loup*. Manda a Rodin que nos encierre en el cuarto y no hemos hecho nada. —dijo dejando la foto encima de la mesa y saliendo de la biblioteca.

Epílogo.

Ante la sorprendente identificación realizada por Ana, con respecto a Ives, todos decidieron que aquella revelación quedaría en secreto para siempre. Desde la nueva perspectiva que aportaba aquella identificación, comenzaron a comprender algunas de las cosas ocurridas mientras buscaban a Anne y a Ana. Para todos fue un auténtico misterio el hecho de que se refiriera a él como *Le Loup*, el nombre con el que se le conocía en el grupo secreto de la OAS. No insistieron en hacerle preguntas por miedo a desenterrar viejos fantasmas.

Un año más tarde, Louise daba a luz un niño al que pusieron por nombre Andrés, niño que fue acogido por Ana como si fuera su propio hijo. Anne pareció querer recuperar los años perdidos de la infancia de Ana con Andrés, convirtiéndose en la abuela cercana además de los abuelos que tenía en París.

Anne fallecería un 15 de Mayo de 1987 rodeada de todos. Su enfermedad se desarrolló lentamente, a excepción del último año en el que le detectaron una metástasis que la había invadido totalmente. Fue incinerada y sus restos fueron llevados a Montoulieu, su ciudad natal, según manifestó en sus últimas voluntades tras encargar a Julián y Louise la custodia y protección de Ana. Aprovechando el viaje a Montoulieu, devolvieron a *madame* Brigitte la fotografía que les había dejado. Ella se les regaló para que la tuvieran como recuerdo. Al mismo tiempo, se enteraron de que Ives Lacourt había muerto un año antes, de un infarto de miocardio. No comentaron nada sobre él. Tenían una visita pendiente con Rosalie, la Jefa de enfermeras del hospital de Pamiers. En aquellos momentos ya estaba jubilada y le hicieron una visita, acompañada de Ana, una vez que en el hospital les facilitaron la dirección donde vivía, también en Pamiers. También realizaron

una visita al Hospital Psiquiátrico de Toulouse, para reunirse con los amigos de Ana, a los que invitaron a comer a un restaurante, donde la alegría, los abrazos y los besos se prodigaron constantemente. También asistieron a la comida el Doctor Cousteau y Madeleine, quienes ayudaron a consolar de nuevo a los amigos de Ana cuando llegó el inevitable momento de la despedida.

Ana, recibió un gran impacto con la muerte de su madre. Alma y Aimara se ocuparon de rodearla de cariño y pronto ocuparon el lugar de Anne, en el aspecto afectivo. Julián y Louise hacían de hermanos pequeños de ella, porque le encantaba ser la hermana mayor.

Epílogo 2.
Pamiers (Francia), domingo, 13 de Julio de 1952.

Los cinco hombres se hallaban reunidos en la tercera planta del Hospital Psiquiátrico de Pamiers, sentados alrededor de una mesa. La habitación, en la que se encontraban, estaba rodeada por estanterías de hasta cuatro pisos o baldas, sobre las que podían verse juegos de sábanas, almohadas, toallas, mantas, demás prendas de vestimenta de los empleados del hospital. La mesa estaba al fondo de la misma, quedando fuera de la vista de quien entrara en la Sala de la Lencería. Todos ellos formaban parte de un grupo de ex-resistentes, quienes junto a otros grupos de otras zonas del país, formaban una organización clandestina, cuya misión era la de buscar, encontrar y desenmascarar a antiguos colaboracionistas y traidores a la patria, a quienes se ajusticiaba mediante el ritual de pegarles dos tiros en la cabeza y colgarles un cartel con una sola palabra impresa en él: *Traître*!

La reunión tenía lugar en domingo, que era la fecha que elegían cuando querían reunirse, porque en ese día de la semana, el hospital, estaba al cargo de los subalternos y con servicios mínimos de personal. Era por tanto, el día adecuado para realizarla. En cuanto a la planta elegida, la tercera, era la ideal para sus negocios, pues era la planta donde estaban ingresados los enfermos mentales y con discapacidades intelectuales. Es decir, pacientes que por su condición, no representaban un peligro en cuanto a sus dotes para la sospecha y de observación de sus movimientos. Hubiera sido como hacerla en la sala de recién nacidos, si acaso existiera en el hospital.

Los preparativos para las reuniones en el Hospital Psiquiátrico de Pamiers, los realizaba Dominique Rodin, porque trabajaba en aquella planta y los domingos y festivos, estaba encargado de controlar y vigilar a los internos, quienes rara vez

producían algún altercado serio. Alguna disputa por cualquier cosa o alguna indisposición pasajera.

Todos hablaban en voz baja y estaban esperando a alguien. Tras unos momentos de conversación, se oyó como alguien golpeaba la puerta de la lencería de forma peculiar: un golpe, silencio, dos golpes, silencio y un golpe.

— Es Fabien — dijo Dominique, quien se levantó y se dirigió a la puerta para abrir.

Al poco llegaban donde estaban los demás tomando asiento.

— Buenos días a todos —dijo—, buenos días Ives — dirigiéndose al que parecía dirigir aquella reunión.

— Esta semana tengo lista de fármacos y productos para surtir nuestras farmacias. Son los habituales de siempre. —Dijo Ives— Vendas, jeringas, ampollas de morfina, metadona, cocaína, opio, codeína y heroína. Parece que cada vez debemos atender a un mayor número de compañeros abandonados a su suerte por el gobierno. Las farmacias hacen su agosto con estos productos, subiendo cada vez más sus precios y nosotros nos vemos en la necesidad de suplir ayudas a los que se enfrentaron a los fascistas y pagaron un alto precio por ello.

— De este modo, obligamos al Estado a colaborar, aunque desconozca que lo hace. Esta semana andamos bastante bien surtidos de todo, porque el jueves repusimos la farmacia. Imagino que las cantidades serán las de costumbre. — dijo Dominique.

— Si, las mismas. Hay que andar con tiento y no se puede abusar. El día que esto se controle de forma estricta, se acabó la contribución —se lamentó Ives—. ¿Y tú Fabien, como está tu hospital de suministros?

— Bien. Al igual que este, el jueves llegó el reparto de aprovisionamiento. —dijo Fabien.

— Pues entonces, os ponéis de acuerdo en cómo repartiros el suministro entre los dos y lo lleváis donde siempre. — dirigiéndose a Dominique y Fabien.

— De acuerdo. —dijeron a dúo.

— ¿Y cómo está el asunto de Rene Labey? —preguntó Ives a René Bouchard, quien hasta el momento había asistido a la reunión en completo silencio.

— Estamos tratando de localizarlo. Según parece, ha cambiado de nombre, pero estamos haciendo correr la voz entre los compañeros de que lo estamos buscando. Será cuestión de tiempo que demos con él. No creo que haya nadie en toda Francia, más odiado que. Las decenas de franceses a los que entregó a los *boches*[40], claman justicia y su voz no se apagará hasta que demos con él y lo ajusticiemos.

— Yo, quisiera unirme al grupo de búsqueda —dijo Fabien.

— De acuerdo —dijo Ives—. Que Rene te ponga al día de las gestiones realizadas y colaboras con ellos.

De repente, Dominique se puso en pie como movido por un resorte, con la mirada fija a espaldas de Fabien, alertando al resto quienes volvieron sus miradas hacia el lugar al que miraba aquel. Cuando Ives vio a las niñas, fulminó con la mirada a Dominique. Evidentemente se había dejado la puerta abierta cuando llegó Fabien.

Ante ellos, dos niñas, una mayor que la otra, la pequeña de unos siete años y la mayor de unos doce, los contemplaban con cara de curiosidad, en completo silencio. Se han dado cuenta de que aquellos hombres no se han enterado de su presencia, y juegan a acercarse sin que se enteren. Las dos son internas de la planta tercera.

— ¡Rodin, coge a estas dos y enciérralas en el cuarto oscuro! —dice Ives, enfadado y con rabia a Dominique.

— ¡Ahora mismo! —y dirigiéndose a las dos niñas— ¿Y vosotras de donde habéis salido? ¡Ahora mismo vais al cuarto oscuro!

Las dos niñas se echaron a llorar y sin hacer caso de sus protestas, Dominique se las llevó arrastrándolas hasta el cuarto oscuro, que utilizaban como celda de castigo para actitudes rebeldes de los pacientes. Por el camino les iba regañando.

— Habéis tenido mucha suerte porque aquel señor es *Le Loup*, y se come a los niños crudos. ¡Nunca entréis en una habitación sin llamar antes! ¿Os habéis enterado? ¿Lo habéis oído?

Una vez encerradas, regresó a la reunión, asegurándose esta vez de que la puerta quedaba cerrada a sus espaldas.

---

[40] Alemanes.

Durante el resto de la reunión, trataron temas relacionados con la búsqueda de antiguos colaboracionistas y la situación actual de sus localizaciones. Posteriormente, comentaron las noticias preocupantes que llegaban desde Argelia, donde cada vez más se detectaban movimientos de revolucionarios que exigían la independencia de Argelia con respecto a Francia. Todos se manifestaron en contra de la independencia y se conjuraron para combatirla, allá donde fuera necesario.

FIN

Letra de L'Accordeoniste (Edith Piaf)

La fille de joie est belle (La alegre chica es bella)
Au coin de la rue là—bas (En la esquina de la calle de allí)
Elle a une clientèle (Ella tiene una clientela)
Qui lui remplit son bas (Que satisface su necesidad)
Quand son boulot s'achève (Cuando se acaba su trabajo)
Elle s'en va à son tour (Se va a dar una vuelta)
Chercher un peu de rêve (A buscar unos cuantos sueños)
Dans un bal du faubourg (En los bailes del suburbio)
Son homme est un artiste (Su hombre es un artista)
C'est un drôle de petit gars (Es un pequeño tipo raro)
Un accordéoniste (Un acordeonista)
Qui sait jouer la java (Que sabe tocar la java)

Elle écoute la java (Ella escucha la java)
Mais elle ne la danse pas (Pero no la baila)
Elle ne regarde même pas la piste (Ni siquiera mira la pista de baile)
Et ses yeux amoureux (Y sus ojos amorosos)
Suivent le jeu nerveux (Siguen el juego nervioso)
Et les doigts secs et longs de l'artiste (De los dedos secos y largos del artista)
Ça lui rentre dans la peau (Se le mete en su piel)
Par le bas, par le haut (Por abajo, por arriba)
Elle a envie de chanter (Tiene ganas de cantar)
C'est physique (Es algo físico)
Tout son être est tendu (Todo su ser se tensa)
Son souffle est suspendu (Su aliento se suspende)
C'est une vraie tordue de la musique (Es una obra retorcida de la música)

La fille de joie est triste (La alegre chica ahora está triste)
Au coin de la ru là—bas (En la esquina de la calle de allí)
Son accordéoniste (Su acordeonista)
Il est parti soldat (Se fue de soldado)
Quand il reviendra de la guerre (Cuando vuelva de la guerra)
Ils prendront une maison (Comprarán una casa)
Elle sera la caissière (Ella será la cajera)
Et lui, sera le patrón (Y él, será el patrón)
Que la vie sera belle (La vida será bella)
Ils seront de vrais pachas (Serán verdaderamente felices)
Et tous les soirs pour elle (Y cada tarde para ella)
Il jouera la java (Él tocará la java...)

Elle écoute la java (Ella escucha la java)
Qu'elle fredonne tout bas (Canta en voz baja)
Elle revoit son accordéoniste (Vuelve a ver a su acordeonista)
Et ses yeux amoureux (Y sus ojos amorosos)
Suivent le jeu nerveux (Siguen el juego nervioso)
Et les doigts secs et longs de l'artiste (De los dedos secos y largos del artista)
Ça lui rentre dans la peau (Se le mete en la piel)
Par le bas, par le haut (Por abajo, por arriba)
Elle a envie de pleurer (Tiene ganas de cantar)
C'est physique (Es algo físico)
Tout son être est tendu (Todo su ser se tensa)
Son souffle est suspendu (Su aliento se suspende)
C'est une vraie tordue de la musique(Es una obra retorcida de la música)

La fille de joie est seule (La prostituta está sola)
Au coin de la rue là—bas (En la esquina de la calle de allí)
Les filles qui font la gueule (A las chicas que se entristecen)
Les hommes n'en veulent pas (Los hombres ya no las desean)
Et tant pis si elle crève (E incluso si están destrozadas)
Son homme ne reviendra plus (Su hombre no volverá jamás)
Adieux tous les beaux rêves (Adiós a todos los bellos sueños)
Sa vie, elle est foutue (Su vida, ella es una Ramera)
Pourtant ses jambes tristes (Sin embargo sus piernas tristes)
L'emmènent au boui—boui (La llevan al boui—boui)
Où y a un autre artiste (Donde hay otro artista)
Qui joue toute la nuit (Que toca.. toda la noche)

Elle écoute la java... (Ella escucha la java...)
...elle entend la java (Oye la java...)
...elle a fermé les yeux (Cierra los ojos...)
...et les doigts secs et nerveux... (Y los dedos secos y nerviosos)
Ça lui rentre dans la peau (Se le mete en la piel)
Par le bas, par le haut (Por abajo, por arriba)
Elle a envie de gueuler (Tiene ganas de gritar)
C'est physique (Es algo físico)
Alors pour oublier (Entonces para olvidar)
Elle s'est mise à danser, à tourner (Se puso a bailar, a girar)
Au son de la musique... (Al son de la música)

...Arrêtez! (¡Paren!)

Arrêtez la musique!... (¡Paren la música!)

José Manuel Surroca Laguardia

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”, Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).